Un Corazón Roto

Tabla de contenido

Introducción

El Dios que se acerca a los quebrantados de corazón

«Muchas son las aflicciones del justo»

El propósito del sufrimiento

¿Por qué debemos soportar el sufrimiento?

¿Por qué nos aflige Dios con diversas adversidades?

La bendición del sufrimiento

Los beneficios del sufrimiento (1)

Los beneficios del sufrimiento (2)

Gratitud en medio del sufrimiento

Situaciones aterradoras

Cuando te sientes aterrorizado y abrumado

¿Por qué pasamos necesidad?

Cuando las adversidades y dificultades atacan todas a la vez

«En el tiempo de angustia»

«Mi debilidad»

Agotamiento extremo (Burnout)

Cuando te sientes desanimado

Desesperación y ansiedad

Cargas demasiado pesadas para los seres humanos

Las pesadas cargas de este mundo

Cargas demasiado pesadas para llevarlas a solas

Un espíritu quebrantado

Cuando te sientes temporalmente desamparado y turbado

Cuando mi corazón se estremece

«Cuando mi corazón está abrumado»

«Las cargas dentro de mí»

«Aun cuando mi espíritu desfallece dentro de mí»

Cuando mi alma se siente agraviada

«Cuando estoy encarcelado»

El Dios que muestra mayor bondad cuando estamos encarcelados

«Señor, sé que no debería preocuparme, pero simplemente no puedo controlar mi corazón»

¿Cómo puedo hallar paz en una situación tan angustiosa?

Cuando no sabes qué hacer

«En tiempos de aflicción»

El Señor que concede paz a un corazón turbado

Cuando el corazón te duele tanto que deseas la muerte

Cuando se ha perdido toda esperanza en este mundo

Elías: ¿El profeta con trastorno bipolar?

Cuando te sientes abandonado por Dios

«¿Por qué nos ha sucedido todo esto?» «No hay quien consuele»

«Señor, ¿cuándo me consolarás?»

El duelo que rechaza el consuelo

Dios, que se aflige en su corazón

Dios, que escucha incluso el sonido de las oraciones ofrecidas entre lágrimas y reproches

El Señor, que conoce mis temores y me infunde valor

«Echa tu carga sobre el Señor»

¡No pierdas el ánimo! No temamos, sino recordemos

No nos preocupemos por el mañana

Dios ciertamente nos ayudará

Dios, que nos consuela en nuestra desesperación

Un Consolador compasivo

¡Consolémonos unos a otros con palabras!

¡La crisis es una oportunidad!

La sabiduría que brilla con mayor intensidad en medio de la crisis

¡La tribulación es una oportunidad!

La prueba de la fe

Gracia concedida tras el desastre

Dios, que es mi ayuda

Dios, que me fortalece

«Te amaré, oh Señor, fortaleza mía»

«Las cosas que me han sucedido, en realidad…»

Aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios

«Pon mis lágrimas en tu redoma»

«Siempre me aferraré a la esperanza»

Conclusión

Introducción

«El Señor, que sana a los quebrantados de corazón; Padre Celestial, hazte cargo de mí. Guíame por Tus caminos y libérame; realiza una obra nueva y trae avivamiento...» (Himno evangélico: «Aquel que sana a los quebrantados de corazón»).

No sé por qué existen tantas cosas en este mundo que hacen que nuestros corazones se quebranten. No se trata meramente de que suframos profundas heridas emocionales infligidas por aquellos a quienes amamos; una y otra vez, hallamos nuestros corazones atormentados y doloridos —llenos de angustia y gran sufrimiento— precisamente a causa de las personas que nos son más queridas. Al transitar nuestra vida cotidiana en este mundo —un lugar plagado de sufrimiento y aflicción—, a menudo nos encontramos agobiados y con el espíritu abatido, apesadumbrados no solo por el estrés, las heridas, el dolor y las lágrimas que surgen de nuestras múltiples relaciones humanas, sino también por una miríada de otras circunstancias de la vida. Es más, cuando las adversidades y dificultades caen repentinamente sobre nosotros, todas a la vez, podemos sentirnos totalmente abrumados: tambaleándonos por el impacto y luchando por sobrellevar un corazón que se siente demasiado pesado para soportarlo. En verdad, este es un mundo lleno de acontecimientos angustiosos; un mundo donde incontables cosas conspiran para dejarnos descorazonados. Además, los sucesos que infunden temor en nuestros corazones a menudo surgen sin previo aviso. Aunque sabemos que no deberíamos preocuparnos, a veces nos encontramos hundiéndonos en un estado de depresión y ansiedad, consumidos por aquellas mismas cosas que deberíamos estar dejando de lado. Nuestros espíritus no solo se ven desalentados; en ocasiones, nos vemos sumidos en las profundidades mismas de la desesperación. Hay días en los que simplemente luchamos por sobrevivir, soportando cada momento con una sensación de total desolación, sintiéndonos atrapados y

acorralados por todos lados, como si nos hubieran despojado de toda esperanza. ¿Por qué, entonces, permite Dios que soportemos tal sufrimiento y adversidad? ¿Cuál es, en verdad, la voluntad de Dios en todo esto? Cuando nos encontramos a la deriva en las profundidades del estancamiento espiritual —perplejos ante una voluntad divina que no logramos comprender—, nuestros corazones pueden doler con tal intensidad que sentimos que preferiríamos morir. En esos momentos, nuestro pesar es tan profundo que incluso podemos rechazar cualquier intento de consuelo por parte de los demás. Hay ocasiones, también, en las que nos descubrimos albergando resentimiento hacia Dios mismo. ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Cómo debemos proceder? ¿Cómo pueden sanar nuestros corazones quebrantados?

Nuestro Dios es un Dios que se acerca a los quebrantados de corazón. Solo el Señor puede sanar a aquellos que tienen el corazón roto. Solo el Señor puede liberarnos. Oro fervientemente para que el Señor sane nuestros corazones quebrantados y nos conceda la libertad.

Hace unas noches, mientras me hallaba sumido en profundas reflexiones, recordé los títulos de dos libros que había publicado anteriormente: *Los puros de corazón* (un devocional de 40 días) y *Los sabios de corazón* (un devocional sobre Eclesiastés). El siguiente título que acudió a mi mente fue *Los quebrantados de corazón*. Dio la casualidad de que ya venía orando por —y pensando en— seres queridos de mi entorno que, en ese momento, sufrían con el espíritu herido; por ello, cuando se me ocurrió el título *Los quebrantados de corazón*, decidí revisar minuciosamente todas las meditaciones bíblicas que había escrito a lo largo de los años y seleccionar cada pasaje pertinente a este tema específico. Actuando conforme a esta determinación, reuní estas diversas meditaciones bíblicas bajo el título *Los quebrantados de corazón* y las recopilé en un solo volumen. Aunque esta obra es imperfecta en muchos aspectos, reuní y organicé estas meditaciones con diligencia, albergando la esperanza —por tenue que fuera— de que el Señor pudiera utilizar esta colección, *Los quebrantados de corazón*, para sanar el corazón quebrantado

de al menos una persona. Oro para que el Señor utilice este devocional, *Los quebrantados de corazón*, como instrumento para sanar y liberar a aquellos cuyos corazones están quebrantados.

Dios, que está cerca de los quebrantados de corazón

«Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu. Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas lo libra el Señor» (Salmos 34:18-19).

Solo Dios y el propio individuo conocen verdaderamente la profundidad de una herida infligida al corazón. Hay momentos en nuestras vidas en los que sufrimos heridas tan profundas —tan hondas— que terminamos rechazando cualquier consuelo que nos ofrezcan quienes nos rodean (Salmos 77:2). En mi caso particular, durante una semana entera tras la muerte de mi primer hijo, Juyoung, me negué a contestar las llamadas de cualquiera. Fue una semana durante la cual, sencillamente, no deseaba recibir consuelo de ni una sola alma. Aún recuerdo vívidamente el momento en que regresamos a nuestro apartamento y le pedí a mi esposa que guardara todas las fotografías; a pesar de que ella debía de estar sufriendo incluso más profundamente que yo, permaneció despierta hasta las primeras horas de la mañana, organizando meticulosamente los álbumes. Jamás podré olvidar la imagen de ella en aquel instante. Quizás se deba a que se dice que el amor de los padres fluye hacia abajo —siempre hacia afuera, en dirección a sus hijos—; pero la muerte de un hijo parece atravesar nuestros corazones como una daga, dejando una herida profunda y perdurable. Por supuesto, no parece que un padre y una madre sufran exactamente de la misma manera tras la muerte de un hijo. Creo que cada uno experimenta su propia y singular forma de dolor. Incluso las lágrimas que derraman pueden ser diferentes.

En el transcurso de nuestra vida de fe, al igual que el salmista, nos topamos con muchas aflicciones. Es más —tal como observó el apóstol Santiago—, diversas pruebas han estado presentes en nuestras vidas en el pasado, siguen presentes en el aquí y el ahora, e indudablemente continuarán surgiendo en el futuro. En medio de tales tribulaciones, una de las experiencias más angustiosas que enfrentamos no es el sufrimiento en sí mismo, sino más bien el momento en que —tras haber elevado fervientes oraciones a Dios pidiendo liberación— nos hallamos abrumados por una ola de aflicción aún mayor, en lugar de recibir la salvación que buscábamos. En tales momentos, nos sentimos totalmente sobrepasados, y quedamos desconcertados y perplejos. Cuando somos incapaces de comprender la voluntad de Dios, a veces nos encontramos formulándonos —e incluso planteando a otros— la siguiente pregunta: «¿Por qué permite Dios que afronte pruebas aún más difíciles y arduas, en lugar de responder a mis oraciones y concederme la liberación?». Parece haber momentos en los que Dios permite que nos hundamos en un pozo de desesperación aún más profundo, en lugar de otorgarnos la liberación que tan desesperadamente necesitamos; tal como les sucedió a los israelitas en Egipto. Dios escuchó sus clamores de angustia (Éxodo 3:7) y envió a Moisés para liberarlos; sin embargo, contrariamente a sus expectativas, la llegada de Moisés solo provocó que el Faraón impusiera cargas aún más pesadas sobre el pueblo, sumiéndolo en un sufrimiento todavía mayor (Éxodo 5). En tales momentos, nuestros corazones se hallan completamente quebrantados y heridos sin medida, y derramamos lágrimas de desesperanza.

Si actualmente nos encontramos atrapados en un pozo semejante, ¿cómo deberíamos percibir nuestra propia condición y nuestras circunstancias? Sugiero que consideremos dos puntos. En primer lugar, deberíamos dar gracias precisamente porque, cuando nos hallamos atrapados en un pozo de 100 metros de profundidad —en lugar de uno de apenas 10 metros—, perdemos la capacidad de depender de nuestras propias fuerzas o de nuestra propia perspectiva. En otras palabras, deberíamos estar agradecidos porque llegamos a la profunda comprensión de que todo aquello en lo que antes confiábamos resulta absolutamente inútil en las profundidades de semejante pozo. Además, deberíamos dar

gracias porque esta experiencia nos obliga a reconocer plenamente nuestra propia impotencia ante Dios y nos conduce al arrepentimiento. Por supuesto, incluso tal gratitud sería imposible sin la gracia de Dios. En segundo lugar, deberíamos dar gracias porque, desde las profundidades de nuestro sufrimiento, llegamos a percibir la verdad —y somos capacitados para obedecerla— de que no nos queda otra opción que fijar nuestra mirada exclusivamente en Dios y depositar toda nuestra confianza en Él. Dado que dependemos únicamente de Dios —asegurando así que sea Su gloria, y no la gloria humana, la que se manifieste—, no nos queda más alternativa que orar, mantener la esperanza y esperar en Él. Existe una diferencia entre que Dios extienda Su mano para salvarnos de un pozo de 10 metros y que haga lo mismo desde un pozo de 100 metros. Las obras maravillosas de Dios, presenciadas al ser rescatados de un profundo abismo de 100 metros, pueden diferir del poder y de los actos portentosos de Dios observados al ser sacados de un pozo de 10 metros. Quizás sea esta la razón por la cual Dios nos permite soportar sufrimientos y heridas aún más profundos. Creo que las heridas profundas sirven como una oportunidad para contemplar la inmensa gloria de Dios y, además, como una preciosa ocasión para experimentar Su presencia de una manera profundamente tangible. Sin embargo, el desafío radica en determinar si realmente podemos percibir esta gran gloria de Dios y Su cercanía cuando nosotros mismos nos encontramos en medio de un sufrimiento y un dolor profundos. Esto también resulta imposible sin la gracia de Dios. Oro fervientemente para que Dios conceda esta preciosa gracia a las vidas de nuestros hermanos y hermanas que actualmente se hallan rodeados de gran sufrimiento, heridas y aflicción; para que Él se acerque a sus corazones quebrantados y vende sus heridas.

«Muchas son las aflicciones del justo»

[Salmos 34:15-22]

¿Puede el sufrimiento ser verdaderamente ligero alguna vez? Si alguien respondiera «sí» a esta pregunta, ¿cómo podría ser eso posible? Al leer el siguiente pasaje del pastor Kim Nam-jun, comencé a comprender mejor de qué manera el sufrimiento podría, en efecto, ser ligero.

«La profundidad del pecado del mundo se hace aún más evidente en el sufrimiento de los justos... El sufrimiento que soportan los justos conlleva el significado de la expiación por el pecado del mundo. Es el sentimiento, la intuición y la convicción innatos del ser humano de que el mal debe ser castigado inevitablemente. Sin embargo —sin excepción alguna, afectándonos tanto a ti como a mí—, el mundo está sumido en la maldad. Siendo así, ¿acaso no debería este mundo estar destinado a la destrucción? La razón por la que el mundo no perece, a pesar de su maldad, es que alguien está pagando el precio por el pecado en su nombre. Ese es el significado del sufrimiento de los justos. El sufrimiento de los justos implica cargar con el peso del pecado del mundo y pagar su precio en lugar de otros. Tenga o no la intención de hacerlo, la persona justa cumple la función de un sacrificio expiatorio. De este modo, la persona justa trae vida al mundo. Los justos enfrentan muchas aflicciones. Sin embargo, ese mismo sufrimiento que ellos no deseaban es lo que trae la salvación al mundo».

Nuestro sufrimiento solo puede sentirse ligero cuando, en medio de nuestras pruebas, fijamos nuestros pensamientos y nuestra mirada en Jesús: el Cordero de Dios que carga con

el pecado del mundo. En otras palabras, nuestro sufrimiento se vuelve ligero cuando, mientras soportamos las adversidades, reflexionamos sobre Jesús —quien sufrió e incluso murió en la cruz para pagar el precio por nosotros— y cuando nosotros también seguimos Su ejemplo pagando el precio por el pecado de otra persona.

Creo que existen dos tipos distintos de sufrimiento. El primer tipo es el sufrimiento que surge como consecuencia de mis propios pecados; el segundo tipo es el sufrimiento que no proviene de mis propias transgresiones, sino que constituye una participación en el sufrimiento del Señor. Participar en el sufrimiento del Señor es, en sí mismo, una gracia de Dios (Fil. 1:29). Para aquellos que saben acoger tal gracia, el sufrimiento se convierte en una carga ligera. La razón es que están experimentando la gracia que se halla dentro de ese sufrimiento. Esta gracia del sufrimiento es, precisamente, la experiencia de la presencia de Dios.

En el pasaje bíblico de hoy —Salmo 34:15–22— nos encontramos con el salmista David, quien está experimentando precisamente esta gracia del sufrimiento. En la primera mitad del versículo 19 del texto de hoy, él declara: «Muchas son las aflicciones del justo...». Centrando nuestra reflexión en este versículo —y bajo el tema «Muchas son las aflicciones del justo»— meditaremos sobre tres aspectos del Dios con quien el justo se encuentra en medio de su sufrimiento. A través de esta reflexión, nosotros también buscamos recibir la gracia de experimentar la presencia de Dios en medio de nuestras propias pruebas.

En primer lugar, el Dios con quien el justo se encuentra durante los tiempos de sufrimiento es un Dios que se acerca a los quebrantados de corazón.

Por favor, miren el Salmo 34:18 en el pasaje de hoy: «Cercano está el SEÑOR a los quebrantados de corazón, y salva a los de espíritu contrito». El Dios con quien el salmista David se encontró durante su tiempo de sufrimiento era precisamente este Dios: uno que se acerca a los quebrantados de corazón. ¿Por qué estaba David quebrantado de corazón,

o por qué estaba su espíritu contrito? Creo que fue porque había cometido un pecado contra Dios. Por supuesto, la naturaleza específica del pecado que David cometió no se revela claramente en el texto de hoy. No queda claro si su pecado radicó en «fingir locura» mientras sufría —es decir, si decir una mentira constituyó el pecado— o si pecó con sus labios al no apartarse del mal durante su aflicción (vv. 13–14). Sin embargo, una cosa permanece cierta: el justo David estaba quebrantado de corazón en medio de sus muchos sufrimientos (v. 18). En medio de sus muchas pruebas, el espíritu de David estaba contrito. Este es precisamente el sacrificio que Dios busca. Miren el Salmo 51:17: «Los sacrificios que Dios desea son un espíritu quebrantado; oh Dios, Tú no despreciarás un corazón quebrantado y contrito». Nuestros corazones necesitan ser quebrantados. Nuestros corazones necesitan ser hechos pedazos. Así como la tierra en barbecho debe ser arada, nuestros corazones endurecidos y obstinados deben ser quebrantados. Ya sea a través de la reprensión de Dios o de Su disciplina, nuestros corazones necesitan ser humillados y quebrantados. Sin embargo, la razón por la que a menudo no percibimos esta necesidad es que, o bien no reconocemos nuestros pecados como tales, o —habiéndolos cometido— los ocultamos de Dios y no logramos confesarlos. Ya no debemos ocultar nuestros pecados; en cambio, debemos confesarlos a Dios. Con la conciencia compungida y el corazón quebrantado, debemos buscar la compasión y la misericordia de Dios.

En Isaías 57:15, observamos que el profeta Isaías equipara un «espíritu contrito» con un «espíritu humilde». En otras palabras, ser humilde es ser contrito. Nuestro Señor se acerca a los humildes —es decir, a aquellos con el corazón quebrantado o un espíritu contrito— y reanima sus corazones (Isaías 57:15). Nuestro Señor no solo reanima nuestros corazones contritos, sino que también nos sana en nuestro quebrantamiento y venda nuestras heridas (Salmos 147:3).

«El Señor se acerca a los quebrantados de corazón y salva a aquellos que son verdaderamente contritos. Bienaventurados los pobres en espíritu, pues el consuelo del Señor los envolverá. El Señor del Amor derriba a los soberbios y busca a aquellos que

guardan luto; ¿quién, entonces, compartirá esa copa de sufrimiento: por amor al Señor y por amor a su prójimo? ¿Por qué sonríes y ríes con tanta euforia, cuando el Señor está llorando por los perdidos?»

(Del himno evangélico: «A los quebrantados de corazón»)

En segundo lugar, el Dios con quien se encuentran los justos en medio del sufrimiento es un Dios que escucha sus clamores.

Por favor, observen el texto de hoy: Salmos 34:15 y 17: «Los ojos del SEÑOR están sobre los justos, y sus oídos atentos a su clamor... Cuando los justos claman por ayuda, el SEÑOR oye y los libra de todas sus angustias». Éxodo 3:7 declara: «El SEÑOR dijo: "Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto y he escuchado su clamor a causa de sus capataces. Conozco sus sufrimientos"». A partir de estos versículos, podemos discernir que el Dios de Israel —nuestro Dios— es un Dios que observa el sufrimiento de los justos y escucha sus oraciones cuando estos claman. De hecho, en Salmos 34:4 y 6, David ya había testificado que Dios es un Dios que le responde, y que cuando él se encontraba en angustia y clamaba a Dios, Dios escuchaba su súplica. Al observar que él habla de la oración cuatro veces a lo largo del texto de hoy —el Salmo 34 (en los versículos 4, 6, 15 y 17)—, parece evidente que ofreció muchas oraciones fervientes en medio de su gran sufrimiento. Un sufrimiento tan intenso nos impulsa a ofrecer muchas oraciones —o, más precisamente, oraciones aún más fervientes— a Dios. Este es, precisamente, el secreto de la victoria cuando enfrentamos el sufrimiento. Ese secreto reside en clamar a Dios. Cuando lo hacemos, nuestro Dios inclina su oído hacia nuestros clamores (v. 15).

Si Dios inclina su oído hacia nosotros y escucha nuestros clamores, ¿existe acaso alguna oración que Dios no pueda escuchar? Dios escucha todas nuestras oraciones; sin embargo, creo que hay oraciones a las cuales Él no concede una respuesta específica. Esa oración es, precisamente, la clase de oración que ofrecemos sin un corazón quebrantado y contrito en

lo más profundo de nuestro ser: «He aquí, la mano del SEÑOR no se ha acortado para no poder salvar, ni su oído se ha endurecido para no poder oír. Pero vuestras iniquidades os han separado de vuestro Dios; y vuestros pecados han ocultado su rostro de vosotros, de modo que no os escuchará» (Isaías 59:1–2). La lección que nos enseña esta palabra de verdad es que, por muy fervientemente que clamemos a Dios, Él no atenderá nuestras oraciones si nuestros corazones permanecen impenitentes; es decir, si carecemos de un espíritu de profunda contrición en nuestro interior. Precisamente por esta razón, la oración de arrepentimiento resulta tan vital. Al acercarnos a nuestro santo Dios, debemos primero arrepentirnos de nuestros pecados con un corazón verdaderamente contrito; solo entonces debemos dirigir nuestra mirada hacia la gracia salvadora de Dios y presentarle nuestras súplicas. Cuando así lo hacemos, nuestro Dios inclina su oído a nuestros ruegos y concede respuesta a nuestras oraciones.

En tercer lugar, el Dios con quien se encuentran los justos en medio de su sufrimiento es el Dios que los libra de todas sus tribulaciones.

Consideremos el pasaje bíblico de hoy: Salmos 34:17, 19 y 22: «Claman los justos, y el SEÑOR oye, y los libra de todas sus angustias… Muchas son las aflicciones del justo, pero el SEÑOR lo libra de todas ellas… El SEÑOR redime el alma de sus siervos, y ninguno de los que en Él se refugian será condenado». Nuestro Dios es Aquel que escucha nuestros clamores y nos libra de toda forma de sufrimiento, siempre y cuando primero nos arrepintamos con un corazón verdaderamente contrito y luego, anhelando su gracia salvadora, le supliquemos con fervor que nos rescate. La verdad extraordinaria es esta: la salvación de Dios es, a la vez, cierta y segura. Al observar el texto de hoy —Salmos 34:4—, la Biblia nos dice que, cuando lo invocamos, nuestro Dios nos libra de «todos nuestros temores». En el versículo 6, se afirma que Dios es Aquel que nos salva de «todas nuestras angustias». Además, en el versículo 17, la Biblia reitera que Dios nos libra de «todas nuestras angustias», y en el versículo 19, declara que, aunque los justos puedan enfrentar muchas aflicciones, Dios nos libra de «todas nuestras aflicciones». En resumen, la Biblia proclama

que Dios es Aquel que asegura que a quienes lo buscan —es decir, a quienes lo invocan— no les falte nada bueno (v. 10).

Dios escucha nuestras oraciones y salva a los quebrantados de corazón; sin embargo, en el mismo acto de salvarnos, Él es un Dios que destruye a los impíos. En otras palabras, nuestro Dios salva a los justos trayendo destrucción sobre los malvados (v. 16). Al salvar a los justos, Dios revela Su santidad. En consecuencia, los malvados no pueden perdurar en la presencia de la santidad de Dios. Así, Dios borra de la tierra la memoria de los malhechores. En última instancia, los malvados perecen a causa de su propia maldad: «La maldad matará al malvado, y los que odian al justo serán condenados» (v. 21). Sin embargo, nuestro Dios ciertamente protege a los justos: «Él guarda todos sus huesos; ni uno solo de ellos es quebrado» (v. 20). El Dios que vela por nosotros en tiempos de angustia es el mismo Dios que nos libra.

Aunque los justos puedan enfrentar muchas aflicciones, no obstante disfrutan de una bendición incluso en medio de esos sufrimientos. Esa bendición que disfrutan es, precisamente, la experiencia de la presencia de Dios. Nuestro Dios es un Dios que se acerca a los quebrantados de corazón, que escucha nuestros clamores de oración y que nos libra de todas nuestras tribulaciones. La persona justa que se encuentra con este Dios de una manera personal y experiencial considera el sufrimiento que padece como algo ligero. La razón de esto es que sabe que Jesús ha tomado su sufrimiento sobre Sí mismo. Al mirar con fe hacia Jesús —quien sufrió en nuestro lugar—, debemos contemplar al Dios que se apartó del quebrantado Jesús. Además, debemos reflexionar sobre Dios Padre, quien abandonó al quebrantado Jesús. Nuestro Padre celestial no prestó oído al clamor de Jesús, ni lo libró, cuando Jesús exclamó desde la cruz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (Marcos 15:34). ¿Por qué Dios Padre no escuchó la oración del quebrantado Jesús en la cruz, y por qué no lo libró? Fue precisamente por ti y por mí. Fue a causa de todos nuestros pecados. Jesús cargó con el peso de todos nuestros pecados, murió en la cruz y lavó cada una de nuestras transgresiones. Y al librarnos de todo sufrimiento, tribulación y temor, el

Señor nos ha bendecido con todo bien (Salmos 34:10; Efesios 1:4). Por lo tanto, no podemos menos que ofrecer alabanza a Dios (Salmos 34:1–3).

El propósito del sufrimiento

«No obstante, serán sus siervos, para que conozcan Mi servicio y el servicio de los reinos de los países» (2 Crónicas 12:8).

En el libro *Suffer* (Sufrir), del reverendo Thomas Case —a quien considero un «médico puritano del alma»—, este aborda veintiuna lecciones que Dios enseña a Su pueblo a través de situaciones de sufrimiento. Al leer esas veintiuna lecciones, me asaltó una sensación de temor. En consecuencia, escribí la siguiente reflexión: «Es algo verdaderamente temible hallarse bajo la vara de disciplina de Dios y, sin embargo, permanecer ignorante de *por qué* se está siendo disciplinado. Pero lo que resulta aún más temible es salir de la disciplina de Dios sin haber aprendido la lección que Él pretendía enseñar». La razón por la que surgieron en mí pensamientos tan temibles es que me percaté de que hay muchas ocasiones en las que nosotros, los cristianos —habiendo pecado contra Dios y caído bajo Su disciplina—, no logramos reconocer los mismos pecados que hemos cometido. Así, cuando nos encontramos sufriendo bajo la disciplina de Dios, a menudo nos hallamos desconcertados, preguntándonos por qué nos han sobrevenido circunstancias tan dolorosas. Además, con frecuencia damos rienda suelta a las quejas y al resentimiento ante el sufrimiento que padecemos. Ciertamente, dentro del ámbito de la soberanía de Dios, existe un propósito específico para el sufrimiento que Él permite en nuestras vidas; sin embargo, con demasiada frecuencia, no logramos discernir ese propósito. En consecuencia, nos encontramos deambulando en la confusión. ¿Por qué permite Dios que suframos? ¿Podría ser que Él envíe el sufrimiento como consecuencia de nuestras transgresiones? Si, en efecto,

se debe a nuestros pecados, ¿cómo debemos responder entonces? Y si, por el poder de la gracia y la misericordia de Dios, somos librados de ese sufrimiento, ¿cuáles son las lecciones divinas —las enseñanzas de Dios— que debíamos aprender a través de esa experiencia? Al examinar el contexto del pasaje bíblico de hoy —2 Crónicas 12:8—, vemos que el rey Roboam de Judá y el pueblo de Israel padecieron un gran sufrimiento. Este «gran sufrimiento» era, de hecho, una crisis de destrucción inminente (v. 12). Fue la consecuencia de que Dios abandonara a Israel y lo entregara en manos de Sisac, rey de Egipto (v. 5). ¿Por qué se enfrentaron Roboam e Israel a una crisis de destrucción de tal magnitud? La razón fue, precisamente, que habían abandonado a Dios (v. 5). En otras palabras: dado que Roboam e Israel habían desamparado la ley de Dios (v. 1), ellos, a su vez, fueron desamparados por Dios (v. 5). ¿Por qué, entonces, abandonaron Roboam e Israel la ley de Dios? La razón estribaba en que el Reino de Judá se había consolidado y vuelto poderoso (v. 1). Dicho de otro modo, la causa fundamental de que Roboam y el pueblo de Judá desampararan la ley de Dios —pecando así contra Él (v. 2)— fue el orgullo. En consecuencia, en su ira (v. 12), Dios suscitó a Sisac, rey de Egipto, para que atacara Jerusalén (vv. 2–4).

Mientras meditaba en este pasaje, otro pensamiento inquietante cruzó por mi mente. Ese pensamiento inquietante era el concepto de la «familiaridad». Del mismo modo que Roboam y el Reino de Judá se acostumbraron a su estabilidad y poder —llegando finalmente a volverse arrogantes y a abandonar la ley de Dios—, temo que lo mismo me esté ocurriendo a mí. A medida que yo, mi familia y la familia espiritual —la iglesia a la que sirvo— nos acostumbramos a la paz, la abundancia y la estabilidad, me preocupa que —sin siquiera percatarme de ello— se siembren semillas de orgullo en mi corazón, permitiendo que una «raíz de amargura» crezca profundamente en los recovecos ocultos de mi alma. Es más, temo que la semilla de orgullo que habita en mi corazón crezca hasta convertirse en un árbol que dé frutos amargos, llevándome, a la postre, a rechazar la Palabra de Dios, a desobedecerle deliberadamente y, por ende, a pecar contra Él. Este temor persiste, aun sabiendo con certeza que Dios —quien es santo y justo— es plenamente consciente de mi orgullo y de los pecados que cometo al desechar su Palabra a causa de ese orgullo. Me

invade la ansiedad al preguntarme qué haría si Dios alzara su vara de disciplina para castigarme a mí, a mi familia y a la Comunidad de la Victoria a la que sirvo. Si el santo Dios llegara, en efecto, a castigarme, me vería sumido en el sufrimiento; Sin embargo, me encuentro preguntándome: ¿cómo podría yo, en absoluto, soportar tal dolor, cuando me he acostumbrado tanto a una vida de paz, abundancia y estabilidad?

¿Qué debemos hacer, entonces? Así como Roboam y los príncipes de Judá que se habían reunido en Jerusalén se humillaron (v. 6), nosotros también debemos humillarnos. Debemos humillarnos ante el Dios justo (v. 6). En particular, nosotros —esposos (padres) y pastores que servimos como líderes en nuestros hogares e iglesias— debemos humillarnos ante Dios; debemos confesar y arrepentirnos del pecado de orgullo que nos llevó a abandonar la Palabra de Dios y a abandonar a Dios mismo. Este es precisamente el propósito detrás del sufrimiento que Dios inflige sobre nosotros. La razón por la cual Dios Padre levanta la vara de la disciplina amorosa para golpearnos —a nosotros, que somos orgullosos, desobedientes y pecadores— es para ayudarnos a darnos cuenta de los pecados que hemos cometido contra el Dios justo, apartarnos de esos pecados con arrepentimiento, regresar a Dios Padre y vivir vidas de obediencia a Su Palabra. En última instancia, debido a que Roboam se humilló y a que todavía se hallaba algo de bondad en Judá, Dios apartó Su ira y no destruyó por completo el reino de Judá (v. 12). En otras palabras, Dios no derramó la medida completa de Su ira sobre Roboam y el reino de Judá —quienes se habían humillado— ni los destruyó por completo (v. 7). En su lugar, Dios les concedió una liberación parcial (v. 7). ¿No es esto fascinante? ¿No resulta intrigante que Dios ni destruyera totalmente el reino de Judá ni los librara por completo? ¿Por qué actuó Dios de esta manera? Si bien nuestra expectativa es una liberación total, ¿por qué Dios no nos rescata por completo de nuestro sufrimiento? El propósito es que Dios nos enseñe una lección: mostrarnos la marcada diferencia entre servir a Dios y servir al mundo (o a los ídolos) que hemos llegado a valorar incluso más que a Dios mismo. Por favor, miren nuevamente el pasaje bíblico de hoy, 2 Crónicas 12:8: «No obstante, se convertirán en sus siervos, para que

conozcan la diferencia entre servirme a Mí y servir a los reinos de las naciones». Cuando Dios vio que Roboam y los príncipes de Judá se humillaban, eligió no destruirlos por completo, sino concederles una medida de liberación; Su propósito al hacerlo era enseñarles la diferencia entre servirle a Él —el Dios verdadero— y servir al rey de Egipto, Sisac. ¿Comprendemos tú y yo verdaderamente este profundo propósito de Dios? ¿Entendemos realmente la diferencia entre servir a Dios en medio del sufrimiento y servir a la riqueza, al éxito y a los ídolos de este mundo?

En este momento, tanto nosotros como individuos como la Iglesia, necesitamos desesperadamente a Jesús: el verdadero Médico de nuestras almas. La razón es que hemos enfermado espiritualmente. Nos hemos acostumbrado en exceso a la gracia y a las bendiciones de Dios. Nos hemos vuelto demasiado cómodos con la paz, la abundancia, la estabilidad y el poder mundano. En consecuencia, nos hemos vuelto arrogantes, dejando de lado la Palabra de Dios y abandonando a Dios mismo. Es más, nos hemos vuelto demasiado mundanos en nuestra perspectiva. Actualmente estamos pecando contra nuestro Dios justo. Como resultado, ahora estamos experimentando la disciplina de Dios. Dios está utilizando en este momento al «mundo» como una vara para golpearnos. Sin embargo, a pesar de esto, no nos humillamos ante Dios. A pesar de esto, seguimos presentándonos ante nuestro Dios santo como un pueblo de dura cerviz, incapaces de reconocer la realidad de nuestros propios pecados. Por consiguiente, en lugar de arrepentirnos, nos limitamos a quejarnos y a albergar resentimiento. Y seguimos sin distinguir la diferencia entre servir a Dios y servir al mundo. ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Queda, en verdad, alguna esperanza para nosotros?

¿Por qué debemos sufrir?

«Pero la barca ya estaba a una distancia considerable de la tierra, azotada por las olas, porque el viento le era contrario» (Mateo 14:24).

¿Por qué debemos los cristianos soportar el sufrimiento? ¿Cómo debemos interpretar el sufrimiento que estamos experimentando actualmente? ¿Cuál es, verdaderamente, la voluntad de Dios? ¿Por qué Dios nos hace sufrir —o permite que suframos—? ¿Cuál es, en última instancia, el propósito del sufrimiento?

Nuestro Dios posee una profundidad de conocimiento que es inmensurable según los estándares humanos (Salmos 92:5; Eclesiastés 3:11). No podemos comprender plenamente las obras que Él realiza (Job 5:9; Salmos 145:3). No podemos comprender plenamente la voluntad de Dios: por qué permitió que Job padeciera tal sufrimiento, o por qué desató un «gran viento» sobre el mar —creando una «violenta tormenta» en medio del océano— que casi destrozó la nave en la que navegaba Jonás (Jonás 1:4). ¿Quién de nosotros podría llegar a captar plenamente el corazón de Dios al permitir que Job sufriera? ¿Quién podría llegar a comprender plenamente el corazón de Dios al traer sufrimiento sobre Jonás? Así, en Romanos 11:33-34, el apóstol Pablo declaró: «¡Oh, la profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! ¿Quién ha conocido la mente del Señor? ¿O quién ha sido su consejero?». Aunque tal vez no podamos comprender plenamente el corazón de Dios al enviarnos sufrimiento, a través del estudio de Su Palabra —la Biblia— podemos al menos vislumbrar Su corazón y discernir, hasta cierto punto, por qué Él permite que soportemos

tales pruebas. Por ejemplo, en el caso de Job, podríamos suponer que Dios permitió que sufriera con el propósito de refinarlo, para que así emergiera como oro puro (Job 23:10). Además, en el caso del desobediente Jonás, podríamos inferir que Dios le envió sufrimiento —librándolo y guiándolo de una tribulación (Jonás 1:4) a otra (v. 17)— con el fin de impulsarlo a clamar a Dios (Capítulo 2, particularmente el v. 2) y, en última instancia, de llevarlo a obedecer la palabra de Dios una vez más (Capítulo 3). El salmista comprendió el sufrimiento que padeció de esta manera: «Antes de ser afligido, yo andaba descarriado; mas ahora guardo tu palabra... Bueno me es haber sido afligido, para que aprenda tus estatutos» (Salmo 119:67, 71). Él creía haber sufrido porque se había descarriado. En otras palabras, aceptó su sufrimiento como la consecuencia de su propio desvío pecaminoso. No obstante, el salmista declaró que su sufrimiento le había resultado beneficioso. La razón de ello fue que, a través de su aflicción, llegó a aprender los estatutos del Señor; en consecuencia, tras su sufrimiento, comenzó a guardar la palabra del Señor. En efecto, ¿cómo, entonces, deberíamos comprender el sufrimiento que nosotros mismos padecemos?

El pasaje bíblico de hoy, Mateo 14:24, describe a los discípulos de Jesús soportando grandes adversidades. Se encontraban a bordo de una barca, ya a varias millas de distancia de la orilla; se había levantado un fuerte viento que agitaba las olas (Juan 6:18), y sufrían porque tanto el viento feroz como las olas golpeaban su embarcación (Mateo 14:24). En ese momento, luchaban por remar contra los elementos (Marcos 6:48). Al meditar en este pasaje, recordé Jonás 1:13: «Sin embargo, los hombres remaron con fuerza para regresar a tierra, pero no pudieron, pues el mar se volvía cada vez más embravecido contra ellos». Aunque el profeta Jonás había declarado: «Levántenme y échenme al mar; entonces el mar se calmará para ustedes. Pues sé que es por mi causa que esta gran tormenta ha caído sobre ustedes» (v. 12), los marineros gentiles —que aún no creían en Dios— no arrojaron de inmediato a Jonás al mar; en cambio, en un intento por salvar su vida, lucharon por remar con la barca de regreso hacia la orilla (v. 13). Sin embargo, cuanto más se esforzaban, con mayor violencia se enfurecía el mar contra ellos (v. 13). Al reflexionar sobre este pasaje, no puedo evitar sentir —por alguna razón— que era Dios mismo quien contendía contra

aquellos marineros gentiles. La razón por la que pienso así es que la voluntad de Dios —manifestada al enviar un viento poderoso sobre el mar (v. 4)— no consistía meramente en que los marineros gentiles arrojaran la carga por la borda (v. 5), sino, en última instancia, en que levantaran a Jonás y lo arrojaran al mar (v. 12). No obstante, debido a que se esforzaban —en un empeño puramente humano— por salvar a Jonás remando con fuerza para dirigir la nave de regreso hacia tierra, Dios, el Creador del cielo y de la tierra, hizo que las olas del mar se volvieran cada vez más violentas [enviando olas cada vez más feroces que se estrellaban contra la nave (Biblia Coreana Moderna)] (v. 13). ¿Quién ganó esta batalla? Dios, por supuesto. Al final, tras clamar a Dios, los marineros gentiles levantaron a Jonás y lo arrojaron al mar (vv. 14–15). Como resultado, la furia del mar cesó de inmediato [el mar enfurecido se calmó al instante (Modern English Version)] (v. 15). En el pasaje de hoy —Mateo 14:24— me llama la atención que los discípulos de Jesús se hallaban inmersos en una lucha (o, al menos, en un forcejeo) contra Dios, el Creador del cielo y de la tierra. Sufrían porque fuertes vientos y olas golpeaban la barca en la que se encontraban; en consecuencia, remaban con gran dificultad (Marcos 6:48) en un intento por combatir —o forcejear— contra esos vientos y olas adversos enviados por Dios. Dios había dirigido los fuertes vientos y las olas para que se opusieran a su embarcación, mientras que los discípulos se esforzaban por remar contra esas fuerzas enviadas por Dios, logrando avanzar unos diez *li* [4,5 kilómetros (Modern English Version); 3 o 3,5 millas (NIV)] (Juan 6:15). Forcejearon contra Dios de esta manera hasta, al menos, la cuarta vigilia de la noche (aproximadamente entre las 3:00 y las 6:00 a. m.) (v. 48; Mat. 14:25). En otras palabras, pasaron toda la noche luchando contra los fuertes vientos y las olas que Dios había enviado. ¡Qué lucha tan absolutamente agotadora, tanto física como mentalmente, debió de haber sido aquella! ¿Acaso no luchó también Jacob con un ángel desde el anochecer hasta el amanecer? (Gén. 32:22–24). Al observar esta lucha —específicamente, al ver a los discípulos remando con gran dificultad mientras combatían contra los vientos adversos (Marcos 6:48)— Jesús caminó sobre las aguas hacia ellos (Juan 6:19), acercándose a ellos alrededor de la cuarta vigilia de la noche (Mat. 14:25). Mientras meditaba en este pasaje, recordé Éxodo 3:7–8: «El SEÑOR dijo: "Ciertamente he visto la miseria de mi pueblo en Egipto. Han clamado a causa de sus capataces..."» «Ciertamente

he visto la miseria de mi pueblo en Egipto. He oído su clamor a causa de sus opresores. Conozco sus sufrimientos. Por eso he descendido para rescatarlos de la mano de los egipcios y para sacarlos de esa tierra y llevarlos a una tierra buena y espaciosa, una tierra que fluye leche y miel: el hogar de los cananeos, hititas, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos». Dios es un Dios que nos ve claramente en nuestro sufrimiento (v. 7). Además, Dios es un Dios que oye nuestros clamores y conoce nuestras aflicciones (v. 7). Al ver al pueblo de Israel sufrir y clamar, este mismo Dios descendió y le dijo a Moisés que los libraría de las manos de los egipcios por medio de él, y los conduciría a la Tierra Prometida: Canaán (v. 8). Así pues, nuestro Dios es un Dios que ve claramente nuestro sufrimiento, oye nuestras súplicas, conoce nuestras aflicciones, se acerca a nosotros y nos libra. Jesús vio a sus discípulos en angustia, por lo que caminó sobre el mar para acercarse a ellos (Mateo 14:25; Marcos 6:48; Juan 6:19). En ese momento, los discípulos estaban aterrorizados, pensando que la figura que caminaba sobre el agua era un fantasma, y gritaron de miedo (Mateo 14:26). A los discípulos, que estaban dominados por un terror extremo, Jesús les dijo de inmediato: «¡Tengan ánimo! Soy yo. No tengan miedo» (v. 27). Pedro respondió a Jesús: «Señor, si eres tú, dime que vaya a ti sobre el agua», y Jesús le dijo: «Ven» (vv. 28–29). Entonces Pedro salió de la barca y caminó sobre el agua hacia Jesús; pero al ver el viento, se asustó y comenzó a hundirse, y en ese momento clamó a Jesús... Gritó: «¡Señor, sálvame!». (vv. 29–30). Inmediatamente, Jesús extendió la mano, tomó a Pedro y le dijo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?» (v. 31). Esta nos parece una reprensión curiosa, pues, desde nuestra perspectiva, Pedro difícilmente parece ser un hombre de «poca fe». ¿Quién de nosotros, aun si Jesús dijera: «Ven», saldría de una barca para pisar un mar tempestuoso —en medio de fuertes vientos y olas rompientes— tal como hizo Pedro? Lo más probable es que no nos moviéramos ni un solo paso del interior de la barca. La razón es que creeríamos que el interior de la barca es mucho más seguro que la superficie del agua. En particular, tendríamos la firme convicción de que permanecer dentro de la barca es infinitamente más seguro que caminar sobre el agua, solo para luego asustarnos por el viento y comenzar a hundirnos, tal como le ocurrió a Pedro. Sin embargo, deberíamos considerar esta pregunta: «¿Es una barca sin Jesús verdaderamente más segura que el agua donde Jesús está

presente?». ¿Acaso el factor crucial —más que la barca misma o el agua— no es simplemente si Jesús está con nosotros o no? (Véase Éxodo 33:15). Al menos, cuando Jesús dijo: «Ven», Pedro salió de la barca y caminó sobre el agua hacia Él (Mateo 14:29). No obstante, incluso después de haber extendido la mano de inmediato para asir y rescatar a Pedro —quien se había asustado por el viento y comenzaba a hundirse—, Jesús le dijo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?» (v. 31). Posteriormente, Jesús y Pedro subieron juntos a la barca; al reunirse con los otros discípulos en el interior, el viento cesó (v. 32; Marcos 6:51). Interpreto el detalle de que Jesús y Pedro entraran juntos en la barca en el sentido de que Pedro también caminó sobre el agua, al lado de Jesús, durante todo el trayecto de regreso a la embarcación, antes de subir a bordo. Cuando Pedro salió solo de la barca e intentó caminar sobre el agua hacia Jesús, se asustó por el viento y comenzó a hundirse; sin embargo, las Escrituras no mencionan que él notara el viento o sintiera temor durante el tiempo en que caminó sobre el agua junto a Jesús, en todo el camino de vuelta a la barca y hasta que ambos subieron a ella. En ese momento, los discípulos quedaron totalmente asombrados (Marcos 6:51). Entonces, se postraron ante Jesús y confesaron: «Verdaderamente eres el Hijo de Dios» (v. 33).

Los discípulos de Jesús padecieron sufrimiento a causa de los fuertes vientos y las olas. ¿Por qué sufrieron? Aunque no podemos comprender plenamente las obras que Dios realizó mediante su sabiduría inmensurable, creo que podemos deducir que Dios permitió que sufrieran con un propósito específico: llevarlos a reconocer que Jesús es, en verdad, el Hijo de Dios. En otras palabras, el propósito mismo de nuestro sufrimiento —como discípulos de Jesús— es revelarnos quién es Jesús realmente. Por lo tanto, cuando nos enfrentamos al sufrimiento, en lugar de preguntar «¿Por qué?» (¿Por qué me ha sobrevenido este sufrimiento?), «¿Cómo?» (¿Cómo pudo sucederme esto a mí?), o incluso «¿Qué?» (¿Cuál es la voluntad de Dios?), deberíamos preguntar: «¿Quién?» (¿Quién es mi Dios?). En medio de tales circunstancias, deberíamos meditar aún más profundamente en las Escrituras que afirman la naturaleza divina y la soberanía de Dios. Así, a medida que crecemos a través del sufrimiento en el conocimiento de Dios (Oseas 4:1, 6; 6:4), deberíamos ser capaces de

hacer la misma confesión que el apóstol Pablo: «…el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, es de sumo valor» (Filipenses 3:8). Oro para que tú y yo podamos seguir creciendo —incluso a través del sufrimiento— en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, el cual es de sumo valor.

¿Por qué nos aflige Dios con diversas adversidades?

«Nación se levantó contra nación y ciudad contra ciudad, pues Dios los turbó con toda clase de angustias» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Debido a que Dios los afligió con diversas tribulaciones, no hubo fin para la contienda: naciones luchando contra naciones y ciudades contra ciudades»] (2 Crónicas 15:6).

¿Qué es, exactamente, la «reforma»? Muchos pastores claman por una «reforma», pero ¿qué implica verdaderamente la reforma? El pastor Seo Moon-gang —un traductor que ha dedicado toda su vida a introducir la teología reformada en esta tierra mediante la traducción y presentación de los diversos escritos de los puritanos— afirmó que una persona «reformada» es aquella que desea reformarse a sí misma, ante todo, antes que a cualquier otra persona (fuente de internet). Estoy totalmente de acuerdo. ¿Cómo podemos siquiera esperar reformar a nuestras familias o a las iglesias a las que servimos si somos incapaces de reformarnos a nosotros mismos? Entonces, ¿qué debemos hacer para reformarnos? En primer lugar, debemos volver a la Biblia. Además, debemos vivir nuestras vidas de conformidad con la Biblia. Ese es, precisamente, el movimiento que tuvo lugar durante la Reforma del siglo XVI. Por lo tanto, si verdaderamente deseamos una reforma, debemos volver a la Palabra de Dios. Y debemos vivir nuestras vidas en obediencia a esa Palabra de Dios.

El pasaje bíblico de hoy —2 Crónicas 15:6— forma parte del mensaje proclamado por el profeta Azarías al rey Asa y a los pueblos de Judá y Benjamín (v. 2), en un momento en que el rey Asa estaba llevando a cabo activamente una reforma religiosa, después de que el Espíritu de Dios (el Espíritu Santo) hubiera descendido sobre Azarías (v. 1). Dentro de este pasaje, específicamente en la segunda mitad del versículo 6, el profeta Azarías les proclamó el mensaje de Dios de la siguiente manera: «...pues Dios los turbó con toda clase de angustias». Al comenzar a leer 2 Crónicas 15:1 anoche, mi mirada se detuvo en esta frase específica de la segunda mitad del versículo 6, lo que me impulsó a meditar sobre ella. Al hacerlo, un pensamiento cruzó por mi mente: «¿Por qué afligió Dios al pueblo de Judá con diversas formas de angustia?». Me encontré preguntándome: «¿Por qué un Dios amoroso infligiría tal sufrimiento —a través de diversas adversidades— a su propio pueblo, las tribus de Judá y Benjamín?». En consecuencia, reexaminé el contexto del versículo 6. Al hacerlo, llegué a la conclusión de que el versículo 3 ofrecía la respuesta: «Por mucho tiempo Israel estuvo sin el Dios verdadero, sin sacerdote que enseñara y sin ley» (Versículo 3). En otras palabras, creo que la razón por la que Dios afligió al pueblo de Israel con tal angustia fue que, durante un período prolongado, estuvieron sin el Dios verdadero, sin sacerdotes que los instruyeran y sin la Ley. Resulta difícil de comprender. ¿Cómo pudo el pueblo de Israel —que profesaba fe en Dios— haber vivido durante tanto tiempo sin el Dios verdadero? ¿Cómo pudieron haber perdurado por tanto tiempo sin sacerdotes que les enseñaran la Palabra de Dios? Dado que la Ley debió de haber sido de suma importancia para ellos, ¿cómo pudo el pueblo de Israel haber vivido durante un período tan extenso sin ella? En resumen, me quedé preguntándome: Puesto que Dios, los sacerdotes y la Ley eran, sin duda, vitales para el pueblo de Israel, ¿cómo pudieron posiblemente haber prescindido de ellos durante tanto tiempo? Creo que la respuesta reside en la idolatría. La razón por la que podemos discernir esto es que la Biblia afirma que el rey Asa —habiendo cobrado ánimo con las palabras del profeta Azarías: «Por tanto, sed fuertes y no desfallezcan vuestras manos, pues vuestra obra será recompensada»— eliminó por completo todos los ídolos, no solo de las tierras de Judá y Benjamín, sino también de cada ciudad que había capturado en la región montañosa de Efraín (Versículo 7, *Modern People's Bible*). Es más, el rey Asa incluso depuso a su madre,

Maaca —la Reina Madre—, quien había hecho un detestable poste de Asera; él derribó su ídolo, lo hizo pedazos y lo quemó junto al valle del Cedrón (Versículo 16). En última instancia, la razón por la que Dios afligió al pueblo de Israel con diversas adversidades se debió al pecado de su idolatría. En consecuencia, durante aquel tiempo, los habitantes de toda la tierra se hallaban en gran conmoción, y no había paz para quienes salían ni para quienes entraban [(tal como lo expresa la *Modern People's Bible*: «En aquellos días, el mundo entero estaba en desorden, y nadie podía viajar con seguridad»)] (Versículo 5). En medio de esa tribulación, el pueblo de Israel finalmente se volvió hacia Dios y lo buscó (Versículo 4). Creo que esto es, precisamente, la providencia de Dios. Dios afligió al pueblo de Israel —que durante mucho tiempo había vivido en el pecado de la idolatría, sin un Dios verdadero, sin sacerdotes que les enseñaran y sin la Ley— con diversas adversidades, conduciéndolos así, en última instancia, a regresar a Él y a buscarlo durante aquel tiempo de tribulación. Al guiarlos para que lo buscaran, Dios utilizó al profeta Azarías para fortalecer la determinación del rey Asa; esto permitió al rey eliminar los ídolos detestables no solo de todas las tierras de Judá y Benjamín —así como de las ciudades que había capturado en la región montañosa de Efraín—, sino también restaurar el altar del Señor que se encontraba frente al pórtico del templo del Señor (Versículo 8). Además, a través de su obra en el rey Asa, Dios lo llevó a establecer un pacto: buscar al SEÑOR, el Dios de sus antepasados, con todo su corazón y su alma; y jurar que cualquiera —ya fuera grande o pequeño, hombre o mujer— que no buscara al SEÑOR, el Dios de Israel, merecía ser condenado a muerte (Versículos 12–13). Finalmente, debido a que todo el pueblo de Judá prestó su juramento con todo su corazón y buscó a Dios con toda su voluntad, Dios permitió ser hallado por ellos y les concedió paz por todas partes (Versículo 15). Así, no hubo más guerras hasta el trigésimo quinto año del reinado del rey Asa (Versículo 19, *Modern People's Bible*).

Para nosotros, los reformadores —quienes deseamos volver a la Palabra de Dios y vivir conforme a ella—, el arrepentimiento debe ocupar el primer lugar. Debemos arrepentirnos del pecado de amar y servir a los ídolos más que a Dios; de haber vivido sin Dios, sin Su Palabra o sin los maestros de nuestras escuelas bíblicas que nos instruyen en esa Palabra.

Además, debemos apartarnos de ese pecado. Una vez apartados, debemos volver a Dios. Y debemos buscarlo. Debemos recibir la instrucción de Dios —el único Dios verdadero— junto con Su Palabra, que es la verdad absoluta, y las enseñanzas de Jesús, el Buen Pastor; así equipados, debemos vivir únicamente para la gloria de Dios mediante la fe en Jesucristo. Para lograr esto, cada vez que Dios nos aflija con diversas pruebas y adversidades, debemos llegar a una toma de conciencia: un momento de despertar [(Jeremías 10:18): «...traeré angustia sobre ellos, para que se den cuenta...»]. Específicamente, debemos darnos cuenta de los pecados que hemos cometido contra Dios. Por lo tanto, en lugar de seguir pecando contra Dios como hizo el rey Acaz (28:22), deberíamos seguir el ejemplo del rey Manasés: buscar a Dios y humillarnos completamente ante Él (33:12). Oro para que a usted y a mí se nos conceda la gracia de permanecer profundamente humildes ante Dios cada vez que seamos afligidos por diversas pruebas y adversidades (v. 12).

La bendición del sufrimiento

«Entonces el rey dijo a Itai el geteo: "¿Por qué vienes tú también con nosotros? Vuelve y quédate con el rey; pues eres extranjero y también un exiliado de tu lugar. Llegaste apenas ayer, ¿y hoy haré que deambules con nosotros, mientras yo voy a dondequiera que vaya? Regresa y lleva a tus hermanos contigo. Misericordia y verdad sean contigo"» (2 Samuel 15:19–20).

El sufrimiento es angustioso, doloroso y arduo mientras nos encontramos en medio de él; sin embargo, Dios —el Divino Alfarero— utiliza ese mismo sufrimiento para moldearnos. En este proceso de moldeo, Dios emplea específicamente el sufrimiento para quebrantar y fundir nuestros corazones obstinados, otorgándonos así un corazón manso. En resumen, Dios usa el sufrimiento para dar forma a nuestros corazones.

En el pasaje bíblico de hoy —2 Samuel 15:19–20— observamos las palabras que el rey David dirige a Itai el geteo. Uno podría preguntarse: «¿Qué significado profundo podrían encerrar estas palabras de David?». En particular, dado que Itai es una figura con la que no estamos muy familiarizados, uno podría cuestionar por qué las palabras del rey David hacia él habrían de tener alguna gran importancia. De hecho, hasta ahora, yo también me había limitado a leer estos versículos y pasarlos por alto sin detenerme en ellos. Sin embargo, mientras meditaba sobre la vida de David durante nuestros servicios de oración matutinos desde la semana pasada —y al continuar meditando específicamente en el pasaje de hoy, 2 Samuel 15:20, durante el servicio de esta mañana—, Dios me concedió una nueva

revelación. Es esta nueva revelación de Dios la que deseo compartir hoy con ustedes. La conclusión de este compartir es la siguiente: a través del sufrimiento, Dios moldeó el corazón de David, infundiendo en él un corazón que atesora y valora profundamente a sus propios seguidores leales. En primer lugar, lo que debemos considerar es el sufrimiento de David: (1) El primer periodo de sufrimiento de David consistió en las penurias que soportó mientras huía atemorizado, pues el rey Saúl procuraba matarlo. ¿Por qué sufrió David? La causa residía en el hecho de que, cuando David regresó tras haber matado al gigante filisteo Goliat en el nombre de Dios (1 Samuel 17:45–50), las mujeres salieron de todas las ciudades de Israel, danzando y cantando: «Saúl ha matado a sus miles, y David a sus diez miles» (18:6–7); en consecuencia, desde aquel día en adelante, Saúl miró a David con una celosa intención asesina (v. 9). A partir de entonces, el rey Saúl intentó matar a David, y David comenzó a huir de su perseguidor, Saúl. Fue a partir de ese momento que comenzó el sufrimiento de David. Sin embargo, incluso en medio de ese sufrimiento, Dios moldeó el corazón de David, capacitándolo para tener al rey Saúl en alta estima (1 Samuel 24:10; 26:21, 24) y para tratarlo con bondad (24:17). (2) El segundo periodo de sufrimiento de David consistió en las adversidades que soportó —después de haberse convertido en rey— cuando su propio hijo Absalón instigó una rebelión (2 Samuel 15:12), obligando a David a huir junto con sus siervos (v. 14). ¿Por qué sufrió el rey David? La causa radicaba en el hecho de que David, al ver a Betsabé —la esposa de Urías el hitita— bañándose (11:2–3), la tomó por esposa; además, dispuso que su esposo —el leal soldado Urías— fuera abatido y muerto por la espada de los amonitas (12:9). En aquel momento, al recibir la noticia de la muerte de Urías, el rey David envió un mensajero al general Joab con estas palabras: «No dejes que este asunto te aflija, pues la espada devora a uno tal como lo hace con otro. Presiona el ataque contra la ciudad con aún mayor vigor y destrúyela; de este modo, anímalo» (11:25). No mostró consideración alguna por la vida de Urías, un soldado leal. Como consecuencia de este acto de David —el cual fue malo a los ojos de Dios (v. 27)— el niño que la esposa de Urías, Betsabé, dio a luz a David, terminó muriendo (12:14, 18); Además, Amnón, hijo de David, violó a Tamar (13:1) —hermana de otro de sus hijos, Absalón (v. 14)— y, como resultado, exactamente dos años después (v. 23), Absalón terminó

matando a Amnón (v. 29). Al final, permaneciendo dentro del palacio real, el rey David fue testigo de la tragedia que se desarrollaba —una consecuencia directa del adulterio y el asesinato que él mismo había cometido— en la cual uno de sus hijos violó a su hija, y otro hijo asesinó precisamente al hijo que había cometido la violación. ¡Cuán angustioso debió haber sido esto para David, el padre! Sin embargo, Absalón —quien había pasado aproximadamente dos años tramando la muerte de Amnón y esperando el momento oportuno— no había visto el rostro de su padre David durante esos dos años (14:28); en consecuencia, ideó una rebelión para destronar a su padre, el rey David, y apoderarse él mismo del reino (Capítulo 15). Y, tal como lo había planeado, se ganó el corazón del pueblo de Israel (15:6). Yendo aún más lejos, reclutó a Ahitofel —un consejero de inmensa importancia para su padre, el rey David— para que sirviera como su propio asesor (v. 12). La razón por la que Ahitofel era una figura tan crucial residía en que su juicio y sabiduría eran considerados a la par de la propia Palabra de Dios (16:23). Por consiguiente, a medida que la rebelión de Absalón cobraba fuerza, el número de personas que se unían a su causa aumentaba significativamente (15:12). De hecho, los corazones de toda la nación de Israel se habían vuelto hacia Absalón (v. 13). Al recibir esta noticia por medio de un mensajero, David, junto con todos sus oficiales que se encontraban con él en Jerusalén, huyó apresuradamente (v. 14). En medio de esta huida, el rey David habló con Itai el geteo, diciéndole: «Regresa y llévate contigo a tus parientes», y lo bendijo, declarando: «Que la gracia y la verdad estén contigo» (15:19–20).

Mientras meditaba en este pasaje, me llegaron dos revelaciones dadas por Dios: (1) Cuando el rey David residía en el palacio real, no valoraba al leal soldado Urías el hitita; sin embargo, cuando huía para salvar su vida, tenía en alta estima a Itai el gatita —un filisteo, ni siquiera un judío—. ¿Acaso no es esto fascinante? ¿No resulta intrigante que David —quien, incluso mientras era perseguido por el rey Saúl, seguía teniendo a Saúl en gran consideración—, mientras huía de su propio hijo Absalón, tuviera asimismo en alta estima al filisteo Itai? ¿No es extraordinario que David —quien, mientras moraba en paz y comodidad dentro del palacio, sucumbió a la codicia de los ojos y a la lujuria de la carne para violar a la esposa de

otro hombre, y quien, en un intento por encubrir ese pecado, terminó menospreciando la vida de su leal soldado Urías y permitiendo que pereciera a manos de extranjeros—, mientras sufría la angustia de huir de Absalón bajo la disciplina del amor y la justicia de Dios, llegara a valorar profundamente la vida de un extranjero como Itai? Esta es precisamente la bendición que se halla en el sufrimiento. A través del sufrimiento, Dios moldeó el corazón de David. David —quien en el pasado no supo valorar la dignidad de un semejante— fue transformado, a través del crisol del sufrimiento, en un hombre que valora verdaderamente la dignidad de cada individuo. (2) Sospecho que, cuando el rey David era perseguido por su propio hijo Absalón, debió de haber llegado a valorar —aún más profundamente que antes— el amor que le mostró Jonatán, hijo del rey Saúl, durante aquellos días en que el propio David era perseguido por Saúl, antes de convertirse en rey. La razón por la que creo esto es que, mientras su propio hijo, Absalón, lo perseguía activamente con la intención de matarlo, Jonatán —lejos de ayudar a su padre, el rey Saúl, en el intento de quitarle la vida a David— buscó, por el contrario, salvarlo; llegando incluso a arriesgar su propia vida y a estar a punto de morir a manos de su propio padre, Saúl, por causa de David. Por consiguiente, cuando David era perseguido por Absalón, ¡con qué profunda intensidad debió de haber anhelado el amor de su hermano Jonatán: un amor que superaba incluso al de una mujer! (Véase: 1:2). ¡Cuán precioso debió de parecerle aquel amor! Me parece que, en medio de la angustia de su existencia como fugitivo, David llegó a atesorar el amor de Jonatán con una profundidad aún mayor. En otras palabras, creo que en el «desierto del sufrimiento» (15:24), mientras David reflexionaba sobre el precioso amor de Jonatán, llegó a adquirir una comprensión aún más profunda de la bondad amorosa de Dios (Sal. 63:3). En última instancia, la bendición que se halla dentro del sufrimiento es la toma de conciencia del amor eterno de Dios. Aunque había sido empujado hacia el desierto y reducido a la condición de un miserable fugitivo a causa del odio de su hijo Absalón, fue precisamente dentro de esta situación angustiosa donde David llegó a captar la bondad amorosa de Dios: una verdad que no había logrado percibir plenitud mientras residía en el palacio real.

Oro para que nosotros también podamos experimentar esta misma «bendición del sufrimiento» que conoció David. A través de nuestras propias pruebas, debemos ser moldeados hasta convertirnos en personas que atesoren verdaderamente el valor de cada alma individual. La razón por la que necesitamos tan urgentemente esta formación espiritual es que, en estos tiempos modernos, parece que hemos dejado de valorar verdaderamente el alma individual. En particular, si bien nosotros, como líderes de la iglesia, podemos proclamar con nuestros labios que una sola alma vale más que el mundo entero, en nuestros corazones —en la realidad— parece que estamos fallando en atesorar cada alma con el corazón de Dios Padre y con el propio corazón de Jesucristo (Fil. 1:8). Parece que, cuanto más crecen nuestras congregaciones, menos tendemos a atesorar el valor de cada alma individual. En consecuencia, parece que los casos de almas individuales dentro de la iglesia que resultan heridas —a menudo a manos de nosotros, los líderes— se están volviendo cada vez más frecuentes. Precisamente por esta razón, nosotros también necesitamos esa «bendición del sufrimiento» que Dios otorgó a David. Necesitamos desesperadamente un corazón que atesore verdaderamente el valor de cada alma individual. Además, a través de nuestro sufrimiento, debemos llegar a captar la bondad amorosa de Dios de una manera cada vez más profunda, amplia, sublime y abundante. En particular, al contemplar y meditar sobre el sufrimiento y la muerte de Jesús en la cruz —vistos a través del prisma de nuestro propio dolor— debemos alcanzar una comprensión aún más profunda del asombroso y magnífico amor redentor del Señor. Al hacerlo, nos convertiremos en un «jardín bien regado» de amor, fortalecidos por el amor desbordante de Dios para valorar y cuidar de cada una de las almas. Que esta bendición del sufrimiento nos sea concedida a todos.

El beneficio del sufrimiento (1)

«Bueno me es haber sido afligido, para que aprenda tus decretos» (Salmo 119:71).

Mientras observamos el «Mes de la Familia», hoy me topé con una noticia a través de CNN en línea que dejó mi corazón profundamente perturbado. Ocurrió un incidente en un pequeño pueblo a las afueras de Chicago, donde un padre de 34 años apuñaló a su hija de 8 años veinte veces y a la amiga de ella, de 9 años, once veces, matándolas a ambas. Lo verdaderamente espantoso fue el informe de que este hombre —quien se autodenomina padre— llegó incluso a apuñalar a su propia hija en ambos ojos; al escuchar esto, no pude evitar sentir una oleada de ira, preguntándome si acaso no sería esta la peor forma de maldad que un ser humano podría cometer. «¿Es esa persona verdaderamente humana?». «¿Está verdaderamente capacitado para ser padre?». Para conducir un automóvil, uno debe obtener una licencia de conducir. Sin embargo, no se requiere tal certificación para convertirse en padre. En consecuencia, sospecho que rara vez las personas hacen un esfuerzo especial por estudiar o prepararse para dicho rol. Esta noche, recuerdo una vez más una noticia que escuché anteriormente: la de una madre que golpeó a su hija en la cabeza y la dejó morir en la sala de estar durante dos días; un incidente que, en última instancia, terminó con la hermosa niña decapitada y su cuerpo desechado. Esto me lleva a cuestionarme: ¿Estamos nosotros, como padres, verdaderamente capacitados para ostentar ese título?

En los capítulos 5 y 6 de Efesios, se nos enseña que nosotros, los hombres —como esposos y padres—, tenemos la responsabilidad de nutrir a nuestras esposas e hijos. En este

contexto, la palabra griega traducida como «nutrir» conlleva la connotación de ser «estrecho». En otras palabras, como esposos y padres, debemos mostrar a nuestras esposas e hijos el «camino estrecho» que Jesús recorrió: el camino de la Cruz. En términos sencillos, esto significa que cada uno de nosotros debe tomar su propia cruz y seguir a Jesús, caminando por la senda del sufrimiento. Sin embargo, poseemos un instinto que nos impulsa a evitar transitar por ese camino de sufrimiento. Intentamos deliberadamente mantenernos alejados de él. La razón de esto es que, más allá del dolor y la angustia que conlleva, permanecemos ajenos a los beneficios que el sufrimiento trae consigo. Además, dado que aún no hemos experimentado de primera mano los beneficios del sufrimiento, somos incapaces de transitar por este pasaje con paciente perseverancia y fe.

Hoy, centrándome en el Salmo 119:65–72, me gustaría reflexionar sobre dos puntos clave bajo el tema: «Los beneficios del sufrimiento».

En primer lugar, un beneficio del sufrimiento es que nos despierta ante nuestros propios caminos errados.

Por favor, observen la primera mitad del versículo 67 en el texto de hoy, el Salmo 119: «Antes de ser afligido, yo andaba descarriado…». A menudo, hasta que el sufrimiento nos golpea, permanecemos completamente ajenos al hecho de que estamos caminando por el sendero equivocado. Por supuesto, es cierto que hay ocasiones en las que nos desviamos deliberadamente, sabiendo plenamente que estamos eligiendo el camino erróneo. Sin embargo, en muchas ocasiones nos volvemos espiritualmente ciegos y sordos; en lugar de caminar por el sendero estrecho de la cruz que recorrió el Señor, nos desviamos hacia la izquierda o hacia la derecha, deambulando sin rumbo en medio de la confusión. En tales momentos, a través del sufrimiento que el Señor permite en nuestras vidas, recobramos el sentido. Así como un joven pastor utiliza su cayado para guiar suavemente a una oveja descarriada de regreso al camino correcto, el Señor —nuestro Pastor— utiliza el «cayado» del sufrimiento para guiarnos de vuelta al camino recto cada vez que comenzamos a

desviarnos. El profeta Isaías declaró: «Todos nosotros, como ovejas, nos hemos descarriado; cada cual se ha apartado por su propio camino...» (Isaías 53:6). Somos como ovejas insensatas: personas que a menudo están demasiado absortas en seguir su propio camino. Al referirme a «nuestro propio camino», no aludo al sendero estrecho del Señor, sino al camino ancho del mundo. Es en esos momentos cuando el sufrimiento que se nos envía sirve para despertarnos ante la realidad de nuestros propios caminos errados. En segundo lugar —y para concluir—, el beneficio del sufrimiento es que nos conduce a guardar la palabra del Señor.

Observen la segunda mitad del versículo 67 en el texto de hoy, el Salmo 119: «...pero ahora guardo Tu palabra». Aquí debemos considerar —desde unos seis ángulos diferentes— de qué manera el sufrimiento nos capacita para guardar la palabra del Señor:

(1) El sufrimiento nos lleva a creer en los mandamientos del Señor.

Observemos la primera mitad del texto de hoy, el Salmo 119:66: «Pues creo en tus mandamientos...». Para aquellos de nosotros que caminamos por una senda equivocada, el sufrimiento sirve para despertarnos de nuestros caminos errantes; al impulsarnos a dar un «giro de 180 grados», nos lleva a creer que solo los mandamientos del Señor constituyen el verdadero camino. Cada día vivimos eligiendo uno de dos caminos: el camino estrecho del Señor o el camino ancho del mundo. En otras palabras, en cada instante de cada día, nos enfrentamos a una elección: seguir los mandamientos del Señor o seguir las palabras de Satanás —o las del mundo. El sufrimiento no solo nos ayuda a darnos cuenta de nuestras elecciones equivocadas, sino que el dolor resultante de esos errores nos impulsa a abrazar el camino correcto —el camino del Señor— y a creer en Sus mandamientos, llevándonos así a caminar conforme a esos mandamientos.

(2) El sufrimiento nos enseña «discernimiento y conocimiento».

Observemos la segunda mitad del texto de hoy, el Salmo 119:66: «…enséñame discernimiento y conocimiento». ¿Cuántos de nosotros, los cristianos, hemos perdido nuestro discernimiento —es decir, el juicio sensato— y caminamos por una senda equivocada en un estado de ignorancia? La pérdida del discernimiento espiritual genera confusión en lugar de convicción. En última instancia, nos impide caminar de manera constante conforme a los mandamientos del Señor. Por el contrario, la pérdida del discernimiento espiritual hace que deambulemos sin rumbo por el camino del mundo: un camino de confusión. Sin embargo, para aquellos de nosotros que nos encontramos en tal estado, el Señor utiliza el sufrimiento para rescatarnos del atolladero de nuestra propia ignorancia y de nuestra pérdida de juicio sensato. Finalmente, el Señor nos concede un discernimiento espiritual sensato y el conocimiento de Su voluntad, capacitándonos así para correr con anhelo hacia Su Palabra.

(3) El sufrimiento nos permite saborear la bondad del Señor.

Observe la primera mitad del texto de hoy, el Salmo 119:68: «Tú eres bueno y haces el bien…». Entre los beneficios que obtenemos al probar la bondad del Señor a través del sufrimiento (Salmo 34:8), el mayor es la experiencia de un Dios bueno que hace que todas las cosas —incluido nuestro sufrimiento— obren juntas para nuestro bien (Romanos 8:28). En particular, cuando nos encontramos en nuestro punto más bajo —sintiéndonos sumamente agobiados, angustiados y totalmente exhaustos— y cuando estamos en medio de un dolor y una tribulación extremos, la gloria de nuestro Dios bueno resplandece con aún más fulgor en nuestras vidas. Por eso, incluso en las profundidades de un sufrimiento severo, somos capaces de entonar alabanzas: «¡Dios bueno, Dios bueno… mi Dios verdaderamente bueno!».

(4) El sufrimiento nos lleva a detestar las falsedades de los arrogantes.

Observe la primera mitad del texto de hoy, el Salmo 119:69: «Los arrogantes han tramado una mentira contra mí…». Antes de experimentar el sufrimiento, las falsedades de los arrogantes a menudo suenan tan plausibles a nuestros oídos que con frecuencia nos hallamos caminando por sus senderos engañosos. Nosotros, los cristianos —a menudo confundidos y extraviados—, a veces confundimos las mentiras de los arrogantes de este mundo con la verdad, aceptándolas como tal y eligiendo los caminos equivocados. ¿Acaso no estamos, tal vez, corriendo afanosamente por esos mismos senderos engañosos en este preciso instante? Los senderos del falso éxito, del honor mundano y del materialismo que los arrogantes de este mundo nos presentan; sin embargo, una vez que hemos soportado el sufrimiento, llegamos a detestar todas esas formas engañosas de los arrogantes. La razón es que, a través del sufrimiento, llegamos a discernir con claridad el verdadero camino: el camino del Señor. Este camino del Señor es la senda estrecha de la cruz, la cual el humilde Jesús nos reveló a través de las Escrituras. Y el fin último de ese camino es la muerte. ¡Cuán inmensamente diferente es esto del fin último del camino del mundo! ¿Siente usted una atracción espiritual hacia esto? ¿Hallamos un atractivo espiritual en el hecho de que la culminación de la senda estrecha que recorremos sea la muerte? ¿Le cautiva la realidad de que pecadores como nosotros puedan alcanzar el martirio por amor a la gloria del Señor? Parece que no cualquiera puede abrazar tales verdades. Un corazón arrogante no puede ni aceptar ni aferrarse a estas verdades. Sin embargo, a través del sufrimiento, el Señor está plantando esta verdad profundamente en nuestros corazones. En el mismo proceso de plantarla, Él utiliza el sufrimiento para cultivar en nosotros un aborrecimiento hacia las falsedades de los arrogantes.

(5) El sufrimiento elimina los «depósitos de grasa» del corazón.

Observemos la primera mitad del texto de hoy, el Salmo 119:70: «Su corazón es tan gordo como la grasa…». En los Estados Unidos de hoy, la obesidad ha surgido como

un problema de gran magnitud. En consecuencia, incontables personas están haciendo dieta y ejercicio en un esfuerzo por perder peso. Muchas personas incluso se están sometiendo a cirugía en este preciso momento para eliminar esta «grasa». Mientras tantas personas dedican tal esfuerzo a eliminar la grasa corporal física, nosotros, los cristianos, debemos consagrarnos a eliminar los «depósitos de grasa» de nuestros corazones. Cuando se acumula la «grasa» física, ¿acaso no conduce a diversas molestias y, en última instancia, a diversas enfermedades relacionadas con el estilo de vida? Sin embargo, los «depósitos de grasa» del corazón parecen engendrar un pecado aún mayor: a pesar de producir consecuencias pecaminosas que obstaculizan nuestra vida espiritual, tendemos a tomar esas consecuencias a la ligera —o incluso a encontrar un goce perverso en ellas—. Creo que el sufrimiento es el remedio definitivo —esencial para purgar estos depósitos de grasa de nuestros corazones cuando nos hallamos en tal estado espiritual—. A través del sufrimiento, debemos limpiar nuestros corazones de estas acumulaciones grasas.

(6) El sufrimiento nos permite comprender profundamente el valor supremo de la Palabra de Dios.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:72: «La ley de tu boca es mejor para mí que miles de monedas de oro y plata». Durante el Éxodo, el pueblo de Israel —a través de cuarenta años de sufrimiento en el desierto— llegó a comprender que «no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del SEÑOR» (Deuteronomio 8:3). Del mismo modo, a medida que recorremos el «camino estrecho» —el camino de la Cruz— que el propio Señor transitó en este mundo semejante a un desierto, nos encontramos con una multitud de sufrimientos diversos. A través de estas pruebas, nosotros también debemos llegar, en última instancia, a la comprensión de que somos seres que solo pueden sobrevivir gracias a cada palabra que sale de la boca del SEÑOR. Cuando lleguemos a esta comprensión, confesaremos que el valor de Su Palabra es más precioso que

nuestras propias vidas. ¿Cómo podría la eterna Palabra de Dios compararse, en modo alguno, con la duración finita de nuestras vidas humanas en esta tierra? El sufrimiento nos permite reconocer la preciosidad y el valor supremo de esta Palabra: un valor que supera con creces el de las riquezas materiales.

En este mundo socialmente turbulento —un mundo que se precipita inexorablemente hacia su fin último—, quienes creemos en Jesucristo probablemente enfrentaremos un sufrimiento aún mayor que en el pasado o el presente, a medida que transitamos por el camino estrecho del Señor. No obstante, si abrazamos los beneficios del sufrimiento —experimentando la gracia y las bendiciones que nos acompañan en cada momento de aflicción—, podremos convertirnos en personas de verdadera resiliencia; personas que, incluso ante futuras adversidades mayores que cualquiera que hayamos conocido, sepan aun así hallar las bendiciones ocultas dentro de ese sufrimiento. Tal como declaró el salmista en el Salmo 65, al experimentar el cuidado benevolente de nuestro buen Señor y saborear la dulzura de Su bondad, podremos confesar desde lo más profundo de nuestros corazones: «Dios es bueno». Oro, en el nombre de Jesús, para que tales bendiciones del sufrimiento nos sean concedidas tanto a ti como a mí.

El beneficio del sufrimiento (2)

«Dijo: “En mi angustia clamé al Señor, y él me respondió. Desde las profundidades del sepulcro pedí ayuda, y tú escuchaste mi clamor”» (Jonás 2:2).

¿Cómo, entonces, debemos responder ante el sufrimiento, el dolor, la aflicción y las heridas que irrumpen en nuestras vidas? En su libro *Danzando con Dios*, Henri Nouwen sugiere cuatro formas de responder. Él se refiere a estas cuatro formas como los cuatro pasos para danzar con Dios.

(1) El primer paso para danzar con Dios es guardar luto por el dolor y la aflicción que estamos padeciendo.

Debemos llorar cuando sea tiempo de llorar. Sin embargo, cuando lloramos, debemos hacerlo ante la Cruz. Es más, cuando sentimos dolor o sufrimos, debemos ir ante Dios Padre y decirle exactamente cuánto nos duele. No obstante, por alguna razón, en lugar de reconocer nuestro dolor, nuestra aflicción y nuestra pena, a menudo intentamos negarlos, ignorarlos o reprimirlos en lo más profundo de nuestro corazón. Si actuamos así, el sufrimiento que padecemos no podrá, bajo ningún concepto, reportarnos beneficio alguno. Por el contrario —al igual que el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento—, es mucho más probable que pequemos contra Dios murmurando y quejándonos cada vez que nos topamos con una adversidad.

(2) El segundo paso para danzar con Dios es encarar de frente las causas profundas de nuestro dolor y sufrimiento.

Debemos mirar directamente a las pérdidas ocultas que nos han paralizado; pérdidas que nos han aprisionado en un calabozo de negación, vergüenza y culpa. ¿Cuáles son, en verdad, las causas subyacentes de nuestro dolor y sufrimiento? Solo podríamos elegir si confrontar o no la causa profunda de nuestro sufrimiento si supiéramos cuál es dicha causa; sin embargo, parece que, la mayor parte del tiempo, permanecemos ajenos a los verdaderos orígenes del dolor y el sufrimiento que padecemos. En consecuencia, no solo somos incapaces de confrontar la fuente de nuestra angustia y aflicción, sino que, incluso si *llegáramos* a conocer la causa, nuestros instintos humanos nos impulsarían a evadirla en lugar de enfrentarla directamente. La razón de ello es, sencillamente, que nos hemos acostumbrado a la evasión. A menos que afrontemos las causas subyacentes del dolor y el sufrimiento que estamos experimentando, no podremos participar de la gracia que Dios nos otorga a través de las pruebas que se nos han encomendado.

(3) El tercer paso de la danza consiste en adentrarnos *en medio* de nuestro dolor, sufrimiento, pérdidas y heridas, y atravesarlos.

Nunca debemos gastar una cantidad excesiva de energía en la negación. Por el contrario, al tiempo que reconocemos la realidad de nuestra situación, debemos adentrarnos directamente en el mismo dolor, sufrimiento, pérdidas y heridas que estamos padeciendo. Ya no debemos recurrir a la evasión. Debemos entrar en el túnel del dolor y del sufrimiento. Aunque pueda ser oscuro y aterrador, debemos entrar en ese túnel de todos modos. A menos que entremos en ese túnel, las pruebas que se nos han encomendado no producirán beneficio alguno.

(4) El paso final —el cuarto— de la danza consiste en encontrarnos con Dios Padre en medio de nuestro dolor, sufrimiento, pérdidas y heridas.

Debemos entrar en el túnel del dolor, el sufrimiento, las pérdidas y las heridas; y allí, debemos sentir el dolor, el sufrimiento, las pérdidas y las heridas que el propio Jesús padeció. Cuando hacemos esto, la sanación de nuestro propio dolor y de nuestras heridas se vuelve posible. Es más: podemos ser elevados como «sanadores heridos» —instrumentos utilizados por el Señor para llevar sanación a los demás.

El sufrimiento experimentado por el profeta Jonás —tal como se describe en el pasaje bíblico de hoy, Jonás 2:2— puede resumirse en cuatro categorías distintas.

(1) El sufrimiento de Jonás tuvo lugar en el vientre de un gran pez (Jonás 2:1).

En otras palabras, el primer sufrimiento de Jonás fue experimentado dentro del vientre del Seol (v. 2). Atrapado en las profundidades del mar, dentro del vientre de un gran pez —muy parecido a estar dentro de una cueva sumida en la más absoluta oscuridad—, Jonás se encontró en una situación angustiosa en la que, mirara hacia donde mirara —norte, sur, este u oeste—, no parecía haber solución alguna. Estaba completamente acorralado. Era tal como en el tiempo del Éxodo, cuando el pueblo de Israel se encontró atrapado ante el Mar Rojo (aunque, por supuesto, esa era meramente la percepción del Faraón y, de hecho, la percepción de los propios israelitas). Tal como declaran las letras de la tercera estrofa del Himno 539, todo aquello en este mundo en lo que él había depositado su confianza había quedado ahora completamente cercenado. Es solo cuando somos arrojados a un estado de desesperación sin esperanza que volvemos nuestra mirada hacia el Señor, quien es nuestra verdadera esperanza. Este, precisamente, es el beneficio del sufrimiento.

(2) El sufrimiento de Jonás tomó la forma de las olas del Señor (v. 3).

Aquí, el término «olas» conlleva en realidad la connotación de «rompientes»; es decir, olas que se estrellan con fuerza para destrozar y desmenuzar todo lo que se interpone en su camino (Park Yun-sun). Dios estaba en el proceso de destrozar y quebrantar el corazón endurecido de Jonás. Al desatar una poderosa tormenta sobre el mar, Dios no solo estaba destrozando la nave en la que Jonás navegaba (1:4), sino que, simultáneamente, estaba quebrantando la obstinación del corazón de Jonás. Al destrozar el corazón endurecido de Jonás —quien había olvidado la misión que el Señor le había encomendado, desobedecido el mandato de Dios y huido—, el Señor estaba ablandando su corazón, llevándolo así a someterse en obediencia a los mandatos del Señor. Este, precisamente, es el beneficio del sufrimiento.

(3) El sufrimiento de Jonás fue la angustiosa sensación de haber sido abandonado por el Señor.

Observemos Jonás 2:4: «...aunque he sido desterrado de tu presencia...». La razón por la que Jonás se sentía de este modo era que estaba huyendo muy lejos de Dios, intentando escapar de Su presencia (1:3). En otras palabras, precisamente porque Jonás intentaba huir lejos de Dios, llegó a sentir que Dios, a su vez, se había alejado mucho de él y lo había abandonado. Lo mismo nos ocurre a nosotros. ¿Cuándo sentimos como si hubiéramos sido abandonados por Dios? Al igual que Jonás, podemos experimentar esta sensación de abandono cuando desobedecemos los mandatos de Dios y huimos lejos para escapar de Su presencia. Este sentimiento resulta particularmente agudo cuando nos hallamos en medio del sufrimiento; cuando, a pesar de elevar fervientes oraciones a Dios, parece como si estas quedaran sin respuesta. En tales momentos, somos propensos a pensar que Dios ha ocultado Su rostro de nosotros y nos ha dejado de lado. El salmista se sintió exactamente de esta manera. Por ello, en el Salmo 22:1, exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de salvarme, tan lejos de las palabras de mi gemido?». Podemos sentirnos abandonados por Dios cuando,

a pesar de nuestro anhelo sincero de recibir Su ayuda —gimiendo y clamando con desesperación—, no recibimos de Él ni respuesta ni asistencia alguna. Esta sensación de abandono constituye un sufrimiento mucho más angustioso que el hecho de estar físicamente atrapado en el vientre de un gran pez, o incluso ser golpeado por las olas impetuosas del Señor. Del mismo modo que la sensación de ser abandonado por un padre amoroso resulta mucho más angustiosa que estar confinado en una habitación oscura o ser disciplinado con una vara —ya sea en los glúteos o en las pantorrillas—, así también la sensación de ser abandonado por Dios constituye el sufrimiento más angustioso y doloroso de todos. Sin embargo, incluso en medio de tal sufrimiento, la bendición que Dios nos concede es la capacidad de escuchar el clamor de Jesús mientras padecía en la cruz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?» (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?) (Marcos 15:34). Al escuchar ese clamor de Jesús, nos vemos reafirmados y recibimos la certeza de una verdad inmutable: dado que Dios Padre desamparó a Su único Hijo —Jesús—, nosotros mismos jamás seremos desamparados por Dios en toda la eternidad. Este es, precisamente, el beneficio del sufrimiento.

(4) La naturaleza del sufrimiento de Jonás radicaba en que su alma desfallecía en su interior.

Observe Jonás 2:7: «Cuando mi alma desfallecía dentro de mí…». Aquí, la palabra «desfallecer» conlleva el significado de «consumirse» o «languidecer». Este término indica que Jonás había alcanzado un estado de extrema desesperación. El sufrimiento que sobrevino a Jonás lo sumió en una situación de total desamparo, una de la cual ninguna fuerza humana podría escapar (ni proporcionar salvación); el hecho de que permaneciera en tal estado durante tres días significa que Jonás, en efecto, había llegado a las mismísimas profundidades de la desesperación. Sin embargo, incluso en medio de la desesperanza que supone experimentar una impotencia total y una incapacidad absoluta, la gracia que Dios nos concede es la

> capacidad de fijar nuestra mirada en el Señor, quien es la esperanza misma de nuestra salvación. Es más, al capacitarnos para mirar al Señor —nuestro Salvador—, Dios guía nuestros corazones y nuestros labios a confesar: «La salvación pertenece al SEÑOR» (v. 9). Este es, ciertamente, un beneficio profundo del sufrimiento.

Debemos abrazar y participar de la gracia que Dios nos ofrece a través del sufrimiento que encontramos en nuestras vidas. En particular —muy al igual que Jonás—, cuando desobedecemos los mandatos de Dios y huimos lejos de Él, debemos abrazar los beneficios del sufrimiento que Él envía; hacemos esto entablando una danza con Dios en medio de las grandes tormentas de adversidad que Él permite. Por lo tanto, mi oración es que nosotros también seamos capaces de hacer la misma confesión que el salmista: «Bueno me es haber sido afligido, para que aprenda Tus decretos» (Salmos 119:71).

Gratitud en medio del sufrimiento

«Jonás oró al SEÑOR su Dios desde el vientre del pez… "Mas yo, con voz de acción de gracias, te ofreceré sacrificios; cumpliré lo que he prometido. La salvación pertenece al SEÑOR"» (Jonás 2:1, 9).

El sufrimiento es doloroso y angustioso. Cuando sentimos dolor y angustia, por lo general gemimos y luchamos en medio de nuestras heridas y lágrimas. Incluso llegamos al extremo de albergar resentimiento. Culpamos a otras personas; lo hacemos porque sentimos que depositar la culpa en alguien —en cualquiera— podría brindarnos cierta medida de alivio. No nos detenemos en culpar a las personas; también culpamos a nuestras circunstancias. Así, mientras que con facilidad culpamos a los demás y a nuestras situaciones, rara vez nos culpamos a nosotros mismos. La razón de esto es que, cuando nos vemos abrumados por el dolor y la angustia, tendemos a volvernos aún más egocéntricos. Y cuando nos volvemos egocéntricos, no solo dejamos de considerar que nuestro sufrimiento pudo haber surgido de nuestras propias acciones, sino que, de hecho, somos incapaces de hacerlo. En consecuencia, como individuos egocéntricos que soportan el sufrimiento, no logramos aprender nada a través de nuestras adversidades. A través del sufrimiento, no aprendemos nada sobre nosotros mismos, ni aprendemos nada de la Palabra de Dios. Como resultado, somos incapaces de ofrecer gracias a Dios mientras nos encontramos en medio de nuestro sufrimiento.

Sin embargo, en el pasaje bíblico de hoy —Jonás 2:1 y 9— el profeta Jonás ofrece una oración de acción de gracias a Dios incluso en medio de su sufrimiento, y decide ofrecerle sacrificios

de gratitud. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo pudo Jonás decidir ofrecer oraciones de acción de gracias y sacrificios de gratitud a Dios mientras se encontraba dentro del vientre de un gran pez (v. 1) —e incluso mientras las olas y los rompientes de Dios pasaban por encima de él (v. 3)? ¿Cómo pudo Jonás dar gracias a Dios mientras soportaba la agonizante sensación de haber sido expulsado de Su presencia, y mientras su propia alma desfallecía (o se consumía) en su interior? ¿Cuál es, entonces, el secreto? Creo que hay al menos tres elementos clave al respecto:

En primer lugar, el secreto de la capacidad de Jonás para dar gracias a Dios, incluso en medio de su sufrimiento, reside en el hecho de que recordó la gracia de la salvación que Dios ya le había concedido.

¿No parece esto algo contraintuitivo? Al fin y al cabo, ¿acaso no se encuentra Jonás, en este momento, dentro del vientre de un gran pez? ¿No está él, precisamente ahora, todavía en medio de su aflicción? ¿Cómo, entonces, podemos describir la experiencia de Jonás como una experiencia de salvación? Si observamos Jonás 1:17, vemos que Dios preparó un gran pez para que se tragara a Jonás —quien había sido arrojado al mar—, librándolo así del peligro. Habiendo experimentado este acto pasado de gracia salvadora, Jonás fue capaz de elevar una oración de acción de gracias a Dios en el pasaje de hoy: Jonás 2:1. [Nota: La palabra «oró» en la frase «Jonás oró al SEÑOR su Dios desde el vientre del pez» corresponde al término hebreo *yitpallel*; como evidencian 1 Samuel 2:1 y 2 Samuel 7:27, este término se utiliza aquí específicamente para denotar una oración de acción de gracias]. ¿No le resulta esto bastante desconcertante? ¿Cómo pudo Jonás —mientras aún enfrentaba la aflicción misma de estar dentro del gran pez— dar gracias por el acto mismo de salvación mediante el cual Dios preparó a ese pez para que se lo tragara después de haber sido arrojado al mar? ¿No le parece esto un tanto extraño? Por lo general, la salvación por la que oramos y que esperamos consiste en que Dios nos libre *de* nuestro sufrimiento; es decir, que nos saque del «vientre del gran pez», por así decirlo. Sin embargo, Jonás no esperó hasta el capítulo 3 para elevar su oración de acción de gracias; por el contrario, la ofreció en el

capítulo 2, es decir, mientras aún se encontraba dentro del vientre del gran pez. Aunque fue librado de una tribulación solo para enfrentar otra —una aún mayor—, la razón por la que pudo dar gracias a Dios en medio de tal sufrimiento fue que recordó la gracia de la salvación que Dios ya le había concedido. Todo aquel que, incluso en medio de la adversidad, recuerda y conmemora esa gracia pasada de salvación, no puede menos que dar gracias a Dios. Recordemos también nosotros —al igual que Jonás— la gracia salvadora que Dios nos concedió en el pasado, y ofrezcamos oraciones de acción de gracias a Él, incluso en medio de las mayores tribulaciones que enfrentamos actualmente.

En segundo lugar, el secreto de la capacidad de Jonás para dar gracias a Dios, incluso en medio del sufrimiento, residía en que poseía la certeza —y la esperanza— de la futura salvación de Dios.

La razón por la cual nosotros también podemos dar gracias a Dios en medio del sufrimiento no se debe únicamente a la gracia de la salvación que Dios nos otorgó en el pasado; más bien, se debe a que creemos que el mismo Dios que nos libró en el pasado nos librará también de las dificultades presentes que ahora enfrentamos. Es precisamente porque poseemos esta certeza y esperanza de salvación que somos capaces de ofrecer alabanzas y oraciones de acción de gracias a Dios, aun si actualmente nos encontramos en medio del sufrimiento. Esto es exactamente lo que hicieron Pablo y Silas, tal como se relata en Hechos 16. A pesar de estar encarcelados —enfrentando la posibilidad de ser ejecutados al día siguiente—, Pablo y Silas oraron y cantaron alabanzas a Dios (v. 25). ¿Cómo fue esto posible? Fue porque poseían la certeza de la salvación y la esperanza de ser librados. En particular, Pablo estaba convencido de que Dios lo libraría de la prisión, pues creía que Dios lo guiaría hasta llegar a Roma para comparecer ante el César. Fue por esta razón que oró a Dios y le ofreció alabanzas. De manera similar, en el texto de hoy —Jonás 2:1 y 9—, el profeta Jonás, al dar gracias a Dios, creía que el Dios que lo había librado en el pasado sin duda lo libraría de su actual aprieto dentro del vientre del gran pez; por ello, ofreció su oración de acción de gracias a Dios, anclada en la esperanza de la salvación. En otras palabras, debido a que

Jonás depositó su fe y su esperanza en el amor fiel y salvador de Dios, decidió ofrecer sacrificios de acción de gracias a Dios —orando con gratitud— incluso mientras soportaba su sufrimiento. Creemos que nuestro Dios fiel y salvador —aquel que nos libró en el pasado— nos librará no solo de las dificultades que enfrentamos actualmente, sino también de cualquier tribulación futura que pueda presentarse, pues nuestro Dios de salvación es el mismo ayer, hoy y siempre (Hebreos 13:8). Cuando depositamos nuestra fe y nuestra esperanza en este Dios fiel de salvación —sin importar cuán abrumador parezca nuestro sufrimiento, incluso si se asemeja al vientre de un gran pez—, aun así podemos dar gracias a Dios con fe. Pues, incluso en medio de la desesperación, seguimos anhelando y depositando nuestra esperanza en el Dios que salva.

En tercer y último lugar, el secreto de la capacidad de Jonás para dar gracias a Dios, incluso en medio del sufrimiento, residía en que atesoraba la gracia de Dios en lo profundo de su corazón.

Consideremos Jonás 2:8-9: «Los que se aferran a ídolos vanos renuncian a la gracia que podría ser suya. Pero yo, con cánticos de acción de gracias, te ofreceré sacrificios. Cumpliré lo que he prometido. La salvación proviene del Señor». Aquí, la frase «los que se aferran a ídolos vanos» se describe en el hebreo original mediante dos palabras específicas. Estas dos palabras son *hebel* y *shaw*. *Hebel* conlleva el significado de «aliento que se evapora rápidamente», mientras que *shaw* significa «vacío» o «hueco». En otras palabras, esto implica que los ídolos son efímeros —desvaneciéndose tan rápido como un aliento— y son absolutamente vanos, muy semejantes a un vacío hueco. Aquellos que sirven a tales ídolos —cosas que se desvanecen como el aliento y son tan huecas como un vacío—, en la práctica, desechan la gracia que Dios les ha otorgado. Por ejemplo, si amamos las riquezas materiales más que a Dios —adorando así cosas materiales falsas y vacías—, estamos, en esencia, descartando la gracia que Dios nos ha extendido. En consecuencia, nos hallamos incapaces de ofrecer adoración a Dios con una voz rebosante de gratitud. Cuando transitamos nuestras vidas en este mundo, de lunes a sábado, persiguiendo las cosas vanas

de esta tierra, desechamos la gracia que Dios tan bondadosamente nos ha concedido (particularmente durante nuestra adoración dominical). Si no valoramos esa gracia —si la desechamos—, entonces, cuando ascendamos al santuario de la iglesia el domingo por la mañana con la intención de adorar a Dios, nuestros corazones estarán absolutamente desprovistos de gratitud. Sin gratitud, ni siquiera podemos entrar en la casa del Señor, ni podemos ofrecer alabanza y adoración a Dios con una voz de acción de gracias. Sin embargo, si atesoramos la gracia que Dios nos ha otorgado en lo profundo de nuestros corazones, podremos acudir a la casa del Señor en el día de reposo y ofrecerle alabanza y adoración con gratitud. Un punto intrigante es el siguiente: mientras que los idólatras desechan la gracia de Dios —adorando y ofreciendo sacrificios a cosas que se desvanecen tan rápido como un suspiro y son tan vacías como el vacío mismo—, aquellos que verdaderamente adoran a Dios se presentan ante Él y le rinden culto con acción de gracias, pues atesoran en sus corazones la gracia que Dios extiende a través de su fiel amor pactual (en hebreo: *hesed*). Jonás fue, precisamente, un adorador de Dios de esa índole. La razón por la cual pudo dar gracias a Dios, incluso en medio de su sufrimiento, fue que llevaba la gracia de Dios muy cerca de su corazón. Cuando Jonás obtuvo siquiera un destello de comprensión del amor pactual de Dios —al percatarse de que Dios no lo había abandonado a pesar de su desobediencia y de su intento de huir, sino que, por el contrario, le había extendido su gracia para cumplir su propósito soberano—, resolvió ofrecer sacrificios de acción de gracias a Dios. En última instancia, todo aquel que ha experimentado verdaderamente la gracia de Dios se siente impulsado a resolver ofrecerle culto y oraciones de acción de gracias. Nosotros también, habiendo experimentado la gracia de Dios, debemos ofrecerle tanto oraciones como culto de acción de gracias. Para hacerlo, debemos atesorar fielmente la gracia de Dios en nuestros corazones.

Aunque el sufrimiento es doloroso y angustioso, debemos utilizarlo como una oportunidad para dar gloria a Dios. Para ello, debemos fijar nuestra mirada en Dios —nuestro Salvador—, incluso en medio de nuestras pruebas. Además, debemos recordar las gracias salvadoras que Dios nos concedió en el pasado y conmemorar dichas gracias en medio de nuestro

sufrimiento presente. Al atesorar fielmente en nuestros corazones las misericordias pasadas de Dios y conmemorarlas en nuestras tribulaciones actuales, debemos mantenernos confiados en que Dios —nuestro fiel Salvador— ciertamente nos librará, incluso ahora. Cuando poseemos esta certeza de salvación, podemos depositar nuestra esperanza en Dios, incluso en las profundidades de la desesperación. Cuando nos aferramos firmemente a esta esperanza de salvación, podemos resistir y perseverar en la fe, aun en medio de nuestras pruebas. Podemos esperar con quietud y paciencia la salvación de Dios. Debemos dirigir nuestra mirada a Dios —nuestro Salvador— en medio de nuestro sufrimiento. Recordando las gracias salvadoras del pasado, debemos abrazar tanto la certeza de la salvación en el presente como la esperanza de la salvación para el futuro. Al hacerlo, por la gracia de Dios, podremos ofrecerle nuestras oraciones y nuestra adoración con corazones rebosantes de gratitud.

Situaciones de temor

[Salmos 27:1-6]

¿Hay alguien entre ustedes que, por casualidad, esté enfrentando una situación de temor en estos días? Si es así, ¿por qué tienen miedo? Parece que la razón principal por la que experimentamos miedo es que este surge en nuestros corazones como resultado de la preocupación, la ansiedad y la aprensión. Cuando surge el tema del "miedo", un pasaje bíblico que a menudo viene a la mente es Isaías 41:10: "No temas, porque yo estoy contigo...". Personalmente, sin embargo, cuando pienso en el "miedo", recuerdo 1 Juan 4:18: "En el amor no hay temor; sino que el amor perfecto echa fuera el temor, porque el temor conlleva tormento. Pero el que teme no ha sido perfeccionado en el amor". La Biblia declara claramente que en el amor no hay temor; ¿por qué, entonces, seguimos experimentando miedo? La razón es la falta de amor perfecto. A pesar de la garantía de la Biblia de que el amor perfecto echa fuera el temor, el hecho de que el miedo aún resida en nosotros indica que el amor perfecto de Dios todavía no se ha perfeccionado plenamente en nuestro interior.

Según *Letters on Leadership Development for Christian Businessmen* (Número 64), los miedos inconscientes latentes en nosotros pueden —de cuatro maneras principales— devastar nuestras vidas. (1) El miedo paraliza nuestro potencial. Nos ata, impidiéndonos utilizar adecuadamente los dones que Dios nos ha otorgado; nos hace vacilar y, en última instancia, nos incapacita para usar esos dones para la gloria de Dios, tal como le sucedió al hombre que recibió solo un talento en la Parábola de los Talentos. (2) El miedo destruye las relaciones que hemos establecido. Nos impide interactuar de manera honesta y abierta con los demás. Por temor al rechazo, nos ponemos máscaras, disfrazándonos de alguien

distinto a nuestro verdadero ser y negando nuestras emociones genuinas. De hecho, el miedo nos impide experimentar y expresar un amor de todo corazón. (3) El miedo obstaculiza la felicidad que disfrutamos. La felicidad y el miedo no pueden coexistir simultáneamente. (4) El miedo obstruye nuestro éxito. A menudo nos predisponemos al fracaso al centrarnos precisamente en las cosas que tememos, en lugar de enfocarnos en los resultados que deseamos. El miedo atrae precisamente aquello que tememos (Internet). ¿Cómo, entonces, podemos superar el miedo que asola nuestras vidas? En el pasaje bíblico de hoy —Salmo 27:1–6— encontramos a David enfrentando una situación temible. Al examinar cómo respondió David ante aquella circunstancia abrumadora, extraigamos tres lecciones de su ejemplo y esforcémonos por aplicarlas a nuestras propias vidas.

En primer lugar, en medio de una situación de temor, David se mantuvo seguro. En otras palabras, David conservó su valentía a pesar de las circunstancias aterradoras.

Por favor, dirijan su mirada al texto de hoy, Salmo 27:3: «Aunque un ejército acampe contra mí, mi corazón no temerá; aunque se levante guerra contra mí, aun así me mantendré seguro». ¿Cómo pudo David mantenerse seguro —es decir, valiente— frente a tal miedo?

(1) La razón principal es que David fijó su mirada en Dios. Por lo tanto, si nosotros también deseamos mantenernos seguros y valientes en situaciones de temor, debemos fijar nuestra mirada en Dios.

En medio de sus temibles circunstancias, David miró a Dios con quietud y firmeza: a Aquel que es «mi luz y mi salvación», y «la fortaleza de mi vida». La primera manera en que podemos mantenernos seguros, incluso en medio de circunstancias aterradoras, es fijar nuestra mirada en Dios: Aquel que es nuestra Luz, nuestro Salvador y la Fortaleza de nuestras vidas. La situación en la que se encontraba David era verdaderamente sombría. Al observar el texto de hoy —Salmo 27:2–3— vemos que «malhechores, mis adversarios y mis enemigos» se alzaron contra David «para

devorar mi carne», e incluso un ejército acampó en su contra. David se hallaba en medio de la tribulación (v. 5). Sin embargo, frente a circunstancias tan oscuras, David eligió, en cambio, dirigir su mirada hacia Dios. Y al reconocer a Dios tal como Él es, y al avanzar firme en esa verdad, no cedió ante el miedo; por el contrario, se mantuvo seguro y audaz.

Al igual que para David, mantener la calma y el valor ante circunstancias temibles no es tarea fácil. Cuando nos enfrentamos personalmente a situaciones aterradoras, nos resulta imposible no sentir miedo en ese preciso instante. Sentirnos abrumados por la preocupación, la ansiedad y la aprensión es un signo de nuestra fragilidad humana. Del mismo modo que los apóstoles se aterrorizaron ante el embate de las olas —a pesar de que Jesús dormía plácidamente en la barca—, nosotros tampoco podemos evitar sentir miedo cuando las olas y las corrientes pecaminosas de la vida se estrellan contra nosotros. Sin embargo, hay ocasiones en las que fingimos mantener la compostura exteriormente, mientras que, por dentro, temblamos de miedo. La razón de ello es que nos mostramos reacios a admitir nuestros temores en presencia de los demás. No obstante, debemos reconocer con honestidad el miedo que anida en nuestros corazones y, al hacerlo, acudir ante Dios para hallar un reposo sereno en Su presencia. En medio de tales momentos, debemos fijar nuestra mirada en Dios, quien es la Luz. En este contexto, el término «Luz» conlleva la connotación de disipar automáticamente la oscuridad. En este marco, la «oscuridad» hace referencia a los adversarios de David. David empleó el término «oscuridad» para describir a sus enemigos; concretamente, a los ejércitos hostiles a los que se enfrentaba en tiempos de guerra. David tenía la plena certeza de que Dios —quien es la Luz— ahuyentaría por completo esa oscuridad. Del mismo modo que la luz brilla con mayor intensidad cuanto más profunda es la oscuridad, así también Dios —quien es la Luz— hace retroceder toda tiniebla, por aterradoras que sean las circunstancias. Al fijar su mirada en este Dios de salvación —este Dios que es la Luz—, David lo contempló como su Libertador, su Fuente de Victoria y su Rescatador.

David depositó su confianza en el poder de Dios: el poder para concederle la victoria, independientemente de la situación. Es más, vio en Dios el Poder mismo de la Vida; Aquel que le servía de refugio y de fortaleza inexpugnable. En esencia, David se mantuvo firme en su convicción de que Dios lo protegería, sin importar la naturaleza del conflicto bélico ni las circunstancias que lo rodeaban. Nosotros también debemos fijar nuestra mirada en Dios —la Luz—, por muy sombrías que sean las circunstancias que nos envuelven. Así como la luz salvadora de Dios brilla con mayor intensidad cuanto más oscura se vuelve la situación, nosotros debemos apoyarnos con mayor firmeza en el poder salvador de Dios, precisamente cuando nos encontramos en circunstancias temibles. Cuando hacemos esto —cuando volvemos nuestra mirada hacia Dios—, Su poder para concedernos la victoria en cualquier situación llegará a gobernar nuestros corazones, nuestras mentes, nuestras emociones y todo nuestro ser. En consecuencia, seremos capaces de dejar a un lado el miedo y, en su lugar, hallarnos en paz, llenos de valentía.

(2) La segunda razón es que David rememoró la gracia salvadora que Dios le había mostrado en el pasado. Por lo tanto, si nosotros también deseamos permanecer en paz —valientes y sin temor— en medio de circunstancias temibles, debemos traer a la memoria nuestras experiencias pasadas de victoria y salvación por parte de Dios.

Observemos el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 27:2: «Cuando los malhechores vinieron contra mí para devorar mi carne —mis adversarios y mis enemigos—, tropezaron y cayeron». Aun enfrentando circunstancias sombrías en el presente, David volvió su mirada hacia el pasado; al recordar cómo Dios había hecho tropezar y caer a sus adversarios, pudo permanecer en paz —valiente y sin temor— incluso en medio de una situación atemorizante. En lugar de obsesionarnos con un futuro que parece totalmente desolador desde la perspectiva de nuestra oscuridad actual, debemos, por el contrario, reflexionar sobre la gracia salvadora que Dios nos ha otorgado en el pasado; a través de esta reflexión, podemos adquirir una firme certeza

de salvación y victoria en el Señor —la verdadera Luz—, incluso en medio de las circunstancias oscuras que enfrentamos hoy.

(3) La tercera razón es que David depositó su absoluta confianza en Dios. Por lo tanto, si nosotros también deseamos permanecer en paz —valientes y sin temor— en medio de circunstancias sombrías, debemos encomendar nuestro futuro enteramente en las manos de Dios.

David declaró que no tendría miedo, incluso si estallara una guerra en el futuro, e incluso si un ejército de adversarios acampara contra él con la intención de quitarle la vida (Versículo 3). La razón de ello es que depositó su confianza plena en Dios: Aquel que es su Luz, su Salvador y el poder mismo de su vida. Al igual que David, nosotros también debemos mantenernos valientes frente a las circunstancias temibles. Tengo una firme convicción —específicamente, las palabras que se encuentran en Filipenses 1:6: «Aquel que comenzó en ustedes la buena obra, la llevará a su feliz término hasta el día de Cristo Jesús». También tengo plena confianza en que el Señor, en su fidelidad, cumplirá ciertamente la promesa que hizo a nuestra iglesia: «Edificaré mi iglesia» (Mateo 16:18). Independientemente de las situaciones temibles que pueda enfrentar, deseo ser guiado por las promesas del Señor; permanecer sin temor, manteniéndome firme y valeroso; y unirme a la obra del Señor de edificar su cuerpo: la Iglesia.

En segundo lugar, en medio de circunstancias temibles, David buscó a Dios.

Por favor, miren el texto de hoy, Salmo 27:4: «Una cosa he pedido al SEÑOR, y esta es la que busco: que pueda habitar en la casa del SEÑOR todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del SEÑOR y buscarlo en su templo». En medio de circunstancias temibles, David le pidió a Dios una sola cosa. Esa única petición de oración era poder habitar en la

casa de Dios y contemplar la hermosura de Dios. ¿Por qué, entonces, deberíamos anhelar la casa de Dios cuando nos encontramos en situaciones temibles?

(1) La razón es que, cuando contemplamos el rostro de Dios Padre, el temor en nuestros corazones se disipa y se nos concede paz.

Incluso en circunstancias temibles, David meditó en la hermosura de Dios a lo largo de todos los días de su vida. Aquellos que meditan en la hermosura de la revelación de Dios —la cual rebosa de gracia— experimentan paz en el corazón, incluso en medio de situaciones temibles (Park Yun-sun).

(2) La razón por la que David deseaba habitar en la casa de Dios y contemplar su hermosura era que anhelaba la protección de Dios Padre.

Por favor, miren el texto de hoy, Salmo 27:5: «Porque en el día de la angustia Él me mantendrá a salvo en su morada; me esconderá en el refugio de su tabernáculo y me pondrá en alto sobre una roca». La razón por la que David deseaba tener comunión con Dios en su templo (como se afirma en el versículo 4) es que su comunión con Dios dentro del templo servía como el medio mismo por el cual sería librado de todos los peligros (Park Yun-sun). Hay un himno góspel estadounidense que escuchaba y meditaba con frecuencia cuando mi primer hijo, Ju-young, padecía una enfermedad y se iba consumiendo lentamente. Ese himno góspel en inglés se titula: «Bajo la sombra de tus alas» (*Under the Shadow of Your Wings*). Entre la letra de esta canción, hay un pasaje que dice: «Bajo la sombra de Tus alas, dentro de Tu santa morada —Dios mío, Te espero. Aquí en Tu santuario, mientras Tu amor me guía, me ofrezco a conocerte. Cúbreme con Tu amor; condúceme a las profundidades de Tu corazón. Refúgiame bajo la sombra de Tus alas; anhelo conocerte». Cada noche, después de pasar un tiempo con Jooyoung en la unidad de cuidados intensivos del hospital, cantaba esta canción mientras salía conduciendo del estacionamiento,

contemplando el inmenso cielo. Mientras cantaba, mi corazón se llenaba de una oración ferviente: que durante esas horas de la madrugada —cuando mi esposa y yo no podíamos estar físicamente presentes con nuestro hijo— Dios acunara a Jooyoung y lo resguardara en un lugar santo y secreto, bajo la sombra protectora de Sus alas. Esta canción era una oración de encomienda: confiar a nuestro hijo al cuidado protector de nuestro Padre Celestial.

(3) Debido a que David albergaba la esperanza de que Dios Padre derrotaría a sus enemigos y le concedería la victoria, elevó una petición específica a Dios, incluso en medio de circunstancias atemorizantes.

Por favor, observen la primera parte del pasaje bíblico de hoy, el Salmo 27:6: «Ahora mi cabeza será levantada por encima de mis enemigos que me rodean...». Con respecto a este versículo, el Dr. Park Yun-sun ofreció el siguiente comentario: «Este pasaje indica que, en lugar de derrumbarse en la ruina ante sus numerosos enemigos, él viviría con entereza y confianza, anclado en la esperanza». No podemos sobrevivir en entornos oscuros y difíciles sin esperanza. Sin embargo, tenemos al Señor: nuestra propia Esperanza. Por lo tanto, debemos levantar la cabeza y fijar nuestra mirada en el Señor con una expectativa llena de esperanza.

Al igual que David, debemos derramar nuestras súplicas ante Dios cuando nos encontramos en situaciones que infunden temor. Al igual que David, debemos orar a Dios con un corazón que anhela habitar en Su casa y contemplar Su hermosura. En particular, en medio de circunstancias atemorizantes, debemos permanecer en quietud ante Dios y orar fervientemente, anhelando Su gloria. Cuanto más se alzan contra nosotros las olas del pecado, más nos resulta imposible dejar de anhelar la morada de Dios. Vienen a mi mente la letra de la segunda estrofa del Himno 543: «Aunque habito aquí, donde abundan el dolor y el pecado, a diario fijo mi mirada en aquel lugar resplandeciente y excelso de lo alto». En este mundo, donde abundan las tribulaciones y el espectro de la muerte se cierne

imponente, ¿cómo no habríamos de implorar a Dios —con corazones que anhelan Su hogar— por Su belleza y Su gloria? En tiempos de temor, debemos elevar nuestras súplicas a Dios, tal como lo hizo David.

Por último —y en tercer lugar—, en medio de circunstancias atemorizantes, David ofreció alabanza a Dios.

Por favor, consideren el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 27:6: «...En su tabernáculo ofreceré sacrificios con gritos de júbilo; cantaré, sí, cantaré alabanzas al Señor». En medio de una situación atemorizante, anhelando el templo de Dios, David depositó su esperanza en la protección divina y en la promesa de Dios de concederle la victoria (v. 5). Además, mediante la fe, hizo el voto de ofrecer acciones de gracias y alabanzas por el cumplimiento futuro de sus deseos (v. 6; Park Yun-sun). Este acto representa la ofrenda de un sacrificio de acción de gracias a Dios desde la perspectiva de alguien que ya ha triunfado (Park Yun-sun). ¿Cómo fue posible tal acto? ¿Cómo pudo David —estando aún inmerso en la oscura tribulación causada por sus adversarios y enemigos malvados— prometer ofrecer alabanzas a Dios con un corazón agradecido, como si ya fuera un vencedor? Fue porque, incluso mientras elevaba sus peticiones a Dios en oración, David estaba absolutamente convencido de que el mismo Dios que le había concedido la victoria (la salvación) en el pasado, sin duda lo libraría y le otorgaría el triunfo; no solo en las actuales y sombrías circunstancias en las que sus enemigos se le oponían, sino también en cualquier situación similar que pudiera surgir en el futuro. ¿Acaso no es esto asombroso? Las circunstancias mismas no habían cambiado; sin embargo, el corazón de David sí lo había hecho. Su temor se había transformado en una certeza absoluta. Esta es, precisamente, la mentalidad de quien posee una fe verdadera: una fe que fija su mirada en Dios.

En este punto, debemos reflexionar sobre las palabras que se encuentran en Hechos 16:25: «Pero a medianoche, Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, y los prisioneros los escuchaban». La razón por la cual Pablo y Silas pudieron orar a Dios y cantar sus alabanzas —incluso estando confinados en una celda de prisión— fue que se negaron

a ser dominados por sus atemorizantes circunstancias; en su lugar, depositaron su fe en Dios, su Salvador. De manera similar, el salmista David —autor del pasaje de hoy, el Salmo 27— se negó a ser dominado por sus circunstancias; más bien, depositó su fe en el Dios que reina sobre esas mismas circunstancias y las controla. Con una fe absoluta en Dios, David le ofreció alabanzas —incluso en medio de las sombrías circunstancias que enfrentaba— gracias al poder de esa misma fe. En efecto, aquellos que oran a Dios con tal fe son quienes son capaces de ofrecerle alabanza. Quien ora es quien alaba. Por lo tanto, nosotros también —al igual que David— debemos ofrecer alabanza a Dios con fe, incluso cuando nos enfrentemos a situaciones temibles.

Dios nos habla, diciendo: «No temas, porque yo estoy contigo...» (Isaías 41:10). Independientemente de las situaciones temibles que tú y yo podamos estar enfrentando actualmente —o que podamos encontrar en el futuro—, oro para que todos nosotros seamos establecidos como verdaderos adoradores: aquellos que, como David, permanecen firmes y valerosos; que suplican a Dios con fervor y fe; y que, en última instancia, le ofrecen alabanza a través de esa misma fe.

Cuando te sientes profundamente atemorizado y abrumado por la angustia

«Jacob tuvo mucho miedo y se angustió… Te ruego, líbrame de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú; pues le temo, no sea que venga y me ataque a mí y a las madres con los niños» (Génesis 32:7a y 11).

¿Tienes miedo a la muerte? ¿Temes no solo a tu propia muerte, sino también a la muerte de los familiares que amas? Cuando te encuentras en la encrucijada entre la vida y la muerte —enfrentando el terror inminente de la mortalidad— y te sientes tan abrumado por la angustia que apenas puedes respirar porque no sabes cómo resolver la crisis, ¿qué harías?

En el pasaje de hoy —Génesis 32:7a y 11— vemos a Jacob, quien, al sentirse profundamente atemorizado y abrumado por la angustia, elevó su súplica al Señor. Jacob había enviado mensajeros por delante de él hacia su hermano Esaú, quien se encontraba en la tierra de Seir, el país de Edom (v. 3). Cuando esos mensajeros regresaron con la noticia de que Esaú venía a su encuentro con una compañía de 400 hombres (v. 6), Jacob se sintió profundamente atemorizado y angustiado (v. 7). Cuando se vio atenazado por el miedo inminente a la muerte —y se sintió tan sofocado por la angustia que no sabía cómo afrontar esta crisis de vida o muerte—, recurrió a Dios en oración. ¿Cómo elevó su súplica a Dios? Podemos considerar esto en tres puntos:

En primer lugar, cuando se sentía profundamente atemorizado y abrumado por la angustia, Jacob elevó su súplica a Dios recordando toda la gracia que Dios le había concedido. Por favor, miren Génesis 32:9–10: «Y dijo Jacob: "Oh Dios de mi abuelo Abraham y Dios de mi padre Isaac; oh SEÑOR, Tú me dijiste: 'Vuelve a tu tierra y a tu parentela, y yo te haré bien'".» «No soy digno de la menor de todas las misericordias y de toda la fidelidad que has mostrado a tu siervo; pues con solo mi cayado crucé este Jordán, y ahora me he convertido en dos campamentos». Mientras Jacob salía de la casa de su tío Labán y emprendía el camino de regreso a su tierra natal de Canaán, se vio invadido por el temor a su hermano Esaú —quien se encontraba en la tierra de Seir, el país de Edom (v. 3)— y recurrió a Dios en súplica. Sin embargo, antes de presentar su petición, ofreció a Dios una oración de acción de gracias, reflexionando primero sobre la abrumadora abundancia de gracia y verdad que Dios ya le había concedido. Veinte años atrás, tras haber engañado a su hermano Esaú para usurpar la bendición que su padre Isaac tenía destinada para él, Jacob había huido a la casa de su tío Labán por temor a que Esaú lo matara. No obstante, durante su estancia de veinte años allí, Dios lo había bendecido; aunque había cruzado el Jordán sin más pertenencia que su cayado, Dios le había permitido ahora prosperar hasta formar dos grandes campamentos (v. 10). En un momento de intenso temor y profunda angustia de corazón, Jacob se volvió hacia Dios en oración, trayendo a la memoria esta abundante gracia del Señor.

Todavía no puedo olvidar aquel momento. Recuerdo vívidamente las palabras que mi abuela nos dirigió a mi esposa y a mí hace varios años, mientras se encontraba hospitalizada. En aquel entonces, al ver a mi abuela recostada de lado en su cama de hospital y llorando, le pregunté por qué lloraba. Le pregunté porque supuse que lloraba por miedo: miedo a la muerte misma. En ese momento, mi abuela me respondió que derramaba esas lágrimas por gratitud; agradecida de que Dios amara a nuestra familia y hubiera levantado a sus siervos de entre nosotros. Las lágrimas que mi abuela derramó eran, en efecto, lágrimas de acción de gracias. Me pregunto si yo también seré capaz de derramar lágrimas de gratitud a Dios cuando me encuentre cara a cara con la muerte. Cuando reflexiono no solo sobre mis propios abuelos, sino también sobre los ancianos difuntos de nuestra iglesia —así como

sobre aquellos que aún permanecen hoy entre nosotros—, vislumbro la gracia de Dios derramada sobre ellos: cómo Él preservó sus vidas y los guio en todo su trayecto hasta llegar aquí, a América, sosteniéndolos a través de las adversidades de la era colonial japonesa y de la Guerra de Corea. Es más, recuerdo vívidamente a ciertas personas que, incluso ante la inminencia de la muerte, continuaron ofreciendo acción de gracias y alabanzas a Dios. Es mi esperanza que estos recuerdos retornen a mí con una claridad aún mayor cuando yo también me encuentre en el umbral de la muerte. Por consiguiente, cuando llegue ese momento, deseo ofrecer mis agradecimientos y súplicas a Dios, recordando toda la gracia que Él, con tanta bondad, ha derramado sobre mí.

En segundo lugar, cuando Jacob se vio abrumado por el miedo y la angustia, se aferró firmemente a las promesas de Dios y le suplicó con fervor.

Observemos Génesis 32:12: «Pero tú has dicho: "Ciertamente te haré prosperar y haré que tus descendientes sean como la arena del mar, que no se puede contar"». Jacob temía que su hermano Esaú —quien se acercaba con una comitiva de 400 hombres— viniera y lo masacrara a él, junto con sus esposas y sus hijos (v. 11). Sin embargo, Jacob superó este miedo a la muerte aferrándose a las promesas de Dios y clamando a Él en oración. En resumen, en medio de una situación de terror extremo, Jacob se negó a dejarse arrastrar por sus *sentimientos* de miedo; en su lugar, se ancló en el *hecho* de las promesas de Dios y, mediante la *fe*, presentó sus súplicas ante Él. Pudo hacerlo porque, en sus momentos de intenso miedo y angustia, lo primero que hizo al orar a Dios fue traer a la memoria «toda la bondad y toda la fidelidad que has mostrado a tu siervo» (v. 10).

Al igual que Jacob, yo también deseo que, cada vez que me vea abrumado por el miedo y la angustia, recuerde ante todo toda la gracia y la verdad de Dios, para luego volverme a Él en oración. Por consiguiente, en lugar de dejarme llevar por mis emociones de temor, deseo ser guiado por la Palabra de verdad de Dios, a fin de poder superar el intenso miedo que habita en mi interior. Ciertamente, no deseo temblar de miedo —indefenso y

desconcertado— cuando las olas de la vida se estrellen sobre mí. Por el contrario, en tales momentos, deseo recordar la gracia de Dios y ser guiado por la promesa de la «Alimentación de los cinco mil» —relatada en Juan 6:1-15, un pasaje grabado en la tabla de mi corazón— mientras clamo a Dios. Tal como Jacob, anhelando la gracia salvadora de Dios (Gén. 32:11), se aferró firmemente a la palabra de promesa de Dios —proclamándola y acercándose a Él en oración—, yo también deseo acercarme a Dios en oración: aferrándome y proclamando la promesa que se me dio personalmente en Juan 6:1–15, así como la promesa dada a la iglesia en Mateo 16:18. Al hacerlo, incluso en medio de las olas embravecidas de la vida, deseo experimentar la profunda tranquilidad que Dios otorga: una paz tan serena como las aguas quietas en las profundidades bajo la superficie del océano.

En tercer y último lugar, cuando Jacob se vio abrumado por el miedo y la angustia, no se rindió; por el contrario, imploró a Dios con persistencia hasta que Él le concedió Su bendición.

Observemos Génesis 32:26: «El hombre dijo: "Déjame ir, pues ya amanece". Pero Jacob respondió: "No te dejaré ir a menos que me bendigas"». Después de haber guiado a su familia y a todas sus posesiones a través del vado de Jaboc, Jacob se quedó atrás, solo, y luchó con un ángel hasta el amanecer (vv. 22–24). Entonces, al despuntar el alba, cuando el ángel le dijo: «Déjame ir», Jacob declaró que no lo soltaría a menos que el ángel le otorgara primero una bendición. ¿Qué significa esto? Significa que Jacob había adoptado una firme resolución y un compromiso: no bajaría las manos de la oración hasta haber recibido la bendición de Dios. ¿Poseemos usted y yo esta misma resolución y este mismo compromiso?

Nosotros también debemos aferrarnos a Dios con tal resolución y determinación. Debemos suplicar a Dios con esta firme resolución: «No dejaremos de orar hasta que Dios responda nuestras oraciones». Nunca debemos, bajo ninguna circunstancia, dejar de orar. No debemos renunciar a la oración tan fácilmente. Debemos rogar a Dios con persistencia. Debemos ofrecer nuestras oraciones a Dios con paciencia. Puesto que Dios es fiel, Él

cumplirá ciertamente las promesas que nos ha hecho. Debemos orar a este Dios fiel con la firme resolución: «No soltaré esta oración hasta que me concedas una respuesta».

No deseo temer a la muerte física. No deseo temer únicamente a mi propia muerte, ni siquiera a la muerte de mi amada esposa y de mis hijos. Más bien, lo que deseo temer es la perspectiva de que mis amados amigos no lleguen a creer en Jesús y, en consecuencia, enfrenten la muerte eterna. Deseo temer la posibilidad de que los familiares y parientes de mis amados hermanos y hermanas en la iglesia —aquellos que aún no creen— no lleguen a aceptar a Jesús y, en su lugar, experimenten la muerte eterna. Deseo temer esto cada vez más, y anhelo que mi corazón se sienta cada vez más agobiado por ello. Por lo tanto, en medio de un temor tan intenso y de una profunda angustia de corazón, deseo suplicar a Dios. Deseo orar fervientemente a Dios, impulsado por un corazón que ama las almas. Al igual que Moisés y Pablo, deseo suplicar que —incluso si yo llegara a ser separado de Cristo, o si mi nombre fuera borrado del Libro de la Vida— las almas moribundas que Dios ama, y que yo amo, lleguen a creer en Jesús y sean salvas. Recordando la gracia de la salvación que Dios me ha concedido, deseo suplicar que Él extienda esa misma gracia salvadora a aquellas almas moribundas a las que Él ama. Fijando mi mirada con fe en el Dios fiel —quien me entregó Sus promesas y fielmente las lleva a cumplimiento— deseo suplicarle con mi propia vida, sin rendirme jamás hasta que mis oraciones sean respondidas.

¿Por qué estamos en necesidad?

«Hubo hambre en los días de David por tres años, año tras año; y David consultó al SEÑOR. Y el SEÑOR respondió: "Es por causa de Saúl y de su casa sanguinaria, porque mató a los gabaonitas"». (2 Samuel 21:1)

Hoy en día, el mundo entero experimenta una necesidad financiera. En consecuencia, incontables personas sufren de estrés extremo y angustia bajo el peso de la presión económica. Más allá de esta dificultad económica, muchísimas personas experimentan también una necesidad mental y emocional. Como resultado, muchos se han vuelto mental y emocionalmente inestables, manifestando diversos síntomas de angustia. Sin embargo, más grave que cualquiera de estas formas de privación es el hecho de que el mundo entero se encuentra actualmente en un estado de necesidad espiritual. En medio de este vacío espiritual, las personas buscan diversas formas de «espiritualidad»; no obstante, parecen estar cayendo en un estado de ilusión espiritual. ¿Por qué nos sobreviene tal «hambre»? ¿Cuál es, en verdad, la razón?

Al leer la Biblia, con frecuencia nos encontramos con las palabras «hambre» o «sequía». Por ejemplo, si observamos el capítulo 43 de Génesis en el Antiguo Testamento, descubrimos que, durante la época de Jacob, una severa hambruna azotó incluso la fértil tierra de Canaán (Gén. 43:1). Además, al dirigirnos al capítulo 15 de Lucas en el Nuevo Testamento, aprendemos que estalló una severa hambruna en la misma región donde residía el Hijo Pródigo (v. 14). ¿Por qué ocurren tales hambrunas? ¿Es una mera coincidencia? De ninguna manera es una coincidencia. Dios, el Creador, tiene un propósito definido al permitir que

tales hambrunas nos sobrevengan. Estos propósitos pueden clasificarse, a grandes rasgos, en dos tipos: (1) un hambre de formación y (2) un hambre de corrección. Creo que el hambre descrita en el capítulo 43 de Génesis, si bien sirvió como un hambre de corrección para los hermanos de José, tuvo como objetivo principal la formación de José. Considero aquella hambruna como un acontecimiento que permitió a Jacob, a José y a sus familiares experimentar de primera mano la obra de salvación de Dios; permitiéndoles así disfrutar de la bendición de una fe que progresa para confiar y depender del Dios de la salvación de manera aún más profunda, emergiendo finalmente como oro refinado. En contraste, considero que la hambruna descrita en el capítulo 15 de Lucas es una hambruna de corrección: una diseñada para llevar al Hijo Pródigo al arrepentimiento y traerlo de regreso a su padre. Si actualmente te enfrentas a una hambruna en tu propia vida, ¿qué tipo de hambruna crees que es?

Creo que la hambruna mencionada en el pasaje bíblico de hoy —2 Samuel 21:1— es, precisamente, una hambruna de corrección. La razón de mi parecer se encuentra en la respuesta de Dios a David, quien buscaba fervientemente Su rostro: «Es por causa de Saúl y de su casa ensangrentada, porque dio muerte a los gabaonitas» (v. 1). Dios, el fiel Guardián del Pacto, envió una hambruna de tres años durante el reinado de David (v. 1) debido a que Saúl —actuando por celo hacia las tribus de Israel y de Judá (v. 2)— había violado el pacto que Josué y los israelitas habían jurado en el nombre de Dios con los gabaonitas sobrevivientes que habitaban entre los amorreos; de hecho, Saúl había conspirado para matarlos, los masacró y aniquiló realmente, e impidió que permanecieran dentro de las fronteras de Israel (v. 5). Por consiguiente, David convocó a los gabaonitas (v. 2) y preguntó: «¿Qué haré por vosotros? ¿Cómo haré expiación para que bendigáis la heredad del SEÑOR?» (v. 3). En respuesta, los gabaonitas exigieron que les entregara a siete descendientes del hombre que había conspirado contra ellos (vv. 5–6). Declararon que, acto seguido, colgarían a estos siete descendientes de Saúl ante Dios en Gabaa, la ciudad natal de Saúl (v. 6). Al escuchar esta exigencia, David les entregó a los siete descendientes de Saúl (vv. 8–9); Sin embargo, perdonó a Mefiboset —nieto de Saúl e hijo de Jonatán— y no lo entregó a ellos (v.

7). La razón de esto fue que David había jurado un pacto ante Dios con el hijo de Saúl, Jonatán (v. 7). Finalmente, los gabaonitas ahorcaron a los siete descendientes de Saúl —a quienes David había entregado— en un monte, ante el SEÑOR; y los siete murieron juntos (v. 9). Entonces Rizpa, hija de Aja y esposa de Saúl, tomó un cilicio y lo tendió para sí sobre una roca; desde el comienzo de la temporada de la cosecha hasta que la lluvia se derramó desde los cielos sobre los cuerpos, ella impidió que las aves del cielo se posaran sobre ellos de día y que las bestias salvajes se acercaran a ellos de noche (v. 10). Cuando la noticia de sus acciones llegó a oídos de David (v. 11), este fue y recogió los huesos de Saúl y de su hijo Jonatán de manos de la gente de Jabes de Galaad (v. 12). Luego reunió los huesos de los siete descendientes de Saúl que habían sido ejecutados por los gabaonitas (v. 13) y los sepultó a todos juntos en la tierra de Benjamín, en Zela, en la tumba de su padre, Cis (v. 14). Solo después de esto prestó Dios atención a las oraciones ofrecidas por la tierra (v. 14).

Al meditar en esta narrativa bíblica, hallé la respuesta a la pregunta: «¿Por qué experimentamos la indigencia?». La causa fundamental de la indigencia que irrumpe en nuestras vidas —ya sea espiritual, mental, emocional o financiera— reside, precisamente, en nuestro pecado. Y ese pecado es, específicamente, el pecado de quebrantar un pacto hecho ante Dios. Por supuesto, en el caso de David, la hambruna que asoló al pueblo de Israel fue la consecuencia de un pecado cometido por Saúl y su casa: violaron el pacto que Josué y las tribus de Israel habían establecido con los gabaonitas (versículo 2), masacrándolos y exterminándolos. Por consiguiente, podría decirse que la indigencia que encontramos en nuestras propias vidas es también, en cierta medida, el resultado de los pecados de nuestros antepasados. Sin embargo, creo que el enfoque principal aquí no recae meramente en las consecuencias de los pecados pasados, sino más bien en el pacto en sí mismo; específicamente, en un pacto hecho ante Dios. En otras palabras, Dios otorga un valor inmenso a los pactos establecidos en Su nombre. Aunque los gabaonitas habían celebrado un pacto con Josué y las tribus de Israel en un pasado remoto —durante la época de Josué— ocultando engañosamente sus verdaderas identidades, Dios —siendo un Dios que atesora los pactos— siguió considerando sagrado aquel acuerdo. Bajo esta luz, parece

que Dios —el Dios del Pacto— atendió las quejas de los gabaonitas, quienes habían sido masacrados por el rey Saúl y su casa. Y Dios respondió a esas quejas durante el reinado de David —específicamente enviando una hambruna—, haciendo así justicia mediante la mediación de David. ¡Qué Dios de fidelidad es Él con respecto a Sus pactos! Nuestro santo Dios es, en verdad, fiel; Él otorga fielmente bendiciones a quienes cumplen sus pactos, pero con la misma fidelidad hace recaer maldiciones sobre aquellos que no los respetan. Por lo tanto, debemos esforzarnos con todas nuestras fuerzas por cumplir los pactos que hemos hecho ante Dios, ya sean pactos establecidos con otras personas (tales como los votos que un esposo y una esposa intercambian ante Dios en su boda) o pactos establecidos directamente con Dios mismo (tales como los votos personales que le hemos prometido). En particular, debemos cumplir fielmente el pacto que Dios ha establecido con nosotros por medio de Jesucristo. Debemos esforzarnos por obedecer diligentemente los mandamientos que nos ha dado el Dios del Pacto. Si no logramos cumplir fiel y diligentemente este pacto, nuestras vidas se verán inevitablemente marcadas por la hambruna y la indigencia. ¿Por qué, entonces, a menudo fallamos en honrar fielmente los pactos o votos que hemos hecho con Dios —muy a la manera del rey Saúl? La razón reside precisamente en un celo mal encauzado (v. 2). Así como el apóstol Pablo —cuando aún era conocido como Saúl— persiguió a la iglesia con gran celo antes de encontrarse con Jesús resucitado en el camino a Damasco (Fil. 3:6), el rey Saúl también actuó movido por un celo mal encauzado en favor de Israel y Judá cuando masacró a los gabaonitas: el mismo pueblo con el que Josué y los israelitas habían establecido un pacto ante Dios. El problema no es el celo en sí mismo, sino más bien un celo mal encauzado. Es verdaderamente peligroso. ¡Cuán arriesgado resulta cuando algunos individuos sirven con gran fervor —convencidos de que aman tanto a Dios como a la iglesia— y, sin embargo, en lugar de servir conforme a la voluntad de Dios, sirven celosamente según su propia voluntad! En consecuencia, cuando observamos a personas dentro de la iglesia que siembran discordia y conflicto —incluso hasta el punto de perturbar el orden y la paz de la congregación— a menudo descubrimos que son, de hecho, personas que sirven a la iglesia con un celo inmenso. ¿A qué se debe esto? Se debe a que, al igual que Saúl, están sirviendo con un celo mal encauzado. ¿Y por qué está mal encauzado este celo?

Porque no valoran el pacto hecho ante Dios con la misma estima con la que lo valora Dios mismo. Aunque los gabaonitas ciertamente habían engañado a Josué y a los israelitas, Josué y los líderes israelitas también tuvieron su cuota de culpa, pues no consultaron a Dios antes de establecer un pacto con ellos. Si bien ambas partes cometieron errores, el rey Saúl estaba, no obstante, obligado a honrar ese pacto, precisamente porque había sido establecido en presencia de Dios. Sin embargo, bajo el pretexto de actuar en nombre de las tribus de Israel y Judá, hizo caso omiso del pacto y masacró al pueblo de Gabaón. Siempre que cometemos un pecado, existe invariablemente una justificación interesada —una excusa— que hace que el acto parezca correcto a nuestros propios ojos; una justificación que, a menudo, se presenta bajo el argumento de que se realiza en beneficio de los demás. Sin embargo, Dios ni pasa por alto —ni puede pasar por alto— el pecado de quebrantar los votos hechos a Él o los pactos establecidos con otros en Su presencia, simplemente porque ofrezcamos excusas tan endebles. La razón de esto es que nuestro Dios no solo es santo y justo, sino que también nos ama. Es más, creo que, así como Él atendió las quejas de los gabaonitas, nuestro Dios ama incluso a los no creyentes con quienes hemos hecho promesas en Su presencia, y del mismo modo atenderá sus quejas. Por lo tanto, al igual que David, debemos consultar a Dios mediante la oración para saber por qué nos ha sobrevenido la adversidad; debemos meditar en pasajes como el texto de hoy y buscar con fervor la iluminación del Espíritu Santo. Cuando así lo hagamos, Dios el Espíritu Santo nos hablará con la voz de Dios a través de Su Palabra. Debemos entonces escuchar con humildad esa Palabra de Dios y, como David, someternos en obediencia. En nuestra obediencia, debemos —nuevamente, como David— asegurarnos de no quebrantar los pactos o promesas que hemos hecho con otros, aun mientras obedecemos la Palabra de Dios. ¿Cuál es la razón de esto? La razón es que nuestro Dios es el Dios del Pacto.

Cuando las adversidades y las dificultades se nos vienen encima todas a la vez

«... Si no se mantienen firmes en su fe, no se mantendrán en absoluto» (Isaías 7:9b).

No comprendo por qué las adversidades y las dificultades parecen abatirse sobre mí todas a la vez. Justo cuando pensaba que las cosas por fin se estaban calmando, surgen problemas desde todas las direcciones, y me encuentro totalmente perdido, sin saber qué hacer. Incluso lidiar con uno solo de estos asuntos superaría mis fuerzas; sin embargo, no se trata de uno o dos nada más: la abrumadora cantidad de cargas me deja sintiéndome fatigado y exhausto. Ya no tengo fuerzas para hacer frente a estos asuntos. Tanto mi cuerpo como mi espíritu están completamente agotados. Mi corazón se siente apesadumbrado y atormentado, sumiéndome en un profundo desánimo. En medio de mi angustia, derramo lágrimas. Me vienen a la mente las letras del himno evangélico «Tú eres mi hijo»: «Cuando estoy cansado, exhausto y desesperado —cuando he caído y no tengo fuerzas para levantarme— Él se acerca silenciosamente, toma mi mano y me habla». «Cuando me siento decepcionado de mí mismo, percibiendo mi propia fragilidad y derramando lágrimas de dolor, Sus manos, traspasadas por los clavos, enjugan mis lágrimas mientras Él me habla...». ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos escuchar la voz de Dios que nos habla. Y debemos obedecer esa voz del Señor.

Al leer la Biblia, a menudo observamos que cuando Satanás nos ataca —a nosotros, los que hemos depositado nuestra fe en Jesús—, con frecuencia emplea un frente unido. Por

ejemplo, en el capítulo 4 de Nehemías, vemos que los grupos que se oponían a Nehemías y al pueblo de Judá —quienes estaban dedicados a reconstruir las murallas de Jerusalén— formaron una coalición unida. Sanbalat, Tobías, los árabes, los amonitas y la gente de Asdod unieron fuerzas (Nehemías 4:7) para oponerse a Nehemías y al pueblo de Judá, buscando frustrar sus esfuerzos por reconstruir las murallas de Jerusalén. Esta coalición de adversarios también puede observarse en la Biblia, específicamente en Lucas 23:12: «Herodes y Pilato se hicieron amigos ese mismo día, pues antes habían sido enemigos». En su esfuerzo conjunto por perseguir a Jesús, Herodes y Pilato —quienes anteriormente habían sido enemigos acérrimos— formaron un frente unido. Incluso hoy en día, aquellos que se oponen a Jesús y a Su iglesia están uniendo fuerzas para atacar a la iglesia colectivamente, esforzándose desesperadamente por impedir su reconstrucción. Del mismo modo, Satanás está haciendo todo lo posible para obstaculizar el fortalecimiento de nuestra fe. Una de las tácticas de Satanás consiste en desatar sobre nuestras vidas, de manera simultánea, una avalancha de adversidades y dificultades, dejándonos así fatigados, exhaustos y desanimados. Su intención y objetivo son sembrar confusión y desconcierto con respecto a nuestra fe en Dios, sacudiendo de este modo los cimientos mismos de nuestra confianza en el Señor. El objetivo final de Satanás, al intentar socavar la firmeza de nuestra fe, es alejarnos del Señor y de Su iglesia. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos escuchar la voz de Dios cuando Él nos habla. Y debemos obedecer esa voz del Señor.

Al examinar el contexto del pasaje bíblico de hoy —la parte final de Isaías 7:9— descubrimos que, durante el reinado del rey Acaz sobre el reino del sur (Judá), el rey Peka del reino del norte (Israel) marchó para atacar Jerusalén, pero no logró conquistarla (v. 1). En consecuencia, el rey Peka de Israel formó una alianza con el rey Rezín de Aram (Siria), uniendo sus fuerzas con la intención de invadir Judá. Ante esta inminente amenaza de invasión, el rey Acaz de Judá y su pueblo se vieron dominados por el miedo; sus corazones temblaron y vacilaron, tal como los árboles de un bosque se mecen al viento (v. 2). En ese momento crítico, Dios habló al rey Acaz de Judá y a su pueblo por medio del profeta Isaías.

Basándome en el contenido de ese pasaje, me gustaría compartir tres lecciones sobre cómo debemos responder cuando las adversidades y dificultades se abaten sobre nosotros de manera simultánea:

En primer lugar, no debemos tener miedo, ni tampoco debemos desanimarnos.

Observe Isaías 7:4: «Dile: "Ten cuidado, mantén la calma y no tengas miedo. No pierdas el ánimo a causa de estos dos tizones humeantes —Rezín y Aram, y el hijo de Remalías—, aunque estén furiosamente enojados"» [(Contemporary English Version) «Dile: "Esto es lo que yo, el SEÑOR, digo: Ten cuidado, mantén la calma y no tengas miedo ni pierdas el ánimo. Por muy enojados que estén Rezín de Siria y el hijo de Remalías, no son más que dos tizones humeantes"»]. A través del profeta Isaías, Dios habló al tembloroso rey de Judá, diciéndole: «Ten cuidado, mantén la calma y no tengas miedo ni pierdas el ánimo» (v. 4, Contemporary English Version). ¿Se lo imagina? Si el rey de una nación siente miedo y desánimo, ¿qué será del pueblo de esa nación? ¿Qué sucedería, en particular, si ese líder —mientras se encuentra atenazado por el miedo y la desesperación— no actuara con cautela ni guardara silencio, sino que, por el contrario, expresara sus propios temores y su desánimo ante su pueblo, provocando así que ellos también vivieran sumidos en el miedo y la desesperación? Precisamente por eso Dios le dijo a Acaz, rey de Judá: «No tengas miedo; no pierdas el ánimo».

Incluso en situaciones que provocan miedo y desánimo, debemos prestar atención a la Palabra de Dios y negarnos a sentir miedo o a perder el ánimo. Esto es especialmente cierto si ejercemos como líderes dentro de una familia o de una organización; en tales roles, resulta aún más imperativo que no cedamos ante el miedo o la desesperación. Por ejemplo, cuando una familia enfrenta numerosas adversidades, si nosotros —como cabezas de nuestros hogares— temblamos de miedo y perdemos el ánimo, ¿qué será de nuestras esposas e hijos? Un líder, aun cuando sienta miedo o desánimo, debe —en obediencia a la Palabra del Señor— negarse a ceder ante el miedo o la desesperación. No puedo expresar

plenamente cuán profundo desafío representa esto para mí, en lo personal. Para lograrlo, considero esencial —de hecho, indispensable— meditar en la Palabra de Dios día y noche. La razón es que, cuanto más medito en la Palabra de Dios, más me siento impulsado a depositar mi fe y mi confianza en Él (cf. Salmos 1; Jeremías 17). Además, cuanto más confío en Dios, menos me consumirán el miedo o la desesperación, incluso al enfrentar situaciones que resultan aterradoras y desalentadoras. En lugar de ceder ante el miedo, deseo ser valiente. Del mismo modo, en lugar de caer en la desesperación, deseo llenarme de esperanza. Oro para que, al fijar mis ojos de fe en el Señor —quien es mi verdadera esperanza—, pueda avanzar con valentía y esperanza, resistiendo y perseverando incluso a través de las circunstancias más arduas y desafiantes.

En segundo lugar, debemos tomar la Palabra del Señor exactamente tal como es y creerla.

Observemos Isaías 7:7: «Así dice el Señor DIOS: "No prevalecerá, ni sucederá"» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Sin embargo, esto ciertamente no sucederá conforme a sus planes»]. A través del profeta Isaías, Dios entregó un mensaje específico a Acaz, rey de Judá: que «el asunto» —el complot ideado por el rey de Israel y el rey de Aram— nunca se cumpliría exactamente tal como ellos lo habían planeado (v. 7). Aquí, «el asunto» se refiere a la conspiración tramada por estos dos reyes —quienes habían formado una alianza basada en intenciones maliciosas— para levantarse contra el rey Acaz de Judá y causarle daño (v. 5, Versión en Inglés Contemporáneo). El rey de Israel y el rey de Aram habían ideado un plan para marchar juntos contra Judá, conquistarla e instalar al hijo de Tabeel en el trono (v. 6, Versión en Inglés Contemporáneo). Sin embargo, la Palabra de Dios que llegó al rey Acaz de Judá fue esta: «Esto ciertamente no sucederá conforme a sus planes» (vv. 5–7, Versión en Inglés Contemporáneo).

La verdad que debemos creer firmemente es que solo los planes de Dios permanecen firmes para siempre (Salmos 33:11). Además, no existe plan alguno que el Señor no pueda llevar a cabo (Job 42:2). Aunque una persona pueda tener muchos planes en su corazón y

trazar su propio camino, es Dios quien dirige sus pasos, y solo la voluntad del Señor se cumple finalmente (Prov. 16:9; 19:21). Nuestro Señor invariablemente lleva a cabo y ejecuta todo aquello que ha dicho y planeado (Isa. 46:11). El apóstol Pablo poseía precisamente esa clase de fe. Habiendo apelado al César, el emperador romano (Hechos 26:32), navegaba rumbo a Roma, Italia, mientras se hallaba encadenado (27:1); sin embargo, al toparse con una violenta tormenta, se encontró en una situación peligrosa, al borde del naufragio. En ese momento, de entre las 276 personas a bordo del barco —con la única excepción de Pablo—, los 275 individuos restantes se dieron por vencidos, al no ver ya ninguna esperanza de salvación. Habían abandonado toda esperanza de ser rescatados y se limitaban a esperar la muerte. Arrastrados por el feroz vendaval conocido como el «Euroclidón», dejaron que el barco fuera a la deriva hacia donde el viento lo llevara; en su desesperada lucha por sobrevivir, incluso arrojaron la carga por la borda y, al tercer día, lanzaron al mar los aparejos del barco con sus propias manos. No obstante, a medida que la violenta tormenta persistía día tras día, llegaron a un estado en el que hasta el último vestigio de esperanza de ser librados se había desvanecido. La razón de ello radicaba precisamente en que, en lugar de mirar a Dios —el Creador del cielo y de la tierra—, fijaron su mirada en la propia tormenta embravecida. Pablo, sin embargo, mantuvo tanto la esperanza como la confianza en su salvación. Esto se debía a que había escuchado la voz de Dios (vv. 23–24). Por consiguiente, Pablo declaró con firme confianza a las otras 275 personas: «¡Ánimo, hombres! Pues tengo fe en Dios de que sucederá exactamente tal como Él me lo ha dicho» (v. 25). Yo también anhelo fervientemente poseer la misma fe y confianza que Pablo. Creo firmemente que el Señor cumplirá fielmente las palabras que me dio, extraídas de Juan 6:1–15, durante el retiro del ministerio universitario en 1987; así como también las palabras de Mateo 16:18 —recibidas en 2003, mientras consideraba la posibilidad de la Iglesia Presbiteriana Seungri— durante el retiro organizado por el Consejo de Pastores para la Renovación de la Iglesia. Incluso cuando mi corazón se hallaba angustiado y desanimado por las adversidades y dificultades, el Señor me consoló y fortaleció a través de estas promesas; Él me levantó una y otra vez —tal como un juguete de base pesada que siempre recupera su posición vertical— y, por Su gracia, he sido sostenido hasta el día de hoy. Oro para que, en los días venideros,

pueda seguir avanzando en fe hasta que llegue el día en que el Señor lleve a plena realización las promesas que me ha dado.

En tercer y último lugar, debemos mantenernos firmes.

Observemos la parte final de Isaías 7:9: «…Si no se mantienen firmes en su fe, no se mantendrán en absoluto» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Si no creen en Mis palabras, tampoco durarán mucho tiempo»]. Por medio del profeta Isaías, Dios le dijo al rey Acaz de Judá que la capital de Aram permanecería confinada a Damasco, que el rey Rezín de Aram no podría expandir su territorio más allá de ese punto, y que Israel también sería destruido en el plazo de sesenta y cinco años (v. 9, Versión en Inglés Contemporáneo). Habiendo declarado esto, Dios exhortó al rey Acaz a creer firmemente y a mantenerse firme. Le advirtió que, si el rey Acaz no lo hacía, él tampoco duraría mucho tiempo (v. 9, Versión en Inglés Contemporáneo).

Debemos creer firmemente y mantenernos firmes. Aunque nuestro adversario —las huestes de Satanás— forme un frente unido para atacarnos, esforzándose incesantemente por sacudir nuestra fe y hacernos vacilar, nosotros, no obstante, debemos mantenernos firmes en nuestra fe y permanecer inquebrantables. No debemos vacilar por incredulidad respecto a las promesas de Dios; más bien, debemos fortalecernos en nuestra fe y dar gloria a Dios (Rom. 4:20). Debemos aferrarnos firmemente a la palabra prometida de Dios, sin soltarla jamás, y debemos guardarla celosamente (Prov. 4:13). Además, dado que Aquel que hizo la promesa es fiel, debemos mantenernos inquebrantables en la esperanza que profesamos (Heb. 10:23). Debemos mantener firme hasta el final la confianza que tuvimos al principio (Heb. 3:14). Puesto que confiamos en Dios, debemos mantenernos firmes en el Señor (2 Crón. 20:20; 1 Tes. 3:8). Cuando las adversidades y las dificultades se abaten sobre nosotros todas a la vez —incluso cuando temblamos de miedo y nos esforzamos por resistir con todas nuestras fuerzas en medio de nuestras preocupaciones y ansiedades—, hay momentos en los que ya no podemos más, quedando totalmente exhaustos y

derrumbándonos en la desesperación. En tales momentos, debemos fijar nuestra mirada en el Señor. También debemos inclinar nuestros oídos para escuchar Su voz. Hoy —en este mismo momento— el Señor nos dirige estas palabras: «No temas ni desmayes»; «Confía en mis palabras tal como son»; «Mantente firme» (Isaías 7:4, 7, 9). Que todos nosotros seamos aquellos que prestan oído a estas palabras del Señor y las obedecen.

«En tiempos de angustia»

«Pero en su angustia se volvieron al SEÑOR, el Dios de Israel, y lo buscaron, y Él permitió ser hallado por ellos» (2 Crónicas 15:4).

Es fácil desanimarse cuando nos enfrentamos a tiempos de angustia. Cuando esto sucede, revelamos inevitablemente la fragilidad de nuestra propia fuerza (Proverbios 24:10). Por lo tanto, no debemos ceder ante el desánimo. Más bien, en medio de nuestras tribulaciones, debemos clamar a Dios (Salmos 120:1). Siempre debemos ser diligentes en la oración durante los tiempos de angustia (Romanos 12:12). Cuando hacemos esto, Dios nos responderá (Salmos 120:1).

Al observar el texto de hoy —2 Crónicas 15:4—, la Escritura habla de «aquel tiempo de angustia». Aquí, «aquel tiempo de angustia» se refiere a un período en el que «no había paz para los que salían ni para los que entraban, pues grandes disturbios afligían a todos los habitantes de las tierras. Nación se quebrantaba contra nación, y ciudad contra ciudad, porque Dios los turbaba con toda clase de angustia» (versículos 5–6). Durante ese tiempo, el pueblo de Israel se encontraba en conmoción debido a diversas adversidades (versículo 6). ¿Por qué sufrieron tal tribulación? ¿Cuál fue la causa de esta angustia? La razón fue que, durante mucho tiempo, Israel había estado sin el Dios verdadero, sin un sacerdote que enseñara y sin la ley (versículo 3). Al escuchar la profecía de Azarías, hijo del profeta Oded (versículo 1), el rey Asa cobró ánimo (versículo 8) y llevó a cabo una reforma religiosa. Hizo lo que era bueno y recto a los ojos del SEÑOR su Dios; quitó los altares extranjeros y los

lugares altos, hizo pedazos las columnas sagradas, derribó los postes de Asera y ordenó al pueblo de Judá que buscara al SEÑOR, el Dios de sus antepasados, y que obedeciera Sus leyes y mandamientos. Además, quitó los lugares altos y las imágenes del sol de todas las ciudades de Judá (14:2–5). El rey Asa llegó a tales extremos para guiar al pueblo de Judá a buscar a Dios, que declaró que cualquiera —ya fuera grande o pequeño, hombre o mujer— que no buscara al SEÑOR, el Dios de Israel, merecía ser condenado a muerte (15:13); además, les hizo prestar un juramento ante Dios (v. 14). Dado que prestaron el juramento y buscaron a Dios con todo su corazón, Dios permitió ser hallado por ellos y les concedió paz por todas partes (v. 15). En última instancia, el reino de Judá llegó a disfrutar de paz en la presencia de Dios (14:5). Puesto que Dios concedió paz a Asa, la tierra permaneció en calma y no hubo guerra durante muchos años (v. 6). En otras palabras, debido a que el rey Asa buscó a Dios desde el principio, el Señor concedió paz por todas partes a Asa y al pueblo de Judá (v. 7). Así, durante el reinado de Asa, su tierra disfrutó de paz durante diez años (v. 1). Sin embargo, pronto sobrevino una gran prueba al rey Asa y a su pueblo de Judá, quienes habían estado disfrutando de tal paz. Esta prueba se presentó en la figura de Zera el cusita, quien marchó contra el pueblo de Judá con un ejército de un millón de hombres y trescientos carros de guerra, llegando hasta la ciudad de Maresa (v. 9). Incluso en ese momento, el rey Asa buscó a Dios. En otras palabras, confiando en el Señor, clamó a Dios: «¡Oh SEÑOR, no hay nadie fuera de Ti para ayudar entre el poderoso y el débil! ¡Ayúdanos, pues, oh SEÑOR, Dios nuestro, porque en Ti confiamos, y en Tu nombre hemos venido contra este inmenso ejército! ¡Oh SEÑOR, Tú eres nuestro Dios; no permitas que el hombre prevalezca contra Ti!» (v. 11). Como resultado, Dios derrotó a los cusitas ante Asa y el pueblo de Judá; no solo huyeron los cusitas (v. 12), sino que fueron todos aniquilados, sin que quedara ni un solo sobreviviente (v. 13). Así, el comienzo del rey Asa fue magnífico. Fue un rey que buscó a Dios, confiando en Él por completo. Fue un rey que clamó a Dios. Por lo tanto, aunque los ejércitos de los cusitas y de los libios eran inmensos y poseían una multitud de caballos y carros de guerra, Dios entregó a todo ese ejército en manos del rey Asa (16:8). Además, Dios concedió paz al rey Asa y a su reino (14:1, 5, 6, 7). Sin embargo, los últimos días del rey Asa fueron de debilidad. Debido a que muchas personas de Israel —al observar que el Señor, el Dios de

Asa, estaba con él— se pasaron al bando de Asa (15:9), Baasa, rey de Israel, marchó contra Judá y fortificó Ramá para impedir que nadie viajara hacia el rey Asa de Judá o saliera de su territorio (16:1). En ese momento, en lugar de confiar en Dios y buscarlo, el rey Asa de Judá tomó plata y oro de los tesoros del Templo del Señor y del palacio real, y se los envió a Ben-adad, rey de Aram, quien residía en Damasco (v. 2). Entonces el rey Asa envió un mensaje a Ben-adad, rey de Aram, diciendo: «Que haya un tratado entre tú y yo, tal como lo hubo entre mi padre y tu padre. Mira, te envío plata y oro; ven y rompe tu tratado con Baasa, rey de Israel, para que él se retire de mí» (v. 3). En otras palabras, cuando Baasa, rey de Israel, marchó para atacar a Judá, el rey Asa no confió en Dios, sino que depositó su confianza en el rey de Aram (v. 7). En aquel tiempo, Hananí el vidente se presentó ante el rey Asa de Judá y le dijo: «Por cuanto confiaste en el rey de Aram y no confiaste en el SEÑOR tu Dios, el ejército del rey de Aram ha escapado de tus manos. ¿Acaso no eran los cusitas y los libios un ejército poderoso con una inmensa cantidad de carros y jinetes? Sin embargo, por haber confiado en el SEÑOR, Él los entregó en tu mano. Pues los ojos del SEÑOR recorren toda la tierra para fortalecer a aquellos cuyos corazones están plenamente comprometidos con Él. Has actuado neciamente en este asunto; por lo tanto, de ahora en adelante tendrás guerras» (vv. 7–9). Al oír estas palabras, el rey Asa se enfureció; No solo encarceló a Hanani, el vidente, sino que también maltrató a parte del pueblo (v. 10). Además, en el trigésimo noveno año de su reinado —cuando padecía una grave dolencia en los pies— no buscó la ayuda de Dios, sino que recurrió a los médicos (v. 12). En consecuencia, murió en el cuadragésimo primer año de su reinado (v. 13). Así pues, los últimos días del rey Asa fueron verdaderamente débiles. Aquel que al principio había confiado en Dios, terminó confiando en el rey de Aram y en los médicos. Aquel que al principio había buscado a Dios, terminó buscando a los hombres. Al principio, gozó de la paz otorgada por Dios; sin embargo, más tarde perdió esa paz. Y entonces, murió.

Me viene a la memoria la primera parte de Apocalipsis 2:5: «Recuerda, por tanto, de dónde has caído; arrepiéntete y haz las primeras obras…». Al reflexionar sobre el principio y el fin del rey Asa de Judá, no puedo evitar preguntarme exactamente en qué punto cayó. Sigue

siendo un misterio para mí cómo él —quien en un tiempo confió tan plenamente en Dios y lo buscó con tanto fervor— llegó, al final, a confiar en las personas y a buscar su ayuda. Me siento impulsado a reflexionar una vez más sobre estas palabras de Dios, transmitidas por medio de Azarías, hijo del profeta Oded: «…El SEÑOR está con vosotros mientras vosotros estáis con Él. Si lo buscáis, Él se dejará hallar por vosotros; pero si lo abandonáis, Él os abandonará» (2 Crónicas 15:2). En resumen, la razón por la que el comienzo del rey Asa fue tan glorioso, mientras que su final resultó tan débil, es que abandonó a Dios. Debido a que dejó de caminar con Dios y dejó de buscarlo, fue, a su vez, abandonado por Dios. ¿Por qué el rey Asa caminó con Dios y lo buscó de todo corazón al principio, para luego terminar caminando con las personas y buscando su ayuda al final? ¿Dónde cayó exactamente? A mi modo de ver, el rey Asa confió enteramente en Dios y lo buscó con todo su corazón cuando los inmensos ejércitos de los cusitas y los libios marcharon para atacar a Judá. En consecuencia, Dios les concedió la victoria a él y al pueblo de Judá (14:9–15). Fue en ese momento cuando el rey Asa se volvió arrogante. Tras aquella gran victoria, la cantidad de botín que capturaron fue inmensa (v. 13). El rey Asa y sus hombres asaltaron todas las ciudades que rodeaban a Gerar, saquearon las vastas riquezas que hallaron en ellas y regresaron a Jerusalén conduciendo una gran multitud de ovejas y camellos (vv. 14–15). Después de su victoria, el rey Asa —ahora colmado de riquezas materiales— se enorgulleció en su corazón. En consecuencia, ya no volvió a dirigirse a Dios ni lo buscó (15:4). En aquel tiempo, se encontraba sin el Dios verdadero, sin un sacerdote que le instruyera y sin la ley (v. 3). No buscó a Dios (cf. 14:4); Encarceló a Hanani, el vidente de Dios (16:10), y dejó de observar las leyes y los mandamientos de Dios (cf. 14:4). Como resultado, se apartó. Pecó contra Dios. Perdió sus primeras obras (Ap. 2:5). ¿Hemos perdido nosotros también —muy al igual que el rey Asa— nuestras primeras obras? ¿Nos hemos apartado nosotros también? ¿Hemos dejado nosotros también de confiar en Dios para confiar, en cambio, en las personas? ¿Hemos dejado nosotros también de obedecer los mandamientos de Dios? ¿Estamos nosotros también dejando de encontrarnos con Dios porque ya no lo buscamos? Si este es el caso, debemos afrontar ahora un tiempo de tribulación. Y durante este tiempo

de tribulación, debemos volver a Dios y buscarlo. Si lo hacemos, Dios ciertamente saldrá a nuestro encuentro.

«Mi enfermedad»

«Entonces dije: “Es mi enfermedad…”» (Salmo 77:10).

A medida que pasan los años, nos damos cuenta cada vez más de cuán frágil es, en realidad, el ser humano. Sentimos la realidad de nuestra propia debilidad de manera más aguda en medio de la adversidad y el sufrimiento. En particular —especialmente cuando esa adversidad y ese sufrimiento son tan inmensos que desbordan nuestra capacidad para soportarlos— no podemos evitar sentir, con profunda convicción, cuán indefensos estamos ante ellos. ¿Qué debemos hacer, entonces, en tales momentos?

En el texto de hoy —Salmo 77:10— el salmista Asaf reconoce su propia enfermedad. En los versículos 1 al 9 del Salmo 77, describe su debilidad de cuatro maneras distintas:

En primer lugar, Asaf estaba ansioso y turbado.

Observemos la primera mitad del Salmo 77:3: «Me acuerdo de Dios, y me turbo; me quejo…». Este mundo es, ciertamente, un lugar lleno de muchas dificultades y motivos de ansiedad (Himno 474). Además, los acontecimientos que despiertan ansiedad en nuestro interior ocurren con demasiada frecuencia. ¿Por qué nos sentimos ansiosos? Una razón es el dolor de ser abandonados por un ser querido o por varios seres queridos. Para nosotros los cristianos, en particular, la fuente de nuestra ansiedad suele ser la sensación de haber sido abandonados por nuestro amado Dios (43:2). En el pasaje de hoy, el salmista Asaf buscó al Señor durante su día de angustia (77:2); sin embargo —quizás porque la respuesta de Dios

parecía demorarse— se sintió ansioso y angustiado. Un corazón lleno de ansiedad —un corazón agobiado por la preocupación— es, verdaderamente, un corazón frágil.

En segundo lugar, el espíritu de Asaf estaba abrumado.

Observemos la segunda mitad del Salmo 77:3: «...mi espíritu está abrumado (Selah)». En medio de la ansiedad y la angustia de su día de tribulación, el salmista Asaf halló su espíritu totalmente abrumado. En consecuencia, no lograba conciliar el sueño [(Versículo 4) «Impediste que mis ojos se cerraran...»]; es más, estaba tan angustiado que no podía hablar (Versículo 4). Cuando nuestros corazones se ven abrumados por la angustia, somos incapaces de dormir, ni tampoco logramos hallar las palabras para hablar. Aún recuerdo una etapa de mi ministerio en la que atravesaba un periodo difícil; recuerdo haber pasado cerca de tres semanas sin lograr conciliar un sueño reparador. También recuerdo haber experimentado un estrés tan extremo que, aun teniendo la comida justo delante de mí, era incapaz de comer. Muchas personas, agobiadas por dificultades y angustias abrumadoras, se encuentran imposibilitadas para dormir o alimentarse adecuadamente. Si somos capaces de decirle a un ser querido: «Últimamente me he sentido angustiado», es posible que nuestro sufrimiento aún no haya alcanzado su límite absoluto. Existen ciertas formas de angustia tan profundas que verdaderamente nos dejan incapaces de pronunciar una sola palabra. Tal angustia nos fuerza al silencio: un silencio que se guarda no solo en presencia de los demás, sino incluso en presencia del propio Dios. La angustia hiere nuestro espíritu; y un espíritu herido es un espíritu frágil.

En tercer lugar, Asaf se negó a aceptar consuelo.

Observemos la parte final del Salmo 77:2: «...mi alma rehusó ser consolada». Asaf, el salmista, se hallaba sumido en una angustia tan profunda que llegó al extremo de rechazar cualquier forma de consuelo. Atormentado por la ansiedad y la preocupación —e incapaz de dormir o hablar—, el espíritu de Asaf estaba tan hondamente herido que se apartó de

todo intento por consolarlo. Esto nos remite al Libro de Job. Job, quien padecía un dolor y una angustia extremos, recibió la visita de unos amigos que acudieron para ofrecerle consuelo; sin embargo, Job se refirió a ellos como «consoladores molestos» (Job 16:2). Cuando una persona se ve abrumada por la angustia y el sufrimiento, a menudo no desea recibir consuelo de nadie. La razón de ello es que siente —con o sin razón— que nadie posee la capacidad de brindarle un consuelo genuino. Ciertamente, hay momentos en nuestra vida en los que esto sucede. Convencidos de que solo Dios puede ofrecernos consuelo, nos negamos a aceptar consolación de cualquier otra persona. Quien rechaza el consuelo de este modo es, en realidad, alguien que se encuentra en un estado de debilidad.

En cuarto lugar, Asaf dudó de Dios.

Observemos el Salmo 77:7–9: «¿Nos desechará el Señor para siempre? ¿Nunca más mostrará su favor? ¿Se ha desvanecido para siempre su amor inagotable? ¿Ha fallado su promesa para siempre? ¿Se ha olvidado Dios de ser misericordioso? ¿Ha retenido con ira su compasión? (Selah)». El salmista Asaf clamó a Dios mientras se hallaba en medio de la tribulación; sin embargo, al no recibir respuesta, su corazón y su espíritu se debilitaron. En consecuencia, en medio de esta debilidad, Asaf comenzó a albergar dudas con respecto a la salvación de Dios. En otras palabras, la certeza de salvación de Asaf se había visto sacudida. Tal incertidumbre revela que el corazón se ha debilitado. Un corazón debilitado es un corazón dividido: una parte parece creer en Dios, mientras que la otra alberga desconfianza hacia Él. En última instancia, en un corazón lleno de ansiedad, preocupación y quebrantamiento —un corazón que se niega a aceptar consuelo— las semillas de la incredulidad inevitablemente echarán raíces.

¿Qué debemos hacer, entonces, cuando nos encontramos en tal estado de debilidad?

En primer lugar, debemos recordar las poderosas obras de Dios de antaño.

Observemos la primera mitad del Salmo 77:11: «Recordaré las obras del SEÑOR de antaño...». Cuando los tiempos son sumamente difíciles y nuestros corazones están angustiados, debemos —incluso en nuestra debilidad— reflexionar sobre la gracia salvadora que Dios derramó sobre nosotros en el pasado. Personalmente, cada vez que enfrento adversidades y dificultades, a menudo pienso en mi primer hijo, Juyeong, quien falleció en mis brazos hace algún tiempo. La razón es que, hasta el día de hoy, nunca he experimentado un momento tan doloroso como aquel. Sin embargo, ya no hay dolor en mi corazón. Todo lo que permanece en nuestros corazones —el de mi esposa y el mío— es la gracia y el amor que Dios derramó sobre nosotros. Por lo tanto, recuerdo. Y conmemoro. En medio de mis actuales circunstancias dolorosas y arduas, cuando recuerdo y conmemoro la gracia y el amor que Dios me otorgó en el pasado, experimento una renovación espiritual: una obra de Dios que reanima mi corazón y mi espíritu fatigados. Recobro mis fuerzas una vez más. Al recordar y conmemorar, el poder de Dios se revela en medio de mi propia debilidad. En segundo lugar, debemos relatar las obras que Dios ha realizado.

Observemos la parte final del Salmo 77:11: «...relataré lo que Tú has hecho». No debemos limitarnos a recordar las obras que Dios realizó en el pasado; también debemos relatarlas. En ocasiones, algunos de los ancianos de la congregación me preguntan por qué sigo hablando de mi primogénito, Jooyoung. Sin embargo, a menudo comparto historias sobre Jooyoung durante mis sermones. La razón es que deseo compartir la gracia y el amor que Dios me concedió a través de Jooyoung. Quiero gloriarme en el Señor, pues —haciendo honor al significado del nombre «Jooyoung»— verdaderamente pude contemplar la gloria del Señor a través de él. Esto se debe a que, si el Señor no hubiera estado con nosotros, ni mi esposa ni yo habríamos sido capaces de resistir y seguir adelante. Por lo tanto, al recordar las obras que Dios realizó en nuestras vidas durante el tiempo de Jooyoung, a menudo comparto esos recuerdos durante mis sermones. Cuando recordamos y compartimos las obras que Dios realizó en el pasado, experimentamos la poderosa obra de Dios fortaleciendo nuestros corazones fatigados.

En tercer lugar, debemos meditar profundamente en todas las obras del Señor.

Observemos el Salmo 77:12: «Meditaré en todas Tus obras y consideraré todos Tus hechos poderosos». En su momento de angustia —en medio de su debilidad— el salmista Asaf recordó los hechos milagrosos que Dios había realizado en el pasado y los relató; sin embargo, no se detuvo ahí. Fue más allá, meditando de manera más exhaustiva en el Dios que actúa activamente, no solo en el pasado, sino también en medio de nuestras tribulaciones presentes. En realidad, cuando nos encontramos en un estado de debilidad y nos centramos únicamente en las dolorosas circunstancias que enfrentamos en el momento, no logramos ver lo que Dios está haciendo. Sin embargo, si dirigimos nuestra atención hacia lo que Dios ha logrado en el pasado, llegamos a creer que ese mismo Dios está obrando en el presente; y, a través de esa fe, somos capacitados para ser testigos de las obras del Señor. No obstante, Asaf no se detuvo ahí; fue más allá, contemplando y meditando profundamente en lo que Dios realizaría en el futuro. Tal contemplación constituye una forma profunda de meditación, una que resulta imposible sin fe en el Señor. Es una meditación que se hace posible únicamente a través de la fe. Este es, en verdad, el secreto para superar nuestra debilidad. Solo podemos triunfar sobre nuestra fragilidad cuando meditamos profundamente en todas las obras y hechos de Dios.

Con el paso de los años, nuestros cuerpos físicos se debilitan y, a menudo, nos encontramos luchando en medio de la ansiedad y la preocupación. En tales momentos, las noches de insomnio se vuelven más frecuentes e, incluso, podemos llegar a sufrir una angustia indescriptible. Con el espíritu quebrantado —aunque busquemos a Dios con fervor—, podemos caer en la duda cuando Su respuesta parece demorarse; a veces, incluso, llegamos a rechazar el consuelo de quienes nos rodean. En esos instantes, debemos traer a la memoria los hechos milagrosos que Dios realizó en el pasado. No solo debemos meditar en lo que Dios ha hecho, sino también dar voz a ello. Ruego para que tú y yo nos contemos entre aquellos que superan su debilidad meditando profundamente en todas las obras que Dios ha realizado.

Agotamiento

[1 Reyes 19:1-14]

Los psicólogos nos dicen que, cuando el estrés supera cierto umbral, puede conducir a la desilusión con uno mismo, a la autodepreciación y a una actitud cínica. He encontrado un artículo que describe siete señales de advertencia del estrés, las cuales comparto aquí (fuente: Internet): (1) creer que uno es indispensable; (2) intentar abarcar demasiado, dejando un tiempo insuficiente para ocuparse de las tareas verdaderamente importantes; (3) someterse constantemente a una presión excesiva; (4) sentir una ansiedad persistente de que uno se está quedando atrás o de que nunca será el mejor; (5) trabajar habitualmente durante largos periodos de tiempo sentado; (6) sentir culpa al terminar el trabajo temprano e irse a casa; y (7) llevarse a casa las preocupaciones relacionadas con el trabajo. Si uno ignora estas señales de advertencia del estrés y continúa trabajando, el resultado es un agotamiento inevitable. ¿Qué es, entonces, el agotamiento? El agotamiento es, literalmente, un estado en el que las fuerzas y la vitalidad de una persona se han drenado por completo, dando lugar a sentimientos de fatiga e impotencia que invaden su vida emocional, física y social. Cuando un pastor llega a un estado de agotamiento, pierde su pasión por el ministerio, y esto a menudo conduce a dolencias físicas y a conflictos conyugales. ¿Cuántos pastores luchan hoy en día en semejante estado de agotamiento?

El pasaje bíblico de hoy —1 Reyes 19:1-14— nos presenta al profeta Elías en un estado de agotamiento. Tras su victoria en el monte Carmelo, en el enfrentamiento contra 450 profetas de Baal y 400 profetas de Asera (1 Reyes 18), la esposa del rey Acab, Jezabel, envió un mensajero para amenazar su vida (19:2); aterrorizado, Elías se levantó y huyó. Y él mismo se

internó en el desierto y deseó morir: «Basta ya, oh Señor; quítame ahora la vida» (v. 4). En esta imagen de Elías, implorando la muerte, ya no podemos reconocer al Elías del monte Carmelo. Al observar este estado de Elías, he reflexionado sobre el fenómeno del agotamiento, identificando cuatro aspectos clave:

En primer lugar, la primera manifestación del agotamiento es el miedo. El profeta Elías sintió miedo tras recibir un mensaje amenazante de la reina Jezabel (19:2). Esta actitud de Elías contrasta marcadamente con la imagen del profeta que se presenta en el capítulo 18 de 1 Reyes. Si observamos 1 Reyes 18:1, vemos a un Elías que, habiendo recibido el mandato de Dios —«Ve, preséntate ante Acab»—, dio un paso al frente con valentía para comparecer ante el rey (v. 2); sin embargo, en el pasaje de hoy —1 Reyes, capítulo 19—, al verse ante su difícil situación actual, se levantó y huyó para salvar su vida (v. 3). Elías tuvo miedo. Estaba aterrorizado ante la muerte. Por eso huyó para salvar su vida.

Esta primera manifestación de agotamiento en Elías surgió inmediatamente después de su gran victoria en el monte Carmelo. Al meditar sobre este hecho, siento una renovada determinación de dedicarme a custodiar la gracia que he recibido, especialmente tras haber experimentado dicha gracia. Debemos guardar nuestros corazones. Si no logramos guardar nuestros corazones después de recibir la gracia, corremos el riesgo no solo de sucumbir a la tentación y cometer pecado, sino también —al igual que Elías— de quedar paralizados por el miedo ante las amenazas humanas, lo cual nos llevaría a evadir o huir de nuestros problemas.

En segundo lugar, la segunda manifestación del agotamiento es la desesperación. El profeta Elías huyó y llegó a Beerseba, en Judá; dejando atrás a su siervo (v. 3), se adentró solo en el desierto. Tras caminar aproximadamente un día, se sentó bajo un enebro y oró pidiendo la muerte: «Basta ya, oh SEÑOR; quítame ahora la vida, pues no soy mejor que mis padres» (v. 4). ¿Cuán profundos debieron ser su desánimo y su desesperación para que llegara a suplicar la muerte? Oró a Dios diciendo: «Basta ya, oh SEÑOR»; una frase que significa,

sencillamente: «Ya no puedo más». Elías ya no poseía la fuerza necesaria para continuar su ministerio como profeta. Agotado y descorazonado, se desplomó e imploró a Dios que le quitara la vida, señalando así que ya no podía seguir adelante.

Para aquellos que se dedican al ministerio, el desánimo y la desesperación son verdaderamente peligrosos. Sin embargo, uno también percibe —de algún modo— que resultan inevitables. Independientemente de quién sea el ministro, es indudable que nadie sirve sin experimentar, en algún momento, instantes de desánimo y desesperación. Personalmente, sin embargo, aún no he experimentado una desesperación tan profunda como para desear la muerte —tal como hizo Elías— y, por consiguiente, no puedo comprenderla plenamente. No obstante, tengo la sensación de que, al menos una vez a lo largo de mi propio ministerio pastoral, yo también experimentaré probablemente un momento de desesperación muy similar al de Elías.

En tercer lugar, una manifestación del agotamiento extremo es la fragilidad física.

El profeta Elías se aventuró solo en el desierto, se recostó bajo un enebro y se quedó dormido; mientras dormía, un ángel lo tocó, lo despertó y lo instó: «Levántate y come» (versículo 5). Luego, el ángel proveyó a Elías de un pan cocido sobre brasas calientes y una jarra de agua (versículo 6). Tras comer el pan y beber el agua, Elías se recostó de nuevo (versículo 6). El hecho de que el ángel regresara una vez más para tocar a Elías e instarlo: «Levántate y come» (versículo 7), nos permite deducir que Elías estaba, en efecto, físicamente exhausto. Finalmente, habiendo comido y bebido, Elías extrajo fuerzas de aquel alimento (versículo 8).

Parece que muchos pastores terminan físicamente exhaustos y se desploman, llegando a padecer diversas enfermedades. Al considerar a estos pastores —quienes se ven obligados a dejar temporalmente de lado sus ministerios para descansar— podemos comenzar a

comprender por qué Elías, en su estado de agotamiento y fragilidad física, fue conducido inevitablemente al borde del agotamiento extremo.

En cuarto lugar, una manifestación del agotamiento extremo es la profunda soledad.

Tras haber comido el alimento provisto por el ángel y haber recuperado sus fuerzas, el profeta Elías viajó durante cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar a Horeb, el monte de Dios (versículo 8), donde conversó con Dios dentro de una cueva. Durante esta conversación, repitió dos veces la misma súplica a Dios: «...solo yo he quedado, y buscan quitarme la vida» (versículos 10 y 14). Ante Dios, Elías afirmó que el pueblo de Israel había matado a todos los profetas del Señor, dejándolo a él —y solo a él— como único sobreviviente. Al reflexionar sobre esto, percibo que Elías, desde las profundidades de su profunda soledad, estaba expresando un agravio contra Dios. Cuando consideramos a Elías, solo en una cueva en Horeb —el monte de Dios—, parece evidente que experimentaba una profunda sensación de soledad.

Entonces, ¿qué debemos hacer cuando nos encontramos sufriendo de tal agotamiento extremo?

En primer lugar, debemos retirarnos voluntariamente al desierto (v. 4).

Necesitamos permanecer en quietud y a solas en la presencia de Dios. También es necesario dejar de lado nuestras responsabilidades ministeriales por un tiempo. No debemos estar tan absortos en el trabajo que lleguemos a sentirnos frenéticos, como le sucedió a Marta. Necesitamos apartarnos de las complejidades de nuestro entorno cotidiano y retirarnos a un lugar apartado. Requerimos tiempo y espacio que nos pertenezcan exclusivamente a nosotros. Debemos hacer una pausa en todo, acercarnos al Señor en quietud y dedicar tiempo a la oración silenciosa y a la meditación de la Palabra de Dios.

En segundo lugar, necesitamos descanso físico (vv. 5–7).

Para prevenir el agotamiento físico —uno de los síntomas del síndrome de *burnout* (agotamiento profesional)— debemos aprender a descansar cuando es el momento de hacerlo. Para los ministros orientados al trabajo, como Marta, el simple acto de descansar puede parecer una prueba angustiosa. Sin embargo, al igual que María, debemos dejar a un lado nuestro trabajo por un tiempo, sentarnos en quietud ante Jesús y escuchar la voz del Señor. Además, debemos dormir cuando sea la hora de dormir. ¿Cuántos ministros, al no conseguir un sueño adecuado, se han desplomado a causa del agotamiento físico, permitiendo que tanto sus cuerpos como sus mentes enfermen? Al igual que Elías, necesitamos retirarnos al desierto —por así decirlo— y descansar. También necesitamos alimentarnos bien. Como mayordomos, estamos llamados a administrar fielmente nuestra salud para la gloria de Dios. Debemos esforzarnos por evitar ofrecer al Señor un cuerpo quebrantado por la enfermedad. Por supuesto, a medida que envejecemos, nuestra «tienda» física inevitablemente se volverá más frágil; no obstante, al administrar nuestra salud con sabiduría, podemos vivir plenamente la vida que Dios nos ha dado, para la gloria del Señor.

En tercer lugar, debemos estar atentos a la voz apacible y delicada de Dios (v. 12). El profeta Elías, tras haber recuperado sus fuerzas físicas, viajó a Horeb —el monte de Dios— y allí escuchó la voz apacible y delicada del Señor. Nosotros también debemos retirarnos voluntariamente al desierto para habitar en quietud en la presencia de Dios; en medio de la meditación de Su Palabra y de la oración, debemos escuchar la suave voz del Señor. No existe mayor gozo que la voz del Señor (Himno 511). Habiendo escuchado esa voz, debemos renovar nuestras fuerzas, levantarnos y cumplir la misión que el Señor nos ha encomendado.

El justo podrá caer siete veces, pero se levantará de nuevo (Proverbios 24:16). La razón de esto es que, incluso si llegamos a estar totalmente exhaustos y nos desplomamos, el Señor

sin duda nos levantará una vez más. Debemos ponernos de pie y seguir adelante. Somos como muñecos de base pesada: incluso cuando caemos, el Señor nos levanta de nuevo, permitiéndonos mantenernos erguidos y firmes. Hoy y mañana —sin importar qué pruebas nos hagan sentir solos en medio del miedo y la desesperación, o nos dejen físicamente exhaustos y caídos—, el Señor ciertamente nos levantará de nuevo. Retirémonos voluntariamente al desierto para hallar descanso físico y escuchar la voz apacible y delicada del Señor; así, recargados y renovados, dediquemos todo nuestro corazón y nuestras fuerzas a cumplir la misión que el Señor nos ha encomendado. ¡Victoria!

Cuando te sientas desanimado

«Si flaqueas en el día de la adversidad, tu fuerza es pequeña» [(La Biblia Viviente) «Si pierdes el ánimo cuando los tiempos son difíciles, eres, en verdad, una persona débil»] (Proverbios 24:10).

Mientras navegamos por esta vida, es totalmente natural sentirnos desanimados cuando nos topamos con dificultades. Esto es especialmente cierto cuando la carga de esas adversidades se siente demasiado pesada y abrumadora para soportarla a solas; cuando acudimos en busca de ayuda a quienes nos rodean, pero no recibimos asistencia alguna. En tales momentos, debemos darnos cuenta de que no nos queda nadie en quien confiar salvo el Señor, y debemos volvernos a Él en súplica. Sin embargo, incluso después de haber orado con fervor, si pareciera que el Señor no ofrece respuesta alguna, nuestro desánimo puede profundizarse aún más (Lucas 18:1). A medida que caemos cada vez más hondo en este estado de desánimo, nuestra fuerza comienza a menguar; exhaustos física y mentalmente, podemos llegar finalmente a un punto de total desesperación y resignación.

En 1 Samuel 17:32, encontramos al joven pastor David hablando con el rey Saúl: «...Que no desmaye el corazón de nadie a causa de él; tu siervo irá y peleará contra este filisteo». Aquí, «él» se refiere específicamente a Goliat de Gat, el campeón filisteo que lanzaba un desafío a batalla (v. 23). Al observar que todos los israelitas estaban aterrorizados ante Goliat y huían con miedo ante su presencia (v. 24), David los instó a no «dejar que sus corazones desmayaran a causa de él», declarando que él mismo iría a pelear contra Goliat (v. 32). ¿Qué piensas de las palabras de David? Si tú y yo hubiéramos estado allí, en ese preciso instante,

¿habríamos sido capaces de escuchar las palabras de David y dejar verdaderamente de sentirnos desanimados por Goliat? Cuando todos a nuestro alrededor temblaban de terror ante la vista de Goliat y huían para salvar sus vidas, ¿habríamos podido —y querido— mantenernos firmes, sin huir por miedo ni sucumbir a la desesperación? A medida que nos enfrentamos repetidamente a grandes dificultades —auténticos «Goliats»— en nuestras vidas, podemos llegar a sentirnos fatigados y exhaustos; y es totalmente natural caer en un profundo desánimo. Esta sensación de desesperación puede ser aún más profunda cuando dichas dificultades involucran a los familiares que más amamos. En tales momentos, ¿qué debemos hacer?

En primer lugar, a través de la experiencia de un profundo desánimo, necesitamos adquirir una plena conciencia de cuán frágiles y débiles somos en realidad (Proverbios 24:10b). La razón de esto es que solo cuando comprendemos plenamente la fragilidad inherente de la existencia humana aprendemos a depositar nuestra absoluta confianza en el Señor, quien es nuestra única esperanza. Considere la letra de la primera estrofa y del estribillo del Himno 543: «Cuando llegan las pruebas, aunque mi fe sea pequeña, me apoyo con mayor firmeza en el Señor en quien confío. A medida que pasan los años, Él es mi único sostén; sea cual sea lo que deba enfrentar, deposito mi confianza en Jesús». Con el paso del tiempo, nuestros cuerpos y mentes se debilitan inevitablemente; sin embargo, podemos encontrarnos enfrentando dificultades incluso mayores que las que habíamos afrontado anteriormente. En esos momentos, llegamos a darnos cuenta de cuán exigua es realmente nuestra fe. Aunque nuestra fe debería fortalecerse a medida que nuestros cuerpos y mentes se debilitan con la edad, las mayores dificultades que encontramos nos revelan, por el contrario, nuestro propio ser ansioso, inquieto y abatido, exponiendo cuán deficiente sigue siendo nuestra fe. Es entonces cuando comprendemos que, a medida que pasan los años, el Señor es el único en quien podemos confiar verdaderamente. Y así, imploramos fervientemente al Señor que nos brinde Su ayuda. Confiando en Él, y haciendo eco de las palabras del salmista, elevamos nuestra petición a Dios mientras declaramos a nuestras propias almas: «¿Por qué te abates, oh alma mía? ¿Y por qué te turbas dentro de mí? Espera

en Dios; pues aún he de alabarle, la salvación de mi rostro y mi Dios» (Salmos 42:5, 11; 43:5). Por lo tanto, cada vez que me siento desanimado, a menudo me digo a mí mismo y oro a Dios: «James, ¿por qué estás abatido? ¿Por qué estás ansioso? Pon tu esperanza en Dios». En esos momentos, la asistencia divina que experimento consiste en que el Señor —a través de Su palabra de promesa— restaura y reanima mi alma, la cual había caído en la desesperación (Salmo 19:7). Al igual que un juguete de base pesada que siempre vuelve a erguirse, el Señor levanta mi alma desanimada valiéndose de las promesas que me ha dado (Juan 6:1–15); Él me capacita para albergar esperanza una vez más y me da fuerzas para perseverar en la fe, avanzando siempre hacia adelante.

A causa de Goliat, todo el pueblo de Israel estaba aterrorizado y huía ante él; sin embargo, el joven David —al ver al imponente guerrero Goliat— no perdió el ánimo. Por el contrario, le dijo al rey Saúl que él mismo saldría a luchar contra él. Observemos la reacción del rey Saúl al escuchar estas palabras: «...No puedes ir a pelear contra este filisteo, pues tú eres apenas un muchacho, mientras que él ha sido un guerrero desde su juventud» (1 Samuel 17:33). Piénselo un momento: en una batalla entre Goliat —un guerrero experimentado desde la infancia— y David —un simple muchacho—, ¿quién saldría victorioso? Es un enfrentamiento totalmente desigual. Es más, el instinto humano nos lleva a evitar por completo el intentar librar una batalla tan desequilibrada. La razón es sencilla: uno sabe con absoluta certeza que perderá. Por lo tanto, sería totalmente comprensible sentirse desanimado. ¿Cómo, entonces, pudo David mantenerse sin desanimarse y sin temor, dispuesto a enfrentarse a Goliat? Encontré la respuesta en la primera parte del versículo 1 Samuel 17:37: «David respondió: "El SEÑOR, que me libró de las garras del león y de las garras del oso, me librará de la mano de este filisteo..."». David creía en un Dios de salvación. Confiaba en que Dios lo libraría de las manos de Goliat. Debido a que poseía esta certeza de salvación, David no solo no temió a Goliat, sino que tampoco perdió el ánimo.

En Gálatas 6:9, el apóstol Pablo afirmó: «No nos cansemos de hacer el bien, pues a su debido tiempo cosecharemos una cosecha si no nos damos por vencidos». Al esforzarnos

por hacer el bien, es posible que en ocasiones nos desanimemos debido a las adversidades y dificultades. No obstante, no debemos perder el ánimo ni rendirnos. Más bien, al igual que el joven David —quien luchó y triunfó sobre Goliat—, debemos depositar nuestra total dependencia y confianza en el Señor. Por lo tanto, en lugar de descorazonarnos, debemos superar con valentía —mediante la fe— incluso los desafíos que parecen gigantescos, como Goliat. Sigamos todos adelante —en el Señor y por medio de la fe en Él— con audacia y confianza (Efesios 3:12).

Desesperación y ansiedad

«¿Por qué te abates, alma mía? ¿Y por qué te inquietas dentro de mí? Espera en Dios; pues aún le alabaré, la ayuda de mi rostro y mi Dios» (Salmo 43:5).

Es probable que existan muchas razones por las cuales una persona pueda caer en la desesperación y la ansiedad. Una de esas razones es la sensación de haber sido abandonado por un ser querido. Por ejemplo, bien podríamos experimentar una profunda desesperación y ansiedad cuando sentimos que hemos sido abandonados por un amado esposo o esposa. Lo mismo se aplica a los hijos; si los hijos sienten que han sido abandonados por sus amorosos padres, pueden hundirse en la desesperación —quizás incluso en una total falta de esperanza— y ser consumidos por la ansiedad. Pero, ¿qué sucedería si nosotros, como cristianos, sintiéramos que hemos sido abandonados por Dios Padre?

Al examinar el contexto del pasaje de hoy, el Salmo 43, vemos que la desesperación y la ansiedad del salmista surgían de la sensación de que él mismo había sido abandonado por Dios. Por ello, clamó: «Pues tú eres el Dios de mi fortaleza; ¿por qué me has desechado?...» (Versículo 2). El salmista, que sufría a manos de personas engañosas e injustas (Versículo 1), estaba sumido en la tristeza debido a la opresión de sus enemigos (Versículo 2). En medio de tal sufrimiento y tristeza, cayó en la desesperación y la ansiedad porque albergaba el pensamiento de que el Señor —su propia fortaleza— no estaba interviniendo para librarlo.

Se sentía abandonado por Dios porque la liberación divina parecía retrasarse. En consecuencia, el salmista, desesperado y ansioso, elevó esta súplica a Dios: «¡Oh, envía tu luz y tu verdad! Que ellas me guíen; que me conduzcan a tu santo monte y a tus tabernáculos» (Versículo 3). Cuando el salmista se sentía abatido y ansioso debido a las acciones engañosas e injustas de sus enemigos, dirigió su mirada hacia la luz orientadora del Señor, incluso en medio de la oscuridad de su propio corazón. Deseaba recibir la guía del Señor y, de ese modo, llegar hasta Dios: su verdadera fuente de dicha (v. 4). Y anhelaba ofrecer alabanza a este Dios de su dicha. Nos sentimos abatidos y ansiosos cuando percibimos que hemos sido abandonados por Dios. Nos sumimos en el abatimiento y la ansiedad cuando la liberación de Dios parece demorarse en medio del sufrimiento y la adversidad. En particular, cuando sentimos que Dios —quien es «mi fortaleza» (v. 2)— ya no nos libra de la opresión (v. 2) de enemigos impíos, engañosos e injustos (v. 1), caemos inevitablemente en la desesperación y nuestros corazones se llenan de ansiedad. En tales momentos, al igual que el salmista, debemos hablar a nuestra propia alma: «¿Por qué te abates, alma mía? ¿Por qué te turbas dentro de mí? Pon tu esperanza en Dios...» (v. 5). Debemos decir a nuestras almas abatidas y ansiosas: «Pon tu esperanza en Dios». Debemos clamar. Debemos clamar a nuestras propias almas, instándolas a abandonar su abatimiento y ansiedad, y a fijar, en su lugar, su esperanza en Dios. Debemos dirigir nuestra mirada hacia nuestro Dios, quien es nuestro Ayudador. Al hacerlo, en lugar de permanecer abatidos y ansiosos, nos encontraremos ofreciendo alabanzas a Dios.

Cosas que resultan gravosas para las personas

[Eclesiastés 6:1-6]

¿Qué es lo que pesa fuertemente en tu corazón en estos días? ¿Qué es lo que oprime con fuerza tu espíritu? Ayer, martes, llevé a mis hijos a su academia; mientras mi amado hijo, Dylan, y mi hija, Yeri, tomaban sus clases, salí afuera para hacer una llamada telefónica. Tras terminar la llamada, mantuve una breve conversación con mi hija menor, Yeeun, quien me había seguido al exterior. Al ver que ya había colgado el teléfono, Yeeun sugirió que fuéramos a sentarnos a otro lugar; entonces se adelantó y se sentó bajo un árbol. (Jaja). Así pues, de pie frente a Yeeun mientras ella permanecía sentada allí, le planteé esta pregunta: "¿Cómo va tu vida?". La respuesta de Yeeun fue, sencillamente: "Bien". Cuando le pregunté qué era exactamente lo que iba "bien", me hizo esta confesión: "En realidad, estoy cansada". (Jajaja). ¡Parece que incluso a una niña de seis años la vida le resulta agotadora! (Jajaja). ¿Y tú? ¿Acaso no te sientes fatigado, tanto en el cuerpo como en el espíritu? ¿No resulta pesada la carga que oprime tu corazón —esa que llevas sobre tus hombros—? Si ese es, en efecto, tu caso, espero que en este preciso momento del día de hoy respondas a la invitación que Jesús extiende en Mateo 11:28-30: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y así encontrarán descanso para sus almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana".

Al observar el pasaje bíblico de hoy —Eclesiastés 6:1—, el rey Salomón hace la siguiente observación: "He visto otro mal bajo el sol, y pesa gravemente sobre la humanidad". En

Eclesiastés 5:13-20, el rey Salomón habló de un gran mal que había observado. Este gran mal consistía en la tendencia de un propietario a acumular sus riquezas en detrimento propio (v. 13). Además, el gran mal que presenció el rey Salomón fue que un hombre podía acumular su riqueza para su propio perjuicio, solo para terminar enfrentando un desastre que lo despojaba de todas sus riquezas, dejándolo absolutamente sin nada que legar a su hijo. En consecuencia, el rey Salomón declaró que esto también —el hecho de que «como salió del vientre de su madre, desnudo volverá, para irse tal como vino; y nada sacará de su trabajo que pueda llevarse en la mano» (v. 15)— constituye un gran mal (v. 16). ¿De qué sirve guardar toda la fortuna de uno tan obsesivamente que, de hecho, termina causándole daño a uno mismo? Si, tras enfrentar un desastre y perderlo todo, uno se queda finalmente sin riqueza alguna que transmitir a sus hijos, ¿de qué sirvió todo aquello? Una vida transcurrida llegando con las manos vacías y partiendo con las manos vacías es, ciertamente, nada menos que un gran mal. Sin embargo, en el pasaje de hoy —Eclesiastés 6:1— el rey Salomón identifica otro mal más en este mundo; describe este mal en particular como algo «pesado sobre los hombres» —es decir, una carga gravosa para la humanidad [cf. (8:6): «la miseria del hombre pesa sobre él»]—. ¿Cuál es, entonces, este gravoso mal que pesa tan fuertemente sobre las personas? Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:2: «Un hombre a quien Dios ha dado riquezas, bienes y honra, de modo que nada le falta de todo lo que su corazón desea; sin embargo, Dios no le ha dado poder para disfrutar de ello, sino que un extraño lo consume. Esto es vanidad y una severa aflicción». Este gravoso mal que pesa sobre la humanidad es la condición de recibir de Dios toda clase de riquezas, bienes y honra —quedando uno sin que le falte nada de lo que el corazón desea—, pero viéndose privado de la capacidad de disfrutar realmente de nada de ello. En su lugar, Dios concede el privilegio de disfrutar de todas esas cosas a otra persona. En efecto, ¿a quién permite Dios disfrutar de toda esa riqueza, esos bienes y esa honra? Observe Eclesiastés 2:26: «Porque al que le agrada, Dios le ha dado sabiduría, conocimiento y gozo; pero al pecador le ha dado la tarea de acumular y amontonar, solo para dárselo a aquel que agrada a Dios…». Dios hace que los pecadores se afanen y acumulen riquezas, pero, en última instancia, Él toma toda esa riqueza —amontonada por los pecadores— y se la entrega a aquel que le agrada,

permitiendo que esa persona la disfrute. El rey Salomón describió esto también como vanidad; específicamente, como una «enfermedad maligna» o un «mal penoso» (v. 2; Swanson). Además, la aflicción específica que observó el rey Salomón fue esta: una persona podría poseer no solo toda esa riqueza, bienes y honra, sino también cien hijos y una larga vida; sin embargo, a pesar de vivir tantos años, no logra disfrutar verdaderamente de ninguna de esas riquezas, bienes u honra (v. 3). Considere esto: a pesar de haber recibido las bendiciones de la riqueza, los bienes, la honra, los hijos y la longevidad, si uno no puede disfrutar de toda esa abundancia —y, en consecuencia, no halla gozo en su alma—, ¡qué aflicción verdaderamente angustiosa es esa! Es más, si uno no solo no logra disfrutar de todas estas bendiciones, sino que tampoco recibe un entierro digno al morir, ¡qué «enfermedad maligna» verdaderamente penosa es esa para un ser humano! En el antiguo Oriente, no recibir un entierro digno se consideraba la máxima humillación. Por lo tanto, el rey Salomón declaró que un niño nacido muerto está en mejor situación que una persona que, a pesar de poseer grandes riquezas, no logra disfrutarlas y se le niega un entierro digno al morir (v. 3b). ¿Cómo, entonces, podría considerarse que un niño nacido muerto está en mejor situación que una persona que no logra disfrutar de sus riquezas y queda insepulta al final de su vida? Por favor, diríjase al pasaje bíblico de hoy, Eclesiastés 6:4-5: «Porque el que nace muerto viene en vano y se va en tinieblas, y su nombre queda cubierto de oscuridad; no ha visto el sol ni ha conocido nada, y, sin embargo, tiene más descanso que el otro». Según el pastor John MacArthur, en aquella época, sin importar cuánto tiempo viviera una persona o cuántos hijos tuviera, si moría sin nadie que la llorara y sin honor, se consideraba que se encontraba en un estado peor que el de un niño abortado. Desde la perspectiva del rey Salomón, una vida abortada en el vientre materno —aunque nunca vea la luz de este mundo, no sepa nada y simplemente llegue en vano solo para morir en la oscuridad— se encuentra, aun así, en una mejor situación que una persona que muere sin haber disfrutado jamás verdaderamente de las bendiciones recibidas de Dios —tales como riqueza, bienes, honor, hijos y longevidad— y a quien, al morir, ni siquiera se le concede un entierro digno. La razón de esto es que el ser abortado posee una sensación de descanso. En otras palabras, la razón por la cual un niño abortado está mejor que una persona que no logra disfrutar de

las bendiciones otorgadas por Dios —como la riqueza, los hijos y la longevidad— y a quien se le niega un entierro digno, es que el niño abortado no es testigo de las malas acciones cometidas en este mundo (4:3). Sin importar cuánto tiempo viva uno en este mundo, si no logra disfrutar de sus riquezas y bienes, y en su lugar vive en medio de fatigas, penas y angustias —siendo testigo de todo el mal perpetrado en este mundo— para que, al morir, se le niegue un entierro digno, entonces el niño abortado se encuentra, ciertamente, en una mejor situación; pues, a pesar de haber sido abortado, ese niño goza de la liberación de las ansiedades, el sufrimiento, las fatigas y las aflicciones del mundo, alcanzando así un estado de descanso. Al expresarse de este modo, el rey Salomón plantea una pregunta conclusiva en el texto de hoy —Eclesiastés 6:6—: «Aunque viviera dos mil años y, sin embargo, no disfrutara de ninguna felicidad, ¿acaso no regresan todos finalmente al mismo lugar?». En última instancia, ya sea que se trate de un niño abortado o de una persona que adquiere toda clase de riquezas, bienes y honores —viviendo durante dos mil años (dos veces mil)— pero que muere sin haber disfrutado jamás de verdadera felicidad alguna, ¿acaso no regresan todos finalmente al mismísimo lugar: el polvo? Por consiguiente, según la visión del rey Salomón, esto también constituye un mal grave y una pesada carga para la humanidad.

Recuerdo una ocasión en la que estaba cantando el Himno 363 —«Todas mis pruebas y pesadas cargas»— en la iglesia, y un compañero de la congregación me comentó que cantar ese himno en particular le dejaba con una sensación algo abatida. En verdad, una de las razones por las que *yo* canto el Himno 363 es, precisamente, porque cuando mi corazón se siente pesado y agobiado, deseo depositarlo todo ante el Señor Jesús. Y así, a menudo lo canto de esta manera:

(Estrofa 1) «Cuando deposito todas mis pruebas y pesadas cargas ante el Señor Jesús, Él me mira en mi angustia y toma sobre Sí todas mis preocupaciones.
(Estrofa 2) Cuando deposito todas mis penas y tribulaciones inminentes ante el Señor Jesús, Él personalmente me libra y me otorga Su amor ilimitado.

(Estrofa 3) Cuando mi carga se vuelve cada vez más pesada y la deposito ante el Señor Jesús, Él personalmente me libra y carga con ella en mi lugar.
(Estrofa 4) Cuando deposito las pruebas de mi corazón y mis temibles pecados ante el Señor Jesús, Él se convierte en mi fortaleza y me capacita para vencer al mundo.
(Estribillo) Cuando cargo con mi pesada carga completamente solo y, al no poder soportarla más, me desplomo, Aquel que me mira con compasión y me concede la salvación es el Señor de la Gracia: solo Jesús».

Al hacer esto —fijando mi mirada en el Señor que toma mis pesadas cargas y depositando mi confianza en Él— me encuentro enfocándome no tanto en la *ligereza* que proviene del alivio, sino más bien en el *peso* de las cargas mismas que busco depositar ante Él. En consecuencia, incluso después de haber terminado de cantar el himno, mi corazón a menudo permanece pesado. Precisamente por esta razón, hubo muchas ocasiones en las que, incluso mientras cantaba este himno, mi corazón se sentía agobiado y mi voz sonaba cansada. Sin embargo, hace unos tres años —mientras visitaba un campo misionero donde servía un pastor principal— me encontraba recostado en mi habitación alrededor de las 4:00 a. m., justo cuando empezaba a conciliar el sueño, y escuché la voz de aquel pastor principal, junto con un diácono y un grupo de personas con discapacidad, cantando este mismo himno durante su servicio de oración matutino. Según recuerdo, había un poder singular en el canto del pastor en aquel entonces. Era un cántico de alabanza vigoroso; uno en el que no lograba percibir absolutamente ninguna pesadez de corazón. Al reflexionar sobre ello ahora, creo que el Pastor Principal pudo ofrecer una alabanza tan poderosa porque había respondido con humildad a la invitación de Jesús a «todos los que están trabajados y cargados». Al encomendar todas sus cargas enteramente al Señor, halló descanso para su alma, lo cual le permitió considerar como ligeras incluso las pesadas cargas que el Señor le había asignado. Mi esperanza es que, a través del pasaje bíblico de hoy, podamos recibir el mensaje que Dios desea impartirnos. Además, a medida que somos testigos de los males de este mundo que pesan gravemente sobre nuestros corazones —y si acaso nos halláramos cargando con alguna de esas pesadas cargas—, ruego que todos

podamos ir ante el Señor, depositar humildemente esas cargas y, de este modo, hallar el verdadero descanso para nuestras almas que solo Él provee.

Las pesadas cargas de este mundo

«Por tanto, di a los israelitas: "Yo soy el SEÑOR, y los sacaré de debajo del yugo de los egipcios. Los libraré de su esclavitud y los redimiré con brazo extendido y con poderosos actos de juicio. Los tomaré como mi propio pueblo y seré su Dios. Entonces sabrán que yo soy el SEÑOR su Dios, que los sacó de debajo del yugo de los egipcios"» (Éxodo 6:6–7).

«Cuando mis cargas se vuelven aún más pesadas, y las pongo ante el Señor Jesús, Él mismo viene a mi rescate y lleva la carga en mi lugar. (Estribillo) Cuando llevo pesadas cargas completamente solo y me desplomo, incapaz de soportar más, Aquel que se compadece y trae salvación es el Señor de la Gracia: solo Jesús» (Himno 363, Versículo 1 y Estribillo). Todo lo que este mundo puede ofrecernos es fatiga y dolor (Salmo 90:10). Este mundo —colmado de ansiedades, adversidades, pecaminosidad y mortalidad— atormenta nuestros corazones y no coloca sobre nuestros hombros más que pesadas cargas. Sin embargo, lo que pesa aún más sobre nuestros hombros que el mundo mismo es una iglesia mundana. Mi corazón se siente particularmente apesadumbrado cuando presencio y escucho acerca de los actos pecaminosos que ocurren dentro de la iglesia en estos días actuales. Mi corazón está verdaderamente apesadumbrado cuando diversas obras pecaminosas salen a la luz y quedan expuestas entre mis amados colaboradores, dentro de las iglesias que sirven y dentro de los hogares de los congregantes. Mi corazón está apesadumbrado ante la constatación de que nosotros —y nuestras iglesias— nos hemos secularizado tanto. Y me inunda la tristeza. En medio de esta pesadez de corazón y esta tristeza, medito una vez más

—y pongo por escrito— el pasaje de Éxodo 6:6–7, el cual contemplé y prediqué durante el servicio de oración matutino de hoy. Dios —quien «ciertamente ha visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y ha oído su clamor a causa de sus capataces, pues conozco sus dolores» (Éxodo 3:7), y quien también fue testigo del abuso con el que los egipcios atormentaban al pueblo de Israel (v. 9)— llamó a Moisés (v. 4), lo persuadió (3:11–4:17) y lo envió ante el Faraón, rey de Egipto. En aquel momento, Dios dijo a Moisés y a Aarón: «Ve al Faraón y dile: "Así dice el SEÑOR, el Dios de Israel: Deja ir a mi pueblo para que me celebre una fiesta en el desierto"» (5:1). Al oír estas palabras, el Faraón, rey de Egipto, respondió de este modo: «¿Quién es el SEÑOR para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel? No conozco al SEÑOR, ni tampoco dejaré ir a Israel» (v. 2). Al reflexionar sobre la figura del Faraón —quien desobedeció a Dios al tiempo que exponía su propia ignorancia al preguntar: «¿Quién es el SEÑOR?»—, recuerdo a Moisés, quien, de igual modo, mostró signos de desobediencia cuando preguntó a Dios: «¿Quién soy yo?» (4:11). En última instancia, como observó Juan Calvino, llegamos a conocernos a nosotros mismos al conocer a Dios, y llegamos a conocer a Dios al conocernos a nosotros mismos; por tanto, comprendo que si carecemos de conocimiento, ya sea de nosotros mismos o de Dios, estamos inevitablemente destinados a desobedecer la Palabra de Dios. El rey Faraón, que no conocía a Dios, no solo desobedeció el mandato divino al negarse a dejar ir al pueblo de Israel, sino que también —asumiendo que los israelitas actuaban por mera pereza cuando decían: «Déjanos ir a ofrecer un sacrificio a nuestro Dios» (5:8, 17)— aumentó la carga de su trabajo forzado, haciendo así que su labor fuera aún más ardua (v. 9). Su objetivo era impedir que el pueblo de Israel escuchara lo que él percibía como la «mentira» pronunciada por Moisés y Aarón: «Déjanos ir a ofrecer un sacrificio a nuestro Dios» (v. 9). Como resultado, el pueblo de Israel se desanimó debido a su pesada servidumbre (6:9) y se quejó contra Moisés y Aarón (5:21). Al oír el sonido de sus quejas, Moisés se presentó ante Dios y clamó: «Oh Señor, ¿por qué has traído tal maltrato sobre este pueblo? ¿Por qué me has enviado? Pues desde que vine al faraón para hablar en Tu nombre, él ha maltratado aún más a este pueblo, y Tú no has librado a Tu pueblo en absoluto» (vv. 23–24). Habiendo sido enviado por Dios y habiendo hablado obedientemente al faraón en el nombre del Señor, Moisés fue testigo de cómo el faraón

infligía una crueldad aún mayor sobre los israelitas; al ver esto, concluyó: «Tú no has librado a Tu pueblo en absoluto» (v. 24). En ese momento, el Dios del Pacto le recordó a Moisés Su promesa de librar al pueblo de Israel (6:1–5) y luego pronunció las palabras que se encuentran en el texto de hoy: Éxodo 6:6–7. El núcleo de ese mensaje era la promesa de Dios —como el Dios de la salvación— de librar a los descendientes de Israel de «bajo las pesadas cargas de los egipcios». El plan de salvación de Dios consistía en sacar al pueblo de Israel de bajo las pesadas cargas impuestas por los egipcios, conducirlos a la tierra de Canaán —la cual Él había jurado dar a sus antepasados: Abraham, Isaac y Jacob— y otorgarles esa tierra como su herencia (versículo 8). En obediencia al mandato de Dios, Moisés transmitió este plan divino de salvación al pueblo de Israel; sin embargo, debido a su espíritu quebrantado y a la dureza de sus circunstancias, no quisieron escucharlo (versículo 9). En última instancia, para el pueblo de Israel —cuyo espíritu estaba aplastado por las pesadas cargas de Egipto— la promesa de salvación de Dios —las palabras: «Yo los sacaré de bajo las pesadas cargas de los egipcios»— simplemente cayó en oídos sordos.

¿Cómo se encuentran ustedes? ¿Pueden escuchar la palabra de la promesa de salvación de Dios con los oídos de su corazón? O bien, debido a que sus corazones están agobiados y quebrantados por las pesadas cargas de este mundo, ¿son incapaces de oír la voz de salvación de Dios? Ciertamente, nuestro Dios es un Dios que salva; ¿por qué, entonces, no somos persuadidos ni convencidos por Su palabra prometida de salvación? Se debe a las pesadas cargas de este mundo. A través de sus siervos —muy al estilo del Faraón de antaño—, Satanás hace que nuestro trabajo en este mundo sea cada vez más pesado. En consecuencia, Satanás nos impide ascender a la casa de Dios en el Día del Señor para ofrecerle adoración. Satanás induce la pereza en nosotros, impidiéndonos así subir a la casa del Señor para adorar. Al hacernos diligentes en los asuntos mundanos, Satanás provoca que nos volvamos negligentes en nuestra adoración a Dios. Además, Satanás susurra constantemente mentiras a nuestros oídos, afirmando que la palabra de verdad de Dios es falsa, obstaculizándonos así para ofrecer a Dios la adoración que constituye el propósito mismo de nuestra salvación. En última instancia, al obligarnos a cargar con las

pesadas cargas de este mundo, Satanás quebranta nuestros corazones y nos vuelve incapaces de escuchar la palabra de Dios. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos avanzar con fe hacia el Dios que nos libra (nos rescata) de debajo de las pesadas cargas de este mundo (6:6–7). Al dar ese paso de fe, debemos depositar nuestros corazones quebrantados ante el Señor en oración. Pues, ciertamente, Dios ve verdaderamente nuestro sufrimiento, conoce nuestra angustia y escucha los gemidos de nuestros corazones quebrantados; por lo tanto, Él oirá nuestros clamores y nos responderá (3:7, 9). Y Dios mismo descenderá (v. 8) para librarnos. Oro para que esta gracia salvadora de Dios repose tanto sobre ustedes como sobre mí. «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana» (Mateo 11:28–30).

Una carga pesada, demasiado grande para llevarla a solas

«Moisés le dijo al Señor: "¿Por qué has traído problemas sobre tu siervo? ¿Por qué no he hallado favor ante tus ojos, para que pongas la carga de todo este pueblo sobre mí?"» (Números 11:11).

Amigos, por favor tómense un momento para marcar cualquiera de los síntomas que se enumeran a continuación y que hayan persistido durante dos semanas o más: (1) Sentimientos persistentes de depresión, ansiedad o vacío; (2) Pérdida de motivación o interés en actividades y pasatiempos que antes resultaban agradables —incluida la vida sexual; (3) Sentimientos de desesperanza o una perspectiva pesimista; (4) Sentimientos de culpa, falta de valía o impotencia; (5) Insomnio, despertarse demasiado temprano por la mañana o dormir en exceso; (6) Pérdida del apetito o pérdida de peso; comer en exceso o aumento de peso; (7) Falta de energía, fatiga o una sensación general de lentitud física; (8) Pensamientos de muerte o suicidio, o intentos de suicidio; (9) Inquietud o irritabilidad; (10) Dificultad para concentrarse o recordar cosas, y problemas para tomar decisiones; (11) Afecciones físicas tales como dolores de cabeza, trastornos digestivos o dolor crónico; (12) Síntomas físicos persistentes que no responden bien al tratamiento. Esta lista de verificación es, de hecho, una herramienta de detección de síntomas de depresión. Según fuentes en línea, si usted marca dos o más elementos de la lista anterior, esto sugiere síntomas de depresión en etapa temprana; si marca cinco o más, indica síntomas de depresión severa. Después de leer este artículo y de dedicarme a la autorreflexión, publiqué lo siguiente en mi página personal de Facebook: «Pregunta de discusión de Facebook para

hoy: ¿Depresión?». Publiqué una entrada en Facebook con la esperanza de entablar una conversación con mis amigos sobre la depresión, y una hermana dejó el siguiente comentario: «Creo que podría estar sufriendo de depresión en este momento. Tanto mi cuerpo como mi mente están tan agotados que todo lo que tengo —todo lo que se me ha dado— se siente menos como un regalo y más como una carga. Solo desearía que el Señor viniera pronto. Se siente diferente, de alguna manera, a la esperanza del regreso del Señor que podría albergar un creyente sano». Al leer este comentario, me vi incapaz de disentir de la idea de que «todo lo que uno posee se convierte en una carga en lugar de un regalo». Cuanto más reflexionaba sobre esto, más empezaba a preguntarme: como cabeza de mi hogar, ¿podría estar yo —quizás sin darme cuenta— viendo a mi amada esposa y a mis hijos como cargas en lugar de como regalos? Además, como pastor principal de la Iglesia Presbiteriana Victoria —la congregación a la que sirvo—, me pregunté si acaso estaría considerando al rebaño que Dios me ha confiado como una pesada carga, en lugar de como un bondadoso regalo que Él me ha otorgado. Sé, sin lugar a dudas, que mi esposa, mis hijos y los miembros de la Iglesia Presbiteriana Victoria son, en efecto, bondadosos regalos de Dios; sin embargo, debo confesar que ha habido momentos en los que estos amados miembros de mi familia —tanto en el hogar como en la iglesia— me han parecido cargas. Confieso también que la razón principal por la que los percibía como tal carga no residía en ellos, sino en mí mismo. En otras palabras, sospecho que llegué a ver estos preciosos regalos de Dios —mi familia y mi congregación— como cargas en lugar de como dones, debido a que me sentía decepcionado y desanimado por mi propia incapacidad para cumplir adecuadamente con mis responsabilidades como líder, tanto de mi familia física como de mi familia espiritual. En consecuencia, hubo un momento en el que lloré amargamente, con el corazón apesadumbrado por la emoción, mientras cantaba el Himno 363: «Todas mis pruebas y pesadas cargas». Recuerdo particularmente haber cantado el estribillo de ese himno con el corazón colmado de profunda emoción y abrumadora gratitud: «Cuando llevo pesadas cargas completamente solo y, incapaz de resistir, caigo rendido por el agotamiento, Aquel que muestra misericordia y trae salvación es el Señor de la Gracia: solo Jesús».

En el pasaje bíblico de hoy —Números 11:11— vemos a Moisés angustiado, pues ya no puede soportar su pesada carga por sí solo. Clamó a Dios preguntando: «¿Por qué has traído aflicción sobre tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia ante tus ojos, para que hayas puesto la carga de todo este pueblo sobre mí?» (Versículo 11). En lugar de ver al pueblo de Israel —una multitud que ascendía a 600.000 hombres de a pie— como un regalo, Moisés lo percibía como una carga (Versículo 21). ¿Por qué consideró Moisés a una multitud tan vasta de israelitas como una carga? La causa fundamental residía en el hecho de que la chusma extranjera que vivía entre los israelitas cedió a la codicia; en consecuencia, los propios israelitas comenzaron a llorar de nuevo, quejándose: «¿Quién nos dará carne para comer?» (Versículo 4). Moisés se sintió profundamente angustiado al oír a toda la comunidad de Israel —cada familia— llorando a la entrada de sus respectivas tiendas (Versículo 10). ¿Pueden imaginárselo? Hablando desde mi propia experiencia: cuando nuestros tres hijos eran bebés y se turnaban para llorar —mientras que mi esposa, ciertamente, llevaba la peor parte de la lucha—, yo también encontraba que el sonido de tres bebés llorando era cualquier cosa menos agradable. Ahora, consideren a Moisés: si se vio obligado a escuchar el sonido de toda la comunidad de Israel —una multitud de 600.000 hombres a pie— llorando a la entrada de sus tiendas (Versículo 10), ¡cuán increíblemente pesado y atormentado debió de estar su corazón! Así, Moisés le dijo a Dios: «¿Por qué has afligido a tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia ante tus ojos, para que hayas puesto la carga de todo este pueblo sobre mí?» (v. 11). Moisés derramó su angustiado corazón ante Dios, confesando que el peso de su responsabilidad era tan inmenso que le resultaba imposible soportar la carga de todo este pueblo por sí solo. Derramó su alma ante Dios, admitiendo que ya no podía manejar a la incontable gente de Israel completamente solo. En consecuencia, llegó incluso a suplicarle a Dios: «Si así me tratas, te ruego, concédeme este favor: dame muerte de una vez, para que no tenga que presenciar mi propia miseria» (v. 15). Moisés le suplicó a Dios que le permitiera morir. ¿Acaso no se asemeja esto, de alguna manera, a una persona que sufre de depresión e intenta suicidarse? Cuando nuestros corazones son aplastados bajo el peso de pesadas cargas —y cuando, bajo esa presión abrumadora, nos derrumbamos porque ya no podemos cargar ese peso solos— no nos

queda más opción que rendirnos en total desesperación. Al mismo tiempo, perdemos nuestra capacidad de confiar en Dios, siendo consumidos por la ansiedad en medio de dudas e incredulidad. Parece que Moisés también había comenzado a dudar del poder de Dios. Cuando Dios escuchó las voces de los israelitas —quienes, en su codicia, lloraban y se quejaban, preguntando: «¿Quién nos dará carne para comer?» (v. 4)— y declaró que Él les proveería carne durante todo un mes, hasta que llegaran a aborrecer incluso su olor (v. 20), Moisés respondió a Dios con estas palabras: «...El pueblo en medio del cual vivo asciende a seiscientos mil hombres de a pie; ¿y Tú dices: "Les daré carne para comer durante todo un mes"? Si se mataran para ellos todos los rebaños y manadas, ¿sería eso suficiente? ¿O si se reunieran para ellos todos los peces del mar, bastaría eso?» (vv. 21–22). Desde la perspectiva de Moisés, creo que esta era una pregunta bastante comprensible para plantearle a Dios. En el desierto, ¿cómo podría uno conseguir suficiente carne para alimentar a 600.000 personas de a pie durante un mes entero? Como señaló Moisés, incluso si «se mataran todos los rebaños y manadas» para una multitud tan inmensa de israelitas, no sería suficiente; y, para empezar, ¿dónde se encontrarían tales rebaños y manadas en el desierto? Además, dado que el desierto no es el mar, ¿cómo podría uno «reunir todos los peces del mar»? En ese momento, Dios habló a Moisés, diciendo: «¿Acaso es demasiado corto el brazo del SEÑOR? Ahora verás si se cumple o no lo que te digo» (v. 23). En definitiva, tal como le había prometido a Moisés, Dios tomó el Espíritu que reposaba sobre Moisés y lo puso sobre setenta hombres —ancianos y líderes dignos de guiar al pueblo— capacitándolos para compartir la carga del pueblo junto con Moisés, de modo que él ya no tuviera que soportarla solo (vv. 16–17, 25). Y, fiel a Su palabra, Dios proveyó a los israelitas de carne para comer durante un mes completo, hasta que llegaron a aborrecer incluso su olor (vv. 31–33). En verdad, ¿acaso es demasiado corto el brazo del SEÑOR? Vienen a mi mente las palabras que se encuentran en Isaías 59:1–2: «He aquí que la mano del SEÑOR no se ha acortado para no poder salvar, ni su oído se ha endurecido para no poder oír. Pero vuestras iniquidades os han separado de vuestro Dios; y vuestros pecados han ocultado de vosotros su rostro, para que no oiga». Nuestras iniquidades han creado una brecha entre nosotros y nuestro Dios. ¿Qué son, entonces, nuestras iniquidades? Son, precisamente, las

quejas y los resentimientos —nacidos de la insatisfacción— que albergamos contra Dios y sus siervos. ¿Qué constituye nuestra iniquidad? Es nuestra falta de fe hacia Dios, así como nuestra desobediencia a sus mandamientos. En última instancia, nuestra insatisfacción, nuestras quejas, nuestra falta de fe y nuestra desobediencia no solo nos hacen permanecer en un estado de depresión espiritual, sino que también arrastran a nuestros líderes espirituales hacia ese mismo estancamiento espiritual. Una de las causas fundamentales de esto es que nos hemos mezclado con la gente del mundo y, al hacerlo, hemos llegado a albergar la misma codicia que ellos poseen (v. 4). Debemos tomar muy en serio la verdad de que «cuando el deseo ha concebido, da a luz el pecado; y cuando el pecado es consumado, engendra la muerte» (Santiago 1:15). Al final, las personas que cedieron a tal codicia fueron sepultadas en un lugar llamado Kibrot-hataava, pues «aún estaba la carne entre sus dientes, antes de ser masticada, cuando la ira del SEÑOR se encendió contra el pueblo, y el SEÑOR hirió al pueblo con una plaga muy grande» (Núm. 11:33; v. 34).

Jesús continúa invitándote: «Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso» (Mateo 11:28). Nuestro Señor es el Dios de la salvación que nos libra de las pesadas cargas de este mundo, tal como una vez sacó al pueblo de Israel de debajo de las pesadas cargas impuestas por los egipcios (Éxodo 6:6–7). En particular, nuestro Señor es el Dios que nos libra de la pesada carga de nuestros pecados. Además, nuestro Señor es Aquel que a diario lleva nuestras cargas; Él es el Dios que es nuestra salvación (Salmos 68:19). Por lo tanto, echemos todos nuestras cargas sobre el Señor (1 Pedro 5:7). El Señor, que nos salva y cuida de nosotros, tomará sobre sí nuestras pesadas cargas y nos concederá descanso (Mateo 11:28). Nuestro Señor dará descanso a nuestras almas (v. 29). Nuestro Señor restaurará nuestras almas fatigadas (Salmos 19:7). El Señor es nuestra fortaleza (Jeremías 16:19). Por consiguiente, seremos guiados a confesar: «Te amo, oh Señor, fortaleza mía» (Salmos 18:1).

Un corazón desolado

[Salmo 143]

Entre mis primos hay un hermano menor que, durante su infancia, sentía un miedo terrible a la oscuridad, a las habitaciones completamente a oscuras. Hasta donde recuerdo, la razón por la que temía esos lugares oscuros era que, mientras crecía, cada vez que desobedecía a sus padres, su padre lo disciplinaba —específicamente, encerrándolo en una habitación oscura. En consecuencia, cuando él cursaba la escuela secundaria, el grupo de jóvenes de nuestra iglesia realizó un retiro en un centro de oración; debido a que se negaba repetidamente a escuchar al pastor asistente, el pastor lo colocó a solas en un área oscura como forma de disciplina. Era la manera que tenía el pastor de disciplinarlo. La razón por la que este primo —quien en aquel entonces estaba tan aterrorizado por las habitaciones y lugares oscuros— acudió a mi mente mientras meditaba en el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 143, se encuentra en el versículo 4, donde el salmista David declara: «Mi corazón está desolado dentro de mí». Según el diccionario coreano, la palabra traducida aquí como «desolado» (*chamdam*) conlleva los significados de «(a) extremadamente sombrío» o «(b) espantoso». Un diccionario de caracteres chinos la define además como «(a) tenue, oscuro y solitario», «(b) espantoso y sombrío» o «(c) (con respecto a una situación o estado) miserable y sin esperanza» (fuentes de Internet). Cuando David describe su corazón como «desolado» en el pasaje de hoy, el término hebreo original conlleva una implicación más profunda: sugiere que, debido a sus propios pecados, David fue presa de un terror estremecedor; un miedo profundo que surgía de la inminente llegada de una gran calamidad (o desastre), la cual él percibía como el juicio de Dios. En otras palabras, David escribió el texto de hoy —el Salmo 143— en un momento en el que, habiendo enfrentado una gran

calamidad a causa de su propio pecado, se hallaba en medio de circunstancias verdaderamente oscuras y desoladas; su espíritu estaba herido en lo más profundo, y su corazón, completamente devastado.

Al observar el versículo 4 del texto de hoy, el Salmo 143, el salmista David describe su condición con estas palabras: «Por tanto, mi espíritu está abrumado dentro de mí; mi corazón dentro de mí está desolado». En resumen, el estado de David era el de un «espíritu herido» o un «corazón desolado». David había declarado anteriormente en el Salmo 142:3: «Mi espíritu se angustió dentro de mí»; y, de manera similar, en el texto de hoy —el Salmo 143:4— su espíritu permanecía herido en lo más profundo. Es decir, David se encontraba en un estado de absoluta desolación de corazón. ¿Por qué estaba el espíritu de David tan profundamente herido? ¿Por qué estaba su corazón tan desolado? David revela la razón en el versículo 3 del texto de hoy: «Porque el enemigo ha perseguido mi alma; ha aplastado mi vida contra el suelo; me ha hecho habitar en lugares oscuros, como los que han muerto hace mucho tiempo». La razón por la que el espíritu de David estaba herido y su corazón desolado era que su enemigo lo estaba persiguiendo. En este contexto, el enemigo de David parece ser su propio hijo, Absalón. Podemos inferir esto porque, en ciertos manuscritos de la Septuaginta, la inscripción de este salmo lleva la frase: «Cuando su hijo Absalón lo perseguía para capturarlo» (Park Yun-sun). Si bien fue el rey Saúl quien persiguió a David en el Salmo 142, en el pasaje de hoy —el Salmo 143— quien perseguía a David y buscaba su vida era su propio hijo, Absalón. Teniendo esto en cuenta, nos damos cuenta de que la vida de David —ya fuera antes de convertirse en rey o después— estuvo verdaderamente marcada por el sufrimiento y la persecución, los cuales hirieron su espíritu y dejaron su corazón absolutamente desolado. Sin embargo, existe una diferencia distintiva: cuando David fue perseguido por el rey Saúl, no se trataba de una disciplina divina enviada por Dios en respuesta a algún pecado específico que David hubiera cometido contra Él; por el contrario, la persecución que enfrentó por parte de Absalón en el pasaje de hoy fue una consecuencia directa del propio pecado de David. Por esta razón, el Salmo 143 —el texto de hoy— es considerado la entrega final dentro de los siete Salmos Penitenciales (Salmos 6,

32, 38, 51, 102, 130 y 143) (Park Yun-sun). David era plenamente consciente de que la persecución que padecía —y, por consiguiente, la fuente de su espíritu herido y su corazón desolado— provenía de su propio pecado. Esta revelación hizo que su corazón se sintiera aún más agobiado por la tristeza, la angustia y la desesperación. En tal situación, ¡cuán verdaderamente desdichado debió de haber sido darse cuenta de que la misma persona que intentaba arrebatarle la vida no era otra que su propio hijo, Absalón! ¿Puedes siquiera imaginar el horror de tener un enemigo que te persigue y busca atentar contra tu vida, y que resulta ser tu propia carne y sangre? Al intentar ponernos en el lugar de David, me encuentro visualizándolo —a él, un padre— huyendo para salvar su vida, perseguido por su propio hijo. ¿Podría existir alguna situación más desdichada o desesperada que esta? En medio de este terrible aprieto, David se describe a sí mismo como alguien que habita en la oscuridad, como alguien que ha muerto hace ya mucho tiempo (143:3). En esta situación desesperada, angustiosa —y, ciertamente, verdaderamente crítica—, ¿qué hizo David? Basándonos principalmente en el texto de hoy, el Salmo 143, podemos analizar esto desde dos perspectivas:

En primer lugar, David recordó las obras que el Señor había realizado en el pasado.

Por favor, observen el texto de hoy: el Salmo 143:5: «Me acuerdo de los días antiguos; medito en todas tus obras; reflexiono sobre la obra de tus manos». A medida que he continuado meditando en los Salmos, a menudo he observado un patrón distintivo en las oraciones del salmista. Uno de esos patrones es el acto de recordar —dentro del contexto de la oración— las obras que el Señor llevó a cabo en el pasado. Personalmente, al reflexionar sobre el pasado a la manera de este salmista, me encuentro cultivando gradualmente un hábito de oración que consiste en repasar la historia de salvación de Dios y las gracias que Él me ha concedido. Antes de comenzar a meditar en los Salmos, mi hábito de mirar hacia el pasado a menudo no se centraba en las obras de Dios, sino más bien en diversas situaciones difíciles y recuerdos desagradables —recuerdos pecaminosos que portaban el hedor de la corrupción humana— y en mis propias acciones pecaminosas. Sin embargo, a medida que

he continuado meditando en los Salmos, el Espíritu Santo ha reorientado mi enfoque. Ahora, cuando el Espíritu Santo me guía a mirar hacia el pasado, dirige mi atención hacia las acciones de Dios —específicamente, hacia cómo Dios me libró y me extendió Su gracia durante aquellos momentos en los que me sentía verdaderamente agobiado, angustiado, atormentado y desanimado. La gracia otorgada en medio de este proceso me permite desplazar mi enfoque de las *acciones* de Dios hacia la misma *naturaleza* de Dios —hacia Su ser como Dios—, capacitándome así para presentarle mis peticiones con audacia y fe. Aunque no puedo afirmarlo con absoluta certeza, creo que en el pasaje de hoy —el Salmo 143:5—, cuando David, hallándose en una situación crítica en la que su propia vida se veía amenazada por la persecución de Absalón, recordó los días antiguos y meditó en *todo* lo que el Señor había hecho, seguramente estaba reflexionando sobre la gracia de la liberación divina: esa misma gracia que lo había salvado de la persecución del rey Saúl antes de que él mismo llegara a ser rey, y que sirve de trasfondo para el Salmo 142. Una de las razones por las que sostengo este punto de vista es que estos dos acontecimientos guardan una asombrosa semejanza entre sí. En otras palabras, ya sea en el Salmo 142 o en el texto de hoy —el Salmo 143—, vemos que el espíritu de David estaba herido en su interior y que él se hallaba en un estado verdaderamente desdichado. Al observar cómo circunstancias tan similares se repiten en nuestras propias vidas, creo que hay una providencia divina obrando: un llamado de Dios a reflexionar sobre la gracia de Su liberación en el pasado. Un ejemplo destacado que me vino a la mente se encuentra en Juan 21:9. Después de que Jesús hubo resucitado de entre los muertos y se apareció a Sus discípulos junto al mar de Tiberias, le hizo a Pedro —tres veces— la siguiente pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas (más que estos)?» (versículos 15, 16 y 17). Aquella situación guardaba un asombroso parecido con el momento en que Pedro había negado a Jesús tres veces. ¿Cómo podemos discernir esta similitud? En ambas ocasiones —cuando Pedro negó a Jesús tres veces y, más tarde, cuando el Jesús resucitado le preguntó a Pedro «¿Me amas?» tres veces—, hubo presente un «fuego (de carbón)». ¿Lo recuerdan? Con respecto al momento en que Pedro negó a Jesús tres veces, el autor Lucas registró lo siguiente en Lucas 22:55: «Algunas personas encendieron un fuego en medio del patio y se sentaron juntas; y Pedro se sentó

entre ellas». Sin duda, cuando el Jesús resucitado encendió un fuego de carbón, puso pescado sobre él, preparó pan y —dirigiéndose a Pedro, que se encontraba entre los discípulos que habían desembarcado— le preguntó tres veces: «¿Me amas?», a Pedro debió habérsele recordado su pecado pasado: aquella ocasión en que se sentó junto a un fuego y negó a Jesús. Al recrear aquella escena del pasado, Jesús buscaba liberar a Pedro de su culpa y encomendarle una misión. ¡Qué amor y qué providencia de Dios tan verdaderamente asombrosos son estos! Por lo tanto, al igual que el salmista David, siempre que nuestros espíritus se sientan heridos y nuestros corazones desolados a causa del dolor y la adversidad en nuestras vidas actuales, debemos traer a la memoria la gracia que el Señor nos concedió en el pasado. En particular, por muy difíciles que sean las circunstancias que hoy enfrentamos, debemos reflexionar y meditar en la gracia salvadora de Dios —recordando cómo Él nos libró en el pasado de situaciones que resultaron incluso más arduas que las actuales—, a fin de que encontremos motivos para celebrar Su fidelidad, aun en medio de nuestras pruebas presentes. El mismo Dios que escuchó nuestras oraciones, las respondió y nos libró en el pasado es plenamente capaz de librarnos de cualquier situación difícil o ardua que podamos estar afrontando en este preciso momento. Oro para que tú y yo seamos personas que, al recordar y meditar en las obras pasadas del Señor, poseamos una certeza inquebrantable de la salvación que Él nos otorga.

En segundo lugar —y por último—, David elevó su súplica al Señor.

Por favor, dirijan su mirada al texto de hoy, el Salmo 143:6: «Extiendo mis manos hacia ti; mi alma tiene sed de ti como tierra reseca (Selah)». En medio de la persecución infligida por sus enemigos —con su espíritu quebrantado en su interior y su corazón colmado de desesperación, angustia y total desolación—, el alma de David anhelaba al Señor; por ello, extendió sus manos hacia Él y elevó su ruego. Al presentar su petición al Señor, David anticipaba que Dios respondería a su oración con prontitud (v. 7). Tal era la urgencia de su situación. David describió esta desesperada aflicción con estas palabras: «Respóndeme pronto, oh Señor, pues mi espíritu desfallece. No escondas de mí tu rostro, no sea que llegue

a ser como los que descienden a la fosa» (v. 7). En este punto, reflexionaremos sobre cuatro aspectos de la oración de David y procuraremos aplicarlos a nuestra propia vida de oración:

(1) En lugar de centrarse en su propia infidelidad e injusticia, David presentó su petición a Dios confiando en la fidelidad y la justicia del Señor.

Por favor, dirijan su mirada al texto de hoy, el Salmo 143:1: «¡Oye mi oración, oh Señor; presta oído a mis súplicas! Respóndeme conforme a tu fidelidad y a tu justicia». Cuando su espíritu estaba quebrantado en su interior y su corazón se hallaba desolado, David no fijó su mirada en las adversas circunstancias en las que se encontraba; por el contrario, dirigió su vista hacia Dios: Aquel que gobierna y preside esas mismas circunstancias. Y al dirigir su mirada hacia Él, David presentó su petición a Dios depositando su confianza en la fidelidad (veracidad) de Dios y en la justicia de Dios. Del Salmo 142 aprendemos que, al elevar nuestras oraciones a Dios, nuestro primerísimo paso debe consistir en proclamar quién es Dios —en declarar su naturaleza divina y su soberanía— a medida que nos acercamos a Él. Asimismo, en el pasaje de hoy —el Salmo 143— observamos que David inicia su oración apoyándose, ante todo, en la propia naturaleza de Dios mismo: específicamente, en la fidelidad (veracidad) de Dios y en su justicia. Esto nos enseña que tal enfoque debería convertirse en el hábito mismo de nuestras propias oraciones. Cuando nos hallamos en circunstancias dolorosas —quizás soportando la disciplina de Dios como consecuencia de nuestros propios pecados—, nuestro instinto natural suele ser volver la mirada hacia nuestro interior, hacia nosotros mismos, o hacia el exterior, hacia la situación inmediata que enfrentamos. Al hacerlo, caemos fácilmente en la queja y en albergar resentimiento, sin reconocer que nuestro sufrimiento bien podría ser el resultado directo de nuestras propias transgresiones; sin embargo, no debemos ceder ante este impulso. En su lugar, deberíamos aprovechar tales circunstancias como una oportunidad para examinarnos honestamente en la presencia de Dios. Debemos llegar a tomar conciencia de nuestra propia infidelidad

e injusticia. Cuando hacemos esto, nos sentiremos impulsados a depositar nuestra confianza enteramente en la fidelidad y la justicia de Dios.

(2) En medio de un espíritu quebrantado en su interior y un corazón totalmente desolado, David imploró fervientemente a Dios que le concediera el privilegio de escuchar la palabra del Señor.

Por favor, observen el versículo 8 del pasaje de hoy, el Salmo 143: «Hazme oír por la mañana tu misericordia, porque en ti he confiado; hazme saber el camino por donde debo andar, porque a ti he alzado mi alma». Con su espíritu quebrantado y su corazón desolado, David elevó su súplica apoyándose en la fidelidad y la justicia de Dios. En medio de esta angustia, pidió a Dios que le permitiera escuchar la amorosa palabra del Señor al llegar la mañana. ¿Por qué deseaba David con tanto fervor escuchar la amorosa palabra del Señor? La razón por la que David —mientras depositaba su confianza en el Señor y ofrecía sus oraciones— deseaba escuchar la amorosa palabra del Señor era que buscaba ser guiado por esa misma palabra. En otras palabras, el deseo de David de escuchar la amorosa palabra del Señor surgía de su anhelo por discernir la voluntad del Señor y, posteriormente, llevar a cabo esa voluntad (versículo 10). Por lo tanto, oró a Dios diciendo: «Hazme saber el camino por donde debo andar» (v. 8). Hay ocasiones en las que, a causa de nuestros pecados, caemos bajo la disciplina de Dios; En tales momentos —en medio del dolor y el sufrimiento provocados por esa disciplina— nuestro espíritu puede sentirse quebrantado en nuestro interior, y nuestro corazón puede sentirse totalmente desolado. En esos instantes, debemos orar a Dios y, al igual que David, anhelar fervientemente la palabra del Señor. ¿Cuál es la razón de esto? Es porque, a través de la palabra del Señor, llegamos a discernir el camino que debemos tomar y somos capacitados para regresar al sendero que a Él le agrada. Incluso si anteriormente nos hemos extraviado y hemos pecado contra Dios antes de experimentar tal sufrimiento, ahora debemos confiar en la fidelidad y la justicia del Señor; mientras oramos y

permitimos ser guiados por Su palabra, debemos transitar por el camino de la verdad y la justicia que Él desea.

(3) David imploró a Dios que lo librara.

Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 143:9: «Líbrame, oh Jehová, de mis enemigos; en ti me refugio». Cuando el espíritu de David estaba quebrantado y su corazón desolado en medio de la persecución infligida por sus enemigos, él se refugió en el Señor. Tal como en el Salmo 142 —cuando huía del rey Saúl y se percató de que nadie a su alrededor podía servirle de santuario, lo cual lo llevó a no buscar refugio en ningún ser humano (142:4), sino únicamente en el Señor, quien es su verdadero refugio (v. 5)—, así también en el pasaje de hoy, el Salmo 143, buscó refugio y se ocultó en el Señor, su santuario, e imploró a Dios que lo librara de sus enemigos. Observemos la oración de David pidiendo liberación en el Salmo 143:11: «¡Por amor de tu nombre, oh Jehová, vivifícame! Por tu justicia, saca mi alma de la angustia». La razón por la cual David —y, de hecho, usted y yo— podemos elevar tales súplicas a Dios es que nuestro Dios es nuestro Salvador. Por lo tanto, como el Dios de la salvación, Él perdona nuestros pecados y nos libra cuando nos arrepentimos de nuestras transgresiones y regresamos al Señor.

(4) David suplicó a Dios que juzgara a sus enemigos.

Por favor, dirija su mirada al texto de hoy, el Salmo 143:12: «Por tu misericordia, extermina a mis enemigos y destruye a todos los que afligen mi alma, pues yo soy tu siervo». David suplicó a Dios que exterminara y destruyera a todos los enemigos que afligían su alma. La razón por la cual David pudo elevar tal súplica a Dios residía en que él era siervo del Señor. Esto implica que, mientras David era siervo del Señor, sus enemigos no lo eran; por consiguiente, él rogó al Señor —amparado en su misericordia inquebrantable— que recordara y mirara con favor a su siervo escogido,

> concediéndole la salvación al tiempo que destruía a los impíos. Esta debería ser también nuestra oración. Debemos orar para que, conforme a su misericordia inquebrantable, el Señor salve a sus siervos escogidos mientras destruye a nuestros enemigos: aquellos que no son sus siervos y que no han sido escogidos. De este modo, la misericordia inquebrantable de Dios (su amor) y su justicia deben ser reveladas. En otras palabras, la gloria de Dios debe manifestarse a través de la salvación y del juicio —o, más precisamente, a través de una salvación consumada por medio del juicio.

Es mi esperanza que, por muy apremiantes que sean las circunstancias en las que podamos hallarnos, usted y yo —al igual que el salmista David— podamos experimentar la gracia salvadora de Dios al elevar nuestras peticiones, recordando los actos de salvación que el Señor ha realizado en el pasado.

Cuando somos brevemente abandonados y turbados de espíritu

«Así como una joven esposa que fue brevemente abandonada y turbada de espíritu es retomada, así el SEÑOR te llama de regreso y dice: "Te abandoné por un breve tiempo, pero con gran amor te retomaré. En un momento de ira, aparté mi rostro de ti, pero con misericordia eterna tendré compasión de ti. Esta es la palabra del SEÑOR, tu Redentor"». (Isaías 54:6–8, *The Bible for Modern People*)

Hace algún tiempo, durante un servicio de oración matutino, medité en las palabras de Isaías 48:9: «Por amor de mi nombre refrenaré mi ira; por amor de mi gloria me contendré y no te exterminaré». Mientras meditaba en este versículo, prediqué —no solo a los congregantes reunidos para el servicio, sino, ante todo, a mí mismo— que, a medida que transcurre nuestro día, debemos ser lentos para la ira y ejercer gran paciencia por amor al nombre de Dios y a Su gloria. Sin embargo, más tarde ese mismo día —después del servicio matutino, mientras conducía de camino a hacer ejercicio— me enojé y desaté mi furia. En mi ignorancia, y sin darme cuenta de que yo era quien estaba equivocado, arremetí con ira contra un completo desconocido —el conductor del auto detrás de mí— simplemente porque tocó la bocina. Mi corazón se volvió pesado, agobiado por una punzante convicción de conciencia. Me sentí absolutamente patético; ¿cómo podía yo —un pastor— fallar en sostener el mismo mensaje que había predicado durante el servicio matutino,

desobedeciendo a Dios en el preciso momento en que salí del santuario? Luego, alrededor de la hora del almuerzo, pensando: «Puesto que de todos modos ya he pecado hoy, ¿qué importa un pecado más?», cometí deliberadamente otro pecado contra Dios. Una vez más, mi corazón se volvió pesado con una penetrante sensación de culpa, y me sentí absolutamente miserable y patético ante mis propios ojos. Confesé mi pecado a Dios y busqué Su perdón; sin embargo, reconociendo que el poder para apartarme de ese pecado no residía en mí, sino en Dios, le supliqué la gracia del arrepentimiento. Tras haber pasado la mañana y las primeras horas de la tarde en este estado, no fue sino hasta más tarde en el día que, de repente, recordé Isaías 48:9: precisamente la escritura que se había predicado durante el servicio de oración matutino de aquel día. Al venirme este versículo a la mente, me impactó la revelación de que Dios es lento para la ira y ejerce una gran paciencia, incluso hacia un pecador como yo. Hasta ese momento, mis pensamientos habían estado consumidos únicamente por el hecho de que yo había pecado; de que no había logrado estar a la altura de la Palabra de Dios al no ser lento para la ira ni ejercer paciencia por amor a Su nombre y gloria. Pero entonces, un nuevo pensamiento amaneció en mi mente: incluso hacia *mí* —alguien que había pecado tan gravemente—, Dios estaba, en ese preciso instante, ejerciendo paciencia y siendo lento para la ira. En ese instante, al vislumbrar —por tenue que fuera— la inmensa gracia de Dios, le ofrecí mi más sincero agradecimiento. No pude evitar sentirme colmado de gratitud por esta gracia divina; pues incluso hacia un gran pecador como yo —alguien que se aparta tan fácilmente, fallando en obedecer incluso la misma Palabra que yo mismo he proclamado, oscureciendo así la gloria de Dios y mancillando Su santo nombre—, Dios, por amor a Su propio nombre y gloria, ejerce paciencia y es lento para la ira.

Reflexionando una vez más sobre esta gracia de Dios, medité en Isaías 54:6-8, pasaje que había leído durante el servicio de oración matutino del día anterior. Contemplé que mi Dios no es meramente un Dios que abunda en gracia —alguien que es paciente conmigo y lento para la ira—, sino que es también un Dios de amor que, aunque pueda apartar Su rostro con ira por "un breve momento" (v. 8) y abandonarme por "un breve momento", finalmente me

acoge de nuevo con gran amor (v. 7). Cuando yo, un pecador, ofendo al santo Dios y permanezco impenitente, Él no se limita a exponer mi pecado a la luz de Su Palabra; también reprende mi pecado con amor. El Espíritu Santo que mora en mí —Dios mismo— utiliza la Palabra de Dios, la espada del Espíritu, para punzar mi conciencia, impulsándome a reconocer mi pecado. En consecuencia, confieso mis pecados a Dios y busco Su perdón. Sin embargo, debido a que no logro ejercer un verdadero arrepentimiento —apartándome de ese pecado—, cometo repetidamente ese mismo pecado contra Dios, una y otra vez. Cuando lo hago, Dios me advierte a través de Su Palabra; no obstante, desatiendo esas advertencias y caigo de nuevo en el pecado. Como resultado, en Su tiempo señalado, Dios me disciplina con Su santa ira. En esos momentos, clamo a Dios con angustia; sin embargo, siento como si Él no escuchara mis súplicas, como si hubiera apartado Su rostro de mí. Es más, a medida que el sufrimiento se prolonga, llego al límite de mi resistencia y me hundo en una desesperación absoluta. Incluso empiezo a albergar el pensamiento de que Dios me ha abandonado. En tales ocasiones, no me queda más remedio que afligirme en mi corazón, tal como una joven esposa que ha sido repudiada por su esposo (v. 6, *Modern People's Bible*). Sin embargo, en una manifestación de la asombrosa gracia y el amor de Dios, Él me llama de regreso a Su lado (v. 6, *Modern People's Bible*). Así como un esposo recibe de vuelta a una esposa que había sido repudiada —dejada para afligirse tras soportar su ira y rechazo—, Dios me llama de regreso; me recibe una vez más con inmenso amor y, en Su misericordia eterna, me mira con profunda compasión (v. 8, *Modern People's Bible*). Mi Redentor —Dios mismo (v. 8)— pudo haberse enojado conmigo por un breve instante, y pudo haberme desamparado por un corto tiempo; sin embargo, Él es el mismo Dios que me llama de regreso, me recibe de nuevo con gran amor y me muestra misericordia a través de Su compasión eterna. No obstante, Dios —quien es tan rico en misericordia— derramó la plenitud de Su ira sobre Su Hijo unigénito, Jesús, quien fue crucificado. En ese momento, Jesús clamó desde la cruz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46). Sin embargo, aunque Dios escuchó ese clamor, apartó Su rostro de Jesús. Dios no tuvo piedad de Jesús. Dios Padre abandonó a Su Hijo unigénito, Jesús. Dios Padre dejó a Su Hijo unigénito morir, clavado en la cruz: el árbol de las maldiciones. Fui yo quien merecía

legítimamente el castigo eterno; sin embargo, Jesús recibió ese castigo en mi lugar. Por ello, Dios me llamó y me recibió con gran amor. Además, Dios me mostró misericordia con una compasión eterna. Ahora, y en los días venideros, Dios continuará mostrándome misericordia con su compasión eterna.

Cuando mi corazón se estremece

«Confiad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad ante él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio. Selah» (Salmos 62:8).

Se me recuerda la lección de que uno debe mantenerse vigilante después de haber recibido la gracia. En 2016, tras viajar a Corea para participar en un ministerio por internet y regresar a los Estados Unidos colmado de abundante gracia, hubo un momento en el que sentí que mi corazón se estremecía de alguna manera. Durante ese periodo, noté —casi sin darme cuenta yo mismo— que mi corazón comenzaba a hundirse en la depresión. Aunque mi fatiga física se estaba recuperando en gran medida, no lograba comprender del todo por qué mi corazón vacilaba hacia el desánimo, para luego volver a estabilizarse. En medio de esta lucha, leí el pasaje bíblico de hoy —el Salmo 62— y mi atención se centró específicamente en el versículo 3: «¿Hasta cuándo atacaréis a un hombre para derribarlo, como si fuera un muro inclinado o una cerca tambaleante?». El salmista, David, se encontraba bajo ataque. Sus enemigos se habían unido al unísono para asaltarlo con la intención de quitarle la vida. Frente a tales ataques, David describió su difícil situación actual como la de un «muro inclinado» o una «cerca tambaleante». La razón de esta descripción radicaba en que sus enemigos no solo conspiraban para derribar a David de su elevada posición, sino que —siendo aquellos que se deleitaban en la falsedad— ofrecían bendiciones con sus labios mientras albergaban maldiciones en sus corazones (v. 4). En esencia, los enemigos de David buscaban desestabilizarlo sacudiendo las barreras protectoras —como un muro o una cerca— que lo rodeaban, intentando hacer que se vinieran abajo estrepitosamente. Esta es precisamente la obra y la estrategia de Satanás. Satanás nos ataca incesantemente,

esforzándose diligentemente por sacudir —e incluso derribar— los muros y las cercas que sirven como barreras protectoras para nuestros corazones, los cuales son la verdadera fuente de la vida (Proverbios 4:23). Satanás trabaja incansablemente para atacar de continuo nuestros corazones, procurando sumirnos en el desánimo y la depresión, e incluso llevarnos a la desesperación. En consecuencia, ¿qué debemos hacer cuando nuestros corazones comienzan a vacilar? He reflexionado sobre este asunto de dos maneras:

En primer lugar, cuando nuestros corazones vacilan, debemos depositar serenamente nuestra confianza —nuestra fe— en Dios. Observe la primera mitad del pasaje bíblico de hoy, el Salmo 62:8: «Confíen en Él en todo tiempo, ustedes, pueblo…» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Pueblo mío, confíen siempre en Dios»]. Cuando nuestros corazones son sacudidos por los ataques de Satanás, debemos asimilar simultáneamente dos verdades: (1) que, aunque aumenten nuestras riquezas, no debemos poner nuestra confianza en ellas (v. 10); y (2) que debemos confiar únicamente en Dios (vv. 1, 2, 5, 6). Satanás nos ataca con frecuencia, particularmente a través de la tentación de las cosas materiales. Especialmente cuando atravesamos dificultades financieras, Satanás nos tienta con diligencia por medio del dinero. Es más, nos tienta incluso permitiendo que nuestras riquezas aumenten, esforzándose, en última instancia, por llevarnos a un estado en el que intentemos servir simultáneamente tanto al Señor como a las riquezas materiales. Ciertamente, nuestros corazones pueden verse sacudidos por esta tentación de Satanás. Sin embargo, tal como instruyen las Escrituras, aunque aumenten nuestras riquezas, no debemos poner nuestra confianza en ellas (v. 10). Más bien, al igual que el salmista David, debemos confiar siempre y únicamente en Dios (v. 8). Y al confiar en Él —incluso cuando nuestros corazones vacilan— nuestras almas deben fijar su mirada, en quietud, únicamente en Dios (vv. 1, 5). Debemos mirar, en quietud, solo al Señor (vv. 2, 6). ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo podemos fijar nuestra mirada, en quietud y únicamente en Dios, cuando nuestros corazones vacilan? Me vienen a la mente las palabras que se encuentran en los Salmos 42:5, 11 y 43:5: «¿Por qué te abates, alma mía? ¿Por qué te turbas dentro de mí? Pon tu esperanza en Dios, pues aún lo alabaré; ¡mi Salvador y mi Dios!». A menudo hago de estos versículos mi propia oración,

ofreciéndolos a Dios. Especialmente cuando me siento abatido y ansioso en lo más profundo de mi ser, oro a Dios mientras le declaro a mi propia alma: «James, ¿por qué te abates? ¿Por qué te turbas por dentro? Tú, James: pon tu esperanza en Dios». Cuando hago esto, invariablemente experimento la ayuda de Dios. Dios reanima y levanta mi alma —que alguna vez estuvo abatida y ansiosa— mediante el poder de su Palabra prometida. De este mismo modo, siempre que mi corazón vacila, deseo acercarme a Dios en oración, clamando a mi propia alma tal como lo hizo el salmista David: «Sí, alma mía, descansa solamente en Dios» (62:5). ¿Por qué debemos fijar nuestra mirada en silencio, y únicamente, en Dios? La razón es que «mi salvación» y «mi esperanza» provienen del Señor (versículos 1, 5). La razón es que solo el Señor es «mi roca» y «mi fortaleza» (versículos 2, 6). Por lo tanto, a medida que confiamos en Dios en silencio y fijamos nuestra mirada en Él con quietud, no seremos conmovidos (versículos 2, 6). Por el contrario, cobraremos fuerzas (Isaías 30:15).

En segundo lugar —y por último—, cuando nuestros corazones se ven sacudidos, debemos derramar nuestro corazón.

Observemos el pasaje bíblico de hoy: el Salmo 62:8: «Confiad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad vuestro corazón delante de él; Dios es nuestro refugio. (Selah)». Dentro de nuestra comunidad, muchos miembros se sienten incapaces de compartir sus preocupaciones y cargas. La razón por la que no pueden hacerlo, al parecer, es el temor de que, si compartieran sus problemas, estos se convirtieran en pasto para el chismorreo dentro de la iglesia, lo cual terminaría causándoles daño a ellos mismos. En consecuencia, no les queda más remedio que cargar con sus preocupaciones y cargas completamente solos. Si bien la iglesia debería ser una comunidad de mutuo compartir, parece que aún no se ha establecido una cultura propicia para compartir profundamente las preocupaciones y cargas de los demás. Esta es, ciertamente, una realidad lamentable. Sin embargo, incluso en medio de esta realidad, la razón por la que no desesperamos es que podemos ir ante el Señor y derramar nuestro corazón delante de Él. Por esta razón, aprecio personalmente el Himno 539 del *Nuevo Himnario*, titulado «Ve en silencio a Jesús». La letra del estribillo dice

así: «Ve en silencio al Señor Jesús y derrama tu corazón delante de Él; el Señor, que siempre ve en lo secreto, te concederá gran gracia». ¡Cuán verdaderamente agradecidos deberíamos estar de poder ir en silencio ante el Señor y derramar nuestro corazón delante de Él! Es, sin duda alguna, un privilegio y una bendición poder acercarnos al Señor —quien nos ama con la mayor profundidad y nos conoce con la mayor intimidad— por medio de la oración, clamando a Él mientras derramamos las profundidades mismas de nuestras almas. El salmista David exhortó al pueblo de Israel a confiar siempre en Dios —a apoyarse en Él— y a derramar su corazón delante de Él, por la sencilla razón de que Dios mismo sirve como nuestro refugio (versículo 8). La razón por la que pudo ofrecer tal consejo fue que él mismo —mientras era atacado por sus enemigos (vv. 3-4)— confió únicamente en Dios —quien es su fortaleza, su roca y su refugio— y derramó su corazón delante de Él (v. 7). Al hacerlo, David escuchó la Palabra de Dios. El contenido del mensaje que él escuchó constaba de dos puntos: (1) «El poder pertenece a Dios» (v. 11), y (2) «La bondad pertenece al Señor» (v. 12). Cuando nuestros corazones se ven sacudidos, si confiamos en Dios y derramamos nuestros corazones ante Él, experimentaremos tanto el poder de Dios como Su amor. A medida que fijamos nuestra mirada con quietud únicamente en Dios —depositando nuestra confianza en Él con serenidad— recibiremos la fortaleza que Él provee (Isa. 30:15) y experimentaremos Su amor eterno, el cual es mejor que la vida misma (Sal. 63:3).

Somos como un muro tambaleante o una cerca desmoronada (Sal. 62:3). Satanás y nuestros enemigos lanzan incesantemente ataques concertados contra nosotros (v. 3). Deleitándose en la falsedad, hablan con duplicidad —sus palabras desmienten sus verdaderas intenciones (v. 4)— y emplean el engaño (v. 9) con el único propósito de hacernos apartarnos de nuestra fe (v. 4). Ellos poseen el poder de perturbar profundamente nuestros corazones. En tales momentos, debemos confiar con quietud en Dios (v. 8). Debemos fijar nuestra mirada con quietud únicamente en Dios: Aquel que es nuestra salvación y nuestra esperanza (vv. 1, 5). Además, debemos derramar nuestros corazones ante Él (v. 8). Cuando así lo hacemos, Dios sostendrá nuestros corazones con Su poder y Su bondad amorosa (vv. 11–12). En consecuencia, ya no seremos sacudidos (vv. 2, 6).

“Cuando mi corazón está cansado”

[Mensaje del Salmo 61]

Últimamente he estado leyendo un libro titulado “La guerra cristiana”, del reverendo D. M. Lloyd-Jones. Mi motivación para leerlo surgió de un creciente interés y necesidad de aprender más sobre la guerra espiritual, que nació al conversar con un querido compañero sobre la historia de Job y las fuerzas de Satanás. Al leer este libro, observé que el reverendo Lloyd-Jones, al hablar del Libro de Job, afirma que una de las estrategias del diablo es claramente que posee la autoridad para dominar incluso la naturaleza hasta cierto punto. Por ejemplo, cuando Satanás comenzó a atacar a Job con el permiso de Dios, uno de sus siervos se acercó a él y le informó que le habían robado sus bueyes y asnos, y que habían matado a sus guardias. Mientras aún hablaba, otro hombre se acercó y le dijo a Job: «...Fuego de Dios, es decir, relámpago, descendió del cielo y consumió a la oveja y al siervo. Solo yo he escapado, y he venido a decírtelo, señor mío» (Job 1:16). Esto nos enseña claramente que el acto de provocar relámpagos y destruir con ellos está dentro del dominio y el poder del diablo. Lo que más le interesa al diablo, quien posee este asombroso poder, es el hecho de que ataca la mente —el mayor don del hombre— intensamente con astucia y un poder aterrador. En particular, el diablo ataca nuestras mentes usando diversas artimañas, una de las cuales es intentar oprimirnos con el espíritu del miedo (Jones). Como ejemplo, consideremos a Pedro: aunque había jurado que nunca abandonaría al Señor —incluso si todos los demás lo hacían—, finalmente lo negó tres veces, afirmando que no lo conocía en absoluto. La razón de esto era que el Diablo —un espíritu de terror extremo— le

había infundido un miedo paralizante a perder la vida (Jones). En este contexto, el Dr. Jones ofreció estas incisivas palabras sobre la iglesia contemporánea: «La iglesia ha sido anestesiada, sumida en un estupor, y se ha quedado dormida; permanece completamente ajena a esta lucha, a esta guerra espiritual» (Jones).

El Diablo, que constantemente tiende trampas y lazos, parece en este momento estar ganando la ventaja dentro de la iglesia. El Dr. Lloyd-Jones observó que el abatimiento, el desánimo, la sensación de derrota y la desesperación absoluta son, por lo general, los resultados directos de las maquinaciones del Diablo. ¿Cuántos de nosotros, los cristianos, vivimos entonces vidas plagadas de abatimiento, desánimo y una sensación de derrota? ¿Cuántos de nosotros vivimos con el sabor amargo de la desesperación? Debemos librar esta batalla espiritual contra el Diablo, luchando y prevaleciendo mediante el poder del Señor Jesús: Aquel que ya ha asegurado la victoria. Debemos vivir como cristianos militantes, armados con la absoluta certeza de la victoria. Estamos llamados a participar en la guerra espiritual. Hoy encontramos una ilustración de esto en nuestro pasaje bíblico: el Salmo 61. En el versículo 2 de nuestro texto, el salmista —David— declara: «Cuando mi corazón está abrumado». Aquí, la palabra «abrumado» conlleva la connotación específica de «envolverse a sí mismo». Esto describe un estado de agotamiento total y desesperación: estar agobiado y desgastado por las diversas tribulaciones de la vida (Park Yun-sun). David, quien se hallaba en desesperación debido a la persecución de sus enemigos (v. 3): ¿cómo, en efecto, debemos *nosotros* luchar y vencer cuando nuestros corazones se sienten agobiados por las fuerzas malignas del Diablo, tal como le ocurrió a David? Buscaremos aprender cuatro lecciones al respecto:

En primer lugar, cuando nuestros corazones se sientan agobiados, debemos clamar a Dios.

Por favor, miren el pasaje bíblico de hoy, Salmo 61:1: «Oye, oh Dios, mi clamor; escucha mi oración». Recuerdo una ocasión, durante un servicio de oración entre semana, en la que, mientras meditaba en el Salmo 42, lancé un desafío: convirtamos los momentos de

abatimiento y desesperación de nuestras vidas en oportunidades para anhelar a Dios. Siempre que nuestros corazones se sientan ansiosos, abatidos o desesperados debido a las diversas adversidades y sufrimientos de la vida, debemos clamar a Dios, tal como lo hace David en el pasaje bíblico de hoy. Además, al clamar a Dios, debemos elevar nuestras súplicas manteniendo firmemente presente esta verdad: «Dios me anhela con una intensidad aún mayor de la que yo lo anhelo a Él». Sin embargo, por alguna razón, parece que a menudo olvidamos el hecho de que Dios nos anhela precisamente cuando nos sentimos más agobiados y angustiados. Quizás sea por eso que David, en el texto de hoy, declaró: «Cuando mi corazón esté abrumado, clamaré a Ti desde los confines de la tierra». ¿Por qué habló David de clamar «desde los confines de la tierra»? La razón es que, en su estado de total desesperación, David sentía como si Dios lo hubiera abandonado; como si se hubiera alejado, muy, muy lejos de Dios. No obstante, incluso en medio de tales sentimientos, David no sucumbió a la autocompasión ni se abandonó a la desesperanza. En su lugar, clamó a Dios: «Guíame a la Roca que es más alta que yo». Incluso desde las profundidades de la desesperación, David fijó su mirada en la Roca que se alzaba más alto que él mismo y clamó a Dios.

Necesitamos una fe que diga: «Aun así». En otras palabras, tal como hizo David —incluso cuando se hallaba sumido en las profundidades de la desesperación—, debemos anhelar a Dios. Debemos clamar a Él. Así como el profeta Jonás, desde las profundidades del mar, declaró: «Aunque he sido desterrado de tu presencia, volveré a dirigir mi mirada hacia tu santo templo» (Jonás 2:4), así también nosotros —independientemente de las circunstancias en las que nos encontremos— debemos clamar al Señor, incluso cuando nuestros corazones se sientan abrumados.

En segundo lugar, cuando nuestros corazones se sientan abrumados, debemos refugiarnos en el Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 61:4: «Habitaré en tu tabernáculo para siempre; me refugiaré bajo la protección de tus alas (Selah)». En medio de la desesperación, lo único que podemos hacer es clamar a Dios Padre y refugiarnos en Él. La razón es que solo Dios es nuestro Protector. Por ello, cuando su corazón se sentía abrumado —incluso mientras se sentía distante de Dios—, David, en medio de su súplica, confesó la verdadera naturaleza de Dios de esta manera: «Porque tú has sido un refugio para mí, una torre fuerte contra el enemigo» (v. 3). ¿Cómo pudo David confesar que Dios era su refugio y su torre fuerte, incluso en medio de la angustia de una desesperación extrema y aun sintiéndose tan alejado de Dios? Encontré la respuesta en la segunda parte del versículo 7 del texto de hoy: «... Designa tu amor y tu fidelidad para protegerlo». David pudo confesar que Dios era su refugio y su torre fuerte precisamente porque Dios había dispuesto su amor inagotable y su verdad para él en su estado de profunda aflicción. Por lo tanto, incluso mientras su espíritu se sentía abrumado, David buscó refugio en el Señor y clamó a Él, sabiendo que estaba siendo protegido por el amor inagotable y la verdad de Dios. La lección que podemos aprender aquí es que, incluso cuando nuestros corazones se sientan abrumados, debemos aferrarnos firmemente al amor inagotable y a la verdad de Dios, y nunca soltarlos. En otras palabras, debemos refugiarnos en el Señor con la fe de que Dios —quien nos ama incondicionalmente— ha prometido (o predestinado) salvarnos, y que Él cumplirá fielmente (en verdad) esa misma promesa (Park Yun-sun).

Incluso en medio de la desesperación de la vida, debemos aferrarnos al amor eterno (la bondad amorosa) y a la verdad de Dios. Al hacerlo, debemos ser guiados por la esperanza de que moraremos para siempre en el tabernáculo de Dios (v. 4). Incluso en momentos de desesperación pasajera, debemos fijar nuestra mirada en el tabernáculo eterno de Dios.

En tercer lugar, cuando nuestros corazones se sientan abrumados, debemos recordar la gracia que Dios nos ha concedido en el pasado.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 61:5: «Porque tú, oh Dios, has oído mis votos; me has dado la herencia de los que temen tu nombre». Esto hace referencia al hecho de que el gobierno sobre Israel pasó temporalmente a la facción injusta liderada por Absalón, solo para regresar una vez más a las manos de David (Park Yun-sun). En otras palabras, David trajo a la memoria la gracia mediante la cual Dios lo había librado en el pasado; específicamente, durante la rebelión liderada por su propio hijo, Absalón (Park Yun-sun). Cuando el corazón de David se sentía agobiado por sus enemigos (v. 3), en lugar de detenerse a pensar en lo que él mismo había hecho por Dios hasta ese momento, eligió recordar lo que Dios había hecho por él en el pasado. Este no es, en absoluto, nuestro instinto natural. Nuestro instinto natural, cuando nuestros corazones están cargados, es clamar a Dios citando nuestras propias obras o méritos. Como ejemplo de esto, podemos fijarnos en Elías en 1 Reyes 19. Huyendo atemorizado de las amenazas de Jezabel, Elías escapó hacia el desierto; más tarde, habiendo llegado al monte Horeb —sostenido por el toque y la provisión de un ángel—, Dios le preguntó: «¿Qué haces aquí, Elías?» (vv. 9, 13). En ese momento, Elías respondió: «He sentido un celo ardiente por el SEÑOR, Dios de los Ejércitos» (vv. 10, 14); Al hacerlo, se quejó ante Dios, al tiempo que reivindicaba sus propias obras (o méritos) realizadas en nombre de Dios.

Uno de nuestros problemas es que no logramos olvidar aquello que deberíamos olvidar, mientras que olvidamos aquello que deberíamos recordar. En otras palabras, con respecto a los pecados de los que nos hemos arrepentido ante Dios —pecados que Dios ha prometido no solo perdonar, sino también no recordar más—, nosotros también deberíamos dejar de recordarlos; sin embargo, a menudo nos encontramos incapaces de dejarlos ir, rumiando sobre ellos una y otra vez. Por el contrario, somos demasiado rápidos para olvidar la gracia que Dios nos otorgó en nuestro pasado; una gracia que nunca deberíamos olvidar. Al igual que David en el pasaje bíblico de hoy, debemos recordar la gracia que Dios ha derramado sobre nuestras vidas en el pasado. En particular, cuando nuestros corazones se sientan agobiados —muy al estilo de David—, deberíamos mirar hacia atrás en nuestras vidas, recordando la obra de salvación de Dios en cada coyuntura

crítica, y así soportar nuestras actuales y desesperadas circunstancias mediante la fe. Cuando nuestros corazones se sientan pesados, la desesperación que hay en nuestro interior debería transformarse en esperanza y expectación al traer a la memoria la gracia que Dios nos concedió en días pasados.

Finalmente —y en cuarto lugar—, cuando nuestros corazones se sientan agobiados, deberíamos anhelar el reino eterno de Dios.

Por favor, miren el pasaje bíblico de hoy, Salmos 61:7: «Él permanecerá ante Dios para siempre; ¡Oh, prepara misericordia y verdad, que puedan preservarlo!». David hizo una petición a Dios, rogando que el Señor concediera al rey una larga vida; una vida que abarcara muchas generaciones (versículo 6). Él suplicaba a Dios —Aquel que tiene dominio sobre la vida y la muerte, la fortuna y la desgracia— que extendiera sus días. En esencia, le estaba pidiendo a Dios la bendición de la longevidad. Yendo aún más lejos, David oró para poder morar en la presencia de Dios para siempre. Simplemente imagínenlo. Observamos a David —con su espíritu agobiado y sumido en las profundidades de la desesperación a causa de sus enemigos— y, sin embargo, incluso en medio de esta angustia, fija su mirada en Dios y se refugia en Él. Al recordar la gracia que Dios le había otorgado anteriormente, encuentra esperanza; y en medio de su momentánea desesperación, ora fervientemente para poder morar en la presencia de Dios para siempre. Nosotros también, al igual que David, debemos orar para poder morar en la presencia de Dios eternamente, incluso cuando nos encontremos en momentos de desesperación. En particular, reconociendo que el Señor —el Rey de reyes— reina eternamente sobre el Reino de Dios, debemos orar para que nosotros, como ciudadanos de ese reino divino, podamos habitar en él para siempre. Al elevar esta oración, debemos hacer eco de la petición que el propio Señor nos enseñó: «Venga tu reino». Además, cuando Jesús —Aquel que da testimonio de estas cosas— declara: «Ciertamente vengo pronto», debemos responder como el apóstol Juan: «Amén. Sí, ven, Señor Jesús» (Ap. 22:20).

Cuando su espíritu se sentía abrumado, David clamaba a Dios y se refugiaba en Él; entonces, recordando la gracia que Dios le había mostrado en el pasado, anhelaba el reino eterno de Dios. En medio de este anhelo, David resolvió que, si Dios respondía a su oración —guiándolo, protegiéndolo y extendiendo Su gracia salvadora para que él pudiera habitar en la presencia de Dios para siempre—, él respondería de esta manera: «Así cantaré alabanzas a tu nombre para siempre, para cumplir mis votos cada día» (Sal. 61:8). Por lo tanto, nosotros también —al igual que David—, cuando nuestros espíritus se sientan agobiados, debemos clamar a Dios y refugiarnos en el Señor, quien nos sirve de santuario y torre fuerte; y, al recordar la gracia que el Señor nos ha concedido en el pasado, debemos poner nuestra esperanza en habitar en la presencia de Dios para siempre.

«La carga dentro de mí»

«Aparte de otras cosas, está la presión diaria sobre mí: mi preocupación por todas las iglesias» (2 Corintios 11:28).

Me convertí en pastor principal sin saber realmente en lo que me estaba metiendo. Tenía solo un año de experiencia como pastor asociado. Es más, esa experiencia consistió en servir durante exactamente un año como pastor asociado en la Iglesia Presbiteriana Seungri —la misma iglesia donde crecí—, mientras mi padre servía como pastor principal. Tras esa experiencia, sufrí agotamiento; al igual que Jonás, desobedecí el consejo de mi padre y huí a Corea. Una vez en Corea, serví en la Iglesia Seohyeon: primero como pastor de educación, supervisando el ministerio en inglés, y más tarde, brevemente, en el Ministerio de Nuevas Familias. En total, ese periodo de servicio duró solo dos años y nueve meses. Por supuesto, sé que la experiencia no es el único requisito previo para convertirse en pastor principal. Sin embargo, a pesar de mi profunda falta de experiencia, el Señor me llamó de regreso a la Iglesia Presbiteriana Seungri tras entregarme una palabra de promesa —Mateo 16:18— por medio de un orador invitado en un retiro organizado por la Asociación de Pastores para la Renovación de la Iglesia. Así, después de que mi padre se jubilara, asumí el cargo de pastor principal. Para el 21 de diciembre de este año, habrán transcurrido quince años desde aquel día. Al reflexionar sobre los años transcurridos, un comentario que mi esposa me hizo una vez permanece inolvidable: «James, has cambiado». Mi esposa observó que me había convertido en una persona diferente después de asumir el cargo de pastor principal. En aquel momento, no negué su observación. De hecho, *no podía* negarla. La razón era que,

incluso ante mis propios ojos, realmente había cambiado. De alguna manera, sentía como si el cargo de «Pastor Principal» me hubiera transformado en una persona completamente distinta. Hubo momentos en los que, al observarme a mí mismo —constantemente confinado en la oficina pastoral de la iglesia—, me sentía incapaz de hablar con franqueza con mis hermanos y hermanas en el Señor, o de disfrutar de la comunión a plenitud, tal como solía hacerlo. Durante esos momentos, me preguntaba: «¿Qué es exactamente un "Pastor Principal" para que me haya cambiado tan profundamente?». Creo que una de las razones de esta transformación radica en la inmensa presión inherente al cargo de «Pastor Principal». En particular, percibo que la carga psicológica es considerable. Al convertirme en Pastor Principal, no solo sentí una mayor sensación de responsabilidad, sino que también me pareció que yo mismo me imponía una gran presión. Además, a medida que se multiplicaban los diversos asuntos que requerían mi atención —y mientras soportaba un estrés indeseado— hubo frecuentes ocasiones en las que sentí el corazón increíblemente apesadumbrado. Dicho de otro modo, mi corazón estaba —y sigue estando— a menudo agobiado por una sensación de opresión. En medio de este estado de ánimo, mientras leía la Biblia anoche en preparación para el servicio de oración matutino de hoy, me encontré con nuestro pasaje bíblico del día: 2 Corintios 11:28.

Al examinar el texto de hoy —2 Corintios 11:28— descubrimos que el apóstol Pablo también experimentó una sensación similar de tener el corazón apesadumbrado. Esa carga era, específicamente, su ansiedad por el bienestar de todas las iglesias. A Pablo le preocupaba profundamente que los creyentes, dada su fragilidad, pudieran tropezar y apartarse del camino. Consideremos 2 Corintios 11:29: «¿Quién es débil, y yo no me siento débil? ¿A quién se le hace pecar, y yo no ardo por dentro?». Dentro de esta ansiedad de Pablo —dentro de esta angustia de su corazón— yacía incluso una sensación de temor. Ese temor era el pavor de que Satanás pudiera corromper los corazones de los creyentes, haciendo que se alejaran de su devoción sincera y pura a Cristo (v. 3). A Pablo le inquietaba que los miembros de la iglesia pudieran apartarse del verdadero Evangelio de Jesucristo que él había predicado, abrazar un «evangelio diferente» (v. 4) y, en última instancia, caer fuera de la fe.

La razón por la que no podía evitar sentirse tan ansioso era que unos falsos apóstoles —obreros engañosos que se disfrazaban de apóstoles de Cristo— estaban desviando a los miembros de la iglesia (v. 13). Dado que el propio Satanás se disfraza de ángel de luz (v. 14), y sus siervos asimismo se disfrazan de siervos de justicia (v. 15) —buscando engañar a los creyentes, apartarlos de la verdad y hacer que renuncien a su fe—, Pablo no podía menos que sentir una profunda preocupación por el bien de todas las iglesias. Fue precisamente a causa de esta inquietud por los miembros de la iglesia que Pablo sintió una pesada carga sobre su corazón, día tras día.

Un pastor principal debe poseer este tipo de carga espiritual. Debe llevar un peso profundo en su corazón, nacido de su preocupación por la congregación. Debe mantenerse vigilante, inquieto ante la posibilidad de que, entre el rebaño que el Señor ha confiado a su cuidado, algunos que son espiritualmente débiles puedan ser desviados por siervos de Satanás disfrazados de ovejas, llevándolos a abandonar su fe y a dar la espalda al Señor. Por supuesto, si bien la labor del ministerio conlleva inevitablemente muchas otras preocupaciones, la inquietud primordial para nosotros, los pastores, debe ser siempre la fe de nuestros congregantes. Nuestra máxima prioridad debe ser la salvación de sus almas. Debemos prestar suma atención a si nuestros amados hermanos y hermanas se mantienen firmes en su fe. Al hacerlo —aun cuando el peso de tal preocupación oprima fuertemente nuestros corazones—, el Señor restaurará nuestros espíritus agobiados. El Señor infundirá en nuestros corazones una vitalidad renovada. Y el Señor obrará un avivamiento en nuestro interior. Oro para que estas bendiciones nos sean concedidas tanto a ti como a mí.

«Cuando mi espíritu se angustia dentro de mí»

[Del Salmo 142]

Amigos, ¿acaso se enfrentan ustedes en estos días a múltiples fuentes de sufrimiento? A menudo pienso que la vida —muy parecida a una espesura espinosa— es un enredo intrincado de diversas adversidades y aflicciones. En consecuencia —en medio de la ansiedad, la preocupación y el estrés— parece que muchas personas padecen diversos males físicos y mentales. Es por ello que concibo la vida como algo semejante a una espesura espinosa. Hay ocasiones frecuentes en las que diversas circunstancias se enredan de tal modo que pesan abrumadoramente sobre nuestros corazones. En tales momentos, tal vez nos encontremos preguntándonos: «¿Por qué es mi vida tan retorcida y complicada?». En efecto, es innegable que la vida puede asemejarse verdaderamente a una espesura espinosa. Si entonces nos preguntamos *por qué* ocurre esto, podemos hallar la causa subyacente en la Parábola del Sembrador de Jesús. La causa de raíz reside en las tentaciones del mundo, las ansiedades de la vida y el atractivo de las riquezas. A medida que transitamos por este mundo, a veces sucumbimos a diversas tentaciones mundanas y, al hacerlo, pecamos contra Dios; como resultado, las circunstancias dolorosas continúan acumulándose y entrelazándose, dejándonos en un estado de angustia y agobio. En esos momentos, a menudo intentamos desenredar estos nudos valiéndonos únicamente de nuestras propias fuerzas; sin embargo, cuanto más nos esforzamos, más irremediablemente enredadas parecen volverse las cosas. ¿Qué debemos hacer, entonces?

Si observamos el pasaje bíblico de hoy —el Salmo 142— vemos que el salmista, David, se encontraba atrapado en una situación en la que diversas adversidades se hallaban entrelazadas, tal como una espesura espinosa. ¿Cómo lo sabemos? Podemos discernirlo a partir del versículo 2 de nuestro texto: «Delante de Él derramo mi queja; le cuento toda mi angustia». Aquí, la frase «mi queja» (o «mi agravio») corresponde a la palabra hebrea original *siach*; significativamente, el sentido literal de esta palabra es «espesura» (según Park Yun-sun). El término «espesura» implica que la vida de David no estaba asediada por una o dos fuentes de sufrimiento, sino por tantas que estas terminaron enredándose como una espesura espinosa, dejándolo en un estado de total angustia (Park Yun-sun). ¿Por qué se enfrentó David a una multitud tan abrumadora de aflicciones —tantas que lo llevaron al borde de la desesperación? La razón era que David estaba siendo perseguido por Saúl (v. 6; Park Yun-sun). En su persecución, el rey Saúl llegó incluso a tender trampas ocultas en el camino de David en un intento por capturarlo (v. 3). En última instancia, el rey Saúl buscaba activamente quitarle la vida a David (1 Samuel 18–24), mientras que David, huyendo de Saúl, se escondía en la cueva de Adulam (22:1). A primera vista, la situación de David parecía totalmente desesperada: una situación angustiosa en la que no podía haber esperanza sin la intervención divina (MacArthur). Si uno tuviera que resumir en una sola frase esta situación desesperada —en la que David parecía estar totalmente desprovisto de esperanza al margen de la intervención de Dios—, la Escritura, en el texto de hoy del Salmo 142:6, lo expresa de este modo: «…he sido abatido en gran manera». En otras palabras, debido a la persecución del rey Saúl, David había quedado reducido a un estado de extrema humillación y debilidad (v. 6; Park Yun-sun). Este estado de extrema humillación y fragilidad se manifestaba externamente por el hecho de que, en ese momento, se escondía en la cueva de Adulam para escapar del rey Saúl [(v. 7) «Saca mi alma de la cárcel…»]. Internamente, el espíritu de David estaba herido en lo más profundo, y se sentía embargado por un amargo sentimiento de agravio (vv. 2–3). En medio de estas circunstancias, al observar el Salmo 142:4 en el texto de hoy, vemos que David se sentía totalmente abandonado: «Mira a mi diestra y observa; no hay nadie que me conozca, ningún lugar de refugio, y nadie que se preocupe por mi alma». Por más que David mirara a su alrededor, no

encontraba a nadie que le mostrara interés o preocupación, a nadie que le ofreciera ayuda y a nadie que le brindara consuelo. Desde una perspectiva humana, ¡qué situación tan verdaderamente desoladora era esta! Sin embargo, es precisamente aquí donde reside la providencia de Dios. Pareciera como si Dios estuviera cortando deliberadamente toda vía de apoyo que rodeaba a David. ¿Cuál era la razón de esto? La razón era que Dios estaba obrando para asegurar que David derramara su espíritu quebrantado y afligido —a través de la oración— únicamente ante Dios. Observemos el texto de hoy, Salmo 142:1–2: «A gran voz clamo al SEÑOR; alzo mi voz al SEÑOR pidiendo misericordia. Derramo mi queja ante Él; ante Él expongo mi angustia». Incluso en sus humildes circunstancias, David no perdió el ánimo; más bien, lleno de esperanza, derramó sin reservas cada detalle de su situación ante Dios en oración (Park Yun-sun). Miremos el versículo 3: «Cuando mi espíritu desfallece dentro de mí, eres Tú quien conoce mi camino. En el sendero por donde camino, la gente ha escondido una trampa para mí». Al observar esta oración de David, vemos que él estaba desahogando su corazón ante Dios. En otras palabras, David estaba derramando su corazón ante Dios por medio de la oración. La razón de esto era que su espíritu estaba quebrantado en lo más profundo de su ser. Debido a que David albergaba un profundo sentimiento de aflicción en su corazón (v. 2), su espíritu estaba herido. En ese momento, derramó las profundidades de su corazón ante Dios.

Aquí, me gustaría considerar la oración de David desde tres perspectivas. En otras palabras, deseo reflexionar sobre el contenido de la oración de David en el texto de hoy —el Salmo 142:5 al 7— abordándolo en tres puntos y aplicándolos a nosotros mismos:

En primer lugar, la oración de David fue una oración que reconocía a Dios como Dios.

Observemos el Salmo 142:5 en el texto de hoy: «A ti clamé, oh Jehová; Dije: Tú eres mi refugio, Y mi porción en la tierra de los vivientes». Al comenzar su oración, David se presentó proclamando a Dios con un corazón que, ante todo, reconocía quién es Él. En resumen, David inició su oración con la convicción de que Dios es «mi refugio» y «mi porción». David

dirigió su mirada a Dios —quien es su verdadero refugio— cuando miró a su alrededor, hacia su derecha, y no encontró a nadie que lo conociera, ni refugio alguno, ni a nadie que se preocupara por su alma (versículo 4). Cuando nuestro espíritu está herido y nos sentimos colmados de amargura —y aunque desahoguemos ese sentir con las personas que nos rodean aquí y allá—, ¿podríamos afirmar con total confianza que ellas son nuestro refugio? Hacer de las personas nuestro refugio es, en verdad, algo peligroso. Es como edificar una casa sobre la arena. Al ser frágil, esa estructura está destinada a derrumbarse; está destinada a hundirse en una miseria aún mayor. Debemos hacer de Dios nuestro refugio. Solo el Señor —quien es nuestro refugio— nos protegerá a ti y a mí, consolará nuestros espíritus quebrantados y nos brindará su ayuda. David no se limitó a creer y confesar que Dios era «su refugio»; creyó y reconoció a Dios también como «su porción», y elevó sus oraciones a Él. ¿Qué significa aquí la expresión «mi porción»? Significa que, dado que Dios es la fuente misma de la vida, solo aquellos que lo poseen pueden disfrutar de la vida verdadera (Park Yoon-sun). Es por ello que, en ocasiones, entonamos el Himno 82 con estas palabras: «Señor, tú que eres mi gozo, mi esperanza y mi vida…». Debemos acercarnos al Señor —quien es nuestro refugio y nuestra vida eterna— llevando ante Él nuestras penas y nuestros corazones quebrantados, para presentarle así nuestras súplicas.

En segundo lugar, la oración de David fue una oración en busca de la salvación de Dios. Observemos el texto de hoy, el Salmo 142:6: «Escucha mi clamor, pues estoy muy abatido; líbrame de los que me persiguen, pues son más fuertes que yo». David clamó a Dios para que lo librara (salvara) del rey Saúl —quien lo perseguía— y de su propio estado de profunda abatimiento. La razón por la cual no tuvo más opción que clamar a Dios de esta manera fue que el rey Saúl y sus hombres, quienes lo perseguían, eran mucho más fuertes que él. Sin embargo, dado que se había debilitado en gran medida a causa de la persecución, David se refugió en Dios —quien es su refugio— en medio de su gran debilidad, y suplicó al Dios Todopoderoso que le concediera la gracia de la salvación. A menudo pienso en el himno evangélico «Cuando soy débil, Él me da fuerzas» mientras comparto con los hermanos y hermanas que me rodean en medio del dolor y la adversidad. Esto se debe, probablemente,

a que observo que, cuando ellos enfrentan dificultades por diversos motivos, Dios les hace tomar conciencia de su propia fragilidad. En tales momentos, al alzar mi mirada hacia Dios en medio de la debilidad, vislumbro que Su poderosa mano está con ellos. Doy gracias por la obra de salvación de Dios cuando percibo la fortaleza interior que hay en ellos, la cual proviene de la fuerza que Él les otorga precisamente cuando son débiles. Por lo tanto, no debemos temer llegar a sentirnos sumamente débiles. Más bien, cuando nos sintamos profundamente débiles, deberíamos aprovechar esa circunstancia como una oportunidad para anhelar la gracia salvadora de Dios. Cuando somos débiles, debemos apoyarnos en la fortaleza de Dios y orar a Él con fervor. Al hacerlo, Dios nos librará de nuestra debilidad.

En tercer y último lugar, la oración de David se fundamentaba en la firme convicción de que el Señor actuaría con generosidad hacia él.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 142:7: «Saca mi alma de la prisión, para que dé gracias a tu nombre; los justos me rodearán, porque tú actuarás con generosidad conmigo». Aunque David se escondía en la cueva de Adulam para escapar del rey Saúl, creía que Dios lo libraría de aquella cueva, la cual se sentía exactamente como una prisión. En resumen, David poseía la certeza de su salvación. David no solo poseía esta certeza de salvación, sino que también creía que el Señor lo libraría de la mano de Saúl y haría que los justos se congregaran a su alrededor. ¿Qué significa esto? Si observamos el texto de hoy —el Salmo 142:4—, David se lamenta de que, al mirar a su derecha, no hay nadie que lo conozca, ni lugar de refugio, ni nadie que se preocupe por él. Sin embargo, ya en el versículo 5, confiesa que Dios es su refugio y acude al Señor en oración; y en el versículo 7, expresa su firme convicción de que, en efecto, habrá personas justas que cuidarán de él. ¿Cómo es esto posible? Es posible porque David creía en un Dios que actúa con generosidad. En el Salmo 116:7, la Escritura declara: «Vuelve a tu reposo, alma mía, porque el SEÑOR ha actuado con generosidad contigo». Al igual que el salmista David, cuando nuestro espíritu desfallece en nuestro interior, debemos depositar nuestra confianza en la generosa bondad del Señor; y, a medida que presentamos nuestras peticiones a Dios con fervor, nuestras almas deben

regresar a un estado de reposo. Al derramar nuestras aflicciones ante Dios en oración y experimentar la gracia de su salvación, debemos disfrutar de la paz de Dios: una paz que el mundo no puede dar.

Este mundo está lleno de muchas ansiedades y adversidades. Nos asedian muchas obras pecaminosas, y los peligros de muerte se han acumulado a nuestro alrededor (Himno 474). Al vivir en un mundo así, nuestras vidas a menudo se asemejan a una espesura espinosa. Hay momentos en los que nuestro espíritu se enreda y se lastima a causa de diversas pruebas dolorosas. También experimentamos con frecuencia una profunda soledad, al no encontrar a nadie ante quien podamos desahogar nuestras penas. En tales momentos, al igual que el salmista David, debemos derramar nuestro corazón ante Dios en oración. Al derramar nuestro corazón, debemos dar el primer paso por fe, proclamando la verdadera naturaleza de Dios: su misma esencia divina. Dios es «mi refugio». Dios es «mi porción». Debemos clamar a este Dios —quien nos sirve de refugio y porción— pidiéndole que nos libre (nos salve). Al clamar, debemos presentar nuestras súplicas con la firme certeza de la salvación. La razón es que nuestro Dios es un Dios que actúa con generosidad hacia nosotros. Por ello, oro para que tú y yo podamos experimentar la gracia salvadora de Dios.

Cuando mi alma se siente agraviada

«Han tendido una red para mis pasos; mi alma está abatida. Han cavado una fosa ante mí, pero ellos mismos han caído en ella» (Salmos 57:6).

Hay momentos en los que nos sentimos profundamente agraviados. No he hecho nada malo y, sin embargo, alguien me odia y me atormenta. Ni siquiera sé por qué esa persona me odia. No sé por qué me atormentan. Sería de ayuda si al menos conociera la razón, pero, sin causa aparente, me odian y hacen de mi vida una miseria. Sin embargo, parece que no se conforman solo con eso. Reúnen a sus cómplices para inventar historias sobre mí, calumniándome e incluso incriminándome con falsas acusaciones. Es más, están difundiendo rumores maliciosos acerca de mí. Han unido fuerzas para provocar mi caída; llegan incluso al extremo de intentar empujarme a una crisis. Siento como si ya no me quedara ningún lugar donde afirmarme. Siento como si ya no pudiera soportar esto. Mi corazón está lleno de angustia y agobiado por la carga. Me siento total y absolutamente agraviado. Cuando mi alma se siente tan profundamente agraviada, ¿qué debo hacer?

En el pasaje bíblico de hoy —Salmos 57:6— el salmista, David, declara: «Mi alma está abatida» (o: «Mi alma se siente agraviada»). ¿Por qué habló David de esta manera? La razón es que, a pesar de no haber hecho nada malo —de hecho, habiendo traído la victoria a Israel al derrotar a su enemigo, Goliat el filisteo, en el nombre de Dios—, el rey Saúl comenzó a mirarlo con ojos de celos y buscó quitarle la vida. Así, mientras se escondía en una cueva para escapar del rey Saúl, David compuso este Salmo 57 y derramó sus quejas ante Dios.

Por lo tanto, al meditar en las cinco formas en que David respondió cuando su alma estaba angustiada, busquemos recibir las lecciones que Dios nos ofrece:

Primero, cuando su alma estaba angustiada, David se refugió en Dios.

Por favor, miren Salmos 57:1: «Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí, porque en ti se refugia mi alma. Me refugiaré a la sombra de tus alas hasta que haya pasado el desastre». Cuando su alma se hallaba angustiada, David anhelaba la gracia de Dios. Imploró fervientemente a Dios que le concediera Su gracia. Además, se refugió en el Señor —específicamente, a la sombra de las alas del Señor— hasta que hubieron pasado todas las calamidades que enfrentaba (v. 1). Nosotros también debemos refugiarnos en el Señor cuando nuestras almas se encuentren angustiadas. La razón es que Dios es nuestro refugio y una torre fuerte donde podemos escapar de nuestros enemigos (61:3). Cuando las tormentas y tempestades de la vida se desatan contra nosotros, debemos huir rápidamente hacia el Señor —nuestro refugio— hasta que esas tormentas y tempestades hayan pasado por completo (55:8). Debemos refugiarnos a la sombra de las alas del Señor (36:7). Debemos depositar siempre nuestra confianza en Dios, nuestro refugio (62:8), y huir hacia el Señor siempre que nuestras almas se hallen angustiadas. El Señor nos esconderá a la sombra de Sus alas (17:8), guardándonos y protegiéndonos.

En segundo lugar, cuando su alma se hallaba angustiada, David clamó al Dios que lleva a cabo todas las cosas en su favor.

Observemos el Salmo 57:2: «Clamo al Dios Altísimo, al Dios que cumple su propósito para conmigo». Mientras se ocultaba en una cueva para escapar del rey Saúl, David clamó al Dios Altísimo: el mismo Dios que realiza todas las cosas en su beneficio. ¿Cómo pudo David orar de tal manera? Ciertamente, si hubiera contemplado sus circunstancias únicamente con los ojos de la carne, David jamás habría sido capaz de hacer la confesión de fe de que Dios es Aquel que cumple Su voluntad divina para con él. Si se hubiera centrado exclusivamente

en su situación inmediata —atrapado por todos lados dentro de aquella cueva—, David ni siquiera habría podido buscar la voluntad de Dios en medio de tal desesperación. Sin embargo, debido a que David miró al Dios Altísimo con los ojos de la fe mientras se hallaba dentro de aquella cueva, creyó que sería Dios —y no él mismo— quien llevaría a feliz término Su voluntad divina en su favor. Nosotros también debemos poseer este tipo de fe. Esto nos trae a la memoria a Pablo y Silas, tal como se describe en Hechos 16. Estando confinados en una prisión —atrapados por todas partes—, oraron a Dios y le cantaron alabanzas. Resulta hasta cierto punto comprensible que oraran a Dios; no obstante, uno podría preguntarse cómo les fue posible ofrecer alabanzas a Dios en circunstancias tan apremiantes. A mi juicio, el creyente que eleva sus peticiones a Dios y confía en que Su voluntad se cumplirá es capaz de alabar a Dios con fe —independientemente del desenlace—, pues deposita su confianza y su total dependencia en Dios, simplemente por quien Él es. Este es, precisamente, el poder de la alabanza. No se trata de una alabanza basada en las circunstancias personales, sino de una alabanza cimentada en la propia naturaleza de Dios mismo. Sin importar la situación en la que nos encontremos, nuestro Dios es un Dios digno de recibir toda alabanza. Por consiguiente, sean cuales sean las circunstancias que debamos afrontar, debemos alabar al Señor por Su excelsitud y Su grandeza. Debemos clamar a Dios —el Altísimo— con la fe inquebrantable de que, incluso en medio de las calamidades que nos sobrevengan, Él cumplirá indefectiblemente Sus propósitos divinos en nuestro favor.

En tercer lugar, cuando su alma se hallaba angustiada y abrumada por la injusticia, David confió en que Dios le enviaría Su misericordia y Su verdad. Por favor, consideren el Salmo 57:3: «Él enviará desde los cielos y me salvará; reprenderá a aquel que quisiera devorarme. (Selah) Dios enviará su misericordia y su verdad». David poseía una absoluta certeza de salvación. Aunque se encontraba en una situación en la que había huido del rey Saúl y se escondía en una cueva, creía que, incluso en circunstancias tan apremiantes, Dios lo libraría. Es más, David confiaba en que Dios enviaría su misericordia y su verdad (v. 3). ¿Cuál es, entonces, el significado detrás de esta afirmación de que Dios envía su misericordia y su

verdad? Yo experimenté esto personalmente —la misericordia y la verdad enviadas por Dios— cuando mi primogénito padecía una grave enfermedad. La palabra de verdad que Dios me envió se encontraba en el Salmo 63:3: «Porque tu misericordia es mejor que la vida, mis labios te alabarán». Al recibir esta palabra un lunes por la mañana, mi esposa y yo tomamos la difícil decisión de permitir que nuestro primogénito, Jooyoung, partiera pacíficamente. Reunidos alrededor de Jooyoung —quien yacía en la unidad de cuidados intensivos del hospital—, nuestra familia formó un círculo para adorar a Dios; luego, tras apagar todas las máquinas y retirar los tubos, Jooyoung se durmió en mis brazos. Más tarde, después de que Jooyoung fuera cremado y sus cenizas esparcidas, mientras regresaba al continente, Dios me capacitó para ofrecer alabanzas por su magnífico y maravilloso amor salvador. En definitiva, durante la mayor crisis de nuestras vidas como pareja, Dios envió su amor y su verdad, permitiéndonos ofrecerle alabanza. Por lo tanto, creo que una crisis es una oportunidad maravillosa para experimentar el amor y la verdad de Dios.

En cuarto lugar, cuando su alma se hallaba angustiada, David cantó y ofreció alabanza con un corazón firme y resuelto.

Por favor, miren el Salmo 57:7: «Oh Dios, mi corazón está firme, mi corazón está firme; cantaré y entonaré salmos». Habiéndose refugiado en Dios en medio de las calamidades que enfrentaba, David creyó no solo que Dios cumpliría Su voluntad a su favor, sino también que Dios enviaría Su misericordia y Su verdad (vv. 1–3). En última instancia, al experimentar y disfrutar de la gracia de Dios incluso en medio de estos desastres, David obtuvo una profunda sensación de certeza en su corazón (v. 7). Poseía no solo la certeza de la salvación, sino también la convicción de que la voluntad de Dios se cumpliría plenamente, y que él experimentaría el amor y la verdad de Dios incluso en medio de sus pruebas. Anclado en esta certeza, David resolvió ofrecer alabanza a Dios (v. 7). Como resultado, el alma angustiada de David despertó —y, al hacerlo, despertó a la propia aurora (v. 8). Nuestras almas también deben despertar y despertar a la aurora. Nuestras almas ya no deben

permanecer en angustia; más bien, con certeza en nuestros corazones, debemos ofrecer alabanza al Señor por Su sublimidad y grandeza.

Finalmente —y en quinto lugar—, cuando su alma se hallaba angustiada, David oró para que Dios fuera exaltado y para que Su gloria fuera elevada por encima de toda la tierra.

Por favor, miren el Salmo 57:5 y 11: «Exáltate, oh Dios, sobre los cielos; sea Tu gloria sobre toda la tierra… Exáltate, oh Dios, sobre los cielos; sea Tu gloria sobre toda la tierra». Esto es verdaderamente extraordinario. Resulta fascinante considerar que David —mientras se escondía en una cueva para escapar del rey Saúl— oró para que Dios fuera exaltado sobre los cielos y para que Su gloria fuera elevada por encima de toda la tierra. En particular, encuentro profundamente desafiante el hecho de que —incluso siendo perseguido injustamente por el rey Saúl y enfrentando diversas calamidades— él orara para que Dios fuera exaltado sobre los cielos y para que Su gloria fuera elevada por encima de toda la tierra; todo ello mientras daba gracias al Señor entre los pueblos y cantaba alabanzas a Él entre las naciones (v. 9). Al reflexionar sobre cómo David logró hacer esto, creo que fue posible porque él había experimentado personalmente la misericordia y la verdad que Dios envía (v. 3). Miren el versículo 10: «Porque grande es tu misericordia, hasta los cielos, y tu verdad hasta las nubes». Cuando su alma estaba angustiada y buscó refugio en Dios en medio de sus tribulaciones —experimentando la gracia que había solicitado, la voluntad divina por la que había clamado, y la misericordia y la verdad que había anhelado—, David pudo hacer esta confesión: «Porque grande es tu misericordia, hasta los cielos, y tu verdad hasta las nubes». En consecuencia, pudo orar a Dios: «Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios, y sobre toda la tierra sea tu gloria».

Aún lo recuerdo con claridad. Es un recuerdo grabado de manera indeleble en mi corazón. Recuerdo el momento, durante el servicio de cierre del féretro de mi tercer tío —un pastor—, cuando, tras proclamar la Palabra de Dios, me uní a todos los dolientes para cantar el Himno 40 («¡Oh, Señor, mi Dios! Cuando en asombrosa maravilla») con gran fervor, como un tributo

de alabanza a Dios. En particular, nunca podré olvidar la experiencia que tuve mientras cantaba el estribillo: «¡Mi alma cantará, mi alma cantará: cuán grande eres Tú, cuán grande eres Tú!», momento en el que el Espíritu Santo de Dios, que mora en nosotros, conmovió mi propia alma para ofrecerle alabanza. Además, todavía recuerdo vívidamente la imagen de mi tercer tío —en vida—, durante un viaje misionero a Tijuana, México, de pie ante un grupo de mexicanos con discapacidad y cantando ese mismo estribillo en español. También recuerdo la imagen de mi tercer tío; antes de fallecer, durante un servicio de adoración familiar de Año Nuevo —y a pesar de padecer cáncer—, reunió las fuerzas para levantarse de su frágil cuerpo y ofrecer alabanza al Señor por Su grandeza y majestad. ¿Cómo podía un paciente de cáncer, mientras soportaba la agonía de la enfermedad, lograr aun así cantar alabanzas a la grandeza y majestad del Señor? ¿Cómo podía uno, mientras se despedía de un familiar amado que había partido demasiado pronto, ofrecer aun así alabanza a la grandeza y majestad del Señor en ese mismo funeral? Me siento profundamente interpelado cuando pienso en David; él, mientras se escondía en una cueva para escapar del rey Saúl, se negó a obsesionarse con sus calamitosas circunstancias. En su lugar, dirigió su mirada hacia Dios, su Salvador y —confiando en la misericordia y la verdad de Dios— exaltó al Señor, orando para que Su gloria fuera levantada por encima de toda la tierra. He llegado a comprender que mi propio alcance en la oración ha sido demasiado limitado, centrándose a menudo únicamente en mis circunstancias inmediatas o en mi ministerio pastoral. Ahora, deseo orar para que el conocimiento de la gloria de Dios llene toda la tierra, tal como las aguas cubren el mar. Oro para que Dios amplíe el alcance de mis oraciones, de modo que la sublimidad, la grandeza y la gloria del Señor llenen verdaderamente el mundo entero.

Vivimos en un mundo plagado de injusticias. Lamentablemente, tales injusticias ocurren incluso dentro de la propia iglesia. No logro concebir por qué las lenguas de las personas son tan afiladas, como una espada bien pulida (Salmos 57:4). No puedo entender por qué hermanos y hermanas en la fe se calumnian mutuamente (v. 3). Es como si cavaran fosas justo delante de los demás, intentando atraparlos; se esfuerzan al máximo por cavar todo tipo de hoyos, buscando hacer tropezar y caer a sus hermanos y hermanas. En

consecuencia, hay miembros que sufren heridas aún más profundas dentro de la iglesia. A pesar de la injusticia que enfrentan, a menudo no tienen a dónde acudir para expresar sus agravios. Al final, algunos miembros son llevados al punto de abandonar la iglesia por completo. Y esto no es todo. Dentro de la iglesia, hay muchos miembros que sufren a causa de diversas calamidades. No saben qué curso de acción tomar. Debemos mirar únicamente al Señor y clamar a Él. Debemos refugiarnos en Dios, quien nos sirve de amparo. Dios cumplirá Su voluntad en nuestro favor. Además, cuando nos encontremos en medio de desastres, Dios enviará Su misericordia y Su verdad, permitiéndonos experimentarlas profundamente. En consecuencia, nuestros corazones estarán firmes y alabaremos a Dios con plena certeza: «Exaltado seas, oh Dios, sobre los cielos; sea Tu gloria sobre toda la tierra» (Versículo 5).

«Mientras estaba encarcelado»

«Mientras aún estaba confinado en la prisión del patio, el SEÑOR —el Creador de los cielos y la tierra— me habló de la siguiente manera» (Jeremías 33:1, *The Modern English Version*).

Hay momentos en los que siento como si estuviera atrapado en una prisión. Hay instantes en los que, por más que mire en todas direcciones —norte, sur, este y oeste—, no logro ver ninguna solución a los problemas que enfrento. En tales ocasiones, sintiéndome totalmente indefenso y sin saber qué hacer o cómo proceder, a veces me encuentro simplemente mirando al vacío con la mirada perdida. La razón de esto es que, en situaciones donde las paredes parecen alzarse por doquier, tomo plena conciencia de mi propia incompetencia e impotencia. En esos momentos, lo único que puedo hacer es recurrir a Dios en súplica, abrir mi Biblia y meditar en Su Palabra. En particular, durante los servicios de oración matutinos, a menudo busco a Dios Padre en medio de mis sentimientos de insuficiencia e indefensión; oro y le pregunto qué debo hacer con respecto a mi ministerio en la iglesia, mi vida familiar o cualquier otra área de servicio. Al hacerlo, el Espíritu Santo —que mora en mí— me capacita para aferrarme a las promesas específicas que Dios me ha dado. Aferrándome a esas palabras divinas, avanzo en oración, proclamándoselas de vuelta a Dios. La gracia que experimento en esos momentos es el fortalecimiento de mi fe: una fe que se vuelve cada vez más firme en la certeza de que Dios cumplirá indudablemente las promesas que me ha hecho, haciéndolo en Su propio tiempo perfecto y a Su propia manera perfecta. Y dentro del abrazo de esta fe, Dios me concede la fortaleza para resistir y perseverar.

Al examinar el pasaje bíblico de hoy —Jeremías 33:1—, vemos que el siervo de Dios, el profeta Jeremías, se encontraba confinado en la prisión del patio. En ese lugar, el profeta Jeremías bien podría haberle planteado a Dios preguntas tales como: «Dios, ¿por qué debo estar confinado en esta prisión del palacio?»; «¿Qué mal he cometido para merecer tal sufrimiento?»; o: «No hice más que transmitir las palabras exactas que Tú me ordenaste comunicar al pueblo de Judá; ¿por qué, entonces, debo soportar un trato tan injusto?». Y, ciertamente, podría haber albergado resentimiento hacia Dios. Al igual que el pueblo de Israel —tras escapar de Egipto y emprender el viaje hacia la Tierra Prometida de Canaán— quedó atrapado en el desierto, frente al Mar Rojo (Éxodo 14:3), y, aterrorizado por el faraón y su ejército perseguidor, se quejó amargamente contra Dios (versículos 8-12), así también el profeta Jeremías podría haber sucumbido fácilmente al miedo y al resentimiento. Sin embargo, no cedió ante el miedo ni culpó a nadie. Por el contrario, fue precisamente mientras se hallaba confinado en aquella prisión del palacio cuando recibió la Palabra de Dios (Jeremías 33:1). Quizás, cuando sentimos como si estuviéramos «encarcelados» —cuando miramos en todas direcciones: al norte, al sur, al este y al oeste, y no vemos ninguna solución visible a nuestros problemas—, ese pueda ser, en realidad, un momento propicio para recibir la Palabra de Dios. La razón es esta: aunque nosotros mismos podamos estar atados por diversas tribulaciones, la Palabra de Dios nunca puede ser atada (2 Timoteo 2:9). Con respecto a la Palabra de Dios que llegó al profeta Jeremías mientras estaba confinado en la prisión del palacio, he reflexionado brevemente sobre dos puntos clave:

En primer lugar, el Dios que habló al profeta Jeremías mientras este se hallaba encarcelado en el palacio no es otro que «el SEÑOR, el que hace esto; el SEÑOR, el que lo forma y lo establece». Observemos Jeremías 33:2 en la Biblia: «Así dice el SEÑOR, el que hizo la tierra; el que la formó para establecerla; el SEÑOR es su nombre». Es Dios quien realiza la obra. Aunque el profeta Jeremías estuviera confinado en prisión e imposibilitado para llevar a cabo la obra de Dios, es Dios mismo quien realiza Su obra. Dios es Aquel que creó esa obra, y es también el Dios que la lleva a su plena realización.

Nuestro Dios lleva a cabo Su obra. Aunque sintamos como si estuviéramos confinados en una prisión —muy al estilo de Jeremías—, el Señor sin duda llevará Su obra a su plena realización. Al lograr esto, el Señor puede elegir usarnos, o puede elegir no hacerlo. Somos meramente Sus instrumentos. Como instrumentos, somos utilizados solo cuando el Señor elige usarnos; si Él no elige usarnos, no podemos ser utilizados. Permanecemos agradecidos en cualquier caso, ya sea que se nos utilice o no. Además, nuestra preocupación principal no es que *nosotros* seamos utilizados, sino más bien que la voluntad del Señor se cumpla aquí en la tierra. Al hacer realidad el cumplimiento de Su voluntad, el Señor lleva a cabo Su obra incluso cuando nos encontramos en circunstancias arduas y difíciles: situaciones que pueden sentirse semejantes a estar encarcelados. Esa obra del Señor es la salvación. El apóstol Pablo describió esta obra de salvación como una "buena obra": "Estamos confiados de esto: que aquel que comenzó una buena obra en ustedes la llevará a su plena realización hasta el día de Cristo Jesús" (Filipenses 1:6). Nosotros también debemos poseer esta misma confianza que tuvo Pablo. Incluso cuando somos colocados en situaciones extremadamente difíciles y de gran prueba —incluso cuando sentimos como si estuviéramos confinados en una prisión—, debemos permanecer confiados en que el Señor, en efecto, ha comenzado Su obra de salvación y que, sin duda, la llevará a su fructificación y culminación. En particular, aunque sintamos como si estuviéramos encarcelados, debemos orar con fe para que la obra del Señor se cumpla, y debemos ofrecer alabanza a Dios, descansando en la firme certeza de que Él, en efecto, llevará esa obra a su plena realización.

En segundo lugar, la palabra de Dios que llegó al profeta Jeremías —quien se encontraba confinado en la prisión del palacio— fue esta: "Clama a Mí".

Por favor, miren Jeremías 33:3: "Clama a Mí y te responderé, y te revelaré cosas grandes e inescrutables que no conoces". Dios le dijo al profeta Jeremías, quien estaba confinado en la prisión del palacio: "Clama a Mí". Esto nos trae a la memoria al profeta Jonás. Cuando Jonás, habiendo desobedecido el mandato de Dios, huía en un barco, se desató una violenta

tormenta en medio del mar —tan feroz que la embarcación estuvo a punto de hacerse pedazos (Jonás 1:1–4)— y, posteriormente, fue arrojado al mar (vv. 11–15). En ese momento, Dios preparó un gran pez para que se tragara a Jonás (v. 17), y desde el interior del vientre del pez, Jonás oró a Dios (2:1). Aunque se hallaba confinado dentro del vientre del pez, oró a Dios desde ese mismo lugar; y mientras oraba, fijó una vez más su mirada en el santo templo del Señor (v. 4). La confesión final de su oración fue esta: «La salvación pertenece al Señor» (v. 9). En consecuencia, Dios habló al pez, y este vomitó a Jonás sobre tierra firme (v. 10). Entonces, obedeciendo la palabra de Dios que le llegó por segunda vez, Jonás fue a Nínive y proclamó a su pueblo exactamente lo que Dios le había ordenado decir (2:1–4). Al mirar retrospectivamente nuestras propias vidas, nos damos cuenta de que las ocasiones en las que buscamos a Dios con mayor fervor y clamamos a Él fueron precisamente aquellos momentos de extrema adversidad y dificultad: tiempos en los que sentíamos como si estuviéramos atrapados en una prisión. En tales circunstancias, lo único que nos quedaba por hacer era clamar a Dios. Cuando mirábamos en todas direcciones —al norte, al sur, al este y al oeste— y, sin embargo, no lográbamos ver ninguna solución a nuestros problemas, viendo solo lo que parecían muros insuperables, alzábamos nuestros ojos al Señor en lo alto y le suplicábamos fervientemente su ayuda. Al reflexionar sobre esos momentos, comenzamos a comprender por qué Dios le dijo al profeta Jeremías, quien se encontraba confinado en la prisión del palacio: «Clama a mí». ¿Por qué, entonces, instruyó Dios al profeta Jeremías para que clamara a Él desde el interior de la prisión del patio? La razón es que Dios prometió responder a las oraciones de Jeremías revelándole «cosas grandes y ocultas» que él aún no conocía (Jeremías 33:3). ¿Cuáles eran, pues, esas «cosas grandes y ocultas» de las que hablaba Dios? Estas se referían a la disciplina de Dios sobre el pueblo de Judá, así como a su eventual restauración. El pueblo de Judá acudía al templo de Dios y lo adoraba con sus labios; sin embargo, fuera de los muros del templo, servían a ídolos y cometían actos que eran malvados a los ojos de Dios. Dios envió diligentemente a sus siervos —los profetas— para instarlos a arrepentirse y volver a Él; no obstante, ellos no escucharon las palabras de Dios ni les prestaron atención alguna, sino que permanecieron en desobediencia. En consecuencia, Dios prometió traer sobre ellos la calamidad que había

predicho: usaría a Babilonia como instrumento de disciplina amorosa para invadir Judá; Jerusalén sería incendiada y asolada; y aquellos que sobrevivieran a la matanza serían llevados cautivos a Babilonia. Sin embargo, junto con esta promesa de disciplina, Dios también dio una promesa de restauración: que, una vez transcurridos setenta años, Él traería de regreso al pueblo de Judá a Jerusalén. Dentro del contexto de estas promesas de restauración —específicamente en el pasaje de hoy, Jeremías 33:1— Dios prometió que sanaría y restauraría la ciudad de Jerusalén, y revelaría a su pueblo una abundancia de paz y verdad (versículo 6). Un punto intrigante es que Dios prometió usar a Babilonia para disciplinar al pueblo de Judá; al hacerlo, su intención era que el remanente de entre ellos —mientras vivían en cautiverio en Babilonia— reconociera sus pecados y se arrepintiera, momento en el cual Él los limpiaría de todas las iniquidades que habían cometido contra Él y les concedería el perdón (v. 8). Además, Dios prometió traerlos de regreso a Jerusalén y restaurarlos a su estado anterior (v. 7). Al restaurarlos a ese estado anterior, Dios prometió específicamente sanar y reparar la ciudad de Jerusalén, otorgando a sus habitantes paz y estabilidad (o «verdad») (v. 6). El profeta Jeremías llegó a conocer esta promesa de restauración cuando, mientras se encontraba confinado en el patio de la prisión, clamó a Dios y recibió su divina respuesta.

Mientras meditaba sobre el hecho de que el profeta Jeremías se encontraba confinado en la prisión del palacio, recordé la historia de José, narrada en Génesis 39. La razón es que José también fue encarcelado. Aunque no había cometido ninguna falta —de hecho, José era totalmente inocente—, fue injustamente incriminado (Gén. 39:14–18) y arrojado a la prisión donde se custodiaba a los prisioneros del rey (v. 20). A pesar de sus sinceros esfuerzos por discernir la voluntad de Dios, fácilmente podría haberse rendido ante la insatisfacción, quejándose o albergando resentimiento hacia la guía divina, la cual, en aquel momento, debió de parecerle absolutamente incomprensible. Sin embargo, José no hizo tal cosa. ¿Cómo fue esto posible? Es más, José permaneció en aquella prisión durante dos largos años (41:1). Imagínese: si usted fuera injustamente incriminado y confinado en una prisión durante dos años, a pesar de no haber cometido ninguna falta, seguramente todo tipo de

pensamientos cruzarían por su mente. En particular, sospecho que, si yo estuviera en el lugar de José, probablemente me preguntaría si no estaría simplemente desperdiciando mi vida tras las rejas. No obstante, como sabemos, Dios es un Dios que nunca desperdicia Su tiempo. Dios permitió que José —a quien Jacob amaba más que a cualquiera de sus otros hijos (37:3)— tuviera dos sueños proféticos cuando tenía diecisiete años (v. 1). En consecuencia, a medida que se intensificaba el odio de sus hermanos hacia él (v. 5), Dios finalmente permitió que fuera vendido como esclavo en Egipto (vv. 25–28) y que soportara dos años de encarcelamiento tras haber sido injustamente incriminado (39:7–23; 41:1). Luego, trece años más tarde —cuando José tenía treinta años—, Dios le capacitó para interpretar los sueños del Faraón, rey de Egipto, lo cual llevó al Faraón a nombrar a José como Primer Ministro de Egipto (Capítulo 41). Así pues, durante el período de trece años que abarcó la vida de José desde los diecisiete hasta los treinta años, pasó dos de esos años confinado en prisión. A nuestros ojos, podría parecer que se desperdiciaron dos años preciosos a una edad tan temprana; sin embargo, cuando se observa a través del prisma de la fe en Dios, esos dos años de encarcelamiento no fueron, en absoluto, un desperdicio. Durante ese tiempo, mientras se encontraba en prisión, José se topó con el copero y el panadero del faraón (40:1–4). Además, José interpretó los sueños de ambos (versículos 5–15). En consecuencia —dos años más tarde—, gracias a la intervención del copero principal, quien había sido restituido a su antiguo cargo (versículo 21), José recibió la oportunidad de interpretar el propio sueño del faraón (41:9–36). Como resultado, José se convirtió en el primer ministro de Egipto (versículo 41). ¿Por qué actuó Dios de esta manera? ¿Cuál era el propósito de Dios? ¿Cuál era Su voluntad? Consideremos las palabras que José dirigió más tarde a sus hermanos cuando estos descendieron a Egipto: «Yo soy vuestro hermano José, a quien vendisteis a Egipto. Y ahora, no os angustiéis ni os enojéis con vosotros mismos por haberme vendido aquí, pues fue para salvar vidas que Dios me envió delante de vosotros» (45:4–5). José permaneció confinado en la prisión durante ese proceso, precisamente para poder ser utilizado dentro del grandioso plan de salvación de Dios. Reflexionar sobre esto me brinda consuelo. También me llena de una esperanza aún mayor. Aunque hay momentos en los que me enfrento a diversas circunstancias que me hacen sentir como si yo también

estuviera atrapado en una prisión —momentos en los que lucho en medio de sentimientos de impotencia y desamparo a causa de esas situaciones—, cuando medito en la Palabra que se nos ha dado hoy y la aplico a mi propia vida, hallo la fortaleza para resistir, para perseverar y para aferrarme a la esperanza, cimentado en la fe y en la convicción de que Dios utiliza incluso esas mismas circunstancias que se sienten como una prisión. Al hacerlo, mi petición de oración es esta: que —al igual que los apóstoles Pablo y Silas en Hechos 16—, aun si llegara a encontrarme injustamente encarcelado, desee, no obstante, orar y ofrecer alabanzas a Dios (Hechos 16:25). Si bien puedo comprender fácilmente por qué orarían a Dios estando en la cárcel, me resulta algo difícil asimilar *cómo* fueron capaces de ofrecerle alabanzas. Sin embargo, basándome en el comentario sobre los Salmos que he estado leyendo recientemente (*The Book of Psalms*, de Mark D. Futato) —y reflexionando tanto en el salmista como en Pablo y Silas—, he llegado a comprender que, incluso al enfrentar las arduas circunstancias del encarcelamiento, la gracia otorgada por Dios nos capacita no solo para orar con fe, sino también para ofrecerle alabanza. Para lograr esto, debemos seguir el ejemplo del salmista David, así como el de Pablo y Silas: debemos orar a Dios y, en el mismo proceso de esa oración, mantenernos firmes en una fe que deposita su absoluta confianza en el Dios Todopoderoso de la Salvación. Al hacerlo, aun permaneciendo físicamente en la «prisión» de nuestras circunstancias, nosotros —al igual que Pablo y Silas— podemos ofrecer alabanza a Dios. Creo que ellos pudieron alabar a Dios con fe no porque sus circunstancias externas —su encarcelamiento— hubieran cambiado mientras oraban, sino más bien porque se había producido una profunda transformación en el interior de sus corazones. Como resultado, Pablo y Silas no solo obtuvieron su libertad de la prisión, sino que el carcelero que los custodiaba —junto con toda su familia— llegó a creer en Jesús y recibió la salvación que trae consigo la liberación del pecado (Hechos 16:26–34). ¡Qué manifestación verdaderamente maravillosa de la providencia de Dios y de la obra de su salvación!

Dios, quien otorga mayor bondad cuando estamos encarcelados

«Pero el Señor estaba con José y le extendió su bondad, y le concedió gracia a los ojos del jefe de la cárcel» (Génesis 39:21).

Hay momentos en los que mi corazón se siente apesadumbrado. La razón es que soy testigo de cómo seres queridos sufren a causa de enfermedades, situados justo en la encrucijada entre la vida y la muerte. Cuando veo con mis propios ojos el inimaginable dolor físico que soportan, a menudo siento que mi corazón se agobia y se angustia. Todo lo que puedo hacer es permanecer a su lado: ofreciendo alabanzas a Dios, orando a Él en su favor y compartiendo Su Palabra con ellos. Sin embargo, incluso mientras hago esto —particularmente cuando estoy orando por ellos— hay momentos en los que mi corazón se desborda de emoción y me resulta difícil contener las lágrimas. Más tarde, cuando esos seres amados finalmente parten de nuestro medio, logro dirigir sus servicios fúnebres gracias a la fortaleza de la inmensa gracia que Dios provee; no obstante, cuando regreso al santuario de la iglesia un domingo por la mañana y veo sus asientos vacíos, a menudo me encuentro nuevamente inmerso en la añoranza, mientras los recuerdos de ellos inundan mi mente. Sin embargo, una gracia verdaderamente asombrosa es esta: cuanto más difícil y pesado se siente mi corazón, con mayor profundidad, abundancia y amplitud derrama Dios Su amor sobre mí. Experimenté esta verdad de la manera más profunda a finales del año pasado cuando —como miembro de la congregación de la Iglesia Jeonghui— me despedí del difunto evangelista Ahn Deok-il en su partida para estar con Dios Padre; en ese momento,

experimenté el amor de Dios de una manera mucho mayor, más profunda y más expansiva que nunca antes. No puede ser otra cosa que la gracia de Dios. La humilde revelación que Él me concedió es esta: cuanto más pesado y cargado se vuelve el corazón, con mayor abundancia otorga Dios Su amor.

El pasaje bíblico de hoy —Génesis 39:21— nos presenta a José: un hombre que fue injustamente incriminado, falsamente acusado y encarcelado sin motivo. Debido a que era excepcionalmente apuesto y de buen parecer (Gén. 39:6), cuando la esposa de su amo —Potifar, capitán de la guardia real al servicio del faraón, rey de Egipto (v. 1)— le lanzó miradas seductoras (v. 7) e insistió a diario para que se acostara con ella (v. 10), José se negó a escucharla; es más, ni siquiera permanecía en su presencia, pues estaba decidido a no cometer tamaña maldad ni pecar contra Dios (v. 9). Entonces, un día, cuando José entró en la casa de su amo para atender sus obligaciones, no había nadie más dentro de la casa, salvo la esposa de su amo (v. 11). Cuando la mujer agarró el manto de José y le exigió: «¡Acuéstate conmigo!», José dejó su prenda en la mano de ella y huyó hacia afuera (vv. 12–13). Al ver esto, la mujer llamó a los siervos de la casa y acusó falsamente a José de intentar agredirla (v. 14); más tarde, cuando su esposo, Potifar, regresó a casa, ella también le mintió, alegando que José había entrado en su habitación para abusar de ella, pero que había huido —dejando atrás su manto— cuando ella gritó (vv. 16–18). Como resultado, José fue arrojado a la prisión donde se confinaba a los prisioneros del rey (v. 20); sin embargo, Dios permaneció con José, le extendió su bondad amorosa y le permitió hallar gracia a los ojos del alcaide (v. 21). El alcaide confió al cuidado de José a todos los prisioneros de la cárcel y lo puso a cargo de todas las operaciones dentro de la prisión (v. 22). Además, el alcaide no interfirió de ninguna manera en el trabajo que José supervisaba, debido a que Dios estaba con José y hacía que prosperara en todo cuanto hacía (v. 23; *Modern People's Bible*). El secreto de la verdadera prosperidad reside en contar con la presencia de Dios con nosotros (versículos 2, 3, 21 y 23). Puesto que Dios está con nosotros, nos hemos convertido en personas que prosperan (versículo 2). Dios nos hace prosperar en todos nuestros emprendimientos, permitiendo incluso a los no creyentes ser testigos de nuestro éxito

(versículo 3). Además, Dios nos concede favor ante los ojos de esos mismos no creyentes (versículos 4 y 21). Sin embargo, lo que debemos tener presente es que incluso aquellos que prosperan pueden enfrentar tentaciones y sufrir adversidades injustas (versículos 7–20). En consecuencia, podemos hallarnos confinados —atrapados en dificultades de las cuales, por más desesperadamente que miremos en todas direcciones, no podemos escapar por nuestra propia fuerza. No obstante, lo verdaderamente asombroso es el hecho de que, incluso en medio de tal adversidad, Dios nos extiende Su bondad amorosa (versículo 21). ¡Qué amor tan maravilloso demuestra Dios! Por lo tanto, aunque podamos encontrarnos cautivos, a medida que experimentamos el amor de Dios de manera más plena —más amplia y más profunda— extraemos de ese amor la fortaleza para soportar nuestras adversidades con paciencia y firmeza. Y, en última instancia, reconociendo que la bondad amorosa del Señor es mejor que la vida misma, Dios mueve nuestros corazones y nuestros labios para ofrecerle alabanza y adoración (Salmo 63:3). ¡Aleluya!

«Señor, sé que no debería preocuparme, pero me encuentro incapaz de controlar mi corazón».

«Así que, si no pueden hacer ni siquiera la cosa más pequeña, ¿por qué se preocupan por el resto?» [(Modern People's Bible) «Si no pueden manejar ni siquiera un asunto tan trivial como este, ¿por qué se preocupan por otras cosas?»] (Lucas 12:26).

Una de las cosas que me han estado preocupando últimamente concierne a los hermanos y hermanas que sufren de depresión, trastornos de pánico o demencia. También siento ansiedad cuando pienso en los familiares que los cuidan con amor. Cuando considero cuán difícil y emocionalmente angustiosa debe ser su situación, mi corazón se llena de preocupación y ansiedad. Incluso mientras los recuerdo y oro a Dios en su favor, sigo encontrándome preocupado. La Biblia declara claramente: «Echen toda su ansiedad sobre él, porque él cuida de ustedes» (1 Pedro 5:7); sin embargo, a pesar de conocer este mismo versículo, continúo preocupándome. Me aferro a este versículo y oro por ellos, pero en el momento en que me distraigo —siempre que los pensamientos sobre ellos cruzan de nuevo por mi mente— empiezo a preocuparme otra vez. Esto se debe probablemente a que no estoy logrando echar todas mis ansiedades sobre el Señor, tal como instruyen las Escrituras. También se debe a que mi fe es débil.

Si examinamos el contexto del pasaje de hoy —Lucas 12:26 (versículos 22–34)— vemos que Jesús les dice a sus discípulos: «No se preocupen». Jesús nos habla también a nosotros, diciendo: «No se preocupen por su vida, qué comerán; ni por su cuerpo, qué vestirán» (v. 22),

y «No pongan su corazón en lo que comerán o beberán; no se preocupen por ello» (v. 29). ¿Cuál es la razón de esto? (1) La primera razón es que ninguno de nosotros, «por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora a su vida» (v. 25). Después de todo, ¿de qué sirve nuestra preocupación? Deberíamos abstenernos de preocuparnos —una actividad que no ofrece ni ayuda ni beneficio alguno— y, sin embargo, nos cuesta mucho hacerlo. (2) La segunda razón es que somos incapaces de realizar incluso la más pequeña de las tareas (v. 26). Dado que no podemos gestionar ni siquiera asuntos tan triviales, no logro comprender por qué persistimos en preocuparnos también por otras cosas (v. 26, *Modern People's Bible*). (3) La tercera razón es que estas son precisamente las cosas que los incrédulos se esfuerzan tanto por obtener (Mateo 6:32, *Modern People's Bible*). (4) La cuarta razón es que nuestro Padre sabe muy bien que ustedes (nosotros) tienen necesidad de todas estas cosas (Lucas 12:30, *Modern People's Bible*). Puesto que Dios Padre sabe exactamente lo que necesitamos, no deberíamos preocuparnos; sin embargo, nos preocupamos, una y otra vez. La razón de esto es que somos personas de poca fe (v. 28). Al ser personas de poca fe, nos preocupamos —tanto hoy como mañana— preguntando: "¿Qué comeremos para sustentar nuestras vidas?" y "¿Qué vestiremos para cubrir nuestros cuerpos?" (v. 22).

¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos considerar a los cuervos (v. 24). Debemos observar a las aves del cielo (Mateo 6:26). Aún lo recuerdo con claridad. Durante un reciente retiro conjunto de nuestro ministerio en inglés, celebrado en las montañas, me senté una mañana en una silla en la terraza trasera de nuestro alojamiento. Mientras observaba a las aves volar —planeando por el aire y luego posándose en los árboles—, me vinieron a la mente las palabras de Mateo 6:26: "Miren a las aves del cielo; no siembran ni cosechan ni almacenan en graneros, y sin embargo su Padre celestial las alimenta. ¿Acaso no son ustedes mucho más valiosos que ellas?". Así pues, mientras observaba a esas aves y pasaba un momento meditando en esa Escritura, se me ocurrió este pensamiento: "Si mi Padre celestial cuida incluso de las aves, ¿cómo podría Él dejar de cuidarme a mí, alguien a quien Él considera mucho más precioso, valioso y digno de honor que a ellas?" (Isaías 43:4). En efecto, a lo largo de mi vida hasta el día de hoy, mi Padre celestial me ha sustentado; Él me

ha provisto mi pan de cada día —y lo ha hecho tan abundantemente— que ni una sola vez he pasado hambre por falta de alimento. Es más, mi Padre celestial me ha suministrado vestimenta, asegurándose de que nunca tuviera que andar desnudo por carecer de algo que ponerme. Por el contrario, Dios me ha permitido vivir disfrutando de una abundancia de comida y ropa; mucho más de lo que merezco. Sin embargo, a pesar de todo esto, todavía me encuentro preocupándome por diversas cosas. Me preocupan mis relaciones con los demás —específicamente, qué debo decirles y cómo debo decirlo (Mateo 10:19). También me preocupan los «asuntos mundanos: cómo podría agradar a mi esposa» (1 Corintios 7:33). Me inquieto y siento ansiedad por asuntos concernientes a la iglesia (2 Corintios 11:28; cf. Lucas 10:41). Me preocupa que algunos miembros de la congregación puedan apartarse de la iglesia o abandonar a Jesús (Deuteronomio 29:18). Por encima de todo, me preocupa que yo mismo pueda sucumbir a las tentaciones de Satanás (1 Timoteo 3:7). De este modo, mi corazón se ha embotado a causa de las ansiedades de la vida cotidiana (Lucas 21:34); además, debido a que albergo estas preocupaciones mundanas, la Palabra de Dios es ahogada y no logro dar fruto alguno (Marcos 4:19). Aunque sé que no debería ser así (Marcos 4:19), continúo preocupándome por una multitud de cosas hasta el día de hoy. Me preocupo no solo por las inquietudes de hoy, sino también por los acontecimientos de mañana —el futuro—, los cuales ni siquiera han sucedido todavía. A mí, precisamente en este estado, el Señor me dice: «Por tanto, no se preocupen por el mañana, porque el mañana se preocupará por sus propios asuntos. Basta a cada día su propio afán» (Mateo 6:34).

Deseo dejar las preocupaciones del mañana para el mañana. Anhelo vivir mi vida encomendando todas mis inquietudes enteramente al Señor. No comprendo por qué sigo preocupándome cuando mi inquietud no hace nada por mejorar precisamente aquellas situaciones que me causan ansiedad. No logro concebir por qué me afano en otros asuntos cuando soy incapaz de realizar por mí mismo ni siquiera la más pequeña de las tareas. Quizás sea porque mi fe es débil. Deseo aferrarme a la firme convicción de que Dios Padre —quien me considera precioso— sabe exactamente lo que necesito, mejor que nadie. Por lo tanto, ya no deseo vivir como aquellos que no creen en Jesús: angustiados por la

preocupación de qué comer o beber, y afanándose desesperadamente por conseguir tales cosas. En cambio, tal como el Señor mandó, deseo buscar primero el Reino de Dios y su justicia. Aferrándome con fe a la promesa del Señor —«y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33)—, deseo poner las prioridades de mi corazón y de mis oraciones en su debido orden. Con ese fin, deseo no solo pedir a Dios una fe inquebrantable, sino también dedicarme a meditar cada vez con mayor profundidad en su Palabra y a estar atento a la voz del Señor, para que mi fe pueda crecer (Romanos 10:17). Al hacerlo, me propongo tomarme tiempo a menudo para observar las aves del cielo. También me propongo reflexionar sobre cómo crecen las flores del campo (Mateo 6:28). La razón de ello es que deseo vivir cada día buscando el Reino de Dios y su voluntad, cimentado en la confiada certeza de la fe: que si Dios cuida de las aves y viste a las flores de tal manera, sin duda Dios Padre cuidará de mí y me vestirá a mí, que soy mucho más precioso que cualquier ave o flor.

¿Cómo puede uno hallar paz mental en una situación de ansiedad tan abrumadora?

«Sean fuertes y valientes. No teman ni se desanimen a causa del rey de Asiria y del inmenso ejército que lo acompaña, pues con nosotros hay un poder mayor que con él. Con él está solo el brazo de carne, pero con nosotros está el SEÑOR, nuestro Dios, para ayudarnos y pelear nuestras batallas». El pueblo cobró confianza gracias a lo que dijo Ezequías, rey de Judá (2 Crónicas 32:7–8).

El mero pensamiento de ello me llena de ansiedad y pavor (Job 21:6). Cuando me centro únicamente en la situación que enfrento actualmente, no logro conciliar el sueño. He perdido el apetito. Me siento totalmente descorazonado. Es un asunto que escapa por completo a mi control. No sé qué hacer. Mientras me inquieto y me angustio en mi ansiedad, mi espíritu desfallece (Salmos 77:3). Ni siquiera encuentro las palabras para orar; solo puedo gemir con angustia (Salmos 38:8). En una situación de ansiedad tan profunda como esta, ¿cómo es posible, entonces, hallar paz mental?

El pasaje bíblico de hoy —2 Crónicas 32:7–8— registra las palabras del rey Ezequías de Judá cuando reunió a todos los habitantes de Jerusalén en la plaza de la puerta de la ciudad para ofrecerles consuelo. Al escuchar estas palabras de consolación, todo el pueblo de Judá se sintió tranquilizado por el mensaje del rey Ezequías. Uno bien podría preguntarse cómo fue posible tal cosa. La razón es que, si se analizara la situación que enfrentaban el rey Ezequías

y el pueblo de Judá basándose únicamente en el intelecto y el entendimiento humanos, no se trataba en absoluto de una situación en la que, lógicamente, se pudiera hallar paz mental alguna. En realidad, las circunstancias en las que se encontraban constituían una grave crisis. Esa grave crisis no era otra que la invasión de Judá por parte de Senaquerib, rey de Asiria, quien había acampado frente a sus ciudades fortificadas con la intención de atacarlas y conquistarlas (versículo 1). Al enfrentarnos a una crisis de tal magnitud, resulta totalmente natural que nuestros instintos nos impulsen a preguntar: «¿Por qué ha caído sobre mí —o sobre mi familia— esta inmensa crisis?». Entonces, a medida que Dios nos concede Su gracia, nos acercamos a Él en oración, preguntando: «¿Cuál es, verdaderamente, la voluntad de Dios en esto?» o «¿Por qué ha enviado Dios —o permitido— que esta gran crisis caiga sobre mí?». Sin embargo, parece que, a pesar de formular estas preguntas innumerables veces, en la mayoría de los casos seguimos siendo incapaces de discernir la voluntad de Dios. Podríamos reflexionar: «Después de todo, yo estaba sirviendo a Dios fielmente; ¿por qué, entonces, me ha golpeado esta crisis tan inmensa?». En efecto, hay muchas ocasiones en las que, confiando únicamente en nuestro propio entendimiento humano, hallamos que la guía de Dios resulta totalmente incomprensible.

Desde la perspectiva del rey Ezequías —la figura central en el pasaje bíblico de hoy— habría sido totalmente razonable pensar: «Oh Dios, yo encabecé una reforma (Capítulo 31); ¿por qué, entonces —específicamente *después* de haber realizado "todas estas obras fieles" (Versículo 1)— has permitido que me enfrente a una crisis tan monumental?». Él podría haber razonado: «Actué "rectamente ante los ojos del SEÑOR, tal como lo había hecho mi antepasado David" (29:3); recorrí las ciudades de Judá, destrozando, derribando y destruyendo por completo las columnas sagradas, los postes de Asera, los lugares altos y los altares (31:1); restituí a los sacerdotes y levitas en sus debidos deberes (Versículo 2); renové la práctica del diezmo (Versículos 5–6); en resumen, actué "con bondad, justicia y fidelidad" ante los ojos de Dios (Versículo 20). Además, "en toda obra que emprendió en el servicio de la casa de Dios, en la ley y en los mandamientos, para buscar a su Dios, lo hizo de todo corazón" (Versículo 21). ¿Cómo, entonces —*después* de haber realizado "todas

estas obras fieles"— pudo Senaquerib, rey de Asiria (32:1), venir a atacar Jerusalén?» (Versículo 2).

Mientras meditaba en este pasaje, se me ocurrió un punto intrigante. Se trata del hecho de que el rey Josafat de Judá —tras iniciar un periodo de reformas (19:4–20:1)— también se enfrentó a la invasión de un vasto ejército enemigo (20:1–2); de manera similar, el rey Ezequías —tras emprender sus propias reformas (31:1–32:1)— también vio invadir a las fuerzas enemigas (vv. 1–2). Observar este patrón en las Escrituras me llevó a plantearme la siguiente pregunta: «¿Por qué permite Dios que se desarrollen crisis tan profundas en la vida de reyes que han hecho lo que es recto a Sus ojos?». Razoné: «Después de todo, consideremos la figura de Job: un hombre que reverenciaba a Dios, que era irreprensible y recto; y, sin embargo, se encontró con una crisis de una magnitud inimaginable. Sin duda, debe haber una voluntad de Dios buena, agradable y perfecta detrás de todo esto (Rom. 12:2)». Por supuesto, en el caso de Job, creo que esa voluntad de Dios buena, agradable y perfecta quedó encapsulada en su declaración: «De oídas te había oído, mas ahora mis ojos te ven» (Job 42:5). Si pudiéramos experimentar verdaderamente la presencia de Dios en nuestras vidas —no meramente por lo que nos han contado, sino de manera tangible en medio de grandes crisis y sufrimientos—, ¿estaríamos tú y yo dispuestos a soportar tales crisis y sufrimientos? Si esa es, en efecto, la voluntad de Dios, ¿seríamos capaces de perseverar en la fe, resistir con firmeza y depositar nuestra confianza en Dios incluso en medio de crisis y sufrimientos tan profundos? Quizás el propósito de Dios al permitir que una gran crisis sobreviniera al rey Ezequías —«después de todos estos actos de fidelidad»— fuera enseñarle a confiar únicamente en Dios con todo su corazón (Prov. 3:5). La razón por la que pienso de este modo reside precisamente en las palabras que Senaquerib, rey de Asiria, envió a sus oficiales para que dijeran al rey Ezequías de Judá y al pueblo de Judá en Jerusalén (2 Crónicas 32:9): «…¿En qué confían ustedes?» [«¿En qué confían ustedes para haberse vuelto tan audaces?» (2 Reyes 18:19, *The Modern English Bible*)]. En efecto, tal como implicaban las palabras de Senaquerib, ¿en qué —o mejor dicho, en quién— «confiaron» el rey Ezequías y el pueblo de Judá? No fue en nadie más que en Dios, quien está

con nosotros (versículos 7 y 8). Debido a que confiaron en Dios —Emanuel— con todo su corazón, no temieron ni se desanimaron (o desalentaron) (versículo 7). En particular, dado que el rey Ezequías —el líder del pueblo de Judá— confió en Dios (Emanuel) con todo su corazón, pudo reunir al pueblo de Judá en la plaza junto a la puerta de la ciudad de Jerusalén y ofrecerles consuelo (versículo 6). Sus palabras de consuelo (su mensaje) eran palabras llenas de la convicción que proviene de confiar enteramente en Dios. Ese mensaje lleno de convicción era precisamente este: «Puesto que Dios, quien está con nosotros, es mayor que el rey Senaquerib de Asiria y toda la multitud que lo sigue (versículo 7), Él ciertamente nos ayudará y luchará a nuestro favor» (versículo 8). De hecho, si observamos 2 Reyes 18:5–6, la Escritura habla del rey Ezequías de esta manera: «Ezequías confió en el SEÑOR, el Dios de Israel; entre todos los reyes de Judá, no hubo nadie como él. Él siguió y obedeció al SEÑOR en todas las cosas, y guardó todo lo que el SEÑOR le había mandado a Moisés» (*The Modern English Bible*). Por lo tanto, debido a que el SEÑOR estaba con Ezequías, él prosperó dondequiera que fue (versículo 8). Dado que el rey Ezequías confió en el Dios que estaba con ellos, fortaleció su corazón, cobró ánimo y ni temió ni se desanimó (2 Crónicas 32:7). En consecuencia, pudo reunir a todo el pueblo dentro de la ciudad de Jerusalén, en la plaza junto a la puerta de la ciudad, y ofrecerles palabras de consuelo (v. 6). Como resultado, todo ese pueblo también pudo cobrar ánimo y hallar seguridad a través de las palabras de Ezequías, rey de Judá (v. 8). En otras palabras, al igual que el rey Ezequías, todo el pueblo de Judá depositó su confianza en Dios; Así pues, en lugar de temer o desanimarse, pudieron fortalecer sus corazones y cobrar ánimo (v. 7; cf. 2 Reyes 18:22, 30). Dado que todos poseían la certeza de la salvación —creyendo que el Dios que estaba con ellos «ciertamente nos ayudará y peleará por nosotros» (2 Crónicas 32:7–8) y que «el SEÑOR nuestro Dios nos librará de la mano del rey de Asiria» (v. 11; cf. 2 Reyes 18:32)—, no temieron al rey asirio Senaquerib ni a su ejército; por el contrario, fortalecieron sus corazones, cobraron ánimo y hallaron paz mental (2 Crónicas 32:7, 8). Esto trae a la memoria las palabras de las Escrituras que se encuentran en Josué 1:9: «¿Acaso no te he mandado yo? ¡Sé fuerte y valiente! No temas ni te desanimes, porque el SEÑOR tu Dios estará contigo dondequiera que vayas».

Personalmente, siempre que me enfrento a situaciones desalentadoras o que me generan ansiedad, a menudo siento que el Espíritu Santo trae a mi mente el Salmo 43:5, permitiéndome aferrarme a ese versículo y elevar mis súplicas a Dios: «¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; pues volveré a alabarlo, mi salvación y mi Dios». Proclamando este versículo a mi propia alma, me acerco a Dios en oración: «James, ¿por qué te abates? ¿Por qué estás ansioso? Pon tu esperanza en Dios…». Al elevar tales oraciones, el Espíritu Santo desvía mi mirada de las circunstancias desalentadoras y angustiosas, dirigiéndola únicamente hacia el Señor, quien es mi esperanza. En esos momentos, Dios refresca y reanima mi alma, levantándome una vez más para que pueda seguir adelante con los ojos fijos en el Señor. Hoy también, nuestro fiel Señor nos habla —a nosotros, que estamos desalentados y ansiosos— diciendo: «¡Tengan ánimo! Soy yo. No tengan miedo» (Mateo 14:27); «Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados» (9:2); y «Ten ánimo, hija; tu fe te ha sanado» (v. 22). Oro para que tú y yo podamos escuchar la voz del Señor, recibir su consuelo y, de este modo, hallar nuestros corazones fortalecidos y llenos de valentía.

Cuando no sabes qué hacer

«¡Oh Dios nuestro!, ¿no ejecutarás juicio sobre ellos? Pues no tenemos poder para hacer frente a este inmenso ejército que nos ataca. No sabemos qué hacer, pero nuestros ojos están puestos en ti». (2 Crónicas 20:12)

Hay momentos en los que, sencillamente, no sabemos qué hacer. De hecho, parece que tales momentos —aquellos en los que nos sentimos perdidos y sin saber cómo proceder— son cada vez más frecuentes. Recuerdo cuando tenía doce años: recién llegado a los Estados Unidos con mis padres y sin saber ni una sola letra del alfabeto inglés, asistí a la escuela por primera vez en mi vida. Cuando me informaron que al día siguiente habría un examen de vocabulario sobre veinte palabras en inglés, me sentí completamente desconcertado; sin saber qué otra cosa hacer, pasé toda esa noche llorando mientras memorizaba las veinte palabras. Al día siguiente, fui a la escuela totalmente preparado para presentar la prueba, solo para quedarme atónito cuando mi maestro me dijo: «Dado que apenas comenzaste ayer, no tienes que presentar el examen». (¡Ja, ja!) También recuerdo haber deambulado sin rumbo durante mi adolescencia, inseguro de cómo adaptarme a la cultura estadounidense. Más tarde, durante mis años universitarios, recuerdo haber luchado y haberme sentido totalmente perdido porque —sin importar cuánto me esforzara en estudiar— mis calificaciones simplemente no mejoraban. Cuando ingresé al seminario, las exigencias académicas eran tan extenuantes —y mi resistencia física tan mermada— que contraje pleuresía tuberculosa. Tras someterme a una cirugía, me encontré una vez más sin saber qué hacer, así que simplemente solicité una licencia de seis meses para descansar.

De todos los momentos de mi vida en los que me sentí más completamente perdido, la experiencia más profunda ocurrió cuando mi primer hijo, Juyeong, fue hospitalizado en la unidad de cuidados intensivos pediátricos. El médico tratante me pidió que eligiera entre dos opciones: ¿preferiría dejar que mi hijo muriera rápidamente o dejar que muriera lentamente? En ese instante, sentí como si me hubieran golpeado en la nuca con un martillo. Estaba totalmente desconcertado, sin saber cómo responder al médico. Al mirar atrás en mi vida, parece que he vivido muchos momentos de este tipo: ocasiones en las que, sencillamente, no sabía qué hacer. E incluso ahora, la misma realidad persiste. Son muchas las veces en las que no sé cuál es la mejor manera de desempeñar mi ministerio pastoral; también son muchas las veces en las que no estoy seguro de cómo criar a mis hijos; y —especialmente cuando me examino a la luz de la Palabra de Dios— hay incontables momentos en los que, simplemente, no sé qué hacer conmigo mismo. Y, ciertamente, la cosa no termina ahí. Cuanto más vivo, con mayor frecuencia parece que me encuentro ante momentos en los que me siento perdido, sin saber qué hacer. En tales circunstancias, ¿qué es exactamente lo que debemos hacer?

El pasaje bíblico de hoy —2 Crónicas 20:12— nos presenta al rey Josafat de Judá y al pueblo de Judá, quienes se hallaban precisamente en semejante aprieto: no sabían qué hacer. La situación que los dejó tan desconcertados era la siguiente: los moabitas y los amonitas —a los que se habían unido algunos de los meunitas— habían reunido un ejército masivo y marchaban con la intención de invadir Judá (2 Crónicas 20:1–2). Al recibir la noticia de esta situación, el rey Josafat se vio invadido por el temor; sin embargo, decidió volver su rostro hacia Dios en súplica y emitió una proclamación exhortando a todo el pueblo de Judá a guardar ayuno (v. 3). En respuesta, el pueblo de Judá se congregó en Jerusalén, acudiendo desde todos los rincones de la tierra, para buscar la ayuda de Dios (v. 4). Mientras se reunían en el atrio nuevo del Templo de Dios, el rey Josafat se puso de pie en medio de la multitud y elevó una oración a Dios (vv. 4–12). Una parte específica de esa oración constituye el pasaje bíblico de hoy: 2 Crónicas 20:12. He resumido brevemente la esencia de dicha oración en tres puntos: (1) «Dios, carecemos de la fuerza necesaria para hacer frente a este ejército

masivo que marcha contra nosotros»; (2) «Dios, no sabemos qué hacer»; y (3) «Dios, nuestros ojos están fijos únicamente en Ti». Dios escuchó la oración del rey Josafat y, por medio de Jahaziel —hijo de Zacarías—, entregó Su respuesta a todo Judá, a los habitantes de Jerusalén y al propio rey Josafat (vv. 14–15). Centrándonos en la palabra de respuesta de Dios, los invito a meditar en tres principios clave sobre cómo debemos actuar cuando nos encontramos inseguros acerca de qué hacer. Mi oración es que, al recibir las lecciones que Dios ofrece a cada uno de nosotros y responder con obediencia, nosotros —usted y yo— podamos superar esas situaciones de incertidumbre y salir victoriosos.

En primer lugar, cuando no sabemos qué curso de acción tomar, debemos reconocer la verdad de que la situación temible que tenemos ante nosotros no nos pertenece a nosotros, sino que pertenece a Dios.

Por favor, miren 2 Crónicas 20:15: «Y Jahaziel dijo: "Escuchen, todos ustedes, los de Judá y los habitantes de Jerusalén, ¡y tú, rey Josafat! Así les dice el Señor: 'No teman ni se desanimen a causa de esta gran multitud, pues la batalla no es de ustedes, sino de Dios'"». Habiendo escuchado las oraciones del rey Josafat de Judá y del pueblo de Judá, y habiéndoles respondido a través de Jahaziel, Dios habló a todo Judá, a Jerusalén y al rey Josafat, diciéndoles que no temieran ni se desanimaran ante la gran multitud —ese ejército masivo— que había venido a atacar a Judá: los descendientes de Moab, los descendientes de Amón y algunos de los meunitas. Además, Dios declaró que la batalla entre Judá y ese ejército masivo que los atacaba «no es de ustedes, sino de Dios» (v. 15).

Mientras meditaba en este pasaje, me vino a la mente este pensamiento: «La guerra espiritual le pertenece a Dios. Los asuntos de vida, muerte, fortuna y desgracia también le pertenecen a Dios. Incluso la obra del ministerio le pertenece a Dios. Por lo tanto, no tenemos por qué temer». Actualmente me encuentro inmerso en una guerra espiritual. Estoy luchando contra mí mismo, contra el pecado, contra el mundo, contra Satanás y contra la muerte. En particular, hay muchas ocasiones en las que no sé cómo proceder en mi lucha

espiritual contra mí mismo. Sé intelectualmente que debería arrepentirme; sin embargo, mi corazón sigue siendo incapaz de hacerlo. En este momento, me falta la disposición de corazón para afligirme por mis pecados o para arrepentirme. Cuando me miro a mí mismo —deseando arrepentirme, pero encontrándome incapaz de lograrlo—, verdaderamente no sé qué debería hacer. Sin embargo, el mensaje que Dios me transmitió hoy a través de 2 Crónicas 20:15 es este: incluso esta lucha espiritual contra mí mismo no me pertenece a mí, sino que le pertenece a Dios. Lo mismo se aplica a los asuntos de vida, muerte, fortuna y desgracia. Al pensar en mis amados hermanos y hermanas que actualmente están soportando enfermedades y sufrimientos —aunque mis esfuerzos por ayudarlos sean humildes—, a menudo me encuentro inseguro sobre qué hacer o cómo actuar; en tales momentos, recurro a Dios en oración. Al reflexionar sobre los amados ancianos de nuestra iglesia —aquellos que en su día se hallaron en la encrucijada de la vida y la muerte, pero que desde entonces han partido de este mundo para descansar en el abrazo de Dios— comienzo a vislumbrar, aunque sea tenuemente, la verdad de que nuestro Dios es Aquel que ejerce un control soberano sobre la vida, la muerte y todos nuestros destinos. En medio de estas reflexiones, mientras leía hoy 2 Crónicas 20:15, medité en el pasaje: «Porque la batalla es... de Dios». Esto trajo a mi mente la certeza de que la vida, la muerte y todas nuestras circunstancias pertenecen única y exclusivamente a Dios. Lo mismo se aplica al ministerio pastoral. Una de mis mayores fuentes de ansiedad es, precisamente, este ministerio; son incontables las ocasiones en las que me siento totalmente perdido, sin saber cómo debo desempeñar mis deberes pastorales. Quizás sea por eso que, al leer hoy 2 Crónicas 20:15, me impactó la idea de que mi ministerio también —al igual que todo lo demás— no me pertenece a mí, sino a Dios. A medida que esa verdad se asentaba en mi interior, una profunda sensación de paz inundó mi corazón. Vienen a mi memoria las palabras que se encuentran en 1 Pedro 5:7: «Echen sobre él toda su ansiedad, porque él cuida de ustedes». Ya se trate de la guerra espiritual, de las vicisitudes de la vida y la muerte, o de la labor misma del ministerio, deseo encomendarlo todo al Señor, quien vela por mí. Es más, decido no dejarme consumir más por la preocupación, la ansiedad o el temor. De ahora en adelante, sin importar qué crisis puedan surgir en mi vida, oro para permanecer libre de miedo.

Aferrándome a las palabras de Isaías 41:10 —el versículo bíblico favorito de mi madre— viviré cada día con la firme convicción de que todas las cosas pertenecen a Dios: «Así que no temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra victoriosa». En segundo lugar, cuando no sepamos qué hacer, debemos creer que Dios —nuestro Salvador— está con nosotros. Observe 2 Crónicas 20:17: «No tendrán que pelear en esta batalla. Tomen sus posiciones; manténganse firmes y vean la liberación que el SEÑOR les dará, Judá y Jerusalén. No tengan miedo; no se desanimen. Salgan mañana a enfrentarlos, y el SEÑOR estará con ustedes». Dios, habiendo escuchado las oraciones del rey Josafat de Judá y del pueblo de Judá —y habiéndoles respondido por medio de Jahaziel— declaró a todo Judá, a Jerusalén y al rey Josafat que no tendrían que pelear en esta batalla. Dios les instruyó a tomar sus respectivas posiciones, a mantenerse firmes y a observar cómo Él —el SEÑOR— obraría su liberación (v. 17). Esto trae a la memoria Éxodo 14:13–14: «Moisés respondió al pueblo: "No tengan miedo. Manténganse firmes y verán la liberación que el SEÑOR les traerá hoy. A los egipcios que hoy ven, no los volverán a ver jamás. El SEÑOR peleará por ustedes; ustedes solo tienen que guardar silencio"». Fiel a la fe de Moisés, Dios —nuestro Salvador— derrotó a los egipcios en medio del mar, asegurando que ni uno solo de ellos sobreviviera, y de este modo libró al pueblo de Israel de las manos de los egipcios (Éxodo 14:27–30). Ese mismo Dios de salvación habló al rey Josafat de Judá y al pueblo de Judá, diciendo: «No necesitarán pelear en esta batalla; tomen sus posiciones, manténganse firmes y vean la liberación que el SEÑOR —quien está con ustedes— traerá» (2 Crónicas 20:17). Además, Dios les instruyó: «No tengan miedo ni se desanimen, sino salgan mañana a enfrentarlos» (v. 17). Y la promesa que Él les dio fue esta: «El SEÑOR estará con ustedes» (v. 17).

Mientras meditaba en este pasaje, me vino a la mente este pensamiento: «La razón por la que enfrentamos a nuestros adversarios sin temor ni alarma es que creemos que el Dios de la salvación está con nosotros». Cuando poseemos esta «fe de Emanuel» —sin importar qué crisis o adversidades estemos enfrentando— somos capaces de fijar nuestra mirada en el Dios de la salvación. Incluso si carecemos de la capacidad para superar esas crisis y

adversidades, y aunque no sepamos qué curso de acción tomar, nuestra fe de Emanuel nos capacita para mirar únicamente al Señor. Me viene a la memoria el estribillo del himno evangélico «Mira solo al Señor»: «Con ojos de amor, Dios vela por ti en todo momento; con oídos de misericordia, siempre se inclina hacia ti. Él hace resplandecer una luz brillante en la oscuridad y responde incluso a tus gemidos más tenues; por lo tanto, dondequiera que te encuentres, vuelve tu corazón hacia el Señor y mira solo a Él». Nuestro Dios es un Dios que, con oídos de misericordia, siempre nos escucha. Además, nuestro Dios es Aquel que oye incluso nuestros gemidos más leves y responde a nuestras oraciones. Este Dios es el Dios de la salvación: Aquel que siempre está con nosotros, que nunca nos dejará y que nunca nos desamparará (Josué 1:5). Y este Dios es Aquel que permanece a nuestro lado para librarnos (Jeremías 1:8). Debemos creer que este Dios de la salvación está, en verdad, con nosotros. No debemos apoyarnos en nuestro propio entendimiento, sino más bien depositar nuestra confianza en Dios (Proverbios 3:5; 2 Crónicas 20:20). Si, armados con esta fe de Emanuel, confiamos en Dios y damos un paso al frente para confrontar las situaciones temibles que encontramos, Dios ciertamente nos librará.

En tercer lugar, cuando no sepamos qué hacer, debemos ofrecer alabanza y adoración a Dios con un corazón agradecido. Observemos 2 Crónicas 20:18-19: «Entonces Josafat se inclinó rostro en tierra, y todo Judá y los habitantes de Jerusalén se postraron ante el Señor, adorando al Señor. Luego se levantaron los levitas de los hijos de los coatitas y de los hijos de los coritas para alabar al Señor, el Dios de Israel, con una voz muy fuerte». Al recibir la palabra de Dios por medio de Jahaziel (versículos 15–17), el rey Josafat de Judá y el pueblo de Judá se postraron ante Dios para adorarlo, mientras que los levitas se pusieron de pie y alabaron a Dios con voz muy fuerte. Al día siguiente, mientras el ejército de Judá se preparaba para partir hacia el desierto de Tecoa, el rey Josafat —tras consultar con el pueblo— organizó un coro, los vistió con vestiduras sagradas y los colocó a la vanguardia de las tropas en marcha para que cantaran esta alabanza: «¡Den gracias al Señor, porque su amor perdura para siempre!» (versículos 20–21). Entonces, cuando el coro comenzó a entonar sus alabanzas, Dios sembró la confusión entre las fuerzas invasoras, haciendo que

se volvieran unas contra otras, hasta que todos perecieron (versículo 22). Cuando el pueblo de Judá llegó a un punto estratégico con vista al desierto y miró hacia el enemigo, solo vieron cadáveres tendidos en el suelo; ni una sola persona había sobrevivido (versículo 24). El rey Josafat y el pueblo de Judá fueron a registrar minuciosamente los cuerpos, recogiendo oro, vestimentas y otros despojos de guerra; el botín era tan abundante —más de lo que humanamente podían cargar— que les tomó tres días completos recolectarlo todo (versículo 25). Luego, al cuarto día, se congregaron en el Valle de Beraca y allí alabaron a Dios (versículo 26). ¡Qué obra verdaderamente asombrosa de liberación milagrosa realizó Dios! (v. 27). Finalmente, el rey Josafat y el pueblo de Judá regresaron a Jerusalén con el corazón lleno de gozo —interpretando una armoniosa melodía con laúdes, arpas y trompetas— y entraron en la Casa de Dios (vv. 27–28). Al enterarse de que el mismo SEÑOR había luchado contra los adversarios de Israel, todas las naciones circundantes se vieron sobrecogidas por un gran temor de Dios; en consecuencia, Josafat pudo reinar sobre su reino en paz. Esto se debió a que Dios le concedió seguridad y protección por todos lados (vv. 29–30).

Mientras meditaba en este pasaje, me vinieron a la mente estos pensamientos: «Cuando comenzamos a alabar a Dios con un corazón agradecido —reconociendo que incluso esta gran crisis le pertenece a Él y confiando en que Él nos librará—, Dios intervendrá y derrotará a nuestros adversarios». Y además: «El cristiano que, incluso en medio de circunstancias temibles, invoca a Dios y le ofrece alabanza —confiando en Él con la fe del "Emmanuel"—, sin duda gustará la alegría de la salvación y el triunfo de la victoria». ¿Cómo es posible dar gracias a Dios incluso en medio de situaciones temibles? ¿Cómo podemos ofrecerle alabanza bajo tales condiciones? Tal mentalidad y tales acciones desafían nuestro entendimiento humano. Si permitimos ser dominados por el miedo, nunca podremos dar gracias a Dios verdaderamente. Si el miedo echa raíces en nuestros corazones, no podremos ofrecer a Dios una alabanza de todo corazón. Para dar gracias y alabanza a Dios incluso en circunstancias temibles, debemos permitir ser gobernados por Dios en lugar de por la situación misma; en vez de albergar miedo en nuestros corazones, debemos poseer

una confianza inquebrantable en Dios, nuestro Salvador. Me viene a la memoria Hechos 16:17: «Hacia la medianoche, Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, y los prisioneros los escuchaban». ¿Cómo pudieron Pablo y Silas orar y cantar alabanzas a Dios incluso mientras estaban confinados en la celda más interna de una prisión, con sus pies firmemente sujetos en el cepo? Por supuesto, cuando nos enfrentamos a desafíos que superan nuestras propias capacidades, es natural que recurramos a Dios en oración, sin saber qué más hacer. Pero, ¿cómo —cómo es posible que ofrezcamos alabanza a Dios en tales circunstancias? Esto resulta imposible sin la fe de que Dios, en efecto, nos librará de esa situación temible. Y tal fe es un don que nos otorga Dios mismo: la respuesta misma a nuestras oraciones. En última instancia, creo que todo lo que podemos hacer en tales circunstancias es mirar hacia Dios —nuestro Salvador— con fe y ofrecerle nuestras súplicas; es solo cuando poseemos la seguridad de la salvación —la certeza de que Dios escucha nuestras oraciones y las responderá— que somos verdaderamente capaces de ofrecerle alabanza. Sin embargo, basándome en mi propia experiencia personal, he llegado a comprender que existe una respuesta aún más precisa: la razón por la cual somos capaces de ofrecer alabanza a Dios —incluso en medio de circunstancias aterradoras— es, sencillamente, que Dios nos capacita para hacerlo. Cuando el médico tratante de nuestra primera hija, Juyeong, me preguntó si deseaba permitirle tener una muerte lenta o una rápida, solicité que se le permitiera fallecer lentamente. Al día siguiente, mientras leía mi Biblia, recibí una profunda bendición del Salmo 63:3: «Porque tu misericordia es mejor que la vida, mis labios te alabarán». Al meditar en este versículo, un pensamiento acudió a mi mente: «Puesto que el amor eterno del Señor es mejor que los meros cincuenta y cinco días de vida de Juyeong, mis labios alabarán al Señor». En consecuencia, compartí este versículo con mi esposa y le sugerí que la «dejáramos ir», es decir, que entregáramos a Juyeong al cuidado de Dios. Así pues, tras informar al médico tratante de nuestra decisión de permitir que Juyeong falleciera rápidamente, mi esposa y yo —acompañados por mis padres, mi hermano mayor y su esposa, y mi hermana menor— nos reunimos en la Unidad de Cuidados Intensivos donde yacía Juyeong; allí celebramos un servicio de adoración a Dios y, poco después, nuestra bebé se durmió en mis brazos. Posteriormente, mandamos cremar a

nuestra bebé; sosteniendo una pequeña urna con sus cenizas, mi esposa y yo salimos en un bote mar adentro y las esparcimos sobre las aguas. Más tarde, mientras yo gobernaba el pequeño bote desde la popa y ponía rumbo de regreso a la orilla, mi esposa —que había estado sentada en la proa— se volvió repentinamente y me dijo: «Titanic» (haciendo referencia a la película *Titanic*). Al escuchar esas palabras y ver a mi esposa llorar desconsoladamente, me sorprendí a mí mismo cantando espontáneamente y en voz alta el himno evangélico en inglés «My Savior's Love» (El amor de mi Salvador). Al rememorar ahora aquel momento, solo puedo confesar que fue verdaderamente Dios quien nos capacitó para ofrecerle alabanza, incluso en medio de un dolor tan profundo. Nuestro Dios —quien es el único digno de recibir toda alabanza y adoración— nos capacita, incluso en medio de las mayores crisis de la vida, para ofrecerle alabanza con corazones llenos de gratitud por su amor eterno y salvador. «¡Todo lo que tiene aliento alabe al SEÑOR! ¡Alaben al SEÑOR!» (Salmo 150:6).

«Cuando estamos en angustia»

«Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; fue llevado como cordero al matadero, y como oveja que ante sus trasquiladores enmudece, así él no abrió su boca. Por opresión y juicio fue quitado. ¿Y quién hablará de su descendencia? Pues fue cortado de la tierra de los vivientes; por la transgresión de mi pueblo fue castigado. Se le asignó una tumba con los impíos, y con los ricos en su muerte, aunque no había cometido violencia, ni hubo engaño en su boca» (Isaías 53:7–9).

¿Qué hace usted cuando se encuentra en angustia? Me viene a la mente el himno evangélico titulado «Cuando estés en angustia, mira el rostro del Señor»: (Estrofa 1) «Cuando estés en angustia, mira el rostro del Señor; contempla al Señor de la Paz. Amigos cansados de las luchas del mundo, miren al Señor del Consuelo». (Estrofa 2) «Cuando te falten las fuerzas y tu corazón esté débil, mira al Señor del Poder. A todos los que invocan Su nombre, Él les concederá fortaleza y siempre los mantendrá a salvo». (Estribillo) «Alza tus ojos y contempla al Señor; echa sobre Él todas tus preocupaciones. Cuando estés en aflicción, mira el rostro del Señor Jesús; el Señor del Amor te concederá descanso». En efecto, cuando estamos en angustia, ¿miramos verdaderamente el rostro del Señor? O, cuando surgen los problemas, ¿fijamos nuestra mirada, en cambio, en nuestras angustiosas circunstancias —cayendo en el desánimo, la decepción y el dolor— y cometemos así el pecado de albergar resentimiento contra Dios?

Al observar el pasaje bíblico de hoy —Isaías 53:7—, la Biblia describe a Jesús, el Mesías, como alguien que se encontraba en un estado de «opresión y angustia». Además, la Biblia afirma que Él soportó tanto la opresión como el juicio (Versículo 8). Al meditar sobre cómo se condujo Jesús —el Mesías— cuando sufría y estaba en angustia, extraigamos tres lecciones sobre cómo *nosotros* debemos actuar cuando enfrentamos tiempos de angustia:

En primer lugar, cuando estamos en angustia, debemos guardar silencio. Por favor, dirijan su mirada al pasaje bíblico de hoy: Isaías 53:7: «Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; fue llevado como un cordero al matadero, y como oveja que ante sus trasquiladores enmudece, así él no abrió su boca». Jesús permaneció en silencio incluso cuando estaba siendo oprimido y sufría en agonía. En el versículo 7 del texto de hoy, la Biblia enfatiza este punto repitiéndolo dos veces: «No abrió su boca». ¿Cómo pudo Jesús permanecer en silencio —negándose a abrir su boca para ofrecer una defensa— incluso mientras era acusado injustamente y calumniado? Cuando *nosotros* somos acusados injustamente, instintivamente abrimos la boca para defendernos. Esta es una reacción humana perfectamente natural. Por ejemplo, si somos inocentes pero falsamente acusados, comparecemos ante un tribunal y presentamos nuestra defensa a través de un abogado. Sin embargo, nuestro Señor Jesús —quien estaba totalmente libre de pecado— se hizo semejante a un cordero que es llevado al matadero; no obstante, como una oveja silenciosa, no abrió su boca (v. 7). En su libro *La vida de oración*, Henri Nouwen ofreció esta franca confesión: «Tengo tanto miedo de escuchar palabras de condenación —o palabras que sugieran que soy inútil o inadecuado— que sucumbo rápidamente a la tentación de abrir la boca y seguir hablando. Hago esto en un intento por superar mi miedo». Cuando sufrimos y nos sentimos angustiados porque hemos sido acusados injustamente, poseemos un instinto profundamente arraigado —impulsado tanto por el miedo como por un sentido de injusticia— de abrir la boca y seguir hablando. Sin embargo, Jesús no abrió su boca. Él actuó de una manera que trascendió el instinto humano. ¿Cómo pudo ser esto posible? Encontré

la respuesta en Isaías 30:15: «...en la quietud y en la confianza estará su fortaleza...». Cuando estamos angustiados, nuestra fortaleza reside en confiar silenciosamente en Dios.

Debemos aprender a guardar silencio cuando sufrimos. Para lograrlo, necesitamos prestar atención a las palabras de Henri Nouwen en su libro *La vida de oración*: «La Palabra conduce al silencio, y el silencio conduce a la Palabra. La Palabra nace en el silencio, y el silencio es la respuesta más profunda a la Palabra». La afirmación de que «el silencio es la respuesta más profunda a la Palabra» plantea un desafío. Al igual que Jesús, cuando nos hallamos afligidos y en angustia, debemos aprender a guardar silencio, confiando serenamente en las promesas de Dios. Muchas voces clamarán a nuestro alrededor, y tal vez sintamos un fuerte impulso de alzar nosotros mismos la voz; no obstante, debemos permanecer en silencio en medio de nuestro sufrimiento. En medio de ese silencio, debemos estar atentos a la voz suave y apacible de Dios. Esa voz no es otra que la voz de Dios Padre: la misma voz que escuchó Jesús: «Tú eres mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias» (Marcos 1:11). Henri Nouwen escribió: «No es fácil adentrarse en el silencio —hacer caso omiso del ruidoso y distractor clamor del mundo— y discernir esa voz pequeña e íntima que dice: "Tú eres mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias". Sin embargo, si abrazamos con valentía la soledad y hacemos del silencio nuestro compañero, llegaremos a conocer esa voz». Debemos abrazar con valentía la soledad y hacer del silencio nuestro compañero.

En segundo lugar, cuando nos encontramos en angustia, debemos pensar.

Observemos el texto de hoy, Isaías 53:8: «Por opresión y juicio fue quitado. ¿Y quién hablará de su descendencia? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes; por la transgresión de mi pueblo fue castigado». Como hemos meditado anteriormente sobre el sufrimiento de Jesús —el Mesías—, notamos que, en su tiempo, los judíos sostenían la creencia (o, mejor dicho, la idea errónea) de que Jesús estaba siendo «castigado por Dios, golpeado y afligido» (v. 4). Sin embargo, en el versículo 8 del texto de hoy, surge la comprensión correcta. A saber:

la verdad es que Jesús —el Mesías— soportó opresión y juicio, y finalmente murió, a causa de *nuestras* transgresiones; transgresiones por las cuales *nosotros* merecíamos legítimamente el castigo. Como hombre inocente, Jesucristo soportó opresión y juicio en nuestro favor y murió vicariamente en la cruz, expiando así nuestros pecados.

Debemos mantener esta verdad presente en nuestros pensamientos. En momentos de silencio, mientras meditamos en el sufrimiento de Jesús y en su muerte en la cruz, debemos ejercitar un pensamiento bíblico. En particular, cuando nos hallamos en angustia, corremos un riesgo significativo de no lograr mantener una perspectiva correcta —es decir, bíblica—. Por lo tanto, cuanto más intenso se vuelve nuestro sufrimiento, más imperativo resulta que nos retiremos al silencio y anclemos nuestros pensamientos en la Palabra de Dios. Por lo general, cuando estamos angustiados, nos cuesta guardar silencio; en cambio, nos resulta demasiado fácil caer en la queja o albergar resentimiento. Además, en lugar de permitir que el razonamiento lógico (nuestro intelecto) tenga la primacía, a menudo dejamos que nuestras emociones tomen el mando, lo cual nos hace propensos a estallidos de ira. En lugar de centrar nuestros pensamientos en la Palabra de Dios, nos dejamos llevar fácilmente por nuestros sentimientos, cometiendo así pecados en nuestro pensamiento. Sin embargo, cuando estamos angustiados, debemos fijar nuestra mente en la Palabra de Dios. Cuando estamos angustiados, debemos pensar en Jesús. Cuando estamos angustiados, debemos retirarnos al silencio y meditar profundamente en el sufrimiento de Jesús y en su muerte.

Finalmente —en tercer lugar—, cuando estamos angustiados, no debemos cometer pecado. Por favor, consideren el pasaje bíblico de hoy: Isaías 53:9. Dice así: «Y pusieron con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca». Nos resulta fácil cometer pecado cuando nos encontramos en medio de la angustia. Podemos pecar contra Dios con nuestros labios, y también podemos pecar contra Dios a través de nuestras acciones. Sin embargo, Jesús no pecó cuando se hallaba en la angustia. La Biblia afirma que, mientras Jesús sufría, no hubo engaño en su boca. En

otras palabras, esto significa que Jesús no pecó con sus labios durante su tiempo de sufrimiento. Además, Jesús no cometió actos de violencia. Cuando se encontraba en la angustia, Jesús no pecó ni con sus palabras ni con sus hechos. Nuestro Señor Jesús no cometió ni un solo pecado, ni siquiera ante la muerte. Aunque su sepultura fue asignada junto a la de los impíos —y su lugar de entierro terminó siendo la tumba de José de Arimatea, un hombre rico—, nuestro Jesús no pecó contra Dios de ninguna manera: ni con sus labios ni con sus acciones. ¿Es esto verdaderamente posible? Como posible ejemplo, podemos fijarnos en la figura bíblica de Job. Por la gracia de Dios, él no pecó ni con sus palabras ni con sus hechos. Dado que fue posible para Job —un ser humano como nosotros—, también es posible para nosotros. Si observamos Job 1:22 y 2:10, la Biblia declara lo siguiente: «En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno» (1:22), y: «Y él le dijo: Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto no pecó Job con sus labios» (2:10). Por el contrario, cuando Job se encontraba en la angustia, adoró a Dios (1:20). Por lo tanto, cuando enfrentemos el sufrimiento, no debemos pecar contra Dios: ni con nuestros labios ni a través de nuestras acciones. Al contrario, en tiempos de angustia, debemos guardar silencio. Y en medio de ese silencio, debemos escuchar la voz suave y apacible de Dios Padre, que nos dice: «Tú eres mi Hijo (o Hija) amado(a), en quien tengo complacencia». Debemos permanecer en quietud ante el trono de la gracia de Dios y prestar atención a las palabras de Sus promesas. Al hacerlo, en lugar de dejarnos llevar por nuestras emociones en medio de circunstancias dolorosas, debemos permitir que la Palabra de Dios nos guíe. Debemos contemplar nuestras situaciones angustiosas a través del prisma de la verdad bíblica. Por encima de todo, al fijar nuestra mirada en Jesús —quien mismo padeció el sufrimiento—, superaremos nuestras propias pruebas. ¡Victoria!

El Señor que concede paz a un corazón atribulado

«Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; fue llevado como cordero al matadero, y como oveja que ante sus trasquiladores enmudece, así él no abrió su boca» (Isaías 53:7).

Era angustioso. Mi corazón se sentía pesado y agobiado. Cada vez que pensaba en la persona que amaba, la tensión era tan intensa que incluso me causaba dolor físico: una sensación de ardor en el estómago. Era angustioso verlo luchar tan profundamente y soportar tal sufrimiento. Sin saber cómo ni qué hacer para ayudar, continué intercediendo por él ante Dios Padre; sin embargo, a pesar de mis oraciones, mi propio corazón seguía pesado y angustiado. A veces, presenciar su agonía se volvía tan insoportable que sentía el impulso de evitarlo por completo. Intelectualmente, sabía que él —quien realmente estaba soportando esta prueba— sufría mucho más que cualquier otro; sin embargo, debido a que mi propio corazón estaba en tal agitación, me sorprendía albergando pensamientos egoístas. Incluso llegué a contemplar la posibilidad de que él muriera. Pasaba mis días en un estado de incertidumbre, sin saber nunca cuándo el Señor lo libraría, o cuándo finalmente me concedería la paz a mí.

Entonces, un día, mientras conducía desde mi iglesia hacia el lugar donde hago ejercicio, casualmente escuché un sermón de un pastor que se transmitía por una emisora de radio cristiana. Mientras escuchaba, comencé a hacerme una serie de preguntas: «¿Estoy depositando verdaderamente mi confianza plena en Dios?». «¿Podría ser que no esté

echando toda la pesada carga de mi corazón sobre Él?». «¿Acaso estoy buscando mi propia voluntad en lugar de buscar la voluntad de Dios?». Mientras reflexionaba sobre estas preguntas, llegué a mi destino y comencé mi entrenamiento. En ese momento, el Espíritu Santo que mora en mí trajo a mi mente las palabras de 1 Pedro 5:7: «Echen toda su ansiedad sobre él, porque él cuida de ustedes». Así que, aferrándome a esta Escritura, oré a Dios en mi corazón. Busqué la ayuda de Dios. Le pedí que me asistiera, que me capacitara para encomendar plena y completamente todas las pesadas cargas de mi corazón al Señor. Mientras lo hacía, oré a Dios, declarando a mi propia alma: «James, echa todas tus pesadas cargas sobre el Señor. ¿Por qué sigues preocupándote y angustiándote en lugar de confiarle esas cargas a Él ahora mismo?». Confesando a Dios la debilidad de mi fe, le supliqué que tuviera misericordia de mí y fortaleciera mi fe. Aunque continué orando a Dios en mi corazón de esta manera, mi mente permanecía desprovista de paz; seguía sintiéndose pesada, fatigada y tensa. Entonces, el sábado —mientras me preparaba para el sermón dominical en inglés, leyendo y meditando en 1 Pedro 5:7 en mi Biblia en inglés— comencé a leer y meditar también en el contexto circundante de ese versículo. Fue entonces cuando la parte final del versículo 10 habló poderosamente a mi corazón: «…después de que hayan sufrido por un poco de tiempo, Él mismo los restaurará y los hará fuertes, firmes y estables». Recibí una gran gracia a través de este versículo. Por medio de esta Palabra de Dios, el Espíritu Santo infundió en mí fe, expectativa y esperanza, asegurándome que, aunque la persona que amo está sufriendo actualmente, ese sufrimiento es solo «por un poco de tiempo», y que, tras soportar este breve periodo de adversidad, Dios mismo lo «restaurará» personalmente. Además, el Espíritu Santo me concedió fe, expectativa y esperanza: la certeza de que, tras permitir que la persona que amo sufriera por un breve tiempo, Dios lo haría fuerte, lo haría firme y establecería sus cimientos con solidez. En ese momento, extraje fuerzas de esa Palabra. Recordé un mensaje que había predicado un domingo anterior: «…ahora vivimos» (1 Tesalonicenses 3:8b). A partir de ese instante, sentí como si finalmente pudiera volver a respirar con libertad. Mientras proclamaba posteriormente la Palabra de Dios —centrando mi mensaje en 1 Pedro 5:7 y 10 durante el servicio dominical en inglés—

mi corazón se llenó de una expectativa y una esperanza aún mayores. Y, gradualmente, la pesadez y la angustia se disiparon de mi corazón, y la paz comenzó a instalarse en él.

En el pasaje bíblico de hoy, Isaías 53:7, el profeta Isaías profetizó que el Mesías no abriría su boca, incluso cuando estuviera siendo maltratado y sufriendo con angustia. Predijo que el Mesías permanecería en silencio —tal como un cordero llevado al matadero o una oveja que enmudece ante sus trasquiladores— y no pronunciaría ni una sola palabra. En cumplimiento de esa profecía, Jesús —el Cristo (el Mesías)— no ofreció respuesta alguna, ni siquiera cuando Herodes lo interrogó extensamente (Lucas 23:9). ¿Por qué, entonces, eligió Jesucristo permanecer en silencio? Si Jesús guardó silencio mientras soportaba maltratos y sufrimientos, ¿no deberíamos nosotros también guardar silencio cuando nos encontramos en aflicción? ¿Cuál es la razón de esto? La razón es que, al guardar silencio durante nuestros momentos de aflicción, nos disponemos a escuchar atentamente la voz del Señor. En otras palabras, cuando estamos sufriendo, necesitamos aquietarnos para poder oír la voz del Señor. Aunque podamos sentir un impulso abrumador de desahogar nuestros sentimientos —no solo con nuestros seres más cercanos, sino incluso con el propio Señor— cuando estamos sufriendo, debemos vencer ese impulso y, en medio del silencio, inclinar nuestros oídos hacia la Palabra de Dios. Debemos permanecer quietos y depositar nuestra confianza en Dios (Isaías 30:15). Al hacerlo, hallaremos la salvación y obtendremos fuerzas renovadas (v. 15). Personalmente, creo que Jesucristo eligió guardar silencio mientras soportaba toda clase de sufrimientos por dos razones principales: primera, para cumplir la profecía registrada en Isaías 53:7; y segunda, para volver a escuchar la voz de Dios Padre declarando: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17). Creo que Jesús, mientras contemplaba a Dios Padre en silencio, obedeció —como el Hijo a quien Dios amaba y en quien se deleitaba— incluso hasta el punto de morir en la cruz por causa de nuestras transgresiones e iniquidades (Isaías 53:5; Filipenses 2:8, *Contemporary Korean Bible*). Como resultado, hemos llegado a disfrutar de la paz y hemos recibido sanidad (Isaías 53:5). Cuando nos sentimos angustiados y pasamos por dificultades, si abrimos la boca, es fácil cometer pecado con nuestros labios (v. 9). Podemos

caer en el pecado no solo de culpar a los demás, sino también de culpar a Dios (Job 1:22). Por lo tanto, cuando nuestros corazones están angustiados y apesadumbrados, necesitamos guardar silencio. Debemos hallar fortaleza depositando nuestra confianza en Dios en quietud (Isaías 30:15). Debemos obtener la fuerza necesaria para perseverar incluso en medio del sufrimiento y la adversidad. En consecuencia, debemos cumplir con firmeza la misión encomendada a cada uno de nosotros, independientemente de cuán angustiosas sean las circunstancias. Al cumplir esta misión, debemos fijar nuestra mirada únicamente en el Señor —quien concede paz a nuestros corazones atribulados— y obedecer Su voluntad, incluso hasta el punto de la muerte. Por ello, oro para que tú y yo podamos contarnos entre aquellos que escuchan la voz que declara: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17).

Cuando el corazón te duele tanto que deseas la muerte

«Moisés le dijo al Señor: "¿Por qué has traído este problema sobre tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia ante tus ojos, para que pongas la carga de todo este pueblo sobre mí? [...] No puedo cargar a todo este pueblo yo solo; la carga es demasiado pesada para mí. Si así es como vas a tratarme, por favor, mátame de una vez —si es que he hallado gracia ante tus ojos— y no me dejes enfrentar mi propia ruina"» (Números 11:11, 14-15).

¿Acaso no existe un límite para lo que uno puede soportar? Has hecho tu máximo esfuerzo por resistir hasta ahora, pero ¿acaso no están tu cuerpo y tu mente tan agotados —y tu corazón tan angustiado— que sientes que, sencillamente, ya no puedes seguir adelante?

Cuando fui a vivir a Corea a principios de la década de 2000, el primer término que escuché fue *beotigi*: el acto de «resistir» o «perseverar». En aquel entonces, conocí a varios jóvenes a través de mi ministerio que, en medio de sus difíciles vidas, hacían todo lo posible por sobrellevar sus circunstancias adversas; simplemente seguían resistiendo, día tras día. A menudo me preguntaba cuán arduas debían de ser sus vidas para que recurrieran a utilizar una palabra como «resistir». Al reflexionar sobre ello ahora, imagino cuán pesados y angustiados debían de estar sus corazones, incluso mientras hacían su mayor esfuerzo por soportar las situaciones específicas en las que se encontraban. Por supuesto, yo sabía que no podía comprender plenamente la profundidad de sus luchas. Mi único deseo era ofrecer

cualquier pequeña medida de consuelo que pudiera a sus corazones fatigados; por ello, simplemente compartí con ellos en comunión en el Señor. Y a través de esa comunión, vislumbré las pesadas cargas que tantos de esos jóvenes llevaban en lo profundo de sus corazones mientras transitaban por la vida. Debe de haber sido insoportablemente difícil para ellos cargar con fardos tan pesados y vivir sus vidas en total soledad; sin embargo, el vislumbrarlos resistiendo, perseverando y haciendo silenciosamente su máximo esfuerzo —luchando con ahínco tanto en su fe como en su trabajo— me llenó de un profundo sentido de admiración. Al mismo tiempo, sin embargo, una inquietud cruzó por mi mente: ¿cuánto tiempo más podrían seguir soportando?

En el pasaje bíblico de hoy —Números 11:11, 14–15— somos testigos de Moisés en un estado de angustia. Abrumado por responsabilidades tan inmensas que ya no podía sobrellevarlas solo, suplica a Dios que le quite la vida de inmediato, rogando no tener que sufrir más. ¿Cuán angustiosa y dolorosa debió ser su situación para que Moisés llegara al extremo de orar a Dios pidiéndole que pusiera fin a su vida en ese mismo instante? ¿Cuán aplastante debió sentirse la carga de las responsabilidades que se le habían confiado para que implorara a Dios que le concediera una muerte inmediata? ¿Cuál fue la razón detrás de esto? La razón fue que toda la nación de Israel —a la cual Dios había confiado al cuidado de Moisés— había llegado a sentirse para él como una carga insoportablemente pesada (v. 11). Moisés ya no podía soportar el peso de cargarlos (v. 12). Ya no podía cargar a la vasta multitud de israelitas —teniéndolos cerca tal como una nodriza acuna a un lactante— y guiarlos hacia la tierra de Canaán que el Señor había jurado dar a sus antepasados (v. 12). La razón de esto fue que, influenciados por la codicia de los extranjeros que vivían entre ellos, los propios israelitas comenzaron a llorar una vez más, quejándose: «¿Quién nos dará carne para comer?» (v. 4). Al hacerlo, rememoraban los alimentos que solían comer allá en Egipto, donde habían vivido como esclavos (v. 5). En resumen, el pueblo de Israel ya no deseaba comer el maná que Dios les enviaba desde el cielo (vv. 6–9; *Modern Korean Version*). En consecuencia, cada uno de ellos lloraba a la entrada de su propia tienda (v. 10). Al oír el sonido de su llanto, Moisés se sintió profundamente angustiado (v. 10; *Modern People's

Bible*). Mientras Moisés escuchaba los lamentos de la inmensa multitud de israelitas —quienes, influenciados por la codicia de los extranjeros que vivían entre ellos, rechazaron el maná provisto por Dios y se quejaron, exigiendo comer carne en su lugar—, la carga de liderar a este pueblo pesaba sobre él con una opresión que sentía ya no poder soportar a solas. ¿Dónde y cómo podría conseguir la carne suficiente para alimentar a un número tan vasto de israelitas? Mientras tanto, ellos continuaban llorando ante Moisés, clamando a gritos por carne (v. 13, *Modern People's Bible*). Moisés ya no podía cargar sobre sus hombros la responsabilidad por el pueblo de Israel. El peso de esta responsabilidad era tan abrumador —y él se sentía tan absolutamente incapaz de gobernar a toda la nación por sí mismo (v. 14)— que, no deseando ya seguir soportando tal sufrimiento, suplicó a Dios que simplemente le diera muerte (v. 15, *Modern People's Bible*). A Moisés —cuyo corazón estaba tan apesadumbrado y atormentado que anhelaba la muerte— Dios le comunicó tres cosas:

En primer lugar, Dios instruyó a Moisés que reuniera a setenta hombres de entre los ancianos de Israel —hombres a quienes él reconocía como cualificados para servir como ancianos y líderes del pueblo—, los llevara ante Dios y los hiciera permanecer juntos en la Tienda de Reunión.

Por favor, miren Números 11:16: «El SEÑOR dijo a Moisés: "Reúneme a setenta hombres de entre los ancianos de Israel —hombres que tú sabes que son los ancianos y líderes del pueblo— y tráelos a la Tienda de Reunión, para que permanezcan allí contigo"». La razón por la que Dios dio esta instrucción fue para asegurar que Moisés ya no tuviera que cargar solo con el peso del pueblo de Israel, sino que, en su lugar, compartiera esa carga con esos setenta hombres (v. 17). Así, Dios estableció a setenta líderes que pudieran compartir la responsabilidad, garantizando que Moisés ya no tuviera que sobrellevar por sí solo la inmensa carga de cuidar al pueblo de Israel. Al meditar en este pasaje, recordé al profeta Elías, quien se sentó bajo un enebro y oró pidiendo la muerte (1 Reyes 19:4). Tras su victoria sobre los profetas de Baal en el monte Carmelo, cuando la reina Jezabel amenazó con

matarlo (v. 2), Elías huyó atemorizado para salvar su vida (v. 3) y se adentró solo en el desierto. Allí habló con Dios, diciendo: «…Solo yo he quedado; y buscan mi vida para quitármela» (vv. 10, 14). Mientras huía de Jezabel y se dirigía hacia el desierto, Elías creía que todos los demás profetas habían sido pasados a espada y que él era el único que quedaba con vida. En ese momento, Dios le dijo a Elías: «Dejaré siete mil en Israel: todos aquellos cuyas rodillas no se han doblado ante Baal y cuyas bocas no lo han besado» (v. 18). Aunque Elías creía que todos los demás profetas habían sido pasados a espada y que solo él permanecía, Dios, de hecho, había preservado un remanente de siete mil personas. Al meditar conjuntamente en estos dos pasajes, consideré cómo podrían aplicarse a los líderes de la iglesia. Cuando los líderes de la iglesia sirven al rebaño del Señor —confiado a su cuidado por el Maestro— pastoreándolo y alimentándolo con la Palabra de Dios, el peso de esa responsabilidad a veces puede sentirse tan abrumador que terminan agobiados; sintiendo que ya no pueden soportar la carga, pueden caer en un profundo desánimo y angustia. Además, lo que exacerba este desánimo —haciendo que su lucha sea aún más ardua— es la sensación generalizada de que están totalmente solos. En resumen, es una profunda sensación de aislamiento. Sin importar cuántas personas los rodeen, si comienzan a sentir que nadie comprende verdaderamente las profundidades de su corazón, su desánimo se intensifica; en medio de tal soledad y agotamiento espiritual, incluso pueden caer en la desesperación. Sin embargo, en ese preciso momento —aunque al líder de la iglesia pueda parecerle una crisis grave— Dios transforma esa crisis en una oportunidad. Esta oportunidad radica en el hecho de que Dios utiliza este momento para reavivar en el líder un anhelo ferviente por Él y una esperanza renovada en Él; es más, a través de Su Palabra, restaura y reconforta su alma ansiosa y fatigada. A lo largo de este proceso, reconociendo que el líder ya no puede cargar con responsabilidades tan inmensas por sí solo, Dios levanta o envía ayudantes y colaboradores para asistirlo. Así, Dios capacita a estos individuos para apoyar al líder de la iglesia, asegurando de este modo la continuidad del servicio a la Iglesia: el propio Cuerpo del Señor. Este es, verdaderamente, un acto de la gracia de Dios, y sirve como una fuente innegable de consuelo para el líder de la iglesia.

En segundo lugar, Dios declaró que concedería a los israelitas la misma carne que habían exigido: carne que habían codiciado mientras murmuraban bajo la influencia de la codicia de los extranjeros que vivían entre ellos. Él prometió hacerles comerla durante todo un mes, hasta que llegaran a aborrecer incluso su propio olor.

Por favor, consideren Números 11:18–20: «Y di al pueblo: "Santificaos para mañana, y comeréis carne; pues habéis llorado a oídos del SEÑOR, diciendo: '¿Quién nos dará carne para comer? ¡Ciertamente nos iba bien en Egipto!'". Por tanto, el SEÑOR os dará carne, y comeréis. No comeréis solo un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días, sino todo un mes —hasta que os salga por las narices y os resulte aborrecible—, porque habéis rechazado al SEÑOR que está en medio de vosotros, y habéis llorado ante Él, diciendo: '¿Para qué salimos de Egipto?'"». Esto resulta difícil de entender. ¿Por qué dijo Dios que proveería la carne que el pueblo de Israel anhelaba por pura codicia? En particular —dado que lloraron ante Dios, declarando: «Ciertamente nos iba bien en Egipto» (v. 18) y «¿Para qué salimos de Egipto?» (v. 20), mostrando así desprecio por el Dios que habitaba en medio de ellos (v. 20)—, ¿por qué dijo Dios que, a pesar de todo, les daría carne para comer? (v. 18). ¿No debería Dios, en cambio, haber derramado Su ira sobre los desdeñosos israelitas —en lugar de darles carne— e infligido un castigo sobre ellos? (v. 10). ¿Por qué escuchó Dios —e incluso respondió a— las quejas llorosas que los israelitas expresaron justo en Su presencia? (Véase: Éxodo 16:7–9, 12). ¿Podría ser tal vez que la razón fuera Su deseo de aliviar la angustia de Moisés, asegurándose de que el pueblo ya no pudiera dirigir sus quejas hacia él? Creo que la respuesta se encuentra en la parte final de Éxodo 16:12: «...y sabréis que yo soy el SEÑOR, vuestro Dios». En otras palabras, la razón por la que Dios escuchó —y respondió a— las quejas llorosas que el pueblo de Israel expresó ante Él fue Su deseo de que llegaran a saber que Él es, en verdad, Dios. Al meditar en este pasaje, consideré cómo podría aplicarse a los miembros de una congregación eclesiástica. Supongamos que los miembros de la iglesia viven entremezclados con no cristianos en este mundo y que, influenciados por la codicia de estos últimos, no logran sentir gratitud ni satisfacción respecto al sustento diario que Dios les provee; en cambio, derraman repetidamente quejas entre lágrimas ante

sus líderes eclesiásticos, movidos por la insatisfacción. ¿Cómo reaccionarían, entonces, esos líderes de la iglesia? Es más, ¿cómo respondería un líder eclesiástico si los miembros de la congregación clamaran a Dios con angustia, dando a entender que sus vidas eran mejores —que comían mejor y les iba mejor— antes de llegar a creer en Jesús? Si ese líder, angustiado tal como lo estuvo Moisés, se acercara a Dios y clamara: «Oh Dios, ¿son estos miembros de la iglesia mis hijos? ¿Soy yo su padre? ¿Por qué me ordenas cargar a este pueblo hacia el Cielo, tal como una nodriza carga a un niño de pecho en sus brazos?», ¿cómo respondería Dios al escuchar tal súplica? ¿Concedería Dios, en efecto, las peticiones de los miembros de la iglesia que claman entre lágrimas y quejas? ¿Lo haría aun cuando sus súplicas broten de la insatisfacción y la murmuración? ¿Y les respondería incluso cuando claman a Él con la misma codicia que caracteriza a la gente del mundo? A la luz del pasaje bíblico de hoy, creo que Dios, de hecho, escucharía incluso tales oraciones. En consecuencia, creo que Él intervendría para impedir que los miembros de la congregación sigan quejándose ante su líder, aliviando así la angustia de este y levantando la pesada carga de responsabilidad que pesa sobre él. Así pues, creo que Dios capacita al líder de la iglesia para continuar sirviendo al rebaño que el Señor ha confiado a su cuidado. Es, verdaderamente, un acto de la gracia de Dios —y nada menos que una fuente de consuelo— para los líderes eclesiásticos.

En tercer lugar, Dios le dijo a Moisés —quien carecía de fe en Su poder—: «¿Acaso es demasiado corto el brazo del SEÑOR? Ahora verás si Mi palabra se cumple en ti o no».

Observe Números 11:23: «El SEÑOR le dijo a Moisés: "¿Acaso es demasiado corto el brazo del SEÑOR? Ahora verás si se cumple o no lo que digo"». Dios escuchó las voces murmuradoras del pueblo de Israel —quienes lloraban y se quejaban: «¿Quién nos dará carne para comer? Mejor nos iba cuando estábamos en Egipto»— y prometió proveerles carne para comer (v. 18). Es más, declaró que haría que la comieran durante todo un mes, hasta que llegaran a aborrecer incluso su olor (v. 20). Al recibir esta promesa, Moisés le dijo a Dios: «El pueblo con el que estoy suma seiscientos mil soldados de a pie; sin embargo, Tú

dices: "Les daré carne para comer durante todo un mes". Si matáramos todos los rebaños y manadas para ellos, ¿sería eso suficiente? ¿O si reuniéramos todos los peces del mar, bastaría eso?». ¿Qué quiso decir con esto? En esencia, Moisés le estaba diciendo a Dios que, desde una perspectiva humana —basada en el cálculo lógico y el sentido común—, parecía absolutamente imposible proveer de carne a seiscientos mil soldados de a pie en el desierto durante todo un mes; argumentó que, incluso si mataran hasta el último rebaño y manada, sería insuficiente, y que, incluso si reunieran todos los peces del mar, aun así no alcanzaría (v. 22; *Modern People's Bible*). Ante una situación tan imposible, Moisés fue incapaz de depositar su plena confianza en Dios. Le faltó fe en el poder de Dios. En consecuencia, Dios le dijo a Moisés: «¿Acaso es demasiado corto el brazo del SEÑOR? Ahora verás si se cumple o no lo que digo» [(tal como lo traduce la *Modern People's Bible*: «¿Hay algo que Yo no pueda hacer? Verás si Mis palabras se cumplen o no»)] (v. 23). Entonces, tal como lo había prometido, Dios envió un viento que trajo codornices desde el mar, haciendo que descendieran sobre el campamento y sus alrededores. Él hizo que las codornices volaran a una altura de aproximadamente un metro sobre el suelo, extendiéndose hasta abarcar la distancia de un día de viaje en todas las direcciones desde el campamento, permitiendo así al pueblo de Israel capturarlas durante toda esa noche y ese día, y hasta el atardecer del día siguiente (Versículos 31–32, *The Modern Man's Bible*). En última instancia, Dios reveló Su omnipotencia —así como Su fidelidad en el cumplimiento de Sus promesas— no solo a Moisés, sino también al pueblo de Israel. Al meditar en este pasaje, reflexioné sobre cómo se aplica a la iglesia. El Señor nos dio Su promesa de que Él edificaría Su iglesia —Su propio cuerpo— (Mateo 16:18); sin embargo, como pastor principal, a menudo me encuentro fallando al no confiar en el Señor —el Todopoderoso y Fiel que hizo esa promesa— y, en cambio, fijando constantemente mi mirada en las circunstancias de la iglesia. En esos mismos momentos, el Espíritu Santo que mora en mí me recuerda la promesa que el Señor me dio: «…edificaré mi iglesia…» (Mateo 16:18), y me capacita para aferrarme firmemente a esa Palabra. Además, al impulsarme a orar mientras me aferro a esa promesa, el Espíritu Santo me lleva una vez más a confiar y a depender del fiel Señor que originalmente me dio esa Palabra. En este proceso, el Espíritu Santo cultiva en mí un sentido de expectativa y de

espera paciente mientras oro. El Señor edificará Su iglesia —Su propio cuerpo— a Su propia manera y en Su propio tiempo. El Señor permitirá, tanto a mí como a los miembros de nuestra congregación, ser testigos del cumplimiento de la promesa que Él hizo a nuestra iglesia en Mateo 16:18. Todo esto es enteramente por la gracia de Dios, y sirve como una fuente innegable de consuelo tanto para mí como para los miembros de nuestra familia eclesial. Vienen a mi mente la letra del himno evangélico «Tú eres mi Hijo»: «Cuando estoy cansado y exhausto, desanimado y caído —sin absolutamente ninguna fuerza para levantarme—, Él se acerca silenciosamente, toma mi mano y me habla. Cuando estoy decepcionado de mí mismo, sintiendo mi propia fragilidad y derramando lágrimas en mi dolor, Sus manos traspasadas por los clavos enjugan mis lágrimas y me dicen: "Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado. Tú eres mi Hijo, mi Hijo amado"». Mientras transitamos por este mundo —que a menudo se asemeja a un desierto—, oro para que, cuando estemos cansados, exhaustos, desanimados y caídos —sin que nos quede ni la más mínima fuerza para levantarnos—, el Señor nos dirija Su palabra y cumpla las promesas que ha hecho. Oro para que el Señor no deje a ninguno de nosotros cargando a solas con pesos que resultan demasiado pesados para que una sola persona los soporte; más bien, que Él nos capacite para llevarlos juntos, cumpliendo, hombro con hombro, la obra que nos ha encomendado. Además, oro para que el Señor escuche y responda incluso nuestras oraciones llenas de quejas; y, sin embargo, que a través de esas mismas respuestas, Él exponga el pecado de nuestra codicia y, en Su amor, nos discipline, enseñándonos el secreto del verdadero contentamiento: hallar satisfacción únicamente en Él, ya sea en tiempos de abundancia o en tiempos de escasez. Finalmente, oro con fervor para que el Señor cumpla la promesa de Mateo 16:18 —tanto para mí, que cargo con la pesada responsabilidad del liderazgo de la iglesia, como para cada miembro de nuestra familia eclesial—, demostrando claramente que Su mano nunca es demasiado corta para salvar; y que Él nos conceda la gracia de caminar siempre solo por fe, incluso cuando ninguna evidencia visible se presente ante nuestros ojos.

Cuando toda esperanza terrenal se ha desvanecido

«Jonás oró al SEÑOR su Dios desde el vientre del pez, diciendo: "En mi angustia clamé al SEÑOR, y él me respondió. Desde las profundidades del sepulcro pedí ayuda, y tú escuchaste mi clamor"» (Jonás 2:1–2).

Nosotros, los seres humanos, vivimos de la esperanza. Sin esperanza, no podemos sobrevivir. Es precisamente porque albergamos esperanza que comemos, bebemos, trabajamos y seguimos con nuestra vida cotidiana. La esperanza que poseen algunos de nosotros nos impulsa a esforzarnos por superar las adversidades presentes y las circunstancias dolorosas, alimentados por la expectativa de que «las cosas mejorarán en el futuro». Otros, abrigando la expectativa de que «algún día, yo también alcanzaré el éxito», se niegan a darse por vencidos en sus vidas; en cambio, resisten, perseveran y luchan contra las realidades inmediatas que los confrontan. Es porque llevamos alguna forma de esperanza en nuestro interior que somos capaces de resistir y seguir adelante día tras día. Si esta esperanza dentro de nosotros muriera, nosotros —aunque sigamos respirando y estemos vivos— no seríamos diferentes de los muertos. Sospecho que esta es la razón por la que luchamos tan desesperadamente por mantener viva la esperanza dentro de nosotros mismos. Pero, ¿qué haríamos tú y yo si incluso esa misma esperanza —la esperanza que tanto nos esforzamos por mantener viva— se viera completamente truncada?

En el pasaje bíblico de hoy —Jonás 2:1–2— presenciamos a Jonás orando a Dios desde el vientre de un gran pez (v. 17). Habiendo desobedecido el mandato de Dios, se había embarcado en una nave para huir hacia Tarsis —en dirección opuesta a Nínive—, solo para

ser finalmente arrojado al mar por marineros gentiles (Jonás 1:15). En otras palabras, ofreció su oración a Dios precisamente en el momento en que toda esperanza terrenal se había desvanecido por completo. En una situación que, desde una perspectiva humana, no ofrecía ya ninguna esperanza de supervivencia —una situación verdaderamente imposible—, Jonás fijó su mirada en Dios y elevó una oración. Situado en la encrucijada entre la vida y la muerte —en una situación en la que no podía salvarse a sí mismo ni recibir ayuda de nadie más—, miró hacia Dios y le imploró fervientemente. Lo verdaderamente extraordinario es el hecho de que, incluso en medio de tales circunstancias, Jonás ofreció una oración de acción de gracias a Dios. ¿Cómo podemos estar seguros de esto? Si observamos Jonás 2:1, la Escritura afirma: «Jonás oró al SEÑOR su Dios desde el vientre del pez». Aquí, la palabra «oró» (proveniente del hebreo original *hitpallel*) se emplea en el sentido de ofrecer una oración de acción de gracias (cf. 1 Samuel 2:1; 2 Samuel 7:27). ¿Cómo pudo Jonás ofrecer una oración de acción de gracias a Dios incluso cuando toda esperanza terrenal había sido completamente truncada? Existen dos razones:

En primer lugar, la razón por la que Jonás pudo ofrecer una oración de acción de gracias a Dios —incluso en una situación en la que toda esperanza mundana se había desvanecido— fue que se había arrepentido de sus pecados a través del sufrimiento que Dios había enviado sobre él.

Cuando se encontró en medio del sufrimiento —habiendo causado daño no solo a sí mismo, sino también al capitán gentil y a los marineros a bordo del barco debido a la violenta tormenta que Dios había desatado sobre el mar (1:4)—, Dios llevó a Jonás a confesar sus pecados, incluso en presencia de aquellos gentiles. Además, Dios lo impulsó a demostrar su arrepentimiento mediante acciones, llevando a los marineros gentiles a arrojarlo a las profundidades del mar (2:3). Ahora, confinado dentro del vientre de un gran pez —situado en una circunstancia en la que toda esperanza en este mundo había sido cercenada—, fue capaz, no obstante, de ofrecer una oración de acción de gracias a Dios, pues reflexionó sobre la gracia que Dios le había extendido al permitirle confesar sus pecados y arrepentirse.

Aunque todas sus esperanzas mundanas habían sido truncadas, dado que alcanzó la liberación del pecado al arrepentirse de su desobediencia, pudo ofrecer una oración de acción de gracias a Dios.

Incluso cuando toda esperanza terrenal ha sido completamente truncada, nosotros también podemos ofrecer oraciones de acción de gracias a Dios. Aunque nuestras circunstancias parezcan totalmente desesperanzadoras, siempre y cuando confesemos nuestros pecados y nos arrepintamos, nosotros —al igual que Jonás— podemos ofrecer oraciones de acción de gracias a Dios. Aunque toda esperanza terrenal se vea cercenada, mientras el problema de nuestro pecado pueda ser resuelto a través de Jesucristo, podemos ofrecer oraciones de acción de gracias a Dios. Si todo aquello en lo que alguna vez creímos nos ha sido arrebatado debido a nuestras transgresiones, debemos depositar nuestra fe en Jesús, quien es nuestra verdadera esperanza. Además, confiando en los méritos de la cruz de Jesús, debemos confesar nuestros pecados a Dios. Y debemos demostrar nuestro arrepentimiento mediante acciones concretas. Debemos tomar una firme determinación. Siempre que el problema de nuestro pecado sea resuelto en Jesucristo —incluso si todo aquello en el mundo en lo que alguna vez confiamos, toda esperanza terrenal, ha sido completamente truncada—, debemos dar gracias a Dios. Es mi ferviente anhelo que, precisamente porque las esperanzas terrenales han sido cercenadas, podamos confiar en el poder de la preciosa sangre derramada en la cruz por Jesús —nuestra verdadera esperanza— para confesar nuestros pecados y arrepentirnos; y, al hacerlo, ofrezcamos oraciones de acción de gracias a Dios.

En segundo lugar, la razón por la cual Jonás pudo ofrecer oraciones de acción de gracias a Dios, incluso en una situación en la que toda esperanza terrenal se había desvanecido, fue que, en medio de su sufrimiento, volvió a fijar su mirada en Dios: el Dios de la salvación.

Cuando Jonás desobedeció el mandato de Dios, no dirigió su mirada hacia Él. Por el contrario, huyó hacia Tarsis en un intento por escapar de la presencia del Señor (1:3). Es más,

incluso cuando la nave en la que viajaba estaba a punto de hacerse pedazos debido a la violenta tormenta que Dios había enviado sobre el mar, él seguía sin buscar a Dios. Aun mientras soportaba la tormenta de la disciplina divina, no logró dirigir su mirada hacia Dios. Sin embargo, Dios no abandonó a Jonás; finalmente, lo condujo a un lugar —dentro del vientre de un gran pez— donde por fin dirigiría su mirada hacia Dios. En efecto, ¿qué clase de Dios contempló Jonás? No es otro que el Dios de la salvación (2:9). Fijó su mirada en el Dios de la salvación: Aquel capaz de librarlo de sus propios pecados. Finalmente, desde las profundidades del mar, dentro del vientre de un pez, Jonás dirigió su mirada hacia el Dios de la salvación. Fue solo cuando toda esperanza terrenal se hubo desvanecido por completo que Jonás buscó al Dios de la salvación. Y elevó una oración al Dios de la salvación; ofreció a Dios una oración de acción de gracias. Además, confesó: «La salvación pertenece al Señor» (v. 9). Incluso antes de haber recibido realmente la liberación —mientras aún se encontraba dentro del vientre del pez, en una situación en la que toda esperanza terrenal se había esfumado—, ofreció a Dios una oración de confesión, declarando que la salvación proviene únicamente de Él. Al hacerlo, Dios no solo libró a Jonás de sus pecados, sino que también lo rescató de aquel lugar en lo profundo del mar —dentro del vientre del pez— donde toda esperanza terrenal había dejado de existir. A diferencia del desobediente Jonás, el pez obedeció el mandato de Dios y vomitó a Jonás sobre tierra firme (v. 10).

Aunque todo aquello en lo que alguna vez confiamos en este mundo nos sea arrebatado, debemos mantener nuestros ojos fijos en el Dios de la salvación. Cuando parezca no quedar esperanza alguna de liberación en este mundo, debemos dirigir nuestra mirada, en cambio, hacia el Señor, quien es la verdadera esperanza de salvación. No se halla salvación alguna en el mundo. Cuando nadie en este mundo pueda rescatarnos, debemos mirar al Señor, nuestro verdadero Salvador. Y debemos buscar fervientemente la salvación de Dios mediante la fe. Al hacerlo, Dios no solo nos librará de nuestros pecados, sino que también nos rescatará de cualquier circunstancia que enfrentemos en la que toda esperanza terrenal se haya extinguido. ¡Victoria!

El profeta Elías: ¿Sufría de trastorno bipolar?

«Cuando vio esta situación, se levantó y huyó para salvar su vida. Viajó a Beerseba, en Judá, donde dejó atrás a su siervo. Luego, él mismo se adentró en el desierto, caminando el trayecto de un día. Se sentó bajo un retama y oró pidiendo morir. "¡Ya basta, Señor!", exclamó. "Quítame la vida, pues no soy mejor que mis antepasados"» (1 Reyes 19:3–4).

Hace algún tiempo, hubo un miembro de nuestra iglesia que padecía trastorno bipolar. Cuando se encontraba de buen humor —durante sus fases maníacas— trataba excepcionalmente bien a sus vecinos de apartamento durante más de un año, logrando finalmente que tres de ellos asistieran a la iglesia. Sin embargo, cuando entraba en un estado depresivo, su carácter se volvía tan agrio que llegaba a despreciar a esos mismos vecinos; se enfrascaba en acaloradas discusiones con ellos y, en última instancia, las tres personas que él había llevado a la iglesia terminaron marchándose. En medio de esta lucha, hace varios años —tras el primer servicio dominical de enero— los ancianos de la iglesia y mi esposa acudieron apresuradamente a su apartamento, temiendo que hubiera intentado suicidarse. Resultó que había sufrido una grave lesión en la cabeza y fue trasladado de urgencia al hospital; tras someterse a una cirugía, no le quedó más opción que ser internado en una residencia de ancianos. Durante este proceso, tomé posesión de los cuadernos hallados en su apartamento e intenté contactar a los números de teléfono coreanos que figuraban en ellos, pero no logré localizar a ningún familiar ni pariente (todos los números eran antiguos y habían sido dados de baja hacía mucho tiempo). Hasta el día de hoy, no

puedo olvidar el momento en que oró a Dios justo antes de ser llevado en camilla hacia el quirófano.

Últimamente, he notado que mi interés por las enfermedades mentales —tales como la depresión— se ha vuelto mucho más profundo que nunca. Desde el año pasado, he estado comprando y leyendo libros sobre la depresión por iniciativa propia, así como leyendo artículos en línea sobre enfermedades mentales; a través de esto, he llegado a comprender gradualmente —aunque de manera imperfecta— la gravedad de estas afecciones de una forma visceral. De hecho, también he vislumbrado los importantes peligros que tales enfermedades mentales pueden representar. He escuchado decir a personas de mi entorno que el trastorno bipolar es mucho más aterrador que la depresión. Habiendo observado personalmente a individuos que padecen tanto depresión como trastorno bipolar, me encuentro de acuerdo con ese sentir. Mientras navegaba por internet, me topé con una definición de «trastorno bipolar» que rezaba lo siguiente: «El trastorno bipolar es una afección caracterizada por cambios extremos en el estado de ánimo, los niveles de energía, los pensamientos y el comportamiento. Por lo general, implica dos "estados de ánimo" distintos: un estado maníaco y un estado depresivo. Durante un estado maníaco, el individuo rebosa energía y se vuelve sumamente activo. Por el contrario, durante un estado depresivo, se siente profundamente triste y desesperanzado, y se encuentra totalmente falto de motivación para realizar cualquier actividad» (Internet). Como alguien que presenció de primera mano estos «cambios extremos en el estado de ánimo, la energía, los pensamientos y el comportamiento» a través de un antiguo miembro de nuestra congregación eclesiástica, también recuerdo vívidamente mis propias dificultades: sentirme perdido e inseguro sobre cómo reaccionar cada vez que se producían esos cambios drásticos.

Mientras leía los capítulos 18 y 19 del Primer Libro de los Reyes durante el servicio de oración de esta mañana, me encontré perplejo, sin saber cómo asimilar o reaccionar ante el retrato del profeta Elías que se presenta en esos dos capítulos. La razón de esta perplejidad radica

en que, en el capítulo 18, Elías aparece como una figura que —en obediencia al mandato de Dios: «Ve, preséntate ante Acab, y enviaré lluvia sobre la tierra» (18:1)— se enfrenta sin temor a Acab, declarando con audacia: «Yo no he causado problemas a Israel, sino tú y la familia de tu padre. Ustedes han abandonado los mandamientos del Señor y han seguido a los Baales» (18:18). Sin embargo, en el capítulo 19, ese mismo profeta aparece bajo una luz radicalmente distinta; cuando la reina Jezabel —esposa del rey Acab— envía un mensajero a Elías con la amenaza: «¡Que los dioses me castiguen con el mayor rigor si mañana a esta misma hora no te quito la vida, tal como tú se la quitaste a ellos!» (19:2), Elías «evaluó la situación, se levantó y huyó para salvar su vida» (19:3). ¿Cómo es posible que el talante del profeta Elías oscile de manera tan drástica entre semejantes extremos? ¿Acaso no parece casi alguien que padece un trastorno bipolar? ¿Cómo pudo el profeta Elías —quien, durante el enfrentamiento con los 450 profetas de Baal en el monte Carmelo (18:20, 22), oró a Dios con fe (vv. 36–37) y fue testigo de cómo «cayó el fuego del Señor y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, e incluso lamió el agua que había en la zanja» (v. 38)— llevar luego a todos y cada uno de los profetas de Baal hasta el arroyo Cisón y hacer que los degollaran a todos (v. 40), para luego dar media vuelta y huir despavorido para salvar su vida (v. 3) cuando la reina Jezabel lo amenazó diciendo: «Mañana a esta misma hora te mataré sin falta, dejándote igual que a los profetas que tú mataste» (19:2)? ¿Podría ser que esto se debiera a que la reina Jezabel era alguien que ya había matado a los profetas de Dios anteriormente (18:4, 13)? Para plantearlo de manera un tanto cruda: ¿Fue la razón por la que el profeta Elías huyó aterrorizado simplemente que la reina Jezabel era una «asesina de profetas de Dios»? ¿Cuántos profetas de Dios debió haber matado para que Abdías —un hombre que reverenciaba a Dios con la más alta devoción (v. 3)— tomara a «cien profetas y los escondiera, de cincuenta en cincuenta, en cuevas, proveyéndoles de pan y agua» (vv. 4, 13) para salvarlos de su matanza? Sin duda, debió haber matado a muchos más que solo uno o dos de los profetas de Dios. Considerando que Abdías escondió hasta a cien profetas en cuevas y les suministró pan y agua, y que el profeta Elías declaró: «Los israelitas han abandonado Tu pacto, han derribado Tus altares y han matado a espada a Tus profetas; solo yo he quedado» (19:10, 14; cf. 18:22), uno se ve obligado a concluir que la reina Jezabel, en

efecto, había matado a un gran número de los profetas de Dios. Cuando esta misma mujer recibió la noticia de su esposo, el rey Acab, de que sus 450 profetas de Baal habían sido masacrados en el monte Carmelo (v. 1), juró matar a Elías —el profeta de Dios— tal como habían sido asesinados aquellos profetas de Baal. Dada esta situación, creo que resulta totalmente comprensible que Elías, presa del miedo, huyera para salvar su vida (v. 3). Sin embargo, la huida de Elías no terminó allí; tras viajar solo por el desierto durante un día entero, se sentó bajo un retamo y deseó su propia muerte, orando: «Ya es suficiente, Señor. Quítame la vida; no soy mejor que mis antepasados» (v. 4). ¿Cómo, entonces —cómo pudo el mismísimo profeta Elías, quien en el monte Carmelo había desafiado a toda la multitud congregada con las palabras: «¿Hasta cuándo vacilarán entre dos opiniones? Si el Señor es Dios, síganlo a Él; pero si Baal es Dios, síganlo a él» (18:21)— sentarse bajo aquel retama, decidir morir y suplicarle a Dios: «Quítame la vida ahora» (19:4)? ¿Cómo pudo la actitud de Elías oscilar tan drásticamente entre tales extremos? El profeta Elías no solo le pidió a Dios que le quitara la vida, sino que también declaró que, de ninguna manera, él era mejor que sus antepasados (v. 4b, *The Bible for Modern People*). ¿Por qué se comparó a sí mismo con sus antepasados? ¿Por qué, al hacer esa comparación, afirmó no ser mejor que ellos? ¿Fue acaso porque lo consumía el pensamiento de que su estado actual —huyendo atemorizado de la reina Jezabel, quien había amenazado con matarlo— resultaba totalmente patético, inadecuado y débil? ¿Por qué Elías —el mismo profeta que, poco antes, parecía despreocupado ante la posibilidad de que Abdías fuera asesinado mientras obedecía con valentía y fidelidad la palabra de Dios de presentarse ante Acab (18:12)— se preocuparía repentinamente tanto por sus antepasados (19:4)? ¿Podría ser que, en muchos aspectos, se hubiera vuelto tan frágil física y emocionalmente? Una cosa es segura: el profeta Elías se había debilitado físicamente en gran medida. Podemos deducir esto del hecho de que se recostó bajo un retama y se quedó dormido (v. 5). Cuando un ángel lo tocó y le dijo: «Levántate y come» (v. 5), Elías se levantó, comió el pan cocido sobre las brasas y bebió del jarro de agua que encontró junto a su cabeza, para luego volver a recostarse (v. 6). Además, al observar que el ángel de Dios regresó para tocarlo una vez más —diciéndole: «Levántate y come, pues el camino es demasiado largo para ti» (v. 7)—, podemos inferir que

se encontraba en un estado de extrema fatiga física y hambre. Bien podría haber estado al borde de un colapso físico total. La razón por la que uno podría pensar de este modo es que, después de que el profeta Elías declarara al rey Acab —«Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra» (17:1)—, huyó del rey. En obediencia a la palabra de Dios, primero fue a esconderse junto al arroyo de Querit (vv. 2–3); más tarde, cuando el arroyo se secó (v. 7), obedeció nuevamente el mandato de Dios y viajó a Sarepta. Allí conoció a una viuda y, mediante la intervención milagrosa de Dios, tanto él como la familia de ella fueron sustentados con alimento durante muchos días (v. 15). En resumen, la razón por la que el profeta Elías se encontró inevitablemente en un estado de fragilidad física —hasta el punto de llegar al agotamiento físico total— fue que, durante al menos tres años (18:1), había estado huyendo y escondiéndose constantemente del malvado rey Acab, quien lo perseguía sin descanso. Por consiguiente, cuando la reina Jezabel amenazó una vez más con matarlo —lo cual lo impulsó a huir atemorizado—, creo que resultó del todo natural que el profeta Elías se hallara completamente extenuado, al borde de un colapso físico total. Sin embargo, al leer 1 Reyes 19:1–7, me llamó la atención que el profeta Elías se asemejaba mucho a alguien que padece depresión clínica. De hecho —para tomar prestado el título de un libro del Dr. Martyn Lloyd-Jones—, creo que el profeta Elías estaba experimentando un estado de «depresión espiritual». Encontré un pasaje referente a la depresión espiritual en un sermón en línea, el cual me gustaría compartir aquí:

«En el viaje de nuestra vida de fe, el estancamiento espiritual puede ocurrir en cualquier momento. Y una vez que se instala, no es fácil de remediar. Las causas del estancamiento espiritual son diversas; a veces, una enfermedad física crónica puede ser la causa fundamental. Para otros, un temperamento melancólico puede ser el culpable. Sin embargo, una cosa está clara: los obstáculos y los pecados que entorpecen nuestra relación con Dios actúan como los desencadenantes directos del estancamiento espiritual. El estancamiento espiritual no siempre comienza con pecados monumentales; más bien, pecados muy leves pueden ir abriendo gradualmente una brecha entre nosotros y Dios. Cuando uno cae en el estancamiento espiritual, pierde el entusiasmo por la adoración, y el tiempo dedicado a la

oración disminuye o se desvanece por completo. Además, a medida que este estancamiento espiritual se profundiza, uno se vuelve indiferente ante las almas de los demás y se centra únicamente en sus propios problemas. El alma se torna inquieta y se sumerge en la angustia. Uno pierde el gozo de la vida de fe, y su estado espiritual se vuelve árido y estéril» (Internet).

En efecto, ¿acaso el profeta Elías no se comportó exactamente como alguien que sufre de estancamiento espiritual —volviéndose indiferente ante las almas de los demás y, en su lugar, centrándose por completo en sus propias tribulaciones? Consideremos 1 Reyes 19:10: «Oh Señor, Dios Todopoderoso, he trabajado con celo por causa Tuya. Sin embargo, el pueblo de Israel ha roto el pacto que hizo Contigo, ha derribado Tus altares y ha dado muerte a todos Tus profetas; yo soy el único que queda con vida, y ahora buscan matarme incluso a mí» (Biblia Coreana Moderna; cf. v. 14). Es más, ¿acaso el profeta Elías no se asemejó verdaderamente a alguien sumido en las garras del estancamiento espiritual —con un alma colmada de inquietud y angustia— al perder todo gozo en su vida de fe y en la realización de la obra del Señor, dejando su estado espiritual totalmente árido? Al reflexionar sobre mis propios periodos de estancamiento espiritual —y al observar los marcados contrastes en el talante del profeta Elías a lo largo de los capítulos 18 y 19 de 1 Reyes, los cuales parecían casi análogos a los cambios de humor propios del trastorno bipolar—, creció en mí una creciente curiosidad por saber cómo fue que Dios, finalmente, lo levantó de nuevo, incluso después de que él hubiera llegado al punto de desear la muerte bajo la retama. Una de las razones de esta creciente curiosidad es que, hace unos diez años —cuando el difunto pastor Kim (una figura muy querida que padeció una enfermedad mental antes de fallecer finalmente a causa de la propagación de un cáncer) predicó en nuestra iglesia—, el título de su sermón fue: «Elías se levanta de nuevo». Es un título de sermón que no puedo olvidar. O tal vez, sería más preciso decir que es un título que *jamás* podría olvidar. Incluso durante el servicio de oración matutino de hoy, mientras oraba y pensaba en él, el corazón me dolía y se me llenaban los ojos de lágrimas al reflexionar sobre lo angustiosa que debió de ser su lucha contra la enfermedad mental. Sin embargo, hallé consuelo al recordar un sueño que

tuve poco después de su funeral; un sueño en el que él me abrazaba con una sonrisa radiante, provocando que yo llorara inconsolablemente. En medio de esa sensación de consuelo, dirigí mis pensamientos y oraciones a Dios en favor de aquellos que actualmente sufren de depresión, trastorno bipolar y trastornos de pánico. Pensando para mis adentros que ellos, más que nadie, deben de estar soportando ahora mismo las mayores penurias y dificultades —y que ninguna otra persona podría llegar a comprender plenamente el sufrimiento por el que atraviesan—, los encomendé a Dios, elevando oraciones sinceras al Señor, quien conoce su dolor mejor que nadie y los ama con la mayor profundidad. Con la ferviente oración de que Dios toque con ternura, consuele y conceda esperanza a todos y cada uno de ellos —librándolos y sanándolos—, he reflexionado sobre tres maneras en las que Dios levantó al profeta Elías, quien parecía estar sufriendo un estancamiento espiritual y una afección semejante al trastorno bipolar:

En primer lugar, Dios envió a un ángel para tocar a Elías.

El ángel de Dios extendió la mano y tocó a Elías, quien yacía dormido bajo un enebro tras haber orado pidiendo morir. Y esto no sucedió solo una vez, sino dos (19:5, 7). Al meditar en este pasaje, sentí la profunda convicción de que los hijos de Dios —aquellos que sufren de agotamiento espiritual o enfermedad mental— necesitan el toque tierno de Dios Padre. La razón de esto es que nosotros también debemos extender la mano y tocar a nuestros hermanos y hermanas que sufren —quienes yacen física y emocionalmente exhaustos—, abrazando a cada uno de ellos en oración con el mismo corazón y amor de nuestro Padre Celestial. A través de tal toque, aquellos que sufren necesitan experimentar el amor cálido y tierno de Dios.

En segundo lugar, por medio de su ángel, Dios se aseguró de que Elías comiera y bebiera.

El ángel de Dios no se limitó a tocar a Elías mientras este dormía; también lo despertó y, en dos ocasiones distintas, le ordenó: «Levántate y come» (versículos 5, 7). Además, el ángel

de Dios proveyó a Elías de un pan cocido sobre brasas y una jarra de agua (versículo 6). Sustentado por esta provisión divina, el profeta Elías comió el pan y bebió el agua —dos veces— y, de este modo, recuperó sus fuerzas (versículo 8). Fortalecido por esta fuerza renovada, Elías caminó día y noche durante cuarenta días hasta llegar finalmente al monte Sinaí, el monte de Dios (versículo 8). Al meditar en este pasaje, recordé una vez más la importancia vital de la restauración física para los hijos de Dios que luchan contra el agotamiento espiritual o la enfermedad mental. Recuerdo una conversación que tuve en cierta ocasión con una hermana que había padecido depresión; ella me comentó que, cuando uno está luchando contra la depresión, realizar ejercicio físico resulta absolutamente esencial. Por supuesto, para poder hacer ejercicio, uno debe primero nutrir el cuerpo alimentándose bien. Por esta razón, considero significativo el hecho de que el ángel de Dios despertara suavemente a Elías —quien se había quedado dormido— y, acto seguido, le proveyera de alimento y bebida. Aquellos que sufren de estancamiento espiritual o enfermedad mental deben priorizar su bienestar físico mediante una alimentación nutritiva, manteniéndose hidratados y realizando ejercicio de forma regular.

En tercer lugar, Dios habló con Elías. Tras levantarse, comer y beber para recuperar sus fuerzas —lo cual le permitió caminar día y noche durante cuarenta días—, Elías llegó finalmente al monte Sinaí, el monte de Dios (v. 8). Al llegar a su destino, entró en una cueva situada allí y pasó la noche (v. 9). Mientras se encontraba dentro de la cueva, «la palabra del Señor vino a él», preguntándole: «Elías, ¿qué haces aquí?» (vv. 9, 13). Al oír estas palabras, Elías respondió a Dios: «He sentido un celo ardiente por el Señor, el Dios Todopoderoso. Los israelitas han rechazado tu pacto, han derribado tus altares y han matado a espada a tus profetas. Solo yo he quedado, y ahora intentan quitarme también la vida» (vv. 10, 14). En respuesta, Dios instruyó a Elías: «Sal y ponte de pie en el monte, en presencia del Señor» (v. 11), y entonces permitió a Elías escuchar una «voz suave y apacible» (v. 12). Considero que esta es la bendición del desierto. En otras palabras, el hecho de que Dios hablara a Elías —quien se encontraba en el desierto— a través de una «voz suave y susurrante» (v. 12) constituye la verdadera bendición de la experiencia en el desierto. ¿Cómo podemos saber

esto? Si observamos Oseas 2:14, vemos que cuando Dios disciplinó amorosamente al pueblo de Israel —que había caído en el sincretismo al intentar servir tanto a Dios como a Baal—, los condujo al desierto y «les habló al corazón» [(Versión en Inglés Contemporáneo: «les habló con ternura»)]. Así pues, Dios es un Dios que conduce al desierto al pueblo que ama y lo consuela con palabras tiernas. A Elías, quien se lamentaba diciendo: «Solo yo he quedado» (1 Reyes 19:10, 14), Dios le habló con suavidad (v. 12) y, además, declaró: «He reservado a siete mil personas en Israel que no se han postrado ante Baal ni han besado a ese ídolo» (v. 18, Versión en Inglés Contemporáneo). ¡Qué inmensa fuente de consuelo debieron de haber sido esas palabras para Elías! Él había creído que todos los profetas de Dios habían sido asesinados y que solo él quedaba; sin embargo, cuando Dios le reveló que había preservado a nada menos que siete mil personas en Israel que no se habían postrado ante Baal ni habían besado su ídolo, ¡qué tremenda fuente de fortaleza debió haber sido aquello para él! Al meditar en este pasaje, recordé que, siempre que atravesamos períodos de estancamiento espiritual o angustia mental, necesitamos retirarnos intencionalmente al desierto. Incluso cuando nuestros cuerpos y mentes están exhaustos —o cuando nos sentimos totalmente desesperanzados—, necesitamos adentrarnos en ese desierto para permanecer de pie (o de rodillas) a solas en la presencia de Dios. Y allí, en medio del silencio, debemos afinar nuestros oídos para percibir la voz apacible y delicada de Dios. El Espíritu Santo que mora en nosotros traerá a nuestra memoria la Palabra de Dios registrada en las Escrituras, nos concederá entendimiento y nos capacitará para aferrarnos a ella con inquebrantable convicción. No estamos llamados meramente a asir la Palabra de Dios por la fe, sino a ir un paso más allá y... debemos permitir ser asidos por ella. Cuando así lo hacemos, experimentamos la salvación de Dios: su liberación y su sanidad. A través de su Palabra, Dios restaurará nuestras almas estancadas y obrará su avivamiento.

Al observar los cambios emocionales extremos que experimenta alguien que padece trastorno bipolar —fluctuando de un extremo absoluto al otro—, me encontré reflexionando sobre lo sumamente difícil y doloroso que debe ser para esa persona soportar tal volatilidad emocional incontrolable. Sin embargo, creo que para los cristianos que experimentan no

solo altibajos emocionales, sino también fluctuaciones en su fe, esta situación debe resultarles igualmente angustiosa y ardua. Cuando uno transita de vivir una vida de fe ferviente y celosa a volverse espiritualmente frío —limitándose a cumplir mecánicamente con la rutina religiosa—, la incapacidad de controlar estas fluctuaciones en la propia fe puede convertirse en una fuente de profunda angustia. Consideremos el caso del profeta Elías: en 1 Reyes 18, demostrando una obediencia fiel a la palabra de Dios, se presentó con valentía ante el rey Acab —sin reparar siquiera en su propia vida— para transmitirle una severa reprensión. Sin embargo, en 1 Reyes 19, al escuchar la amenaza de la reina Jezabel de quitarle la vida, huyó atemorizado hacia el desierto. Ese mismo Elías que, en 1 Reyes 18, se mantuvo victorioso tras enfrentarse a 450 profetas de Baal en el monte Carmelo, aparece en 1 Reyes 19 sentado bajo un enebro, suplicándole a Dios que le quite la vida. ¿Cómo podía existir un contraste tan marcado? Es casi como si estuviera padeciendo una especie de «trastorno bipolar espiritual». No obstante, un ángel de Dios acudió precisamente a este Elías, lo asistió con ternura y le proveyó alimento. Es más, Dios mismo le habló con dulzura a Elías en el desierto. Aquellas palabras sirvieron para restaurar el alma de Elías y propiciar un avivamiento espiritual en su interior. Oro para que esa misma obra de restauración y avivamiento tenga lugar también en nuestras propias vidas.

Cuando te sientes abandonado por Dios

«El ángel del SEÑOR se le apareció a Gedeón y le dijo: "Guerrero valeroso, el SEÑOR está contigo". Gedeón respondió: "¡Ah, mi señor! Si el SEÑOR está con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto? ¿Dónde están todos los milagros de los que nos hablaron nuestros antepasados cuando decían: '¿Acaso no nos sacó el SEÑOR de Egipto?'? Pero ahora el SEÑOR nos ha abandonado y nos ha entregado en manos de Madián"» (Jueces 6:12–13).

Cuando nos sentimos abandonados por un ser querido, la conmoción y el dolor a menudo superan nuestra capacidad de imaginación. Esto es especialmente cierto durante nuestros años formativos, cuando podemos sentirnos abandonados por unos padres amorosos; más adelante en la vida, cuando nos sentimos abandonados por un novio o una novia durante una relación sentimental; o después del matrimonio, cuando nos sentimos abandonados por un cónyuge amado. En tales momentos, la profundidad de esa conmoción y ese dolor es verdaderamente insondable. Sin embargo, en medio de tal conmoción y dolor, ¿podemos seguir creyendo que Dios está con nosotros?

En el pasaje bíblico de hoy —Jueces 6:12–13— nos encontramos con un personaje llamado Gedeón, quien cree que Dios ha abandonado al pueblo de Israel. La razón por la que sostiene esta creencia es que Dios había entregado a los israelitas en manos de los

madianitas durante siete años (v. 1), lo que resultó en una severa miseria (v. 6). Esta miseria era inevitable porque los madianitas, los amalecitas y otros pueblos del Oriente habían invadido Israel, destruyendo todos los cultivos de los israelitas y saqueando todas sus ovejas, ganado y asnos (vv. 3–4). En consecuencia, debido a la extrema crueldad de los madianitas, los israelitas se vieron obligados a huir y refugiarse en cuevas de las montañas y otros lugares seguros (Versículo 2, *Modern People's Bible*). Así, en su angustia extrema, el pueblo de Israel clamó a Dios (Versículos 6–7); En respuesta, Dios les envió un profeta con este mensaje: «Yo soy el SEÑOR, el Dios de Israel. Yo los saqué de Egipto y los libré de la casa de servidumbre. Los libré de la mano de los egipcios y de la mano de todos los que los oprimían; los expulsé de delante de ustedes y les di su tierra. También les dije: "Yo soy el SEÑOR su Dios; no teman a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitan". Pero ustedes no han escuchado mi voz» (Versículos 8–10). Entonces, un día, un ángel de Dios se apareció a Gedeón —hijo de Joás—, quien estaba trillando trigo en un lagar para ocultarlo de los madianitas, y le dijo: «¡Guerrero valeroso, el SEÑOR está contigo!» (Versículo 12). En ese momento, después de que Gedeón planteara dos preguntas al ángel de Dios, expresó su creencia de que Dios había abandonado al pueblo de Israel y lo había entregado en manos de los madianitas (Versículo 13). Creo que estas dos preguntas revelan las razones mismas por las que Gedeón sentía que Dios había desamparado al pueblo de Israel:

La primera pregunta fue esta: «Señor mío, si el SEÑOR está verdaderamente con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto?» (Versículo 13a, *Modern People's Bible*). Cuando el ángel de Dios le dijo a Gedeón: «Guerrero valeroso, el SEÑOR está contigo» (v. 12), Gedeón preguntó: «Si Dios está, en efecto, con el pueblo de Israel, ¿por qué nos ha sucedido todo esto?». Aquí, «todo esto» se refiere al hecho de que, durante siete años (v. 1), los israelitas habían quedado reducidos a una pobreza extrema debido a la crueldad de los madianitas (v. 2; *Modern People's Bible*) (v. 6). Dicho de otro modo, Gedeón creía que Dios no estaba con el pueblo de Israel; en consecuencia —pensaba él—, habían caído en una pobreza tan apremiante mientras eran dominados por los madianitas durante siete años (v. 1; *Modern

People's Bible*) (v. 6). Además, concluyó que la razón por la que Dios no estaba con los israelitas era que Dios los había abandonado (v. 13).

Creo que el razonamiento de Gedeón tiene fundamento. Cuando aplicamos nuestro limitado intelecto humano a la situación, resulta totalmente comprensible —desde la perspectiva de Gedeón— que él pudiera concluir que Dios los había abandonado, tanto a él como al pueblo de Israel. De hecho, al igual que Gedeón, nosotros también podríamos cuestionarnos razonablemente por qué —si Dios está verdaderamente con nosotros— debemos soportar tanto sufrimiento y luchar en medio de una severa privación. La razón de esto es que albergamos una noción preconcebida: si Dios estuviera verdaderamente presente con nosotros, no tendríamos que experimentar dolor ni dificultades extremas. Si Dios está vivo —y si nos ama tan profundamente que llegó incluso a entregar a su único Hijo, Jesús, en la cruz para salvarnos—, entonces, ¿cómo podría permitir que suframos y nos debatamos en tal desamparo? Ante esta aparente contradicción, resulta totalmente natural que abriguemos dudas y nos cuestionemos si Dios está verdaderamente con nosotros. Por supuesto, tales dudas y cuestionamientos surgen de nuestra incapacidad para reconocer una verdad fundamental: que el sufrimiento y la severa privación que estamos soportando son, en realidad, la amorosa disciplina de Dios, destinada a corregir nuestros pecados. Ciegos ante nuestras propias transgresiones y conscientes únicamente de las dolorosas consecuencias de esos pecados, desafiamos a Dios preguntando: «Si el SEÑOR está con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto?» (Versículo 13, *Modern People's Bible*). Sin embargo, aquí subsiste al menos otro hecho crucial que no logramos captar. Ese hecho no es otro que este: Dios *está*, en efecto, presente con nosotros; con nosotros, los mismos pecadores que hemos atraído su amorosa disciplina a causa de nuestras transgresiones. En otras palabras, no logramos apreciar plenamente la inmensa gracia que supone el hecho de que un Dios santo elija estar presente con pecadores impuros. Es más, es un hecho que Dios se dirigió a Gedeón —quien se describió a sí mismo diciendo: «Mi clan es el más débil de Manasés, y yo soy el menor en la casa de mi padre» (v. 15)— llamándolo «guerrero valeroso» (v. 12), y le dijo: «Ve con la fuerza que tienes y salva a Israel de la mano de Madián.

¿Acaso no soy yo quien te envía?» (v. 14). En otras palabras, Dios estaba con Gedeón (v. 12), lo levantó como juez y le concedió la inmensa gracia de librar a Israel de la mano de Madián (v. 14). ¡Oh, por la gracia de Dios! ¿Por qué Él no solo ha redimido a este indigno (Nuevo Himnario 310, «Oh, por la gracia de Dios», v. 1), sino que también me ha designado como obrero del Señor, capacitándome y considerándome lo suficientemente fiel como para confiarme un ministerio (1 Tim. 1:12)? ¿Qué otra cosa podría ser esto sino la gran gracia de Dios? Al vivir hoy nuestras vidas por medio de esta misma gracia, no debemos olvidar el hecho de que el Señor disciplina a aquellos que ama —a aquellos a quienes trata como a sus propios hijos e hijas— y que lo hace para nuestro beneficio supremo (Heb. 12:6, 7, 10). Dios nos disciplina con amor con el propósito específico de capacitarnos para participar de Su santidad (v. 10). En consecuencia, es por esta razón que todas estas cosas nos han sobrevenido (Jue. 6:13).

La penúltima pregunta planteada fue esta: «Nuestros antepasados nos contaron que el SEÑOR los sacó de Egipto con milagros asombrosos; pero ¿dónde están ahora tales milagros?» (mitad del v. 13, *The Bible for Modern People*).

Tras escuchar el mensaje de Dios —transmitido a través de un profeta que Él había enviado— el cual declaraba: «Yo soy el SEÑOR, el Dios de Israel, que los saqué de Egipto y los libré de la tierra de la esclavitud. Los libré del poder de los egipcios y de la mano de todos sus opresores; los expulsé de delante de ustedes y les di su tierra» (versículos 8-9), Gedeón preguntó al Ángel del SEÑOR: «¿Dónde están todos los milagros de los que nos hablaron nuestros antepasados cuando decían: "¿Acaso no nos sacó el SEÑOR de Egipto?"?» (versículo 13). Aquí, «todos los milagros» hace referencia a cada señal milagrosa que Dios manifestó cuando envió a Moisés a Egipto para librar a los israelitas de su servidumbre y concederles Canaán, la Tierra Prometida. Desde la perspectiva de Gedeón, si Dios verdaderamente permanecía con los descendientes de Israel, él se cuestionaba por qué esos mismos milagros —que Dios había demostrado en el pasado para librar a sus antepasados de Egipto y guiarlos hacia la tierra de Canaán— no se veían por ninguna parte

ahora, mientras los israelitas sufrían bajo el dominio opresor de los madianitas. Para resumirlo en una sola frase: Gedeón preguntaba por qué Dios no estaba realizando milagros para librar al pueblo de Israel de las garras de Madián. Él creía que, debido a que Dios ya no estaba con los israelitas, estos habían quedado sometidos al dominio madianita durante siete años (versículo 1, *Modern People's Bible*) y, en consecuencia, habían quedado reducidos a un estado de extrema indigencia (versículo 6). Es más, concluyó que la razón por la cual Dios ya no estaba con los israelitas era, sencillamente, que Dios los había abandonado (versículo 13).

Creo que existe cierta validez en esta línea de razonamiento sostenida por Gedeón. Si aplicamos nuestro limitado intelecto humano y pensamos de manera lógica —tal como hizo Gedeón— bien podríamos preguntarle a Dios: «Si verdaderamente libraste al pueblo de Israel de Egipto en el pasado y lo guiaste hasta la tierra de Canaán realizando milagros tan asombrosos, ¿por qué no realizas milagros ahora? ¿Por qué, como resultado, debemos sufrir y luchar en medio de una indigencia tan severa?». Incluso podríamos llegar al extremo de concluir que Dios ha abandonado a su pueblo. En efecto, al igual que Gedeón, nosotros también podríamos preguntarnos razonablemente: «Si Dios está verdaderamente con nosotros, ¿por qué no realiza un milagro para librarnos de nuestro sufrimiento y de nuestra extrema pobreza? La única explicación posible, sin duda, es que Dios nos ha abandonado». En otras palabras, razonamos que si Dios estuviera verdaderamente con nosotros, replicaría hoy en nuestras vidas exactamente los mismos milagros asombrosos que realizó en los tiempos bíblicos: librándonos de nuestro dolor y de nuestras penurias extremas, y guiando nuestro camino. Esto es lo que imploramos a Dios; esto es lo que esperamos. Sin embargo, cuando Dios no obra una liberación milagrosa exactamente de la manera en que hemos orado y anticipado, somos propensos a concluir que Él no está con nosotros; que, de hecho, nos ha abandonado. No obstante, existe un hecho crucial que a menudo pasamos por alto. Ese hecho es el siguiente: el mayor milagro de todos —el «milagro de los milagros»— es la realidad de que hemos obtenido la salvación (la vida eterna) gracias a que Dios permitió que Su único Hijo, Jesús, fuera clavado en la cruz —ese árbol de maldiciones— y muriera. Sin

embargo, a pesar de haber recibido esta gracia de la salvación —este milagro supremo—, a menudo no logramos comprender plenamente cuán asombroso y profundo es verdaderamente este milagro. En consecuencia, seguimos orando y esperando un tipo de milagro diferente: una liberación —un rescate— de nuestras circunstancias inmediatas y dolorosas. A pesar de haber recibido ya la salvación —el mayor milagro que Dios nos ha concedido en Jesucristo—, seguimos orando y esperando milagros menores e incidentales. Por ejemplo, aunque ya hemos experimentado el asombroso milagro de la salvación en Jesucristo —mediante el cual se resolvió el problema de nuestro pecado—, seguimos buscando y esperando un milagro que resuelva el problema de nuestro sufrimiento. Sin embargo, cuando la liberación milagrosa del sufrimiento por la que oramos y esperamos no se materializa, nos desanimamos y nos sentimos decepcionados; incluso podemos llegar al extremo de guardar rencor a Dios y —creyendo que Él nos ha abandonado— cometemos el pecado de abandonarlo a Él a cambio. En última instancia, no logramos darnos cuenta de que, antes de orar y esperar la liberación milagrosa de Dios frente al sufrimiento que padecemos como consecuencia de nuestros pecados no arrepentidos, debemos primero arrepentirnos humildemente de esos pecados, fijando nuestra mirada con fe en Jesús, quien derramó Su sangre y murió en la cruz. ¿Cómo, en efecto, podemos esperar la liberación milagrosa de Dios mientras seguimos soportando las consecuencias de un pecado del que no nos hemos arrepentido? Primero debemos confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos. En otras palabras, primero debemos confesar humildemente nuestros pecados y arrepentirnos de ellos ante el Dios santo, confiando con fe en los méritos de la cruz de Jesús y manteniéndonos firmes en la certeza de Su perdón. Cuando así lo hagamos, experimentaremos la obra de la liberación milagrosa de Dios: conforme a Su voluntad, en Su tiempo perfecto y por el medio que Él mismo ha establecido.

¿Cómo podemos superar la angustia de nuestros corazones cuando nos sentimos abandonados por un ser querido? En particular, ¿cómo podemos soportar y superar el dolor insoportable que sentimos cuando creemos haber sido desamparados por el mismo Dios a quien amamos? Si nuestro Dios es verdaderamente Emanuel —Dios con nosotros—,

entonces ¿por qué debemos sufrir un dolor y una privación tan severos? ¿Por qué no realiza Él un milagro para librarnos? ¿Qué debemos hacer cuando surge el pensamiento de que, tal vez, Dios ya no nos ama y nos ha hecho a un lado? Al igual que el salmista, podríamos clamar a Dios: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué no me ayudas ni escuchas el sonido de mis gemidos? Oh Dios mío, aunque clamo día y noche, no me das respuesta» (Salmos 22:1–2). En tales momentos, debemos traer a la memoria las palabras que Jesús clamó a Dios Padre desde la cruz: «¿Eli, Eli, lama sabactani?» (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?) (Mateo 27:46; Marcos 15:34). Debemos mirar humildemente, con fe, a Jesús: Aquel que cargó con el peso de nuestros pecados, fue clavado en el madero de la maldición para morir, soportó toda la ira de Dios y fue desamparado por Dios Padre. Como aquellos que han recibido el perdón por medio de Jesús —quien fue desamparado por Dios Padre—, cuando sufrimos bajo la disciplina de Dios a causa de nuestros pecados no arrepentidos, en lugar de imaginar que nosotros mismos hemos sido desamparados por Dios Padre (nuestro Emanuel), debemos, por el contrario, confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos, confiando en la preciosa sangre derramada en la cruz por Jesús: Aquel que fue verdaderamente desamparado por Dios Padre. Cuando así lo hacemos, Dios resolverá la cuestión de nuestro pecado —antes de abordar la cuestión de nuestro sufrimiento— y, de este modo, resolverá también la cuestión de nuestro sufrimiento, en Cristo Jesús. Dios nos salvará. Pues la razón es esta: la salvación pertenece al Señor (Jonás 2:9).

«¿Por qué nos ha sucedido todo esto?»

«El Ángel del SEÑOR se le apareció a Gedeón y le dijo: "Guerrero valeroso, el SEÑOR está contigo". Gedeón respondió: "Señor mío, si el SEÑOR está con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto? Nuestros antepasados nos contaron que el SEÑOR los sacó de Egipto con milagros asombrosos; pero ¿dónde están esos milagros ahora? El SEÑOR nos ha abandonado y nos ha entregado en manos de los madianitas"» (Jueces 6:12–13).

La vida ya es bastante difícil de por sí; sin embargo, hay algo que la hace aún más ardua para nosotros. Ese algo es un simple comentario proveniente de un ser querido. Por ejemplo, imaginemos a una mujer que atraviesa actualmente un momento muy difícil; si su esposo —sin percatarse de la profundidad de su angustia— se le acerca con la intención de ofrecerle consuelo, pero termina diciendo: «¿Por qué haces tanto alboroto por algo tan trivial? Todo estará bien», ¿cómo creen que se sentiría ella? Inevitablemente, se sentiría aún más afligida. Si, en lugar de esforzarse por empatizar con su corazón apesadumbrado, su esposo contempla la situación únicamente desde su propia perspectiva —pensando solo en sí mismo— y luego abre la boca con indiferencia para soltar un comentario frívolo, el corazón de ella —ya de por sí agobiado— se sentirá aún más pesado. Para una mujer que no recibe ni consuelo ni fortaleza de su amado esposo en tales circunstancias, lo que hace que su sufrimiento resulte aún más insoportable es su incapacidad para comprender por qué Dios —a quien ella ama— ha permitido que tales adversidades recaigan sobre ella. Por más que lo medite, cuando simplemente no logra concebir por qué Dios ha permitido pruebas tan dolorosas y arduas en su vida, su carga se vuelve verdaderamente abrumadora: una

lucha que se suma a otra lucha. ¿Por qué nos suceden cosas tan difíciles y dolorosas? ¿Por qué nos sobreviene toda esta adversidad? En el pasaje bíblico de hoy —Jueces 6:13— observamos a Gedeón respondiendo al Ángel del Señor (v. 12) —quien se había dirigido a él diciendo: «¡Guerrero valeroso, el Señor está contigo!»— con la pregunta: «Oh, Señor mío, si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto?». Si nos ponemos en el lugar de Gedeón, podemos empezar a comprender por qué respondió al ángel de Dios de tal manera. Desde la perspectiva de Gedeón, si Dios estuviera verdaderamente con él y con el pueblo de Israel, no tendría sentido que los israelitas se vieran obligados a huir y a vivir en cuevas de las montañas y en fortalezas seguras para escapar de la crueldad de los madianitas (v. 2). Si Dios estuviera, en efecto, con él y con sus compatriotas israelitas, él no podría comprender por qué —cada vez que llegaba el momento de sembrar sus cultivos— sufrían un saqueo total, perdiendo toda su cosecha, sus ovejas, su ganado y sus asnos a manos de las fuerzas invasoras de Madián, Amalec y los pueblos del Oriente (v. 4). Desde el punto de vista de Gedeón, si Dios estuviera realmente con él y con el pueblo de Israel, no podría entender por qué Israel tenía que soportar una indigencia tan severa a manos de los madianitas (v. 6). En medio de este sufrimiento, el pueblo de Israel clamó a Dios (v. 6). Clamaron a Dios a causa de los madianitas (v. 7). Entonces Dios envió un profeta a los israelitas y, por medio de él, habló al pueblo de Israel, diciendo: «Así dice el SEÑOR, el Dios de Israel: Yo los saqué de Egipto y los libré de la casa de servidumbre. Los libré de la mano de los egipcios y de la mano de todos los que los oprimían; los expulsé de delante de ustedes y les di su tierra. También les dije: "Yo soy el SEÑOR su Dios; no teman a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitan". Pero ustedes no han escuchado Mi voz» (Versículos 8–10). ¿Por qué habló Dios de esta manera, a través de aquel profeta, a los israelitas que clamaban a Él en su severa angustia provocada por los madianitas? ¿Podría ser que Dios estuviera revelando a los israelitas la razón misma por la cual todas estas cosas les habían sobrevenido (Versículo 13)? Así como los israelitas —quienes habían recibido la guía de Dios y la liberación de Egipto, y habían recibido a Canaán, la Tierra Prometida, como un regalo de Él— no habían prestado atención a la voz de Dios que ordenaba: «No sirvan a los dioses de los amorreos en la tierra donde habitan» (versículo 10), ¿acaso no les estaba

diciendo Dios a los israelitas de la era de los Jueces que ellos también le habían desobedecido, y que «por esta razón les han sucedido todas estas cosas»? (versículo 13). Gedeón desconocía que la razón por la cual el SEÑOR había entregado a los israelitas en manos de los madianitas durante siete años era que los israelitas habían vuelto a hacer lo malo ante los ojos del SEÑOR (versículo 1). Por eso le formuló esta pregunta al Mensajero de Dios —el ángel del SEÑOR—: «¡Ah, mi Señor! Si el SEÑOR está con nosotros, ¿por qué entonces nos ha sucedido todo esto?» (versículo 13). Luego le preguntó al ángel de Dios: «¿Dónde están todos los milagros de los que nos hablaron nuestros antepasados cuando decían: "¿Acaso no nos sacó el SEÑOR de Egipto?"?» (v. 13). Esta pregunta revela que Gedeón aún ignoraba que el SEÑOR había entregado a los israelitas en manos de los madianitas durante siete años porque ellos habían vuelto a hacer lo malo ante Sus ojos (v. 1). En lugar de buscar comprender qué pecados había cometido Israel contra Dios —y arrepentirse de ellos una vez reconocidos—, cuestionó al ángel de Dios sobre por qué Dios no los libraba de la severa miseria causada por los madianitas (v. 6): la consecuencia misma de su pecado. Preguntó: «¿Dónde están todos esos milagros?» —o, como lo expresa *The Bible for Modern Man*: «¿Dónde están ahora tales milagros?»—, tal como Dios los había realizado cuando sacó a Israel de Egipto (v. 13). Además, Gedeón le dijo al ángel de Dios: «Ahora el SEÑOR nos ha abandonado y nos ha entregado en manos de los madianitas» (v. 13). Él creía que Israel había sido desamparado por Dios. La razón de esta creencia era que sentía que Dios ya no estaba con Israel y que no estaba realizando milagro alguno. En consecuencia, atribuyó todo el sufrimiento, la adversidad y la severa indigencia que Israel estaba padeciendo a los madianitas (vv. 2–6). ¿Era esta perspectiva de Gedeón, de hecho, la perspectiva de Dios?

Mientras meditaba en este pasaje, me impactó la revelación de que el simple hecho de que Dios permanezca con nosotros —aun cuando nosotros, al igual que el pueblo de Israel, pecamos repetidamente contra Él— es, en sí mismo, un acto de Su gracia. Sigue siendo un misterio para mí cómo un Dios santo puede elegir habitar con personas como nosotros, que pecamos contra Él una y otra vez. Esto no puede atribuirse a otra cosa que no sea la obra

meritoria de la Cruz de Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios. Es verdaderamente una asombrosa manifestación de la gracia de Dios el que Él permanezca con nosotros, a pesar de que —en lugar de vivir como el pueblo santo de un Dios santo— hemos elegido alinearnos con este mundo pecaminoso, desobedeciendo repetidamente Su Palabra y cometiendo actos de iniquidad. Otro pensamiento que surgió mientras meditaba en este pasaje es que, cuando pecamos repetidamente contra Dios, Su acto de entregarnos en manos de las personas impías del mundo —permitiéndonos así experimentar severas adversidades— es, de hecho, una expresión de Su amor. En otras palabras: debido a que Dios nos ama, Él permite que experimentemos privaciones. Si permaneciera-mos en un estado de abundancia aun mientras pecamos repetidamente contra Dios, nunca sentiríamos la urgencia de buscarlo con sinceridad. Y si no buscamos a Dios con sinceridad, no lograremos reconocer los pecados que estamos cometiendo repetidamente como verdaderas transgresiones y, por consiguiente, continuaremos ofendiéndolo una y otra vez. Por lo tanto, la adversidad que nos sobreviene como consecuencia de nuestro pecado sirve como una oportunidad: una oportunidad para clamar a Dios y una valiosa oportunidad para reconocer la naturaleza de nuestro pecado a la luz de Su Palabra. En resumen, cuando un Dios justo permite que suframos adversidades como consecuencia de nuestros pecados, es un acto de Su amor, destinado a hacernos tomar conciencia de nuestras transgresiones y a guiarnos hacia el arrepentimiento. Finalmente, mientras meditaba en este pasaje, me vino a la mente un pensamiento más: aunque podamos creer erróneamente que Dios nos ha abandonado, la verdad es que Él nunca nos ha desamparado; de hecho, ni siquiera le es posible hacerlo. Estamos soportando severas adversidades a causa de nuestros propios pecados; Sin embargo, ajenos a este hecho, nos quejamos de que Dios no está con nosotros y de que Sus milagros están ausentes; llegando, en última instancia, incluso a afirmar que Dios nos ha abandonado. En lugar de buscar la intervención milagrosa de Dios en medio de nuestro sufrimiento —confiando en que Él está, en efecto, con nosotros—, deberíamos, por el contrario, reconocer nuestra propia pecaminosidad y buscar el perdón de Dios. Además, cuando somos entregados a las manos del mundo y sometidos a un sufrimiento intenso, en lugar de pensar que Dios nos ha desamparado, deberíamos fijar nuestros pensamientos en

Jesús: Aquel que fue crucificado y abandonado por Dios Padre. Debemos aferrarnos a la certeza de que, mediante Su sufrimiento y muerte, todos nuestros pecados han sido perdonados; y que, mediante Su resurrección, hemos sido justificados ante Dios (Rom 4:25), de tal modo que nada puede ahora separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rom 8:39). Dios nunca puede, bajo ninguna circunstancia, abandonarnos (Deut 31:6; Jos 1:5; Sal 94:14; Heb 13:5).

A menudo nos preguntamos por qué nos han sobrevenido todas estas adversidades, aun cuando Dios está con nosotros. Ante estas pruebas —que escapan por completo al alcance de nuestro intelecto humano— clamamos a Dios, suplicándole que nos libre de todas ellas. En respuesta, Dios utiliza las Escrituras para exponer nuestros pecados y dirige nuestra mirada hacia Jesús. Dios nos lleva a confiar en los méritos de Jesús —Aquel que fue crucificado y murió—, capacitándonos para reconocer y confesar nuestros pecados. En última instancia, Dios nos hace comprender que todas estas adversidades nos han sobrevenido como consecuencia de nuestros propios pecados no arrepentidos. Además, aunque actualmente estemos soportando todas estas dificultades, Dios nos concede paz al utilizar precisamente estas pruebas para refinarnos y fortalecernos. Es más, a Su propio tiempo y a Su propia manera, Dios nos libra de en medio de todas estas dificultades. Debemos alabar a este Dios de salvación con fe y gratitud.

«No hay quien consuele»

[Eclesiastés 4:1-3]

Hace algún tiempo, al comenzar un nuevo año, ocurrieron dos sucesos poco después de que yo dirigiera una última reunión de oración con los líderes de nuestra iglesia, el primer domingo del año. Uno de los sucesos involucró a un diácono de nuestra iglesia que intentó suicidarse —o al menos eso parecía— ingiriendo una gran cantidad de pastillas, posiblemente somníferos. Esa tarde de domingo, mi esposa, uno de los ancianos de nuestra iglesia, un pastor asistente y una feligresa acudieron al hogar del diácono para ofrecerle ayuda. Al día siguiente —o tal vez el subsiguiente—, cuando mi esposa fue a visitar al diácono a su apartamento, descubrió que este había sido trasladado en ambulancia a un hospital cercano. Finalmente, tras someterse a una cirugía cerebral, el diácono fue dado de alta y trasladado a una residencia de ancianos; a pesar de su edad relativamente joven, ahora reside allí. El otro suceso consistió en una noticia que recibí de la iglesia en la que había servido mientras vivía en Corea: un estudiante universitario de esa congregación se había ahogado mientras prestaba servicio en un campo misionero. Recordé haber visto a ese joven hermano durante los cultos de adoración en inglés, allá por la época en que cursaba la escuela secundaria, pues yo había servido junto a su madre en el ministerio de inglés de la iglesia; ahora, trágicamente, se había ahogado durante un viaje misionero. Conmocionado por esta noticia y reflexionando sobre cómo podría ofrecer consuelo a sus padres, escribí una carta a su madre, derramando mi corazón con una esperanza nacida de la oración. También oré a Dios. Imploré fervientemente a Dios —nuestro Padre Celestial— que consolara personalmente a los padres del joven, a su hermana mayor, a sus amigos y a su familia eclesial.

Verdaderamente, este mundo es, innegablemente, un lugar donde las penas, las adversidades, la maldad y la muerte se acumulan unas sobre otras. Al comenzar este nuevo año, fuimos testigos de cómo amados hermanos y hermanas de nuestro entorno padecían diversas formas de dolor y sufrimiento. ¿Cómo, entonces, podemos ofrecer un consuelo genuino a estos amados hermanos y hermanas que se encuentran en medio de tanto dolor y tribulación? Personalmente, cada vez que reflexiono sobre la palabra «consuelo», mis pensamientos se dirigen a los amigos de Job, tal como se describe en Job 16:2, y a Bernabé, según se relata en Hechos 4:16. En Job 16:2, Job se refiere a los amigos que habían acudido a consolarlo como «consoladores molestos». En contraste, con respecto a Bernabé —mencionado en Hechos 4:16—, el autor de Hechos, Lucas, lo describe como el «Hijo de Consolación». Mientras que los amigos de Job eran «consoladores molestos» que, en lugar de ofrecer consuelo a Job en su sufrimiento, no hicieron más que agravar su angustia, Bernabé, de la iglesia primitiva, fue un verdadero consolador. En consecuencia, cada vez que oro por mí mismo, a menudo elevo esta petición específica: «Concédeme llegar a ser un consolador y evangelista cuyo corazón arda de amor». Sin embargo, a menudo me encuentro perplejo, sin saber cómo ofrecer consuelo de manera efectiva a los amados hermanos y hermanas que me rodean y que están soportando adversidades y dolor. Dado que amo a cada uno de ellos con el amor del Señor, anhelo ofrecerles consuelo; no obstante, hay innumerables ocasiones en las que simplemente no sé cómo proceder.

En el libro *The Spirituality of Comfort* (La espiritualidad del consuelo), del reverendo Robert Strand, se encuentran 101 historias dedicadas a consolar a las almas heridas. El prólogo de este libro fue escrito por el padre Henri Nouwen, en el cual sugiere que la palabra «consuelo» significa, sencillamente, estar presente junto a una persona solitaria. Además, explica que ofrecer consuelo no consiste en eliminar el sufrimiento ajeno, sino más bien en simplemente «estar con» el otro. Nouwen se refiere a este acto de estar presente junto a otra persona como «cuidado» (específicamente, «cuidado del alma»). Significa llorar a su lado, soportar las adversidades junto a ellos y compartir sus sentimientos; en última instancia, el

verdadero cuidado es un acto de profunda compasión. En este mismo sentido, el padre Henri Nouwen dijo una vez: «A menudo, nuestra pena nos impulsa a bailar. Y nuestro baile, a su vez, crea un espacio para nuestra pena. En medio de las lágrimas que derramamos por la pérdida de un amigo querido, podemos descubrir una alegría que nunca supimos que existía. Incluso en el mismo centro de una fiesta que celebra un éxito, podemos sentir una profunda tristeza. Del mismo modo que el rostro de un payaso —que nos hace llorar y reír a la vez— puede parecer simultáneamente triste y alegre, así también la pena y el baile, el duelo y la risa, el lamento y la alegría pertenecen todos al mismo lugar. La belleza de la vida se encuentra precisamente allí donde la pena y el baile se encuentran». ¿Qué opinas? ¿Estamos tú y yo viviendo nuestras vidas de una manera que nos permita percibir la belleza de la vida justo en ese lugar donde la pena y el baile se tocan?

En el pasaje bíblico de hoy, el rey Salomón —el Predicador— describe lo que presenció en Eclesiastés 4:1: «Volví a mirar y vi toda la opresión que tiene lugar bajo el sol: vi las lágrimas de los oprimidos, ¡y no tienen quien los consuele! El poder estaba del lado de sus opresores, ¡y no tienen quien los consuele!». Lo que el rey Salomón presenció en este mundo fue, precisamente, el espectáculo de aquellos que detentan el poder oprimiendo a otros. En otras palabras, vio a las víctimas de la opresión. Es más, el rey Salomón vio las lágrimas derramadas por estas personas oprimidas. Pero, ¿cuál era el problema? Era el hecho de que no había nadie que ofreciera consuelo a estas víctimas de la opresión. Es decir, el rey Salomón observó que los oprimidos no tenían quien los consolara. Al presenciar esta realidad, el rey Salomón declaró en el pasaje de hoy —Eclesiastés 4:2-3—: «Y declaré que los muertos, los que ya han fallecido, son más felices que los vivos, los que aún viven. Pero mejor que ambos es aquel que nunca ha nacido, que no ha visto el mal que tiene lugar bajo el sol». ¿Qué significa esto? Ciertamente, este pasaje no sugiere que sea mejor estar muerto que vivir una vida de opresión. El rey Salomón no está, de ninguna manera, abogando por el suicidio ni dando a entender que quitarse la propia vida sea preferible a soportar la opresión. Parece que el mundo que habitamos hoy es un mundo que, en cierto sentido, fomenta el suicidio. Podemos ver pruebas de ello en la prevalencia de sitios web dedicados al suicidio

que se encuentran en internet en estos días. Lo verdaderamente impactante —tal como he sabido por noticias pasadas en Corea— es que, a veces, las personas utilizan estos sitios web sobre el suicidio para conectar con completos desconocidos y suicidarse juntos. Incluso entre las personas que conozco personalmente, he oído hablar de varios individuos que se han quitado la vida. A medida que el mundo enfrenta dificultades económicas cada vez más severas, muchas personas —angustiadas por el sufrimiento de su vida cotidiana— intentan quitarse su propia y preciosa vida, impulsadas por instintos suicidas. En consecuencia, parece que el número de suicidios consumados aumenta de manera constante. Para tales individuos, el pasaje bíblico de hoy —Eclesiastés 4:2— podría ser malinterpretado a través del prisma del suicidio; Podrían concluir erróneamente: «Ah, incluso el sabio rey Salomón sugiere que morir es preferible a soportar una vida de abusos». Sin embargo, uno no debe quitarse la vida pronunciando el pensamiento desesperado: «Estaría mejor muerto que viviendo así». En el pasaje de hoy, el rey Salomón no está, en absoluto, abogando por el suicidio. Más bien, al observar las lágrimas de aquellos que sufren bajo el abuso de los poderosos en este mundo, el rey Salomón simplemente señala la realidad de que las vidas de tales víctimas se vuelven peores que la muerte misma. En otras palabras, el rey Salomón no sugiere que la vida que Dios nos ha otorgado sea intrínsecamente inferior a la muerte; simplemente afirma que una vida de sufrimiento agonizante bajo una opresión injusta es, de hecho, peor que la muerte (Park Yun-sun). ¿Qué tipo de vida, entonces, podría describirse verdaderamente como peor que la muerte? Mientras reflexionaba sobre esta pregunta, mis pensamientos se dirigieron hacia los desertores norcoreanos. Me topé con un artículo en línea en *The Wall Street Journal* (fechado el 1 de mayo de 2006) que arrojaba luz sobre las miserables condiciones de vida de los desertores norcoreanos en China, basándose en los testimonios de mujeres norcoreanas que habían entrado recientemente en los Estados Unidos: el primer grupo en hacerlo bajo la Ley de Derechos Humanos de Corea del Norte. El artículo en cuestión presenta a una mujer —identificada con el seudónimo de «Hanna» (36 años)— que en el pasado trabajó como maestra en Pionyang. Impulsada por la necesidad de mantener a su familia, que pasaba por dificultades, se aventuró en el comercio de telas; sin embargo,

mientras visitaba una ciudad fronteriza para adquirir provisiones, perdió el conocimiento durante la cena. Al despertar, descubrió que ya había sido víctima de la trata de personas y que se encontraba en suelo chino. Vendida a un ciudadano chino, soportó brutales palizas —lo suficientemente severas como para romperle los huesos— a manos de su esposo chino, quien la sometía a abusos verbales tales como: «Matar a una norcoreana como tú es más fácil que matar a una gallina». Ella testificó que incluso contempló el suicidio durante este periodo, describiendo su vida en aquel entonces como «vivir en el infierno» (Fuente: Internet). ¿Son tales testimonios de desertores norcoreanos meros incidentes aislados? No puedo decirlo con certeza, pero nunca he olvidado un comentario que un pastor me hizo una vez: «A medida que interactuaba con desertores norcoreanos, el Libro del Éxodo comenzó a cobrar vida verdaderamente para mí».

Para tales personas, ¿con cuánta mayor profundidad y visceralidad deben resonar las palabras del texto de hoy —Eclesiastés 4:3—? Este declara que, en comparación tanto con los vivos como con los muertos, «mejor es aquel que nunca ha nacido, que no ha visto el mal que se comete bajo el sol». ¡Cuán maravilloso sería para los desertores norcoreanos si nunca hubieran nacido en absoluto; si nunca hubieran presenciado el mal perpetrado en este mundo y nunca hubieran tenido que soportar un sufrimiento tal que llegaran a desear la muerte! ¿Y qué hay de ustedes, amigos? Al mirar atrás a su vida hasta este momento, ¿ha habido alguna vez ocasiones en las que sintieron que vivían solo porque no lograban decidirse a morir? ¿Ha habido momentos tan angustiosos que el mero acto de respirar y existir se sentía peor que la muerte misma? ¿Se han encontrado alguna vez sumergidos interminablemente en un mar de lágrimas? Sin embargo, cuando sufrimos tan intensamente en este mundo que anhelamos la muerte, creo que lo que resulta aún más difícil de soportar que el sufrimiento en sí —tal como observa el rey Salomón en el versículo 1 del texto de hoy— es el hecho de que «no hay nadie que nos consuele». Cuando nos encontramos en nuestro punto más bajo —más angustiados, más atormentados y con el corazón doliendo con la mayor profundidad—, lo que agrava aún más nuestra angustia es darnos cuenta de que no hay nadie a nuestro alrededor que realmente comprenda,

empatice y ofrezca consuelo ante nuestras luchas, tormento y dolor. Lo que es verdaderamente aún más angustioso es el hecho de que, incluso cuando hay personas a nuestro alrededor que nos aman y se esfuerzan por ofrecernos consuelo, ninguna de ellas parece capaz de brindarnos un alivio genuino. Cuando la maldad de los impíos parece no tener fin, y cuando los actos de abuso y opresión no muestran señales de cesar, perdemos la capacidad de soñar. Dejamos de albergar esperanza. Soltamos esa última tabla de salvación conocida como esperanza. Esto nos sume en la desesperación. Una vida desprovista de esperanza es, inevitablemente, una vida de desesperación. ¿Qué debemos hacer, entonces, cuando nos encontramos en tal estado de desesperación? Podemos extraer tres lecciones clave de las Escrituras:

En primer lugar, cuando nos hallamos en las profundidades de la desesperación, debemos hablar a nuestra propia alma. Un libro que todavía no puedo olvidar es *Depresión espiritual*, del Dr. Martyn Lloyd-Jones. El desafío que recibí al leer ese libro fue este: siempre que nos sintamos desanimados o desesperados, debemos hablar a nuestra propia alma, tal como lo hizo el salmista. ¿Cómo, entonces, debemos hablar? Como ejemplo, el Dr. Lloyd-Jones cita los versículos 5 y 11 del Salmo 42, junto con el versículo 5 del Salmo 43: «¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; pues aún he de alabarle, mi salvación y mi Dios». En consecuencia, siempre que me siento desanimado, a menudo recuerdo estos versículos de los Salmos, me los proclamo a mí mismo y sigo adelante: «James, ¿por qué te abates? ¿Por qué te turbas? James, espera en Dios». Al hacer esto, realizo un esfuerzo deliberado por fijar mi mirada en el Señor —mi Ayudador— y por orar. En medio de este proceso, con frecuencia experimento la ayuda de Dios. Te animo a que tú también pruebes esto. Siempre que tu corazón se sienta desanimado o abrumado por la desesperación, intenta seguir adelante proclamándote a ti mismo la Palabra de Dios. Incluso si no se trata de un pasaje de los Salmos —por ejemplo, cuando estás pasando dificultades mientras sirves a la iglesia—, intenta seguir adelante proclamando la promesa del Señor que se encuentra en Mateo 16:18: «…edificaré mi iglesia». Sin duda, Dios vendrá en tu ayuda.

En segundo lugar, en tiempos de desesperación, debemos anhelar a Jesús.

Cuando nos encontramos en las profundidades de la desesperación, debemos anhelar a Jesús. Debemos anhelarlo con gran fervor. En particular, cuando nuestra desesperación nace del sufrimiento, debemos fijar nuestra mirada en el sufrimiento que Jesús padeció en la cruz. ¿Por qué, cuando estamos sufriendo y desesperados, debemos mirar al sufrimiento de Jesús en la cruz? La razón es que el verdadero consuelo y la sanidad solo pueden ocurrir cuando —mientras contemplamos en silencio y meditamos en Su sufrimiento— nuestro propio sufrimiento se entrelaza con el Suyo. Personalmente, cada vez que me siento desanimado, a menudo recuerdo Jonás 2:4: «Dije: "He sido desterrado de tu presencia; sin embargo, volveré a dirigir mi mirada hacia tu santo templo"». La razón por la que reflexiono sobre este pasaje de Jonás es que —aun si me encuentro sumido en la desesperación, tal como Jonás, el siervo del Señor, quien enfrentó una tormenta de disciplina a causa de su desobediencia y fue arrojado a las profundidades del mar— deseo tomar la firme decisión de «volver a dirigir mi mirada hacia tu santo templo» y anhelar al Señor con todo mi corazón. Espero que tú también —siempre que te sientas desanimado o caigas en la desesperación— te apoyes en este pasaje de Jonás y vuelvas a dirigir tu mirada hacia el Señor. En efecto, espero que seas capaz de transformar tus momentos de desánimo y desesperación en oportunidades para anhelar al Señor con una intensidad aún mayor.

Para tales personas, ¿con cuánta mayor profundidad y visceralidad deben resonar las palabras del texto de hoy —Eclesiastés 4:3—? Este declara que, en comparación tanto con los vivos como con los muertos, «mejor es aquel que nunca ha nacido, que no ha visto el mal que se comete bajo el sol». ¡Cuán maravilloso sería para los desertores norcoreanos si nunca hubieran nacido en absoluto; si nunca hubieran presenciado el mal perpetrado en este mundo y nunca hubieran tenido que soportar un sufrimiento tal que llegaran a desear la muerte! ¿Y qué hay de ustedes, amigos? Al mirar atrás a su vida hasta este momento, ¿ha habido alguna vez ocasiones en las que sintieron que vivían solo porque no lograban

decidirse a morir? ¿Ha habido momentos tan angustiosos que el mero acto de respirar y existir se sentía peor que la muerte misma? ¿Se han encontrado alguna vez sumergidos interminablemente en un mar de lágrimas? Sin embargo, cuando sufrimos tan intensamente en este mundo que anhelamos la muerte, creo que lo que resulta aún más difícil de soportar que el sufrimiento en sí —tal como observa el rey Salomón en el versículo 1 del texto de hoy— es el hecho de que «no hay nadie que nos consuele». Cuando nos encontramos en nuestro punto más bajo —más angustiados, más atormentados y con el corazón doliendo con la mayor profundidad—, lo que agrava aún más nuestra angustia es darnos cuenta de que no hay nadie a nuestro alrededor que realmente comprenda, empatice y ofrezca consuelo ante nuestras luchas, tormento y dolor. Lo que es verdaderamente aún más angustioso es el hecho de que, incluso cuando hay personas a nuestro alrededor que nos aman y se esfuerzan por ofrecernos consuelo, ninguna de ellas parece capaz de brindarnos un alivio genuino. Cuando la maldad de los impíos parece no tener fin, y cuando los actos de abuso y opresión no muestran señales de cesar, perdemos la capacidad de soñar. Dejamos de albergar esperanza. Soltamos esa última tabla de salvación conocida como esperanza. Esto nos sume en la desesperación. Una vida desprovista de esperanza es, inevitablemente, una vida de desesperación. ¿Qué debemos hacer, entonces, cuando nos encontramos en tal estado de desesperación? Podemos extraer tres lecciones clave de las Escrituras:

En primer lugar, cuando nos hallamos en las profundidades de la desesperación, debemos hablar a nuestra propia alma. Un libro que todavía no puedo olvidar es *Depresión espiritual*, del Dr. Martyn Lloyd-Jones. El desafío que recibí al leer ese libro fue este: siempre que nos sintamos desanimados o desesperados, debemos hablar a nuestra propia alma, tal como lo hizo el salmista. ¿Cómo, entonces, debemos hablar? Como ejemplo, el Dr. Lloyd-Jones cita los versículos 5 y 11 del Salmo 42, junto con el versículo 5 del Salmo 43: «¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; pues aún he de alabarle, mi salvación y mi Dios». En consecuencia, siempre que me siento desanimado, a menudo recuerdo estos versículos de los Salmos, me los proclamo a mí mismo y sigo adelante:

«James, ¿por qué te abates? ¿Por qué te turbas? James, espera en Dios». Al hacer esto, realizo un esfuerzo deliberado por fijar mi mirada en el Señor —mi Ayudador— y por orar. En medio de este proceso, con frecuencia experimento la ayuda de Dios. Te animo a que tú también pruebes esto. Siempre que tu corazón se sienta desanimado o abrumado por la desesperación, intenta seguir adelante proclamándote a ti mismo la Palabra de Dios. Incluso si no se trata de un pasaje de los Salmos —por ejemplo, cuando estás pasando dificultades mientras sirves a la iglesia—, intenta seguir adelante proclamando la promesa del Señor que se encuentra en Mateo 16:18: «...edificaré mi iglesia». Sin duda, Dios vendrá en tu ayuda.

En segundo lugar, en tiempos de desesperación, debemos anhelar a Jesús.

Cuando nos encontramos en las profundidades de la desesperación, debemos anhelar a Jesús. Debemos anhelarlo con gran fervor. En particular, cuando nuestra desesperación nace del sufrimiento, debemos fijar nuestra mirada en el sufrimiento que Jesús padeció en la cruz. ¿Por qué, cuando estamos sufriendo y desesperados, debemos mirar al sufrimiento de Jesús en la cruz? La razón es que el verdadero consuelo y la sanidad solo pueden ocurrir cuando —mientras contemplamos en silencio y meditamos en Su sufrimiento— nuestro propio sufrimiento se entrelaza con el Suyo. Personalmente, cada vez que me siento desanimado, a menudo recuerdo Jonás 2:4: «Dije: "He sido desterrado de tu presencia; sin embargo, volveré a dirigir mi mirada hacia tu santo templo"». La razón por la que reflexiono sobre este pasaje de Jonás es que —aun si me encuentro sumido en la desesperación, tal como Jonás, el siervo del Señor, quien enfrentó una tormenta de disciplina a causa de su desobediencia y fue arrojado a las profundidades del mar— deseo tomar la firme decisión de «volver a dirigir mi mirada hacia tu santo templo» y anhelar al Señor con todo mi corazón. Espero que tú también —siempre que te sientas desanimado o caigas en la desesperación— te apoyes en este pasaje de Jonás y vuelvas a dirigir tu mirada hacia el Señor. En efecto, espero que seas capaz de transformar tus momentos de desánimo y desesperación en oportunidades para anhelar al Señor con una intensidad aún mayor.

En tercer lugar, en medio de la desesperación, debemos poner nuestra esperanza en Jesús.

En última instancia, creo que la desesperación cumple el propósito de conducirnos a poner nuestra esperanza en Jesús. A medida que navegamos por este mundo y nos enfrentamos a diversas circunstancias que nos sumen en la desesperación, esa misma desesperación se convierte no solo en una oportunidad privilegiada para anhelar al Señor, sino —de manera más profunda— en una oportunidad dada por Dios para permitir que el mundo y nuestro propio ser se desvanezcan, dejándonos libres para fijar nuestra mirada únicamente en el Señor y poner nuestra esperanza solo en Él. Por lo tanto, es necesario que nos desilusionemos por completo de este mundo, incluso hasta el punto de la desesperación. Además, también debemos desilusionarnos por completo —e incluso desesperarnos— de nosotros mismos. La razón es que, sin este sentido de desesperación, rara vez nos encontramos anhelando verdaderamente a Dios o poniendo nuestra esperanza en Él. Por esta razón, aprecio personalmente la letra de la tercera estrofa del Himno 539: «¿Cuál es la esperanza de este cuerpo?»: «Incluso en aquel día en que todo aquello en lo que confié en este mundo me sea arrebatado, al confiar en el pacto del Salvador, mi esperanza crecerá aún más». La razón por la que amo esta letra es que es precisamente cuando todo aquello en lo que hemos confiado en este mundo nos es despojado, que finalmente llegamos a confiar y a apoyarnos en el Señor con mayor intensidad; al hacerlo, experimentamos una obra transformadora en la que la desesperación de nuestros corazones se desvanece y, en su lugar, somos llenados hasta rebosar de esperanza en el Señor. Al hacerlo, podremos ofrecer nuestra alabanza a Dios de esta manera: «(Estrofa 1) Oh Señor, mi gozo, mi esperanza y mi propia vida: aunque te invoco y canto tus alabanzas día y noche, mi corazón aún siente un anhelo insatisfecho. (Estrofa 5) Oh Jesús, a quien mi alma anhela verdaderamente: incluso el sonido de tu voz me trae gozo; en verdad, mi vida y mi verdadera esperanza descansan únicamente en Ti, Señor Jesús» [Himno 82, «Mi gozo, mi esperanza», Estrofas 1 y 5].

Oro para que el Señor, quien es nuestra esperanza, les brinde consuelo. Oro para que, cuando ninguna alma humana pueda ofrecerles alivio, sea el propio Señor quien los consuele. Incluso en esos momentos en que tu dolor es tan abrumador que te encuentras rechazando cualquier intento humano de consuelo, oro para que el Señor colme tu corazón hasta desbordarlo con un profundo anhelo de Él y una esperanza inquebrantable en Él. Oro para que, en ese espacio sagrado donde la tristeza y la alegría se encuentran y se tocan, puedas contemplar la verdadera belleza de la vida: la exquisita belleza del espíritu cristiano. Al concluir esta meditación sobre Su Palabra, quisiera compartir contigo una reflexión que escribí en memoria de una *Gwon-sa* (Diaconisa); una mujer a través de la cual Dios me permitió ser testigo, de primera mano, de la verdadera belleza de una vida cristiana:

“Diaconisa, eres hermosa.
Incluso en medio de las lágrimas que brotan en tu corazón, llevas una sonrisa en el rostro—
Diaconisa, eres hermosa.
Incluso mientras tu amado hijo yacía dormido en la muerte, diste gracias a Dios—
Diaconisa, eres hermosa.
Pensaste más en tu amada familia de la iglesia que en tu propio hogar—
Diaconisa, eres hermosa.
No buscaste ser consolada, sino ofrecer consuelo a los demás—Diaconisa, eres hermosa.
Hallaste mayor gozo en dar que en recibir—Diaconisa, eres hermosa.” Diaconisa, que lleva el corazón de Dios Padre y se esfuerza por la salvación de las almas—
Eres hermosa.
Diaconisa, que da gloria a Dios: eres hermosa.

Veo a Cristo en ti…

«Señor, ¿cuándo me consolarás?»

[Salmo 119:81-88]

¿Acaso nunca ha sentido los límites de su paciencia? Por consiguiente, ¿nunca ha orado a Dios preguntando: «Dios, ¿cuánto tiempo más debo soportar este sufrimiento?»? A medida que el dolor y la adversidad que nos sobrevienen se prolongan, hay momentos en los que sentimos que nuestra paciencia ha llegado a su límite. En tales ocasiones, a veces clamamos a Dios preguntando: «¿Hasta cuándo?». El salmista del texto de hoy —el Salmo 119— hizo precisamente eso. Anhelaba la salvación de Dios mientras mantenía su mirada fija en Su palabra; pero, dado que la respuesta de Dios a su oración no llegaba ni siquiera después de haber esperado, oró a Dios de esta manera: «Mis ojos se cansan de esperar tu palabra, preguntándome cuándo me consolarás» (Versículo 82) [(Versión en inglés moderno) «Mis ojos se han cansado de esperar el cumplimiento de tu promesa, preguntando: "¿Cuándo me consolarás?"»]. Hoy, centrándonos en este mensaje, quisiera recibir las lecciones que se me ofrecen bajo el título «Señor, ¿cuándo me consolarás?», reflexionando sobre el «Límite de la resistencia» y el «Desafío de la resistencia».

En primer lugar, consideremos el límite de la resistencia.

Por favor, miren el texto de hoy, Salmo 119:81-82: «Mi alma desfallece de anhelo por tu salvación, pero he puesto mi esperanza en tu palabra. Mis ojos desfallecen buscando tu promesa; pregunto: "¿Cuándo me consolarás?"» [(Versión en inglés contemporáneo) «Estoy agotado de tanto anhelar tu salvación; sin embargo, sigo confiando en tu palabra. Mis ojos se han cansado esperando que se cumpla tu promesa, preguntando: "¿Cuándo me

consolarás?"»]. El salmista estaba cansado. Estaba exhausto y fatigado. ¿Cuál era la razón de esto? La razón era que el salmista estaba sufriendo persecución a manos de sus enemigos (v. 84). ¿Quiénes eran estos enemigos que perseguían al salmista? Eran «los arrogantes: aquellos que no siguen tu ley» (v. 85). Además, persiguieron al salmista sin causa (v. 86) y cavaron hoyos (trampas) para hacerle daño (v. 85). En otras palabras, conspiraron para perjudicarlo. De hecho, casi lo destruyen (v. 87). Es decir, lo llevaron hasta el mismísimo borde de la muerte (v. 87; *Contemporary English Version*). En esta situación crítica, el salmista anhelaba la salvación del Señor (v. 81) y depositaba su esperanza en la palabra del Señor (v. 82); sin embargo, parece que aún no había experimentado la realidad de la liberación de Dios ni el cumplimiento de Su palabra prometida. En consecuencia, se sentía cansado (agotado) (v. 81) y fatigado (v. 82).

Al igual que el salmista, nosotros también tenemos momentos en los que nos sentimos agotados y cansados. Por más fervientemente que clamemos a Dios para que nos libre de nuestras dolorosas circunstancias, hay ocasiones en las que parece que Él no ofrece respuesta a nuestras oraciones; momentos en los que nuestra situación parece empeorar en lugar de mejorar, y nos hallamos cansados y agotados, tanto en cuerpo como en espíritu. En tales momentos, el adversario verdaderamente peligroso es la desesperación. Cuando nuestras circunstancias son tan arduas y angustiosas —cuando clamamos a Dios repetidamente pero no percibimos respuesta alguna, y la situación parece no hacer más que deteriorarse— podemos llegar a un punto de quiebre; tras haber soportado todo lo humanamente posible hasta no poder más, podemos sucumbir al desánimo e incluso caer en una desesperación absoluta. Esto es especialmente cierto cuando nuestros enemigos arrogantes nos hostigan sin cesar, preguntándonos: "¿Dónde está tu Dios?" (Salmos 42:10). Somos particularmente vulnerables a la desesperación cuando, al igual que el salmista, sentimos que el juicio de Dios se ha retrasado demasiado; hasta el punto de encontrarnos preguntándonos: "¿Cuándo castigará Dios a nuestros enemigos arrogantes?" (v. 84). ¿Qué debemos hacer, entonces, en tales momentos? ¿Qué curso de acción debemos tomar cuando, a pesar de nuestras oraciones persistentes y de nuestra espera expectante de la

liberación de Dios, ninguna respuesta parece llegar, dejando nuestras almas inquietas y desalentadas? ¿Qué debemos hacer cuando, tras haber esperado y esperado, y sin lograr percibir aún el consuelo de Dios, nos encontramos clamando como el salmista: «Señor, ¿cuándo me consolarás por fin?»? Este es, en verdad, el verdadero desafío de la paciencia.

En segundo lugar, consideremos el desafío de la perseverancia.

¿Qué debemos hacer cuando nos sentimos desfallecer mientras anhelamos la salvación del Señor (v. 81)? ¿Qué debemos hacer cuando el consuelo del Señor parece tardar en llegar, cuando nuestros ojos se nublan de tanto esperar que se cumplan Sus promesas (v. 82), y cuando sentimos como si nos hubiéramos vuelto totalmente inútiles (v. 83)? ¿Qué debemos hacer cuando los arrogantes —quienes desprecian las leyes del Señor— nos persiguen sin causa y nos tienden trampas para atraparnos, y sin embargo el juicio de Dios contra ellos parece retrasarse (vv. 84–86)? ¿Qué debemos hacer incluso cuando nos han llevado hasta el mismísimo borde de la muerte (v. 87)? ¿Cómo, entonces, debemos responder a este desafío de la perseverancia? Aun cuando nos sintamos desfallecer por anhelar la salvación del Señor, debemos, no obstante, seguir confiando en Su palabra (v. 81). La razón es que los mandamientos del Señor son enteramente dignos de confianza (v. 86). Además, aun cuando nos cansemos de esperar que se cumplan las promesas del Señor (v. 82), debemos, sin embargo, mantenernos firmes en no olvidar Sus leyes (v. 83). Incluso si nuestros enemigos arrogantes nos persiguen sin causa —llevándonos hasta el mismísimo borde de la muerte—, debemos, no obstante, negarnos a abandonar los preceptos del Señor (v. 87). Al hacerlo, seremos vivificados —restaurados a la vida— conforme al amor inagotable del Señor (v. 88). Y en ese momento, continuaremos observando fielmente las leyes del Señor (v. 88).

El hecho de que Dios ejerza paciencia y no intervenga de inmediato en nuestro favor no es, de ninguna manera, un acto de imprudencia. Cada momento que Dios espera nunca es desperdiciado; más bien, es aprovechado de la manera más preciosa (Park Yun-sun).

Aunque, desde nuestra limitada perspectiva, la salvación, el consuelo y la ayuda de Dios puedan parecer demorados —dejándonos sin más opción que preguntar: «Señor, ¿cuándo me consolarás?», «Señor, ¿cuándo vendrás en mi auxilio?» o «Señor, ¿cuándo me librarás (salvarás)?»—, no debemos olvidar los fieles mandamientos del Señor en medio de estas circunstancias, sino más bien depositar nuestra confianza en Su Palabra. Nunca, bajo ninguna circunstancia, debemos desechar Su Palabra. Cuando llegue el tiempo señalado por el Señor, Él ciertamente obrará nuestra salvación. El fiel Señor, sin duda alguna, cumplirá las promesas que nos ha hecho. Armados con esta certeza de salvación, debemos perseverar a través de las pruebas y la persecución, con fe y esperanza. Incluso cuando sintamos que hemos llegado al límite mismo de nuestra resistencia, no debemos desanimarnos; por el contrario, fijando nuestra mirada en el Señor —quien es nuestra verdadera esperanza— y anhelando Su presencia, debemos desear Su Palabra con una intensidad cada vez mayor. El Espíritu Santo, nuestro Consolador, ciertamente nos brindará solaz a través de la Palabra de Dios: una Palabra que es viva y eficaz.

El duelo que rechaza el consuelo

«Entonces Jacob rasgó sus vestiduras, se vistió de cilicio y guardó luto por su hijo durante mucho tiempo. Todos sus hijos intentaron consolarlo, pero él se negó a ser consolado. "No —dijo él—; seguiré de luto hasta que me reúna con él en la tumba". Así que su padre continuó llorando por él». (Génesis 37:34–35)

En nuestra iglesia hay una abuela —que ahora ronda los ochenta años— que ha tenido que ver partir hacia el otro mundo, antes que ella, a tres de sus seis hijos. Habiendo perdido a su esposo a una edad temprana, esta abuela perdió posteriormente a tres de sus seis hijos —cada uno de los cuales ya había alcanzado una edad considerable— en este mundo terrenal. El último hijo que perdió fue un varón que falleció mientras dormía hace unos años, a la edad de 56 años. Hasta el día de hoy, no puedo olvidar aquel momento. Recuerdo vívidamente la imagen de esa abuela, llorando amargamente mientras me clamaba entre lágrimas: «¡Pastor! ¡Oh, Pastor!». Tampoco puedo olvidar verla sollozar mientras me decía: «Pastor, siento tanto resentimiento hacia Dios». Al contemplar las lágrimas de una madre que lloraba inconsolablemente tras perder a un hijo, intenté imaginar la profundidad de su angustia; sin embargo, me vi totalmente incapaz de llegar a comprenderla. Nadie puede medir verdaderamente el dolor que alberga el corazón de un padre que ha perdido a un hijo amado. Creo que, para una madre, el dolor y el sufrimiento son únicos a su propia experiencia; y para un padre, son únicos a la suya: cada uno carga con una carga de duelo distinta. La realidad es que, en una situación así, a menudo parece como si nadie pudiera ofrecer un consuelo genuino al corazón de un padre que ha perdido a un hijo. Por supuesto, los

familiares amorosos, los parientes, los amigos, los hermanos de la iglesia y otras personas, sin duda se esforzarán por ofrecer consuelo; sin embargo, la angustia en el corazón de un padre en duelo puede ser tan abrumadora que, sencillamente, se vea incapaz de aceptar consuelo de nadie. Jacob, tal como se describe en el pasaje bíblico de hoy —Génesis 37:34–35— era precisamente un hombre así. Creyendo que su amado hijo José —a quien había engendrado en su vejez (Gén. 37:3)— había muerto, Jacob se vio consumido por el dolor. Aunque sus otros hijos intentaron consolarlo, Jacob se negó a aceptar su consuelo. En otras palabras, mientras guardaba luto por la noticia de la muerte de su amado hijo José, Jacob rechazó el consuelo ofrecido por sus otros hijos [«se negó a ser consolado» (NASB)]. ¿Cuán profunda debió ser la angustia de Jacob para que rechazara el consuelo de sus propios hijos? Tal sufrimiento extremo es de una naturaleza que solo Dios, el Espíritu Santo, puede consolar verdaderamente. Dicho de otro modo, existe un tipo específico de dolor —uno que los seres humanos son impotentes para aliviar— que solo Dios puede sanar. Ese dolor es la pérdida de un hijo amado. La agonía de la separación terrenal —el dolor de saber que uno nunca más volverá a ver a un ser querido en este mundo— es una carga que solo Dios puede consolar. Por lo tanto, no nos queda otra opción que volvernos a Dios en oración. Debemos suplicar fervientemente a Dios que consuele personalmente a aquellos amados hermanos y hermanas entre nosotros que, habiendo visto partir a un hijo antes que ellos, se encuentran ahora inmersos en la tristeza y el luto. Al hacerlo, Dios —en Su misericordia infinita— oirá y responderá nuestras oraciones; y, a través de esa respuesta divina, Él extenderá Su consuelo a aquellos hermanos y hermanas a quienes ama incluso más profundamente de lo que nosotros lo hacemos. Además, Dios les concederá fortaleza y los sostendrá, capacitándolos para soportar y superar su inmenso dolor y sufrimiento. Es más, a lo largo de todo este proceso, Dios hará que Su propia gloria sea revelada. En consecuencia, a través de las vidas de estos hermanos y hermanas, seremos testigos de la verdadera belleza del espíritu cristiano.

Parece que, en efecto, hay muchas personas a nuestro alrededor que necesitan consuelo. Parece que, por doquier, hay tantos amados hermanos y hermanas soportando dolor,

tristeza y angustia. Dios desea usarnos como instrumentos de consuelo. Por lo tanto, en lugar de buscar ser consolados nosotros mismos, deberíamos orar para ser utilizados como instrumentos de Dios para llevar consuelo a los demás. En particular, debemos reconocer que hay hermanos y hermanas que soportan un dolor tan profundo que somos incapaces de aliviarlo; por ellos, debemos orar a Dios, en silencio pero con fervor. Al hacerlo, el propio Espíritu Santo los consolará personalmente, capacitándolos —incluso en medio de circunstancias tan dolorosas— para volverse y ofrecer consuelo a aquellos que han acudido a consolarlos.

El Dios que se apena en su corazón

«Y quitaron de entre sí a los dioses ajenos y sirvieron a Jehová; y Él se apenó por la miseria de Israel» (Jueces 10:16).

¿Cómo es el corazón de Dios Padre hacia nosotros? En particular, ¿cómo es el corazón de Dios Padre al mirarnos cuando tú y yo nos encontramos en medio de la angustia?

Al observar el texto de hoy, Jueces 10:16, vemos que Israel estaba sufriendo un tiempo de angustia. Y, de hecho, su angustia era severa (v. 9). La razón por la que Israel soportaba una angustia tan severa era que Dios, en su ira contra Israel, los había vendido en manos de los filisteos y de los amonitas; en consecuencia, desde aquel año en adelante, estas naciones oprimieron a los descendientes de Israel (vv. 7–8). Y ciertamente los oprimieron: afligieron a los descendientes de Israel durante dieciocho largos años (v. 8). Además, la angustia de Israel se agravó cuando los amonitas cruzaron el río Jordán para hacer la guerra contra las tribus de Judá, Benjamín y Efraín (v. 9). ¿Por qué, entonces, estaba Dios enojado con Israel? La razón era que los descendientes de Israel habían vuelto a hacer lo malo ante los ojos del SEÑOR; sirvieron a los baales, a las Astartés y a los dioses de Aram, de Sidón, de Moab, de los amonitas y de los filisteos, abandonando al SEÑOR y negándose a servirle (v. 6). Por lo tanto, en medio de su severa angustia, los descendientes de Israel clamaron a Dios (v. 10). Clamaron a Dios diciendo: «Hemos pecado contra ti, pues hemos abandonado a nuestro Dios y servido a los baales» (v. 10). En aquel momento, mientras recordaba a los israelitas la gracia salvadora que les había otorgado (vv. 11–12), Dios, no obstante, declaró a aquellos que habían olvidado esa gracia —quienes lo habían abandonado una vez más para servir a

otros dioses—: «No os salvaré más» (v. 13). En cambio, Dios instruyó a los israelitas: «Id y clamad a los dioses que habéis elegido; que ellos os salven en el tiempo de vuestra angustia» (v. 14). Sin embargo, al escuchar estas palabras de Dios, los israelitas seguramente se encontraron incapaces de clamar a los dioses paganos que habían elegido. La razón era que, precisamente entre las deidades paganas a las que se habían vuelto para servir tras abandonar a Dios, los dioses de los filisteos y de los amonitas eran aquellos cuyos adoradores habían estado oprimiendo a los israelitas durante dieciocho años; ¿cómo, entonces, podrían los israelitas clamar a los dioses de los filisteos y de los amonitas para que los salvaran? En consecuencia, los israelitas no tuvieron más opción que clamar a Dios una vez más: «Hemos pecado. Haz con nosotros lo que mejor te parezca, pero, por favor, líbranos hoy» (v. 15). Habiendo clamado así a Dios, retiraron los dioses extranjeros de en medio de ellos y sirvieron al Señor (v. 16). En medio de la severa angustia causada por la opresión de los paganos, los israelitas se arrepintieron, regresaron a Dios y clamaron con un anhelo sincero de Su salvación. En ese momento, la Escritura registra que Dios «ya no pudo soportar la miseria [de Israel]» (v. 16). Aquí, la palabra hebrea traducida como «ya no pudo soportar» denota una incapacidad para tolerar el sufrimiento (Park Yun-sun). En otras palabras, Dios contempló la miseria del pueblo de Israel y ya no pudo soportarla más.

Mientras meditaba en este pasaje, me encontré reflexionando sobre el corazón de Dios Padre hacia Sus hijos. Comprendí que, al igual que el pueblo de Israel, incluso cuando repetidamente le damos la espalda a Dios —amando, idolatrando y sirviendo a las cosas de este mundo—, Él es un Dios que espera con infinita paciencia, perseverando una y otra vez con la esperanza de que nos arrepintamos y regresemos a Él. Nuestro Dios es un Dios de gran paciencia, que espera a que nos arrepintamos y volvamos; sin embargo, comencé a preguntarme si nosotros, a pesar de esto, no estaremos de hecho menospreciando las riquezas de Su bondad, tolerancia y paciencia (Rom. 2:4). Cuando persistimos en tales caminos, nuestro Dios —incapaz ya de contener Su ira— descarga Su furor sobre nosotros y alza la vara de Su amorosa disciplina. Me di cuenta de que Él nos disciplina precisamente a través de aquellas cosas mundanas que amamos, atesoramos e idolatramos, asegurando

así que ya no podamos amarlas ni idolatrar esas cosas. Es más, comprendí que Dios orquesta estas circunstancias para que podamos volvernos en arrepentimiento y clamar únicamente a Dios Padre: Aquel que es rico en misericordia. En particular, llegué a anhelar y a fijar mi mirada en la salvación de Dios; un Dios que, al contemplar nuestra angustia, ya no puede soportar permanecer en silencio ni tolerar nuestro sufrimiento. Llegué a entender que, en tales momentos, Dios —quien se aflige profundamente en Su corazón— ya no puede tolerar la visión de nuestra miseria; por ello, envía a un Salvador para librarnos y obrar nuestra salvación. Las Escrituras nos dicen que Dios Padre —quien, a pesar de escuchar el angustioso clamor de Su Hijo unigénito y sin pecado, Jesús: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (Marcos 15:34)— soportó y cargó con ese sufrimiento mientras Jesús pendía crucificado en la cruz para llevar el peso de todos nuestros pecados, es el mismo Dios que, cuando nos ve sufrir en nuestra propia miseria a causa de nuestros pecados, descubre que ya no puede soportar nuestra angustia. ¡Qué inmensa gracia y qué inmenso amor de Dios es este! Ante nuestro Padre Celestial —quien, con un corazón que no soporta vernos sufrir, escucha y responde a nuestros clamores, librándonos de nuestra angustia—, hoy, una vez más, debemos presentarnos con un corazón arrepentido y clamar a Él, movidos por esta gracia y este amor ilimitados de nuestro Padre, que se apena por nuestra aflicción.

El Dios que escucha incluso las oraciones ofrecidas con lágrimas y resentimiento

«¿Acaso concebí yo a todo este pueblo? ¿Acaso lo di a luz yo? ¿Por qué me dices que lo lleve en mis brazos, como una nodriza lleva a un niño de pecho, hasta la tierra que juraste dar a sus antepasados? Lo comerán durante todo un mes —hasta que les dé asco y les salga por las narices—, porque han rechazado al SEÑOR, que está en medio de ustedes, y han llorado ante Él, diciendo: "¿Para qué salimos de Egipto?"» (Números 11:12, 20).

¿Por qué llora un niño de pecho? Al criar a tres hijos junto a mi esposa, aprendí que, en realidad, solo había una o dos razones por las que lloraban durante su primera infancia. Estas dos razones son: primero, un niño llora para que lo cambien cuando ha ensuciado su pañal con orina o heces; y segundo, un niño llora para que le den de comer cuando tiene hambre. Por supuesto, más allá de estas razones específicas, un niño también podría llorar para que lo acuesten cuando está cansado; en resumen, parece que un niño llora siempre que se siente insatisfecho por algo. Sin embargo, este comportamiento no parece limitarse únicamente a los niños pequeños. Creo que nosotros, los adultos, también tendemos a quejarnos cuando estamos insatisfechos; y cuando esa insatisfacción escala más allá de la simple queja —hasta el punto de que comenzamos a albergar resentimiento hacia los demás o a culparlos—, ¿acaso no terminamos también llorando? Por ejemplo, si tenemos un hambre excesiva, podríamos derramar lágrimas por pura angustia; del mismo modo, si

estamos viviendo una grave dificultad económica y sentimos que las cargas de la vida son demasiado pesadas de llevar, podemos llorar por una profunda tristeza.

En el pasaje bíblico de hoy —Números 11:12 y 20— vemos a Moisés hablando con Dios, comparando al pueblo de Israel con un «niño de pecho» (o bebé) (v. 12) y señalando que están llorando en la mismísima presencia de Dios (v. 20). El pueblo de Israel no lloró solo una vez. Podemos comprobarlo al observar el versículo 4, donde la Biblia afirma: «Los israelitas también volvieron a llorar». Lloraron, cada uno a la entrada de su propia tienda (v. 10). Además, lloraron ante Moisés (v. 13). ¿Cuál fue la razón de esto? ¿Por qué lloró el pueblo de Israel? La razón fue que anhelaban carne (vv. 4, 13, 18). En otras palabras, los israelitas no estaban satisfechos con el maná que Dios enviaba desde el cielo cada noche; en su lugar, se quejaron (v. 6) y lloraron ante Moisés, alzando la voz en protesta: «¡Danos carne para comer!» (v. 13). ¿Por qué los israelitas no lograban hallar satisfacción en el maná que Dios les proveía desde los cielos, lo cual los llevó a expresar tales quejas? La razón fue, precisamente, que habían albergado codicia en sus corazones. Observe el versículo 4: «La chusma que había entre ellos albergó codicia, y los israelitas volvieron a llorar y dijeron: "¿Quién nos dará carne para comer?"». Los israelitas habían sido influenciados negativamente por la multitud mixta que vivía entre ellos y, en consecuencia, ellos también comenzaron a albergar codicia, tal como ellos. Como resultado, no pudieron contentarse con el maná; en su lugar, se quejaron y murmuraron —llegando incluso a llorar—, exigiendo que Moisés les proveyera carne para comer. Al hacerlo, evocaron con nostalgia su vida pasada de esclavitud en Egipto (v. 5), declarando: «Mejor nos iba cuando estábamos en Egipto» (v. 18). Esto constituyó un acto de menosprecio hacia Dios (v. 20). En consecuencia, Dios se enfureció intensa y ferozmente contra el pueblo de Israel (v. 10). Naturalmente, Moisés tampoco se mostró complacido (v. 10).

Imaginen a unos padres criando a un bebé: el niño llora incesantemente porque tiene hambre, y continúa gimoteando hasta que su madre le pone el pecho en la boca. Sin

embargo, el pasaje bíblico de hoy nos relata que el pueblo de Israel —muy parecido a un lactante— lloraba y se lamentaba ante Moisés, exigiendo carne. Y no se trataba de un solo individuo; era toda la nación de Israel —compuesta por 600.000 hombres aptos para el servicio, tan solo ellos (v. 21)— clamando a Moisés: «¡Danos carne para comer!». Desde la perspectiva de Moisés, ¡qué prueba tan angustiosa debió de haber sido esta! (v. 11). En consecuencia, Moisés habló con Dios, diciendo: «¿Por qué has traído tal aflicción sobre tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia ante tus ojos, para que hayas puesto la carga de todo este pueblo sobre mí?» (v. 11). Moisés le dijo a Dios que el peso de esta responsabilidad era, sencillamente, demasiado pesado; sentía que no podía, por sí solo, guiar al pueblo de Israel —quejumbroso y lloroso— hasta la Tierra Prometida de Canaán (v. 14). En lo más profundo de esta angustia extrema, incluso suplicó a Dios que le permitiera morir (v. 15). En respuesta, Dios instruyó a Moisés: «Reúne a setenta de los líderes respetados del pueblo en el Tabernáculo, y haz que se presenten allí contigo» (v. 16). Entonces Dios facultó a estos hombres para compartir la carga del pueblo junto con Moisés, asegurando así que Moisés ya no tuviera que soportar el peso en solitario (v. 17). Además, Dios escuchó los lamentos resentidos de los israelitas que exigían carne y prometió concederles su petición: darles carne para comer (v. 18). Y prometió proveerla no solo por un día o dos, ni siquiera por cinco, diez o veinte días (v. 19), sino por un mes entero, hasta que estuvieran totalmente hastiados de ella (vv. 19–20). ¿Por qué escuchó Dios —y respondió a— las lágrimas, e incluso las voces de queja, que el pueblo de Israel elevó ante Él? (Véase Éxodo 16:7–9, 12). La razón se expone en la segunda mitad de Éxodo 16:12: «…sabréis que yo soy el SEÑOR, vuestro Dios». En otras palabras, la razón por la cual Dios escuchó y respondió a las quejas lastimeras de los israelitas fue que Él deseaba que llegaran a saber que Él es, en verdad, Dios. ¿Qué clase de Dios, exactamente, deseaba Él revelar ser? Hallé la respuesta en Números 11:23: «"¿Acaso hay algo demasiado difícil para mí? Verás si mi palabra se cumple o no"» (Modern People's Bible). Dios tenía la intención de demostrar su omnipotencia —y su fidelidad en el cumplimiento de sus promesas— no solo a Moisés, sino también al pueblo de Israel. Desde la perspectiva del cálculo humano y del sentido común, la situación era absolutamente imposible: ¿cómo podría alguien proveer carne para 600.000 viajeros en el desierto durante

todo un mes? Incluso si se sacrificara para ellos cada rebaño de ovejas y cada manada de ganado, no sería suficiente; incluso si se reunieran todos los peces del mar, aun así resultaría insuficiente (v. 22; cf. v. 21). Sin embargo, Dios le dijo a Moisés: «"¿Acaso hay algo demasiado difícil para mí? Verás si mi palabra se cumple o no"» (v. 23). Finalmente, Dios envió un viento que trajo codornices desde el mar, haciendo que descendieran sobre el campamento y sus alrededores. Hizo que las codornices volaran a una altura de aproximadamente un metro sobre el suelo, extendiéndose hasta la distancia de un día de camino en todas las direcciones desde el campamento, permitiendo así al pueblo de Israel capturarlas durante toda esa noche y ese día, y hasta el atardecer del día siguiente (versículos 31–32). No obstante, mientras la carne aún estaba entre sus dientes —antes siquiera de que pudieran masticarla—, el SEÑOR se enfureció contra el pueblo y los hirió con una plaga severa (versículo 33). Como resultado, aquellos que habían albergado un deseo codicioso por la carne fueron sepultados allí (versículo 34). Por consiguiente, aquel lugar fue llamado «Kibroth Hattaavah», que significa «Las Tumbas del Deseo» (versículo 34).

Debemos llegar a reconocer la verdadera naturaleza de Dios. Nuestro Dios es el Dios Todopoderoso. Él es el Omnipotente, plenamente capaz de proveer carne para que los 600.000 hombres israelitas —más sus familias— la recojan y la coman durante todo un mes. Además, Dios es Aquel que nos revela Su poder. El problema radica en nuestra incapacidad para depositar nuestra confianza plena en este Dios Todopoderoso; en su lugar, albergamos dudas e incredulidad. También caemos en la trampa de albergar codicia y avaricia, tal como la gente del mundo. Por lo tanto, orar ante Dios con lágrimas y amargas quejas —nacidas de la insatisfacción— es tratarlo con desprecio. Es, de hecho, un pecado contra Dios. No obstante, nuestro Dios misericordioso escucha incluso las voces de nuestras oraciones llorosas y resentidas, y las responde. Sin embargo, nuestro Dios justo también nos disciplina por nuestra avaricia. A través de la disciplina de Dios —si fuera necesaria— debemos llegar a comprender que codiciar como la gente del mundo nunca traerá verdadera satisfacción; más bien, tal avaricia solo sirve para cavar nuestras propias tumbas. Es más, a través de la amorosa disciplina de Dios, debemos aprender a hallar nuestra única satisfacción en el

Señor mismo, cultivando un espíritu de contentamiento, ya sea que vivamos en la abundancia o en la necesidad (Fil. 4:11–12). No debemos albergar codicia por las bendiciones que el Señor otorga; en cambio, al reconocer y apreciar todas las bendiciones espirituales que *ya* hemos recibido en Cristo (Ef. 1:3), debemos vivir nuestras vidas disfrutándolas humildemente con un corazón lleno de gratitud.

El Señor que conoce mis temores y me concede valor

«Pero si tienes miedo de bajar, desciende al campamento con tu siervo Purá, y escucha lo que dicen. Después tus manos se fortalecerán para bajar contra el campamento...» [(Modern Man's Bible) «Sin embargo, si tienes miedo de atacar, lleva contigo a tu siervo Purá, desciende a su campamento y escucha lo que están diciendo. Entonces encontrarás el valor para atacar...»] (Jueces 7:10–11a).

Este es un mundo lleno de muchas cosas que temer. Es un mundo repleto de tormentas y turbulencias. En este mundo —que se asemeja a un mar oscuro y turbulento donde grandes olas embaten contra un barco—, nosotros los cristianos somos quienes remamos hacia la ciudad celestial, navegando junto al Señor, quien sirve como el Piloto de nuestra embarcación (New Hymnal 432, «Dark Sea Where Great Waves Surge»). Sin embargo, a menudo nos topamos con tormentas masivas que nunca esperábamos. Esto sucede a pesar del hecho de que aquello por lo que oramos y anticipamos era, sin duda, un mar en calma y tranquilo. En tales momentos, el miedo se apodera de nosotros ante estas tormentas masivas e inesperadas. Miramos la tempestad furiosa y quedamos aterrorizados. Y, en nuestro miedo, a menudo tensamos cada músculo para remar con más fuerza, intentando luchar contra la tormenta y vencerla por nuestra cuenta (Jonás 1:13). Pero cuanto más luchamos, más vemos que el mar se vuelve cada vez más violento y hostil hacia nosotros (v. 13). Es solo entonces cuando llegamos a una profunda comprensión de nuestra propia y absoluta impotencia e indefensión; y, en nuestro miedo, clamamos al Señor (v. 14).

Al clamar, ya no buscamos imponer nuestra propia voluntad, sino que suplicamos fervientemente al Señor que actúe conforme a Su propia voluntad divina (v. 14). En ese momento, el Señor escucha nuestras súplicas y calma las grandes tormentas que encontramos en nuestras vidas (v. 15); en última instancia, Él nos lleva a dejar de temer a las tormentas mismas, para más bien reverenciar —con un santo temor— al Señor que calmó esas tormentas y nos libró (v. 16). Al examinar el pasaje bíblico de hoy —Jueces 7:10–11a—, vemos que Dios, tras haber designado a Gedeón como juez, le ordena descender al campamento de los madianitas, quienes se hallaban acampados en el valle situado debajo del lugar donde estaba apostado el ejército israelita de 300 hombres (v. 8). Después de declarar: «Los he entregado en tus manos» (v. 9), Dios añade: «Pero si tienes miedo de descender, baja al campamento con tu siervo Purá, y escucha lo que dicen». A partir de estas palabras, resulta evidente que Dios era plenamente consciente del temor de Gedeón. De hecho, Gedeón se enfrentaba a una crisis de tal magnitud que su miedo resultaba totalmente comprensible, e incluso inevitable. La naturaleza de esta crisis era cruda: Gedeón y su ejército sumaban apenas 300 hombres, mientras que las fuerzas enemigas —los madianitas, los amalecitas y todos los pueblos del Oriente— eran tan numerosas como una plaga de langostas, y sus camellos eran incontables, como los granos de arena a la orilla del mar (v. 12). Al parecer, la fuerza combinada de esta coalición enemiga ascendía a un total aproximado de 135.000 soldados (8:10). ¿Podemos siquiera imaginar una batalla entre una fuerza israelita de 300 hombres y una fuerza enemiga de cerca de 135.000? Se trataba de una batalla que, aun si llegaba a librarse, parecía absolutamente imposible de ganar. ¿Cómo podrían 300 hombres luchar contra 135.000 y derrotarlos? Solo cabía concluir que aquella era una batalla en la que el ejército israelita no tenía ninguna posibilidad de victoria; es más, una batalla en la que la derrota era absolutamente inevitable. En particular, si consideramos la crisis actual desde la perspectiva de aquellos 300 soldados israelitas, recordamos que el ejército que se reunió inicialmente para combatir al enemigo sumaba 32.000 hombres. Sin embargo, Dios ordenó: «Todo aquel que sea temeroso y tiemble, que se aparte y regrese desde el monte Galaad»; y, en consecuencia, 22.000 hombres que sentían temor y temblaban dieron media vuelta y se retiraron (7:3). En ese momento —tras

haberse marchado 22.000 hombres de los 32.000 originales, dejando un remanente de 10.000—, ¿qué pensamientos habrán cruzado por la mente de los 300 soldados de Gedeón? Con un ejército enemigo que sumaba aproximadamente 135.000 efectivos, ¿pensaron acaso que tenía algún sentido enviar de regreso a nada menos que 22.000 hombres de una fuerza de 32.000? Sin embargo, Dios habló a Gedeón una vez más, diciendo: «Todavía son demasiados. Llévalos abajo, al agua, y allí los separaré para ti; te mostraré quién debe ir contigo a la batalla y quién no» (v. 4, *Modern People's Bible*). ¿Cómo, en efecto, podía Dios afirmar que 10.000 soldados israelitas eran «todavía demasiados» al compararlos con una fuerza enemiga de alrededor de 135.000 hombres? Después de todo, se trataba de un número de tropas lamentable y absolutamente insuficiente. Finalmente, Dios estableció una distinción entre los 300 hombres que irían con Gedeón a combatir al enemigo y los 9.700 que no lo harían, y le reveló esta distinción a Gedeón. Entonces Dios le dijo a Gedeón: «Con los 300 hombres que lamieron el agua, te salvaré y entregaré a los madianitas en tus manos. Envía al resto de los hombres a casa» (v. 7, *Modern People's Bible*). ¿Cómo… cómo podía pedirles que despidieran a más gente una vez más? Tras haber enviado de regreso a 22.000 hombres de un contingente inicial de 32.000, ¿cómo podía instruirlos entonces para que enviaran de vuelta a otros 9.700 de los 10.000 restantes? ¿Cómo podrían tan solo 300 hombres luchar contra —y derrotar a— una fuerza enemiga de 135.000 efectivos? Esto no puede ser otra cosa que un acto de Dios que desafía toda razón y comprensión humana. Mientras meditaba en este pasaje y consideraba su aplicación a la iglesia, surgió una pregunta en mi mente: «¿Acaso no es cierto que cuanto más grande sea la congregación —cuantos más miembros tengamos—, mayor y más extensa podrá ser la obra del Señor?». Sin embargo, tal vez el Señor —la Cabeza de la Iglesia— nos esté diciendo en realidad: «El número de vuestros miembros es demasiado grande» (v. 2); «Despedidlos» (v. 3); «Despedidlos» (v. 7). La razón de esto es que, si intentamos llevar a cabo la obra del Señor confiando en la mera fuerza de los grandes números, nos volveremos arrogantes, creyendo que lo logramos por nuestra propia fuerza (v. 2, *Modern People’s Bible*). Así, Dios le ordenó a Gedeón: «La gente que está contigo es demasiada (32.000 hombres) para que Yo entregue a los madianitas en tus manos» (v. 2, *Modern People’s Bible*); «Por tanto, anuncia al pueblo:

“Todo aquel que sea temeroso y tiemble (22.000 hombres) puede abandonar el monte Galaad y regresar a casa”» (v. 3, *Modern People’s Bible*); y finalmente: «Envia a todos los hombres restantes (9.700 hombres) de regreso a sus hogares» (v. 7). En consecuencia, el ejército israelita quedó reducido a tan solo 300 hombres (v. 7). Fue precisamente con este grupo de 300 con el que Dios prometió librar a Israel y entregar a los madianitas en sus manos (v. 7). Sin embargo, Dios —quien había dado esta palabra de promesa— habló con Gedeón esa misma noche, diciendo: «Levántate, desciende al campamento [madianita], pues lo he entregado en tus manos» (versículo 9). ¿Por qué dijo esto Dios? ¿Por qué le dijo Dios a Gedeón que descendiera al campamento enemigo? Ciertamente, Dios no tenía la intención de enviar a Gedeón a atacar al ejército madianita él solo. A mi parecer, la razón por la que Dios le ordenó a Gedeón descender al campamento madianita fue para infundirle valor —pues Gedeón sentía temor (versículo 10)—, de modo que tuviera la audacia necesaria para atacar a las fuerzas madianitas (versículo 11; *Modern People's Bible*). Dios sabía que Gedeón tenía miedo. Por supuesto, desde la perspectiva de Gedeón, se trataba de una situación en la que el miedo resultaba totalmente inevitable. Ante una fuerza enemiga que sumaba 135.000 hombres frente a un ejército israelita de apenas 300 efectivos, Gedeón no podía evitar sentirse aterrorizado. Por ello, Dios le dijo a Gedeón: «Si tienes miedo de descender [al campamento enemigo], baja al campamento junto con tu siervo Purá» (versículo 10). Además, Dios le indicó a Gedeón: «Escucha lo que ellos [los soldados enemigos] están diciendo; así cobrarás el valor necesario para atacar» (versículo 11; *Modern People's Bible*). En consecuencia, Gedeón tomó consigo a Purá y descendió hasta las proximidades del campamento enemigo (versículo 11); una vez allí, oyó a un hombre relatarle un sueño a su compañero, junto con su interpretación (versículos 13-15). Posteriormente, tras haber adorado a Dios, Gedeón regresó al campamento israelita y exclamó: «¡Levantaos! Pues el SEÑOR ha entregado a Madián y a todo su campamento en vuestras manos» (v. 15). Ahora poseía el valor necesario para atacar al enemigo madianita (v. 11).

Mientras meditaba en este pasaje, el primerísimo pensamiento que acudió a mi mente fue que el Señor conoce mis temores. Dado que la situación es intrínsecamente aterradora —y, de hecho, se está desarrollando de una manera que la hace aún más terrorífica—, yo, como observador de la misma, no puedo evitar sentirme abrumado por el miedo; sin embargo, el Señor es plenamente consciente de cada ápice de ese temor que albergo. Comprender esta verdad —aunque solo fuera parcialmente—, gracias a la fe que Dios me ha concedido, trajo un profundo consuelo a mi corazón. El segundo pensamiento que se me ocurrió fue que el Señor está orquestando esta situación aterradora específicamente por mi bien, permitiendo que escale hasta un punto en el que ya no pueda manejarla mediante mi propia fuerza o capacidad. La difícil y aterradora situación con la que me topé inicialmente se asemejaba a enfrentarse a un ejército enemigo de 135.000 soldados mientras yo comandaba apenas 32.000 de los míos; en la siguiente fase, mis fuerzas se redujeron a 10.000 frente a esos mismos 135.000; y ahora, la realidad actual es que el enemigo permanece intacto con sus 135.000 efectivos, mientras que mis propias tropas suman apenas 300. ¿Cómo, entonces, podría yo evitar sentirme aterrorizado, o escapar de la abrumadora sensación de mi propia incompetencia e impotencia? ¿Por qué el Señor continúa reduciendo —una y otra vez— a las mismas personas que me rodean y en las que confío? ¿Por qué el Señor hace que sienta mi propia insuficiencia e impotencia de manera cada vez más aguda? Creo que la razón es que el Señor desea impedir que yo logre algo mediante mi propia capacidad y fuerza, para luego darme la vuelta y jactarme de ello; desea evitar que me vuelva arrogante. Este fue, precisamente, el tercer pensamiento que surgió mientras meditaba en este pasaje: que el Señor no desea que yo caiga en la arrogancia, sino que busca protegerme de ella y, por el contrario, desea formarme como una persona humilde que confía enteramente en Dios. En cuarto lugar, otro pensamiento que se me ocurrió fue este: ¿Cómo le concedió Dios al temeroso Gedeón el valor para lanzar un ataque? Reflexioné sobre la manera en que el Señor transforma el miedo que habita en mí en valentía. La palabra que acudió a mi mente durante esta reflexión fue «convicción». Dios infundió en el temeroso Gedeón una convicción de victoria. Específicamente, Dios le otorgó esta certeza al instruirle que descendiera al campamento enemigo —acompañado por su subalterno, Purá— para

escuchar la conversación que allí tenía lugar, la cual giraba en torno al relato y la interpretación de un sueño. La convicción de victoria que Dios infundió en Gedeón inspiró tal audacia que él y sus 300 soldados —desprovistos por completo de armas, sosteniendo únicamente una trompeta en una mano y una vasija vacía (que ocultaba una antorcha en su interior) en la otra (v. 16)— lanzaron un asalto contra Madián y todo su campamento. Desde una perspectiva humana, ¡qué acto tan temerario fue aquel! Es una acción que desafía la razón y la lógica humanas. ¿Cómo era posible que 300 hombres atacaran a una fuerza de 135.000 efectivos sin portar arma alguna? Armado con esta convicción de victoria, Gedeón dividió a sus 300 tropas en tres compañías. Él y su propia compañía de 100 hombres llegaron a las afueras del campamento madianita (era alrededor de la medianoche, justo después de que el enemigo hubiera completado el relevo de la guardia) y, repentinamente, hicieron sonar sus trompetas mientras rompían las vasijas que sostenían (v. 19). En ese instante, las otras dos compañías hicieron lo mismo; al unísono, rompieron las vasijas que llevaban en la mano izquierda, alzaron sus antorchas en alto, tocaron las trompetas que sostenían en la mano derecha y gritaron: «¡Por la espada del SEÑOR y de Gedeón!» (v. 20). A medida que cada hombre tomaba su posición y rodeaba el campamento enemigo, las tropas adversarias fueron presas del pánico; gritando alarmadas, comenzaron a huir en total desbandada (v. 21). Mientras los 300 guerreros de Gedeón hacían sonar sus trompetas, Dios sumió al enemigo en la confusión, provocando que volvieran sus espadas unos contra otros (v. 22); en última instancia, los 300 hombres de Gedeón derrotaron a una fuerza enemiga que ascendía a aproximadamente 135.000 efectivos, asegurando así una victoria rotunda. Al sumir al enemigo en el caos —haciendo que se hirieran mutuamente con sus espadas—, Dios permitió que Gedeón y sus 300 guerreros salieran victoriosos.

Al vivir en este mundo turbulento, bien podríamos sentirnos abrumados por el miedo ante inmensas dificultades y una severa adversidad. En medio de ese temor, también podemos percibir agudamente nuestra propia insuficiencia e impotencia frente a desafíos tan abrumadores. En tales momentos, el Señor nos extiende Su gracia, impulsándonos a clamar a Dios y a anhelar Su Palabra. A través de esa Palabra, el Señor nos otorga promesas,

infundiendo así en nosotros fe en el Dios que cumple dichas promesas, así como la firme certeza de que, en efecto, se cumplirán. Dios, con total seguridad, nos concederá la victoria. Al impartirnos esta certeza de victoria, Dios no solo otorga paz a nuestros corazones, sino que también transforma el miedo que hay en nuestro interior en valentía. Armados con esa valentía, ya no huimos de la inmensa adversidad ni de las dificultades que encontramos; por el contrario, las enfrentamos de frente. Al hacerlo, el Señor nos capacita para soportar y superar esos formidables desafíos. Y, en última instancia, el Señor nos libra, asegurando nuestro triunfo absoluto.

«Echa tu carga sobre el Señor»

[Del Salmo 55]

El mundo va colocando, poco a poco, pesadas cargas sobre nuestros corazones. Lo único que el mundo tiene para ofrecernos es ansiedad, preocupación, tristeza y sufrimiento. Sin embargo, nosotros los creyentes —mientras transitamos por este mundo— somos aquellos que vivimos depositando nuestras pesadas cargas ante el Señor, una y otra vez, y disfrutando de la paz que Él nos concede. No obstante, por alguna razón, parece que no somos muy buenos para *soltar*. ¿Cuál creen ustedes que es la causa de esto? Encontré la respuesta en un libro titulado *Letting Go* (Naeryeonoeum), del pastor Lee Yong-gyu: «Satanás, quien actúa como el amo de este mundo, nos tienta constantemente a *aferrarnos* —a asirnos fuertemente a las cosas—». Estoy totalmente de acuerdo con esta afirmación. La labor de Satanás consiste en tentarnos incesantemente a «aferrarnos con fuerza». Y entre las cosas a las que nos insta a aferrarnos se encuentran las «cargas del pasado»: las heridas, el dolor, la angustia, la ansiedad y las preocupaciones que pesan gravemente sobre nuestros corazones.

Sin embargo, la Biblia —específicamente en 1 Pedro 5:7— nos habla de esta manera: «Echen toda su ansiedad sobre Él, porque Él cuida de ustedes». Amigos, nuestro Dios es un Dios que cuida de nosotros. Según el Salmo 139:17-18, debido a que nuestro Dios nos ama, el número de sus preciosos pensamientos acerca de nosotros es mayor que el de los granos de arena. Por lo tanto, debemos encomendar todas nuestras ansiedades al Dios que nos ama y cuida de nosotros. Además, no debemos preocuparnos por el mañana. La razón es que el mañana se preocupará por sí mismo, y cada día tiene suficientes problemas propios

(Mateo 7:34). En el pasaje bíblico de hoy —Salmo 55:22— el salmista David declara: «Echa tu carga sobre el SEÑOR, y Él te sustentará; Él nunca permitirá que el justo sea conmovido». Centrándonos hoy en este versículo, y bajo el título «Echa tu carga sobre el SEÑOR», deseo que recibamos la gracia que Dios anhela otorgarnos.
En primer lugar, ¿cuál era exactamente la carga de David? Podemos considerar esto desde dos perspectivas:

(1) La carga de David era la «ansiedad».

Por favor, observe la parte final del versículo 2 del pasaje de hoy, el Salmo 55: «...estoy inquieto en mi queja, y gimo». Aquí, la palabra hebrea traducida como «ansiedad» conlleva también el significado de una «espesura» (Park Yun-sun). El Dr. Park Yun-sun sugirió que, muy probablemente, se eligió esta palabra específica porque la ansiedad surge de un estado mental tan enredado y caótico como una espesura o un matorral espinoso. ¿Cuál era, entonces, la causa de la ansiedad de David? Observe el versículo 3: «A causa de la voz del enemigo, a causa de la opresión de los impíos; pues traen problemas sobre mí, y con ira me persiguen». David se sentía profundamente turbado en su corazón debido a la opresión y la persecución infligidas por sus enemigos.

Es probable que no haya nadie que no haya experimentado la ansiedad. La gran figura literaria inglesa, Shakespeare, comentó en una ocasión: «La ansiedad es el enemigo de la vida». Mientras persista la ansiedad, una persona no puede ser feliz ni hallar la verdadera alegría. La ansiedad deteriora la salud, pudiendo acortar la esperanza de vida, e impide a los individuos dedicarse plenamente a nuevos y creativos emprendimientos. La verdadera medida de la felicidad no reside en la riqueza, sino en la fortaleza que uno posee para superar la ansiedad. Una vida de pobreza vivida sin ansiedad es mucho más valiosa que una vida de riqueza sepultada bajo una carga de preocupaciones. Incluso Esopo —ampliamente reconocido por sus fábulas— observó: «Un bocado de pan comido en paz es mejor que un festín consumido con ansiedad» (Internet).

(2) La carga de David era de una «severa angustia emocional».

Observemos el texto de hoy, Salmo 55:4: «Mi corazón está severamente angustiado dentro de mí, y los terrores de la muerte han caído sobre mí». Debido a la opresión y la persecución infligidas por sus enemigos, David no solo sufrió un profundo dolor emocional, sino que también sintió que su propia vida corría peligro. En consecuencia, en el versículo 5, confesó: «Temor y temblor han venido sobre mí, y el horror me ha abrumado». David deseaba tener alas como una paloma para poder volar lejos, hacia el desierto, y hallar descanso (v. 6). En resumen, la carga de David era tan pesada que simplemente anhelaba escapar de sus circunstancias actuales. David fue testigo de violencia y contienda dentro de los muros de la ciudad; además, la presencia de maldad, destrucción, malicia, opresión y engaño le causaba una profunda angustia mental (vv. 10–11). Más allá de estos factores, otra razón de la profunda aflicción de David fue la traición de un amigo. Observemos el texto de hoy, Salmo 55:12–13: «Pues no es un enemigo quien me injuria; entonces podría soportarlo. Ni es alguien que me odia quien se ha engrandecido contra mí; entonces podría esconderme de él. Sino que fuiste tú, un hombre igual a mí, mi compañero y mi amigo íntimo». La profunda herida en el corazón de David provenía de haber sido traicionado por un amigo cercano; alguien con quien había caminado en la casa de Dios, compartiendo gratos consejos y comunión (v. 14). Este amigo cercano atacó a David —un hombre con quien él estaba en paz— y rompió el pacto que habían establecido (v. 20). Aunque las palabras del amigo eran más suaves que la mantequilla, su corazón estaba inclinado hacia la guerra; aunque su habla era más blanda que el aceite, en realidad, era una espada desenvainada (v. 21). En segundo lugar, ¿cómo podemos echar nuestras cargas sobre Dios?

David echó sus cargas sobre Dios por medio de la oración. Observemos el texto de hoy, Salmo 55:1–2: «Escucha, oh Dios, mi oración, y no te escondas de mi súplica. Inclina a mí tu oído, y respóndeme…». David encomendó todas sus pesadas cargas a Dios por medio de la oración. A través de la oración, entregó al Señor todas sus ansiedades y la profunda angustia de su corazón, provocadas por las circunstancias malvadas y pecaminosas en las

que se hallaba. En particular, echó sobre el Señor —mediante la oración— el dolor que padecía a causa de la traición de un amigo cercano. ¿Por qué echó David todas sus pesadas cargas sobre el Señor a través de la oración? La razón era que él creía que solo Dios podía librarlo. Observemos el texto de hoy, Salmo 55:16–17: «En cuanto a mí, a Dios clamaré, y el SEÑOR me salvará. Tarde, mañana y al mediodía oraré y clamaré en voz alta, y Él oirá mi voz». David apartó momentos específicos —tres veces al día: tarde, mañana y mediodía— para lamentarse y clamar a Dios. Derramó ante el Señor, por medio de la súplica, toda la ansiedad, la grave angustia y el dolor que albergaba en su corazón. La razón de ello era su firme convicción de que solo el Señor era su Salvador.

La oración es una expresión de confianza en Dios. En otras palabras, aquellos que confían en Dios, oran. El salmista David —confiando en Dios— encomendó a Él, por medio de la oración, todas sus pesadas cargas, sus ansiedades y su grave angustia emocional (la parte final del versículo 23). Puesto que nosotros confiamos en Dios, debemos encomendarle a Él, por medio de la oración, todas nuestras pesadas cargas de manera total.

(Versículo 1) Oh tú que albergas preocupaciones en tu corazón, ponlas todas ante el Señor Jesús; incluso cuando la tristeza llene tu alma, cuéntaselo todo al Señor Jesús. (Estribillo) Ponlo todo ante el Señor Jesús, pues Él es nuestro Amigo; no te angusties por nada, sino cuéntaselo todo al Señor Jesús.

(Nuevo Himnario 365, «Oh tú que albergas preocupaciones»)

En tercer y último lugar: ¿qué sucede cuando encomendamos nuestras cargas a Dios?

Cuando entregamos todas nuestras cargas a Dios por medio de la oración, Él nos concede dos bendiciones:

(1) Dios nos sostiene. Observemos la primera parte del pasaje bíblico de hoy, el Salmo 55:22: «Echa sobre el Señor tu carga, y Él te sustentará…». El salmista, David, también confesó en el Salmo 54:4: «He aquí, Dios es mi ayudador; el Señor está con los que sostienen mi vida». A partir de estos dos pasajes, podemos ver que, en medio de sus amenazas y crisis actuales, David halló seguridad en la ayuda de Dios al recordar experiencias pasadas en las que Dios lo había librado de la tribulación. Al rememorar la gracia salvadora que Dios le había mostrado en el pasado, David tuvo la certeza de que, si confiaba todas sus pesadas cargas a Dios, Él sin duda lo sustentaría (55:22). ¿Cuál fue el resultado? Observemos el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 55:18: «Él ha redimido mi alma en paz de la batalla que se libraba contra mí, pues eran muchos los que estaban en mi contra». Como resultado, David disfrutó de la paz que Dios otorga. Nosotros también —al igual que David— confiemos todas nuestras pesadas cargas a Dios por medio de la oración. Al hacerlo, Dios nos sustentará, permitiéndonos disfrutar de paz en nuestros corazones.

(2) Dios no permite que seamos conmovidos.

Observemos la parte final del texto de hoy, el Salmo 55:22: «…Él nunca permitirá que el justo sea conmovido». Cuando depositamos todas nuestras cargas sobre Dios en oración, Él escucha nuestras súplicas, nos sostiene y no permite que seamos conmovidos. Sin embargo, en cuanto a los impíos —aquellos que no temen a Dios y no se apartan de sus malos caminos—, Dios les dará su merecido (v. 19) y hará que caigan en el pozo de la destrucción (v. 23). Aquellos que confían en Dios no son conmovidos. Miremos el Salmo 21:7: «Pues el rey confía en el SEÑOR, y por el amor inquebrantable del Altísimo no será conmovido».

Creo que uno de los himnos que nos encanta cantar es el Himno 363: «Depongo mis cargas» (*I Lay My Burdens Down*): «Cuando deposito todas mis pruebas y pesadas cargas ante el Señor Jesús, / Él me mira, envuelto como estoy en la ansiedad, y toma sobre sí todas mis preocupaciones…». Este himno fue escrito por el reverendo Elisha Hoffman. Un día, un

creyente que enfrentaba una prueba severa acudió a ver al reverendo Hoffman y exclamó: «¿Qué debo hacer? ¿Qué se supone que haga, envuelto como estoy en tanta ansiedad?». El reverendo Hoffman escuchó pacientemente el desahogo de dolor del creyente durante un buen rato y, luego, con un corazón ferviente, oró para que el Señor del Consuelo obrara en esa vida. Al terminar la oración, el rostro del creyente se iluminó e hizo esta confesión: «Sí, es cierto. No debería intentar cargar este pesado fardo yo solo; debo confiárselo a Jesús». Después de que el congregante se hubo marchado, una inspiración repentina asaltó al pastor Hoffman; tomó su pluma y comenzó a componer un himno: «...Cuando llevo una pesada carga completamente solo, y, incapaz de soportarla, me desplomo, / Aquel que muestra misericordia y trae salvación es el Señor de la Gracia: solo Jesús». Así nació el Himno 363 (Fuente: Internet).

Una vez escuché a mi padre cantar este mismo himno con gran vigor mientras servía en el campo misionero. En aquel día en particular —un día en que las dificultades habían asediado la misión—, mi padre entonó este himno con una poderosa convicción durante el servicio de oración matutino. Ese día, Dios proveyó a mi padre una vía de escape; yo también pude llegar a salvo a Corea y, posteriormente, regresar sano y salvo a los Estados Unidos. Verdaderamente, nuestro Dios es Aquel que carga con todas nuestras pesadas cargas. Cuando luchamos bajo el peso de la ansiedad, la preocupación y una profunda angustia emocional, debemos depositar nuestra confianza en Dios y, mediante la oración, echar sobre Él todas nuestras cargas. Cuando así lo hacemos, nuestro Dios nos librará. Además, Dios nos sostendrá, nos concederá paz y nos establecerá con firmeza para que permanezcamos inquebrantables. Confiemos, pues, todas nuestras pesadas cargas a este Dios.

¡No pierdan el ánimo!

«Hermanos, no se cansen de hacer el bien» (2 Tesalonicenses 3:13).

Habiendo obtenido la salvación únicamente por la fe —el don de la gracia de Dios (Efesios 2:8)— y habiéndonos convertido en las obras maestras de Dios, fuimos creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras (v. 10). Por lo tanto, debemos hacer el bien (Salmos 34:14; Romanos 13:3; 1 Pedro 3:11). Sin embargo, al hacer el bien, debemos apartarnos del mal y confiar en que Dios guíe nuestras acciones (Salmos 37:3, 27). Aquellos que hacen el bien pertenecen a Dios (3 Juan 1:11). No obstante, hay momentos en los que nos desanimamos mientras hacemos el bien. ¿Por qué perdemos el ánimo? He identificado cuatro razones:

En primer lugar, la razón por la que nos desanimamos al hacer el bien es que el receptor de nuestra bondad no nos muestra gratitud.

Incluso cuando servimos, damos y hacemos el bien —profesando amar a alguien con el amor de Cristo—, si esa persona no expresa ni gratitud ni aprecio hacia nosotros, a menudo nos sentimos heridos o menospreciados. La causa fundamental de este dolor radica en el hecho de que albergamos expectativas respecto al receptor mientras realizamos nuestras buenas obras. Surge de nuestros actos de bondad *condicionales*. En consecuencia, nos volvemos excesivamente sensibles a la reacción de la otra persona. Cuando esta no responde de la manera que esperábamos, nos sentimos heridos y, a su vez, nos desanimamos.

En segundo lugar, la razón por la que nos desanimamos al hacer el bien es que, lejos de mostrar gratitud, el receptor de nuestra bondad nos critica y nos condena.

Por supuesto, es posible que el receptor no necesariamente nos exprese su crítica o condena directamente a nosotros. Sin embargo, si expresa esas voces críticas o comentarios condenatorios a otra persona —y esas palabras terminan llegando a nuestros oídos a través de un tercero—, podemos desanimarnos profundamente con facilidad. Además, es totalmente natural preguntarse: «¿Por qué debería seguir haciendo buenas obras mientras soporto tales críticas?». Creo que, valiéndose únicamente de la fuerza humana, es imposible seguir mostrando bondad a alguien que paga nuestra bondad con maldad. En tercer lugar, la razón por la que nos desanimamos al hacer el bien es que no logramos ver ningún cambio en el receptor de nuestra bondad.

A pesar de nuestros sinceros esfuerzos por hacer el bien —motivados por el amor de Cristo—, podemos descorazonarnos fácilmente cuando no vemos ninguna transformación visible en la vida de la persona que recibe nuestra bondad. Podemos sentir una sensación de desesperanza muy similar a la de un agricultor que, tras sembrar las semillas y proveer diligentemente abono y agua, espera una cosecha solo para descubrir que no aparece ningún fruto. Es más, como agricultores espirituales, incluso después de sembrar buenas semillas y esforzarnos por nutrirlas con las lágrimas de la oración y el abono de la Palabra de Dios, podemos desanimarnos profundamente cuando —lejos de dar buen fruto— el receptor produce, en cambio, el fruto del pecado.

En cuarto lugar, la razón por la que nos desanimamos al hacer el bien se debe a "nosotros mismos".

En mi opinión personal, "yo mismo" soy la razón principal de mi desánimo al realizar buenas obras. Independientemente de si la otra persona expresa gratitud o no —de si nos critica o nos condena, y de si su vida parece no dar fruto alguno o parece dar el fruto del pecado—,

nuestro único deber es obedecer el mandato de Dios de hacer el bien incondicionalmente, habiendo probado nosotros mismos la bondad del Señor (Salmos 34:8). Sin embargo, la razón por la que a menudo fallamos en hacerlo es que nosotros mismos no estamos probando —de manera continua y suficiente— la bondad de Dios. En consecuencia, nos desanimamos por una razón u otra. En particular, cuando no logramos experimentar personalmente la obra de Dios —esa obra mediante la cual Él hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes le aman y son llamados conforme a Su propósito—, no solo fallaremos en hacer el bien a los demás, sino que nos encontraremos totalmente incapaces de hacerlo. Cuando esto sucede, podemos mirarnos a nosotros mismos y no solo desanimarnos, sino incluso caer en la desesperación.

Debemos hacer el bien. Y al hacer el bien, no debemos perder el ánimo. La razón es que nuestra labor en el Señor no es en vano (1 Corintios 15:58). Oro para que, tanto hoy como mañana, tú y yo nos esforcemos por hacer el bien, confiando únicamente en Dios.

No temas; recordemos.

«Quizás pienses en tu corazón: “Estas naciones son más numerosas que yo; ¿cómo podré expulsarlas?”. No les temas, sino recuerda lo que el Señor tu Dios hizo con el faraón y con todo Egipto. Recuerda las grandes pruebas, las señales, los prodigios, la mano poderosa y el brazo extendido con que el Señor tu Dios te sacó. El Señor tu Dios hará lo mismo con todas las naciones que ahora temes» (Deuteronomio 7:17-19).

Hay momentos en que enfrentamos grandes dificultades y adversidades en la vida; momentos en que nos desanimamos y lloramos, llenos de preocupación, ansiedad y miedo. De hecho, estas dificultades y adversidades abrumadoras pueden hacernos sentir completamente indefensos, sin saber qué hacer. Es precisamente en esos momentos que Dios nos habla. Cuando nos encontramos en medio de una gran crisis, Dios nos habla a través de las palabras de las Escrituras. ¿Cuál es ese mensaje? Es simplemente este: «No temas; recuerda». Si analizamos el pasaje de hoy —Deuteronomio 7:17— vemos que cuando Dios habló al pueblo de Israel por medio de Moisés, conocía perfectamente los pensamientos que los inquietaban. Su preocupación era la siguiente: dado que las naciones de Canaán eran mucho más numerosas que los israelitas, ¿cómo podrían expulsarlos? La razón de tales inquietudes radicaba en su pasado: tras escuchar el informe negativo de los diez espías (Números 13:32; 14:36), el pueblo de Israel pasó toda la noche llorando y murmurando contra Moisés y Aarón (14:1). El motivo de sus murmuraciones era que las tribus que habitaban la tierra de Canaán eran naciones poderosas —más numerosas y fuertes que el pueblo de Israel (Deuteronomio 7:1)—, con ciudades extensas, murallas que

se elevaban hasta el cielo y poblaciones inmensas (9:1-2). En consecuencia, el pueblo de Israel se vio sumido en la ansiedad y la desesperación, preguntándose cómo podrían expulsar a las naciones cananeas (7:17). Sabiendo esto, Dios les ordenó no temer a los cananeos, sino recordar. ¿Qué les dijo Dios exactamente que recordaran?

Primero, Dios les ordenó al pueblo de Israel que tuvieran presente las obras que había realizado en Egipto.

Veamos de nuevo el pasaje de hoy, Deuteronomio 7:18-19: «No les temas, sino recuerda lo que el Señor tu Dios hizo con el faraón y con todo Egipto. Recuerda las grandes pruebas, las señales, los prodigios, la mano poderosa y el brazo extendido con que el Señor tu Dios te sacó; el Señor tu Dios hará lo mismo con todas las naciones a las que ahora temes». Dios les dijo al pueblo de Israel que recordaran bien lo que había hecho con el faraón y con todo Egipto (v. 18). Les instruyó que recordaran las grandes pruebas, las señales, los prodigios, la mano poderosa y el brazo extendido que había demostrado en su favor (v. 19). En esencia, Dios les decía a los israelitas que recordaran el asombroso e inmenso poder que había mostrado en el pasado cuando los liberó de Egipto y los sacó de allí. ¿Cuál era la razón de esto? La razón es que Dios tenía la intención de hacer lo mismo con las naciones cananeas a las que ahora temían los israelitas (v. 19). Por lo tanto, Dios les dijo al pueblo de Israel que no temieran a los cananeos (versículos 18, 21). La razón es que el Dios grande y temible está presente entre ellos (versículo 21).

El Dios grande y temible está presente entre nosotros. Por lo tanto, en lugar de temer las inmensas dificultades y adversidades que enfrentamos, debemos temer a Dios. Además, debemos tener presente la Palabra de Dios. Debemos recordar cómo Dios nos liberó y nos guió a través de las grandes dificultades y adversidades de nuestras vidas pasadas. Y debemos tener fe en que el mismo Dios que nos libró y nos guió en el pasado también nos librará y nos guiará a través de las inmensas dificultades y adversidades que enfrentamos en el presente.

En segundo lugar, Dios instruyó al pueblo de Israel a recordar que Él los había guiado en un viaje a través del desierto durante cuarenta años.

Por favor, lean Deuteronomio 8:2–4: «Recuerda cómo el SEÑOR tu Dios te guio por todo el camino durante estos cuarenta años en el desierto, para humillarte y ponerte a prueba, a fin de saber lo que había en tu corazón: si guardarías o no sus mandamientos. Él te humilló, permitiendo que pasaras hambre, y luego te alimentó con maná —un alimento que ni tú ni tus antepasados habían conocido— para enseñarte que el hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del SEÑOR. Tu ropa no se desgastó ni tus pies se hincharon durante estos cuarenta años». Al pueblo de Israel —que estaba lleno de ansiedad y desesperación ante la duda de cómo podrían expulsar a las naciones cananeas (7:17)— Dios les ordenó, en primer lugar, recordar claramente las obras que Él había realizado en su favor en Egipto; luego, les instruyó recordar cómo los había guiado, protegido, alimentado y vestido a lo largo de sus cuarenta años en el desierto. Dios se aseguró de que, durante sus cuarenta años de vida en el desierto, la ropa de los israelitas no se desgastara y sus pies no se hincharan (v. 4). En particular, a lo largo de esos cuarenta años, Dios humilló a los israelitas y permitió que pasaran hambre, solo para alimentarlos después con maná: el alimento proveniente del cielo. ¿Cuál fue la razón de esto? La razón fue, precisamente, enseñarles que el hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (v. 3).

Nosotros somos el pueblo de Dios, y vivimos de toda palabra que sale de la boca de Dios. Somos hijos de Dios que viven cada día por medio de Jesús: el verdadero pan que Dios Padre nos ha dado desde el cielo (Juan 6:32) y el Pan de Vida (v. 35). Por lo tanto, debemos recordar. Debemos recordar al Dios de Ebenezer. Debemos recordar que Dios nos ha ayudado hasta este punto (1 Sam. 7:12) y continúa ayudándonos incluso ahora (Sal. 121). Además, debemos creer que Dios —Emmanuel, el que está con nosotros (Mt. 1:23)— camina a nuestro lado (Éx. 34:9).

En tercer lugar, Dios instruyó al pueblo de Israel a no olvidar, sino a recordar, aquellos episodios en el desierto en los que lo provocaron a ira.

Observemos Deuteronomio 9:7: «Recuerda y no olvides cómo provocaste a ira al SEÑOR tu Dios en el desierto. Desde el día en que saliste de la tierra de Egipto hasta que llegaste a este lugar, has sido rebelde contra el SEÑOR». Desde el mismo día en que partieron de la tierra de Egipto, el pueblo de Israel se mostró constantemente rebelde contra Dios (v. 7). Provocaron a ira a Dios incluso en el monte Horeb (v. 8). Se corrompieron, apartándose rápidamente del camino que Dios les había ordenado seguir, y lo provocaron a ira al fundirse un ídolo para sí mismos (v. 12). Cometieron un gran pecado al hacer lo malo ante los ojos de Dios y provocarlo a ira (v. 18). El pueblo de Israel hizo que Dios se enfureciera intensamente (v. 19). Es más, cuando Dios los envió desde Cades-barnea, ordenándoles subir y tomar posesión de la tierra que Él les había dado, ellos se rebelaron contra su mandato; no le creyeron, ni escucharon su voz (v. 23). Moisés habló al pueblo de Israel, diciendo: «Desde el día en que los conocí, siempre se han rebelado contra el SEÑOR» (v. 24). A este pueblo —que se rebelaba constantemente contra Él— Dios le ordenó no olvidar, sino más bien recordar, los actos con los que habían provocado su ira (v. 7). ¿Por qué, entonces, instruyó Dios a los israelitas —quienes en aquel momento se hallaban consumidos por la ansiedad y la desesperación ante la tarea de expulsar a las naciones cananeas— a recordar las formas en que lo habían enfurecido en el desierto? La razón era que Dios no quería que el pueblo de Israel volviera a cometer pecados graves contra Él. Por el contrario, Dios deseaba que los israelitas dejaran de provocar Su ira y que, en su lugar —confiando y apoyándose en Su palabra—, subieran y tomaran posesión de la tierra de Canaán que Él les había prometido dar.

Ya no debemos provocar la ira de Dios. Ya no debemos desobedecer la Palabra de Dios —en medio de quejas y agravios— debido a una falta de confianza en Él. Nuestro Dios es un Dios fiel (7:9). Es un Dios fiel que invariablemente cumple las promesas que nos ha hecho. Por lo tanto, debemos depositar nuestra confianza en este Dios fiel. Debemos creer en las

promesas que Dios nos ha dado. Además, debemos seguir fielmente al Señor. Debemos obedecer la Palabra de Dios. En consecuencia, debemos esforzarnos por agradar a Dios.

Finalmente —y en cuarto lugar—, Dios instruyó al pueblo de Israel a no olvidarlo, sino a recordarlo.

Por favor, miren Deuteronomio 8:11: «Cuídate de no olvidarte del SEÑOR tu Dios, al no observar sus mandamientos, sus leyes y sus decretos que hoy te doy». A Dios le preocupaba que, cuando los israelitas entraran en la Tierra Prometida —Canaán— y comieran hasta saciarse, construyeran hermosas casas para habitar en ellas (v. 12), y vieran multiplicarse sus rebaños y manadas, aumentar su plata y su oro, y abundar todas sus posesiones (v. 13), sus corazones se enorgullecieran y se olvidaran de Dios (v. 14). A Dios le preocupaba que, una vez saciados sus estómagos y enorgullecidos sus corazones, se dijeran a sí mismos: «Mi poder y la fuerza de mis manos son los que me han producido esta riqueza» (v. 17). Por lo tanto, Dios habló al pueblo de Israel de esta manera: «Recuerda al SEÑOR tu Dios, porque es Él quien te da la capacidad para producir riquezas, y así confirma su pacto, el cual juró a tus antepasados, tal como es hoy» (v. 18). El pueblo de Israel debía recordar a Dios y nunca olvidar que Él les había concedido la capacidad para adquirir riquezas. Además, al recordar a Dios, debían desear observar los mandamientos, estatutos y ordenanzas que Él prescribía (v. 11). La razón de esto era que, si llegaban a olvidarse de Dios —yendo tras otros dioses, sirviéndoles e inclinándose ante ellos—, el pueblo de Israel perecería inevitablemente (v. 19).

No debemos olvidarnos de Dios; más bien, debemos recordarlo. Nuestro Dios nos ha elegido de entre todos los pueblos sobre la faz de la tierra para ser su propia posesión atesorada (7:6). El deleite de Dios en nosotros y su elección de nuestra persona (v. 7) surgieron únicamente de su amor por nosotros y de su deseo de cumplir el juramento que había hecho a nuestros antepasados (v. 8). Nuestro Dios es Aquel que nos ama, nos bendice y nos hace multiplicarnos (v. 13). Dado que nuestro Dios es un Dios fiel (v. 9), cumple

invariablemente lo que nos ha prometido. Al cumplir sus promesas, Dios continúa —incluso ahora— guiándonos fielmente hacia la Tierra Prometida. Por lo tanto, debemos escuchar la voz del Señor —nuestro Pastor que nos guía—, obedecerle y seguir sus pasos.

No debemos olvidar a Dios; más bien, debemos recordarlo. Debemos traer a la memoria la gracia que Dios ha derramado sobre nuestras vidas en el pasado. Al recordar esa gracia, tampoco debemos olvidar —sino más bien recordar— los pecados que hemos cometido contra Dios. Además, nunca debemos olvidar que el mismo Dios que nos libró de situaciones temibles y adversidades en el pasado sigue siendo el Dios de salvación, plenamente capaz de librarnos también en el momento presente. Desechemos, pues, todo temor; al recordar a Dios, avancemos con fe hacia esa Tierra Prometida: el Reino de los Cielos.

No nos preocupemos por el mañana

[Mateo 6:25-34]

¿Sabes lo que sucederá mañana? Podemos encontrar la respuesta a esta pregunta en Santiago 4:13-15: «Vamos ahora, los que decís: "Hoy o mañana iremos a tal ciudad, pasaremos allá un año, negociaremos y ganaremos"; cuando no sabéis lo que sucederá mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. En su lugar, deberíais decir: "Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello"». Claramente, la Biblia nos dice que no sabemos lo que nos depara el mañana. Por lo tanto, Proverbios 27:1 afirma: «No te jactes del mañana, porque no sabes lo que un día puede traer». Amigos, no sabemos lo que sucederá; no solo mañana, sino incluso en el transcurso de este mismo día. Así pues, la Biblia nos instruye a no jactarnos del mañana. Además, en nuestro texto de hoy —Mateo 6:34— Jesús nos dice: «No os preocupéis por el mañana». Sin embargo, a pesar de esto, ¿acaso no nos encontramos a menudo preocupándonos por el mañana? A lo largo del pasaje de hoy —Mateo 6:25-34— Jesús enfatiza repetidamente el mandato: «No os preocupéis». Específicamente, en el versículo 34, Jesús dice: «Por tanto, no os preocupéis por el mañana, porque el mañana se preocupará por sus propias cosas. Suficiente es para el día su propio afán». Centrando nuestros pensamientos en este pasaje hoy, y bajo el tema «No nos preocupemos por el mañana», meditemos en tres puntos clave para recibir las lecciones que Dios nos ofrece. Primero: ¿de qué es que no debemos preocuparnos?

Al observar el texto de hoy —Mateo 6:34— la Biblia nos dice que no debemos preocuparnos por el mañana. ¿Qué quiere decir exactamente Jesús aquí cuando nos dice: «No os preocupéis por el mañana»? Por favor, preste atención a los versículos 25 y 31 del pasaje de hoy: «Por tanto les digo: no se preocupen por su vida —qué comerán o beberán— ni por su cuerpo —qué vestirán. ¿Acaso no es la vida más importante que la comida, y el cuerpo más importante que la ropa? ... Así que no se preocupen, diciendo: "¿Qué comeremos?", "¿Qué beberemos?" o "¿Qué vestiremos?"». Cuando Jesús dice: «No se preocupen por el mañana», nos está diciendo que no nos angustiemos ni nos inquietemos por lo que comeremos, beberemos o vestiremos en los días venideros (Lucas 12:29). En otras palabras, Jesús nos está diciendo que no nos preocupemos por las necesidades de nuestra vida cotidiana. Jesús afirma que tales preocupaciones son «lo que persiguen los paganos» (v. 32). Es decir, Jesús señala que la gente del mundo —aquellos que carecen de fe— se preocupa por la comida, la bebida y la vestimenta necesarias para su existencia diaria y, por consiguiente, pasan sus vidas buscando estas cosas. Me pregunto: ¿acaso usted y yo —quienes afirmamos poseer fe— estamos viviendo nuestras vidas exactamente igual que esa gente del mundo que carece de fe, preocupándonos y buscando precisamente estas mismas cosas?

El mundo en el que vivimos es, ciertamente, un mundo lleno de muchas cosas que nos causan ansiedad y preocupación. Tal como afirmó el apóstol Pablo en 1 Corintios 7:32–33, resulta imposible no estar de acuerdo con su observación: la persona soltera se preocupa por las cosas del Señor —cómo agradar al Señor—, mientras que la persona casada se preocupa por las cosas mundanas —cómo agradar a su cónyuge. Parece que, aun cuando afirmamos estar ocupados en la obra del Señor, a menudo nos encontramos preocupándonos y angustiándonos por muchas cosas, tal como le sucedió a Marta en Lucas 10:41. Esto me trae a la memoria la letra de la primera estrofa del Himno 486 del *Nuevo Himnario*: «Muchas son las inquietudes en este mundo, y la verdadera paz yo no conocía; mas puesto que mi Señor Jesús me llama a venir, pronto descansaré en paz». ¿Qué debemos hacer, entonces —usted y yo—, mientras vivimos en un mundo plagado de tales

ansiedades? Lucas 21:34 nos exhorta a estar en guardia. ¿Contra qué, específicamente, nos advierte que nos guardemos? Nos dice que prestemos atención a nosotros mismos, no sea que nuestros corazones se vean agobiados por la disipación, la embriaguez y las ansiedades de la vida cotidiana. Cuando nos sentimos agobiados por las preocupaciones de la vida, nuestros corazones se embotan. Y cuando nuestros corazones se embotan, inevitablemente perdemos nuestra sensibilidad espiritual. En consecuencia —al ser incapaces de discernir la guía de Dios el Espíritu Santo— nos vemos impulsados a vivir conforme a los pensamientos de la carne, en lugar de seguir la dirección del Espíritu. En la Parábola del Sembrador de Jesús, que se encuentra en Mateo 13:22, Él explica que la Palabra de Dios es ahogada por «las preocupaciones de este mundo y el engaño de las riquezas», y por ello no logra dar fruto. ¿Acaso no es esto, de hecho, cierto? Cuando nos vemos asediados por las ansiedades de la vida —particularmente al enfrentar presiones financieras— nos volvemos mucho más susceptibles a la tentación de la riqueza. Si permanecemos enredados en las preocupaciones de la vida y en el atractivo de las riquezas, entonces, por más diligentemente que leamos y estudiemos la Biblia, o por más a menudo que escuchemos la Palabra de Dios, esta simplemente caerá en oídos sordos. Como resultado, estamos destinados a llevar una vida de fe desprovista de fruto. Por lo tanto, tal como enseñó Jesús, no debemos preocuparnos por el mañana.

En segundo lugar, ¿por qué no deberíamos preocuparnos por el mañana?

En el pasaje de hoy —Mateo 6:24–34— Jesús nos da tres razones:

(1) La primera razón es que la vida misma es más importante que la comida o la vestimenta.

Observemos el texto de hoy, Mateo 6:25: «Por tanto les digo: no se preocupen por su vida, qué comerán o qué beberán; ni por su cuerpo, qué vestirán. ¿Acaso no es la vida más importante que la comida, y el cuerpo más importante que la ropa?». En términos generales, tendemos a considerar perfectamente normal preocuparnos por lo que comeremos,

beberemos o vestiremos para sustentar nuestras vidas. La razón de esto es que los seres humanos poseen un deseo profundo y sincero de sobrevivir. Sin embargo, como personas de fe, debemos pensar bíblicamente en lugar de hacerlo meramente según la sabiduría convencional. Pensar bíblicamente significa reconocer que no necesitamos preocuparnos por la comida, la bebida o la vestimenta para sustentar nuestras vidas; pues no solo nuestro Padre celestial sabe que tenemos necesidad de todas estas cosas, sino que —habiendo ya concedido una vida nueva (vida eterna) en Cristo Jesús— ¿acaso Él, nuestro Padre en el cielo, dejaría de proveer para nuestras necesidades diarias y cotidianas? Creo que este es el significado subyacente implícito en la afirmación de Jesús de que la vida es más importante que la comida o la vestimenta. Por el bien de tu salvación y la mía —nuestra vida eterna— Dios llegó incluso a entregar a su único Hijo, Jesús, en la cruz. Habiéndonos amado lo suficiente como para no escatimar ni siquiera a su único Hijo, sino entregarlo por nosotros, ¿acaso no nos «concederá graciosamente todas las cosas junto con Él»? (Romanos 8:32). ¿Dejaría nuestro Padre celestial de proveernos nuestro pan de cada día? ¿Dejaría Dios Padre —quien nos amó tan profundamente que entregó incluso a su único Hijo por nosotros— de proveernos vestimenta? Dios Padre, quien nos ha concedido la vida eterna, es un Dios que sabe exactamente lo que necesitamos, y para quien proveer esas necesidades no representa ninguna dificultad en absoluto.

(2) La segunda razón es que nuestro Padre celestial sabe que tenemos necesidad de todas estas cosas. Consideremos el pasaje bíblico de hoy, Mateo 6:32: «Porque los paganos andan tras todas estas cosas, y vuestro Padre celestial sabe que las necesitáis». En el Salmo 139, la Biblia nos dice que nuestro Dios —como Aquel que nos creó (v. 14)— es un Dios que nos conoce íntimamente (v. 1). Y, en efecto, nos conoce: el Dios que nos creó sabe cuándo nos sentamos y cuándo nos levantamos, y discierne nuestros pensamientos incluso desde lejos (v. 2). Además, la Biblia afirma que Dios conoce a la perfección todos nuestros caminos; no hay ni una sola palabra en nuestra lengua que Él no conozca (vv. 3–4). El hecho asombroso es que este mismo Dios —quien nos conoce mejor que nadie— tiene pensamientos acerca de nosotros que son más numerosos que los granos de arena (vv. 17–18). ¿Por qué alberga

Dios tantos pensamientos con respecto a nosotros? La razón es que el Dios que mejor nos conoce es también el Dios que nos ama con mayor profundidad. ¿Acaso Dios Padre —quien mejor nos conoce y más nos ama— ignoraría las cosas que necesitamos en nuestra vida cotidiana? ¿Es concebible que Dios Padre desconozca el alimento, la bebida o la vestimenta que tú y yo requerimos?

(3) La tercera razón es que el afán de un día es suficiente para ese día.

Observemos el pasaje bíblico de hoy, Mateo 6:34: «Así que, no os afanéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio afán. Basta a cada día su propio mal». Al meditar en este versículo, recordé el himno evangélico titulado «No sé qué depara el mañana». La letra de la primera estrofa de esa canción dice así: «No sé qué depara el mañana; vivo día a día. Ni la desdicha ni la buena fortuna están bajo mi control. Mientras recorro este sendero escarpado, parece no tener fin y me siento desfallecer. Señor Jesús, extiende Tus brazos y toma mi mano. No sé qué depara el mañana; no sé qué traerá el futuro. Padre, susténtame y concédeme un camino llano». Personalmente, recuerdo haber leído el libro *Si perezco, perezco* (título original: *Jug-eumyeon Jug-eorira*), escrito por la difunta Sra. Ahn Yi-sook, quien compuso la letra de este mismo himno. Sin embargo, al meditar en este pasaje bíblico en esta ocasión, conocí una historia sobre ella que desconocía hasta entonces. Esa historia revela que su ejecución estaba programada para la mañana del 18 de agosto de 1945. Las circunstancias que condujeron a ello fueron las siguientes: cuando el anciano Park Kwan-jun y su hijo se presentaron en el edificio de la Dieta japonesa —gritando: «¡Este es un gran mandato de Jehová Dios!»— y arrojaron un aviso escrito declarando que Japón sería destruido por «azufre y fuego», tres guardias irrumpieron para arrestar al anciano y a su hijo en el acto, antes de escoltarlos hacia el exterior. Posteriormente, un guardia de seguridad se acercó a la Sra. Ahn Yi-sook —quien había estado yendo de un lado a otro durante el alboroto— y le preguntó: «¿Es usted una de ellos?». Sin dudarlo ni un instante, ella respondió: «Sí, lo soy». En consecuencia, fue arrestada y sometida a interrogatorio; Esto resultó en su traslado a la prisión de Pionyang, donde soportó seis años de encarcelamiento antes de que, finalmente,

su ejecución fuera programada para la mañana del 18 de agosto de 1945. Sin embargo, el 15 de agosto de 1945, Japón se rindió ante los bombardeos atómicos de los Estados Unidos; en consecuencia —apenas un día antes de su ejecución programada—, el 17 de agosto, la Sra. Ahn Yi-sook fue liberada de prisión, coincidiendo con la liberación de la nación (según fuentes en línea). ¿Acaso no es esto asombroso? ¿No es verdaderamente extraordinario que Dios librara dramáticamente a la Sra. Ahn —quien había resuelto en su corazón: «Si perezco, que perezca»— precisamente un día antes de que se ejecutara su sentencia de muerte? Habiendo experimentado esta dramática liberación por parte de Dios, la Sra. Ahn cantó: «No sé qué deparará el mañana; vivo mi vida día a día. Ni la desgracia ni la buena fortuna están bajo mi control. Aunque transito este camino escarpado, parece interminable y me siento desfallecer. Señor Jesús, extiende Tu brazo y toma mi mano». Nosotros también recorremos este camino escarpado que el Señor transitó en su día. Hay momentos en que parece interminable, y momentos en que nos sentimos cansados y exhaustos. Sin embargo, tal como enseñó Jesús: «basta a cada día su propio afán»; por lo tanto, no debemos preocuparnos por el mañana. En efecto, incluso si mañana tuviéramos que enfrentar la ejecución, nosotros —al igual que la difunta Sra. Ahn Yi-sook— deberíamos encomendar todo lo concerniente al futuro al Señor, resolviendo en nuestros corazones: «Si perezco, que perezca», y abstenernos de preocuparnos por lo que el mañana pueda traer. Basta a cada día su propio afán.

En tercer y último lugar, ¿qué debemos hacer para evitar preocuparnos por el mañana?

Al exhortarnos a no preocuparnos, Jesús ofreció dos ejemplos: el primero fueron las aves del cielo (versículos 26–27), y el segundo, los lirios del campo (versículos 28–30). Consideremos el primer ejemplo. Observemos nuestro texto de hoy: Mateo 6:26–27: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?». Al reflexionar sobre este primer ejemplo —las aves del cielo—, la pregunta que nos viene a la mente es la siguiente: ¿Pueden

las aves hacer lo que hacemos nosotros los seres humanos, a saber: sembrar, segar y recoger en graneros? ¿Pueden las aves cultivar la tierra como lo hacemos nosotros? Sin duda, la respuesta es un rotundo «no», ¿verdad? Si nuestro Padre celestial alimenta incluso a las aves —criaturas incapaces de cultivar la tierra—, entonces ciertamente nos alimentará y cuidará a nosotros, que somos mucho más valiosos que ellas, habiendo sido creados a la misma imagen de Dios. Además, otro punto que debemos considerar es la pregunta que Jesús planteó en el versículo 27: «¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?». Si bien habitualmente interpretamos la palabra «estatura» (o «altura») en este contexto como una referencia a la altura física, un examen del griego original sugiere que también puede interpretarse como «la duración de la vida» (Swanson). Anteriormente yo había entendido esta palabra principalmente como una referencia a la altura física; sin embargo, ahora creo que interpretarla como «la duración de la vida» es también una interpretación válida y razonable. La razón de ello —al considerar las palabras de Jesús en la segunda mitad del versículo 15 del pasaje de hoy, donde dice: «¿No es la vida más importante que el alimento…?»— es que Él parece estar diciéndonos que la preocupación no solo no logra añadir ni siquiera un codo a nuestra estatura física, sino que tampoco puede extender la duración de nuestras vidas ni siquiera en una sola hora o un solo día. En consecuencia, la Biblia en inglés (versión NIV) traduce este pasaje de la siguiente manera: «¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora a su vida?» (¿Quién de entre ustedes puede añadir una sola hora a su vida mediante la preocupación?). ¿Podemos realmente prolongar nuestras vidas, aunque sea por una sola hora, a fuerza de preocuparnos? Por el contrario, ¿acaso no resulta la preocupación realmente perjudicial para nuestra salud? Consideremos el segundo ejemplo que Jesús presentó: la manera en que crecen los lirios del campo. Tal como afirma Jesús en el versículo 28 del pasaje de hoy: ¿acaso los lirios del campo se afanan o hilan (es decir, se dedican a la labor de extraer hilo y tejer telas) durante su proceso de crecimiento? Sin embargo, a pesar de ello, Jesús declara que los lirios del campo se visten con un esplendor que supera incluso al de Salomón en toda su gloria. Ahora bien, si Dios viste de tal modo incluso a estos lirios —que existen hoy, pero que mañana podrían ser arrojados al horno—, ¿cuánto más no nos

vestirá y cuidará a nosotros: a ti y a mí, quienes hemos recibido una vida nueva mediante la preciosa muerte sacrificial de Jesús en la cruz? A aquellos que se inquietan por lo que habrán de comer o vestir, Jesús les dirige estas palabras en la segunda mitad del versículo 30: «¡Hombres de poca fe!». Debemos observar las aves del cielo, tal como Jesús nos instruyó (versículo 26). Debemos considerar cómo crecen los lirios del campo (versículo 28). Nosotros somos seres mucho más valiosos que ellos. Somos aquellos que han sido comprados por un precio: el precio de la propia sangre de Jesús. Por consiguiente, la Biblia nos enseña que Dios nos considera preciosos (Isaías 43:4). Si Dios alimenta a las aves del cielo y viste a los lirios del campo, ¿acaso no nos alimentará y vestirá también a nosotros? Así pues, tal como enseñó Jesús, cada vez que nos sorprendamos preocupándonos por el mañana, deberíamos contemplar las aves del cielo y los lirios del campo, y reflexionar sobre ellos. Al hacerlo, lograremos liberarnos de la inquietud por las cosas del mañana.

Además de esto, si queremos evitar preocuparnos por el mañana, primero debemos buscar el reino de Dios y Su justicia. En otras palabras, en lugar de preocuparnos por —y afanarnos tras— lo que comeremos, lo que beberemos o lo que vestiremos —como hacen aquellos que carecen de fe—, debemos priorizar la búsqueda del reino de Dios y de Su justicia. Si nuestra prioridad principal —la tuya y la mía— se limita meramente a nuestras necesidades básicas de alimento, bebida y vestido, pasaremos toda nuestra vida sumidos en la ansiedad hasta el día de nuestra muerte. Sin embargo, si nuestra prioridad es el reino de Dios y Su justicia, experimentaremos cómo Dios mismo provee para todas nuestras necesidades diarias. De hecho, en el pasaje bíblico de hoy —Mateo 6:33— Jesús declara claramente: «Mas buscad primeramente su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas». Oro para que tú y yo tomemos estas palabras de Jesús muy a pecho y hagamos nuestra prioridad el buscar el reino de Dios y Su justicia. Al orar con fe —tal como Jesús nos enseñó en el Padre Nuestro— diciendo: «Danos hoy nuestro pan de cada día» (v. 11), busquemos todos primero el reino de Dios y esforcémonos por vivir conforme a Su voluntad (Park Yun-sun). Cuando así lo hagamos, Dios sin duda proveerá para nuestras necesidades diarias,

incluyendo nuestro alimento, bebida y vestido. Oro para que tú y yo seamos bendecidos al experimentar esta gracia.

En 1 Pedro 5:7, Dios nos habla hoy diciendo: «Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros». Además, en Filipenses 4:6-7, Dios nos instruye: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús». ¿Cuál es, entonces, el mensaje aquí? Dios nos dice que no nos preocupemos. Por lo tanto, no debemos preocuparnos por el mañana. No debemos estar ansiosos por lo que comeremos, lo que beberemos o lo que vestiremos mañana. Nuestro Padre Celestial sabe muy bien que tenemos necesidad de todas estas cosas. Dios —quien ni siquiera perdonó a su único Hijo, Jesús, sino que lo entregó en la cruz para concedernos la salvación y la vida eterna, que son nuestras mayores necesidades—, sin duda, nos proveerá también de todas estas cosas. Por lo tanto, oro para que todos seamos personas que busquen primero el Reino de Dios y vivan cada día conforme a su voluntad.

Dios ciertamente nos ayudará.

«Con él está el brazo de carne, pero con nosotros está el Señor nuestro Dios, para ayudarnos y pelear nuestras batallas». Y el pueblo se animó con las palabras de Ezequías, rey de Judá (2 Crónicas 32:8).

¿Creemos firmemente en la ayuda de Dios? Si es así, debemos romper todo vínculo con cualquier cosa que no sea Dios en la que confiemos. Si no podemos romper esos vínculos, significa que no depositamos nuestra plena confianza en la ayuda de Dios. No debemos engañarnos.

El rey Ezequías de Judá hizo lo recto ante los ojos del Señor, tal como lo había hecho su antepasado David en todas sus acciones (2 Crónicas 29:2). Instruyó a los sacerdotes y levitas a consagrarse y a purificar el templo del Señor, eliminando así toda impureza del santuario (versículos 5, 15-17). Después de purificar la tierra de todos los ídolos y pecados impuros y abominables (31:1), designó a los sacerdotes y levitas para que ministraran en los atrios del SEÑOR, para dar gracias y alabar (versículo 2), y para que cumplieran diligentemente la Ley de Dios (versículo 4). En resumen, el rey Ezequías llevó a cabo una reforma religiosa. Hizo lo que era bueno, justo y fiel a los ojos del SEÑOR (versículo 20). En cada obra que emprendió —ya fuera en el servicio del templo de Dios, en obediencia a la Ley o en guardar los mandamientos— buscó a su Dios con todo su corazón, y prosperó (versículo 21). Sin embargo, después de todos estos actos de fidelidad (32:1), Ezequías sufrió una crisis. Esa crisis fue la invasión de Judá por Senaquerib, rey de Asiria, quien vino con la intención de conquistar y apoderarse de la tierra (versículo 1). ¿No parece esto algo

extraño? Si Ezequías hubiera sido infiel a Dios —pecando al adorar ídolos—, podríamos comprender por qué le sobrevino tal crisis. Podríamos interpretarla como una crisis provocada por la amorosa disciplina de Dios, consecuencia de sus transgresiones contra el Señor. Sin embargo, la Biblia afirma claramente que Ezequías enfrentó esta crisis a pesar de haber actuado con rectitud ante los ojos de Dios y de haber llevado a cabo fielmente reformas religiosas. ¿Por qué, entonces, se encontró con tal crisis? ¿Acaso esto no les genera preguntas? Una de las razones es que Dios deseaba usar esta crisis para capacitar a Ezequías —quien ya actuaba con rectitud y fidelidad ante sus ojos— para depositar su completa confianza en la ayuda divina, permitiéndole así presenciar la gloria de Dios. En efecto, el rey Ezequías depositó su absoluta confianza en la ayuda de Dios. En consecuencia, se armó de valor y reparó todas las secciones deterioradas de la ciudad, construyó una muralla exterior, fortificó el Milo en la Ciudad de David y fabricó gran cantidad de armas y escudos (Versículo 5). Además, nombró comandantes militares para dirigir al pueblo; luego, reuniéndolos a todos, les ofreció palabras de aliento: «Sean fuertes y valientes. No teman ni se desanimen por el rey de Asiria y su gran ejército, porque hay un poder mayor con nosotros que con él. Él solo tiene un brazo de carne, pero con nosotros está el SEÑOR nuestro Dios para ayudarnos y pelear nuestras batallas». Y el pueblo se animó con las palabras de Ezequías, rey de Judá (Versículos 7-8). Sin embargo, Ezequías no expresó su fe en la ayuda de Dios solo con palabras. Un hecho notable es que, al ver que Senaquerib, rey de Asiria, había llegado para atacar Jerusalén, consultó con sus oficiales y guerreros y cortó todas las fuentes de agua fuera de la ciudad (v. 3). Desde una perspectiva de sentido común, esto equivaldría a un acto de suicidio. La razón es que cortar todas las fuentes de agua externas significaba que no solo los reyes y soldados asirios —que se habían reunido fuera de la ciudad para atacar al pueblo de Judá— no podrían obtener suficiente agua (v. 4), sino que Ezequías y el pueblo de Judá también se quedarían sin agua para beber. ¿Por qué el rey Ezequías tomó tal medida? ¿Qué lo impulsó a lanzarse a una situación de crisis donde se enfrentaban a la posibilidad real de morir de sed (v. 11)? La respuesta radica en que el rey Ezequías tenía una fe inquebrantable en la ayuda de Dios. Creía firmemente que Dios sin

duda vendría en su auxilio y ayudaría al pueblo de Judá (v. 8). ¿Compartimos tú y yo, en verdad, esa misma convicción: que Dios sin duda vendrá en nuestra ayuda?

Tras proclamar este mensaje durante nuestro servicio de oración matutino de hoy, dediqué un tiempo a la oración, examinando mi propia vida a la luz de esa Palabra. Al hacerlo, me vinieron a la mente dos promesas que Dios me había hecho (Juan 6:1–15 y Mateo 16:18). Luego, fijando mi mirada en la Cruz, anhelé fervientemente la ayuda de Dios. Supliqué a Dios, pidiéndole que Él —Aquel que prometió edificar Su iglesia (Mateo 16:18)— interviniera personalmente para ayudar y establecer la Iglesia Presbiteriana Victory, la cual es el propio Cuerpo del Señor. Mientras oraba, se me ocurrió un pensamiento: así como Ezequías, los oficiales de Judá y los valerosos guerreros se consultaron una vez entre sí para cortar (o bloquear) todas las fuentes de agua situadas fuera de las murallas de la ciudad, ¿acaso no deberían los líderes de la Iglesia Presbiteriana Victory consultarme a mí y tomar una decisión igualmente audaz? Sentí una fuerte convicción de que, si existen cosas en las que confiamos más que en Dios mismo, Él ciertamente desea que nosotros —al igual que Ezequías, los oficiales y los guerreros— tomemos una decisión determinante. Debemos cortar todo vínculo con cualquier cosa en la que confiemos que no sea Dios. Si somos incapaces de cortar esos vínculos, ello significa que no estamos depositando nuestra confianza plena en la ayuda de Dios. Sin embargo, si poseemos la misma fe y convicción que Ezequías —creyendo con absoluta certeza que Dios sin duda nos ayudará—, entonces debemos proceder a cortar (o bloquear) esas fuentes de agua, aunque ello implique que podamos experimentar sed por un tiempo. Solo cuando cortemos esos vínculos podremos recibir la verdadera ayuda de Dios, el Creador del cielo y de la tierra.

«Alzo mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda viene del SEÑOR, el Hacedor del cielo y de la tierra» (Salmo 121:1).

El Dios que nos consuela cuando estamos desanimados

«Pero Dios, que consuela a los desanimados, nos consoló con la llegada de Tito» (2 Corintios 7:6).

Vivimos en un mundo lleno de cosas que nos hacen sentir desanimados. Si bien puede haber muchas cosas desalentadoras al observar el país en el que vivimos, también puede haber abundantes razones para sentirnos desanimados al pensar en la iglesia del Señor, a la cual amamos y apreciamos. En particular, podemos desanimarnos a causa del pastor que amamos, y también podemos desanimarnos fácilmente a causa de los ancianos. Si somos testigos de que la iglesia se divide a causa de ellos, es posible que nos desanimemos aún más. Tal desánimo puede ser fatal para nuestras vidas espirituales. Esto se debe a que un desánimo grande, profundo y persistente puede hacer que caigamos en un estancamiento espiritual. Si caemos en el estancamiento espiritual, entonces el consuelo de nadie será suficiente para nosotros. Más bien, nuestras almas rechazarán el consuelo no solo de nuestros hermanos y hermanas cercanos a quienes amamos, sino también el de nuestros amados familiares. Por lo tanto, debemos ser muy cautelosos ante el estancamiento espiritual. Para evitar esto, cuando nos sintamos desanimados, debemos mirar aún más hacia el Señor solamente. Debemos acercarnos aún más a Dios Padre, arrodillarnos y buscar a «Abba Padre». Esto se debe a que solo el Señor, nuestra esperanza, puede consolar nuestros corazones desanimados. Por consiguiente, cuando estemos desanimados, debemos mirar humildemente y con fe a Dios, quien nos consuela.

Al observar el texto de hoy, 2 Corintios 7:6, el apóstol Pablo se refiere a Dios, ante los creyentes de la iglesia de Corinto, como «el Dios que consuela a los desanimados». ¿Quiénes son los «desanimados» de los que habla Pablo aquí? En mi opinión, parece referirse a dos grupos de personas. (1) El primer grupo somos «nosotros» (versículo 6), mencionados en la última parte del versículo 6; esto parece referirse al propio Pablo y a sus colaboradores. ¿Por qué estaban desanimados? Quizás estaban desanimados porque estaban soportando todo tipo de tribulaciones (versículo 4). En particular, cuando llegaron a Macedonia, no solo se encontraban mal físicamente, sino que también enfrentaron dificultades dondequiera que iban; Es posible que se sintieran desanimados debido a que había conflictos en el exterior y temores en el interior (versículo 5, *Modern English Version*). Sin embargo, creo que lo que desanimó a Pablo y a sus colaboradores —incluso más que eso— fue el hecho de que los creyentes de la iglesia de Corinto, a quienes ellos amaban, estaban pecando contra Dios. La razón por la que pienso esto es que el apóstol Pablo les dijo lo siguiente a los creyentes de la iglesia de Corinto en el versículo 1: «Por tanto, amados, puesto que tenemos estas promesas, limpiémonos de toda impureza de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios». Imaginen esto: ¿acaso no se habrían sentido lo suficientemente desanimados Pablo —siervo del Señor— y sus colaboradores al darse cuenta de que los amados creyentes de la iglesia de Corinto, por quienes oraban desde la distancia, no estaban viviendo una vida plenamente santa y estaban pecando contra Dios a causa de todas aquellas cosas que contaminan sus cuerpos y sus almas? (2) El segundo grupo lo constituyen los creyentes de la iglesia de Corinto. La razón por la que se les considera «desanimados» (versículo 6) —al igual que a Pablo y a sus colaboradores— es que no solo estaban pecando contra Dios, sino que también se sentían angustiados por la carta que habían recibido de Pablo (versículo 8). Naturalmente, ¿acaso no se habrían desanimado al verse a sí mismos pecando contra Dios? Además, dado que Pablo reprendió sus pecados con amor en la carta a los Corintios, ¿no se habrían sentido los creyentes de la iglesia de Corinto lo suficientemente desanimados en medio de su angustia? Por supuesto, los «desanimados» mencionados en el texto de hoy —2 Corintios 7:6— probablemente se refieran, en primer lugar, a Pablo y a sus colaboradores; no obstante, al examinar el contexto,

creo que aquellos desanimados a quienes Dios consoló incluyen no solo a ellos, sino también a los creyentes de la iglesia de Corinto.

Entonces, ¿cómo consoló Dios a aquellos que estaban tan desanimados? (1) En primer lugar, ¿cómo consoló Dios a Pablo y a sus colaboradores? Dios los consoló por medio de Tito (v. 6). Al brindar este consuelo, Dios ministró a Pablo y a sus colaboradores al permitirles recibir tres noticias específicas a través de Tito: (a) Por medio de Tito, Pablo y sus colaboradores recibieron la consoladora noticia (v. 9) de que los creyentes de la iglesia de Corinto —impulsados por la carta de Pablo, *1 Corintios*— habían experimentado una tristeza que era «según la voluntad de Dios». Además, se enteraron de que esta tristeza (v. 10) los había llevado al arrepentimiento. ¿Quién obró este arrepentimiento? ¿Acaso no fue Dios mismo? Dado que Dios había usado a Pablo (y su carta) para llevar a los creyentes corintios al arrepentimiento —permitiéndoles así demostrar su propia inocencia (v. 11)—, Pablo y sus colaboradores se sintieron grandemente consolados al recibir este informe por medio de Tito. (b) Por medio de Tito, Pablo y sus colaboradores recibieron la consoladora noticia (v. 13) de que los creyentes de la iglesia de Corinto albergaban un profundo anhelo por ellos, demostrando cuán celosos eran en su favor (v. 12). (c) Pablo y sus colaboradores se regocijaron porque Tito había hallado alivio —recibiendo «nuevas fuerzas» (v. 13)— a través de sus interacciones con los creyentes corintios; al presenciar esto, no solo se sintieron consolados, sino también llenos de inmensa alegría (v. 13). En particular, Pablo se regocijó (v. 16) porque reconoció que los creyentes corintios habían recibido a Tito con «temor y temblor» y lo habían obedecido; en consecuencia, el afecto de Tito hacia ellos se había profundizado aún más (v. 15), llevando a Pablo a depositar su plena confianza en los creyentes corintios en todo aspecto. (2) Entonces, ¿cómo consoló Dios a los creyentes de la iglesia de Corinto? (a) Creo que Dios consoló a los creyentes corintios utilizando la Primera Carta de Pablo a los Corintios para llevarlos a un estado de tristeza según Dios, la cual, en última instancia, los condujo al arrepentimiento (v. 9). En otras palabras, Dios los consoló permitiéndoles experimentar un arrepentimiento que conduce a la salvación (v. 10) y haciendo que demostraran el fruto digno de arrepentimiento: a saber, la pureza (v. 11). (b)

Además, creo que Dios consoló a los creyentes corintios guiándolos a recibir a Tito —el siervo del Señor— con temor y reverencia, y a obedecerle; esto, a su vez, profundizó el propio afecto (amor) de Tito hacia ellos (v. 15; *Modern People's Bible*). (c) Finalmente, creo que Dios los consoló permitiendo a Pablo depositar su plena confianza en los creyentes corintios en todo aspecto —o, como lo expresa la *Modern People's Bible*, "completamente" (v. 16).

Mientras transitamos nuestra vida cotidiana en este mundo, podemos encontrarnos con muchas personas y circunstancias que nos causen desánimo; sin embargo, en mi propio caso, la persona que más me desanima no es otra que yo mismo. Más que cualquier otra persona, a menudo me encuentro decepcionado y abatido debido a quien soy. La razón de esto es que desobedezco la Palabra de Dios y, al hacerlo, cometo pecado contra Él. Al ser testigos de este aspecto de mi carácter, los miembros de nuestra familia eclesial también pueden sentirse desanimados. Del mismo modo, los hermanos en la fe que me aman y me apoyan también pueden experimentar desánimo a causa mía. En este preciso momento, oro para que Dios —Aquel que consuela a los abatidos— extienda Su consuelo a todos nosotros. Que Dios, la Fuente de todo consuelo (1:3), traiga consuelo a cada uno de ustedes mientras soportan diversas pruebas y adversidades (v. 4; *Modern People's Bible*). Que Dios les conceda consuelo, y que lo haga permitiéndoles escuchar buenas nuevas. Oro para que Dios los consuele con la noticia de que el hermano o la hermana que ustedes aman y por quien están orando está dando frutos de arrepentimiento; con la noticia de su amor ferviente hacia ustedes; y con la noticia de que, gracias a la influencia de ustedes, han hallado fuerzas renovadas y que el vínculo de confianza entre ustedes se ha profundizado.

Un Consolador Compasivo

«Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo, tal como nosotros, aunque sin pecado» (Hebreos 4:15).

Entre nosotros hay quienes sufren, pero no logran expresar su dolor. A nuestro alrededor también hay muchos que atraviesan dificultades, pero no se atreven a confesarlo. Muchas personas viven hoy sus vidas albergando miedo, dolor y sufrimiento en lo más profundo de sus corazones. El problema, sin embargo, es que muchos de estos individuos no pueden compartir sus corazones atribulados con nadie; en cambio, viven en constante ansiedad y angustia. Quizás la razón de esto sea que carecen de un amigo: alguien con quien puedan compartir verdaderamente su corazón y su alma. ¿Por qué son incapaces de abrir sus corazones? Tal vez sea porque asumimos que, aun si nos abriéramos y compartiéramos nuestro sufrimiento, la otra persona no nos comprendería ni empatizaría con nosotros. En consecuencia, parece que tendemos a sepultar ese sufrimiento en lo más recóndito de nuestros corazones. Y así, continuamos viviendo nuestras vidas de esta manera, día tras día.

Durante la Semana de la Pasión, mientras meditaba en Jesús —Aquel descrito como «varón de dolores» (Isaías 53:3)—, recordé una vez más la verdad de que Jesús es el Sumo Sacerdote que verdaderamente se compadece de mis debilidades. Reflexionando sobre esto, oré a Dios, pidiéndole que me estableciera como un consolador que, al igual que Jesús, se compadezca de las debilidades de los prójimos que amo. Tras orar, medité sobre cómo podría traducir esa oración en acción: cómo podría convertirme verdaderamente en el tipo de consolador compasivo que el Señor desea levantar.

En primer lugar, para ser establecido como un consolador compasivo, debo reconocer y admitir plenamente mis propias debilidades ante el Señor, Aquel que se compadece precisamente de esas debilidades.

Por instinto, preferimos la ciudad al desierto. La razón de ello es que el desierto es un lugar de soledad. Dado que el desierto parece totalmente vacío, preferimos migrar a la ciudad —un lugar que parece rebosar de «cosas»— y establecer allí nuestro hogar. Sin embargo, necesitamos adentrarnos voluntariamente en un desierto solitario. Y en ese desierto desolado —donde nada poseemos— debemos acercarnos al Señor, nuestro Sumo Sacerdote, quien empatiza plenamente con nuestras debilidades. En particular, debemos acercarnos al Señor con humildad, reconociendo las fragilidades que quedan al descubierto en nuestro interior durante nuestro tiempo en el desierto. Debemos confesar humildemente al Señor esas mismas debilidades que nos hacen tan susceptibles a las tentaciones de Satanás. La razón de esto es que, a menos que reconozcamos nuestra propia fragilidad, nunca podremos experimentar verdaderamente al Señor que empatiza con nuestras debilidades. ¿Por qué, entonces, elegimos entrar en este desierto solitario por nuestra propia voluntad? ¿Acaso no es precisamente para encontrarnos —para experimentar— al Señor que comprende plenamente y comparte nuestras debilidades? Debemos adentrarnos voluntariamente en el desierto con la intención de transformar ese lugar solitario en un jardín de santa soledad. Y allí, debemos reconocer humildemente ante el Señor cada debilidad que se revele en nuestro interior.

En segundo lugar, para ser establecidos como consoladores empáticos para los demás, primero debemos experimentar personalmente el consuelo provisto por el Espíritu Santo que mora en nosotros.

Por naturaleza —viviendo como vivimos en la ciudad— tendemos a preferir recibir consuelo de quienes nos rodean en lugar de ofrecer consuelo a los demás. La razón de esto es que, al vivir en medio de las multitudes de la ciudad, a menudo sucumbimos a las tentaciones

de Satanás y, gradualmente, nos volvemos cada vez más egocéntricos. Además, la causa fundamental de este creciente egoísmo es que vivimos nuestras vidas principalmente para los ojos de las personas, en lugar de para los ojos de Dios. Esto no puede ser otra cosa que obra de Satanás. Cuando cedemos a esta tentación satánica —que nos impulsa a vivir para la aprobación humana en lugar de para Dios—, inevitablemente desviamos nuestro enfoque de Dios hacia las personas que nos rodean. Así como David —quien una vez mantuvo su mirada fija en Dios mientras estaba en el desierto, pero que más tarde desvió su mirada hacia Betsabé dentro del palacio real y pecó contra Dios—, así también nosotros —en medio de la abundancia de la bulliciosa ciudad— pecamos contra Dios al desviar nuestro enfoque de Él hacia las personas de nuestro entorno inmediato. ¿Cuál es, entonces, el pecado específico que cometemos contra Dios? Al vivir ante los demás con un corazón egoísta, cometemos pecados que infligen daño, dolor y sufrimiento a muchos. Al hacerlo, nosotros mismos también sufrimos heridas, dolor y angustia. La razón de esto es que no logramos amarnos unos a otros con el amor de Dios. Y la razón por la que somos incapaces de amarnos unos a otros con el amor de Dios es, precisamente, que nosotros mismos aún no hemos experimentado el amor de Dios. Por lo tanto, debemos adentrarnos voluntariamente en el desierto. Si hemos de vivir en la presencia de Dios —amando a nuestros prójimos con Su amor—, debemos entrar de buena voluntad en el desierto. Allí, en el desierto, confesamos al Señor los corazones egoístas que Él revela en nuestro interior, y nos arrepentimos. Cuando hacemos esto, el Señor perdonará nuestros pecados. Además, el Espíritu Santo que habita en nosotros —Dios mismo— traerá consuelo a nuestros corazones. Y a medida que experimentemos el consuelo del Espíritu Santo, seremos capacitados para vivir una vida abnegada: una vida de amarnos unos a otros.

En tercer lugar, para ser establecidos como consoladores compasivos, debemos llevar a cabo el ministerio de consolación con el propio corazón de Dios Padre.

Nuestro instinto natural es vivir conforme a nuestra propia voluntad, nunca conforme a la voluntad de Dios Padre. En otras palabras, nuestro instinto es vivir basándonos en lo que

nosotros vemos, oímos y sentimos, nunca basándonos en lo que Dios Padre ve, oye y siente. Sin embargo, aquella persona que, en medio de la bulliciosa ciudad, contempla a las almas vulnerables que sufren y están hambrientas del amor de Dios —quien se angustia por su difícil situación, sufre junto a ellas y lucha por amarlas— es quien entra voluntariamente en el desierto. Y quien entra de buen grado en ese desierto, transformándolo en un jardín de soledad, llega a experimentar la presencia de Dios; a través de esta experiencia, llega gradualmente a discernir los ojos de Dios, los oídos de Dios y el corazón de Dios. Precisamente por esto debemos entrar voluntariamente en el desierto. Es en el desierto donde debemos aprender el corazón de Dios Padre. Además, con el corazón de Dios Padre, debemos contemplar las almas que Él está cuidando y, con nuestros corazones, debemos escuchar los clamores de las personas que sufren y a las que Él está oyendo. Entonces, debemos ir hacia esas almas sufrientes a las que Dios Padre nos envía. Acercándonos a ellas con el corazón compasivo de Dios Padre, debemos ser capaces de oír —con los propios oídos del Señor— incluso sus gemidos más tenues. Debemos ser capaces de percibir la angustia que hay en sus corazones. Es el Espíritu Santo que mora en nosotros quien nos capacita para ver y para oír. Y el Espíritu Santo —el Consolador— desea usarnos como instrumentos para llevarles consuelo. Por lo tanto, debemos ser establecidos y utilizados como instrumentos de consolación en las manos de Dios el Espíritu Santo. Debemos llevar a cabo fielmente el ministerio de consolación con el corazón de Dios Padre.

Deseo ser establecido como un consolador compasivo. Deseo ser utilizado como un instrumento del Espíritu Santo: el Consolador. Y así, una vez más hoy, me aventuro solo en el desierto; allí, me expongo a la luz de la Palabra, reconozco mis debilidades reveladas ante Dios Padre y me acerco a Él en oración. Al hacerlo, el Señor —quien empatiza plenamente con mis debilidades— me consuela con el mismísimo corazón de Dios Padre. Y al percibir ese corazón del Padre, me rindo en obediencia a la guía del Espíritu Santo y soy capacitado para llevar a cabo un ministerio de consuelo. Aunque mi instinto natural es meramente decepcionar a los demás en lugar de consolarlos, el Espíritu Santo que mora en mí desea,

aun hoy, utilizarme como instrumento de consuelo. Por ello, oro a Dios Padre: «¡Señor, estableceme como un consolador que verdaderamente empatiza con los demás!».

¡Ofrezca consuelo a través de las palabras!

«...Reunió al pueblo en la plaza abierta junto a la puerta de la ciudad y les habló con palabras de aliento, diciendo: "Sean fuertes y valientes. No teman ni se desanimen a causa del rey de Asiria y del inmenso ejército que lo acompaña, pues hay un poder mayor con nosotros que con él. Con él está solo el brazo de carne, pero con nosotros está el SEÑOR, nuestro Dios, para ayudarnos y pelear nuestras batallas". El pueblo cobró confianza gracias a lo que dijo Ezequías, rey de Judá» (2 Crónicas 32:6–8).

Hace algún tiempo, recibí un gran consuelo mientras leía los capítulos 1 y 2 del libro de Job. El primer pasaje que realmente me hizo detenerme y reflexionar fue Job 1:5. No pude evitar asombrarme ante el relato de que Job se levantaba temprano por la mañana y ofrecía holocaustos a Dios —uno por cada uno de sus hijos—, no fuera que hubieran «pecado y maldecido a Dios en sus corazones». ¿Cómo es posible que un padre conozca los pensamientos íntimos de sus hijos? En particular, ¿cómo podría uno saber si un hijo ha pecado contra Dios en su corazón? Sin embargo, a diferencia de Job, yo —como padre— nunca había ofrecido oraciones de arrepentimiento en nombre de mis hijos durante mis momentos de oración matutina, por la preocupación de que pudieran haber pecado contra Dios en sus corazones. El segundo punto que captó mi atención fue la afirmación en Job 1:20: tras recibir la noticia de todas sus calamidades, él «cayó al suelo en adoración». ¿Cómo pudo Job caer al suelo y adorar a Dios después de haberlo perdido todo, incluso a todos sus hijos? Además, al leer Job 1:22 y 2:10, no pude evitar maravillarme ante el hecho de que el texto afirma explícitamente: «En todo esto, Job no pecó con sus labios». Dada la

tendencia humana a culpar a Dios cuando se enfrenta a la adversidad, cabría esperar que Job hubiera hecho precisamente eso; sin embargo, no pecó con sus labios. Mientras reflexionaba sobre cómo podríamos ofrecer consuelo a alguien como Job —quien soportaba un sufrimiento tan extremo—, las palabras de Job 2:13 resonaron en lo más profundo de mi ser: sus amigos «se sentaron con él en el suelo durante siete días y siete noches, y nadie le dijo una sola palabra, pues veían que su sufrimiento era muy grande». Reflexioné sobre el hecho de que, a pesar de permanecer a su lado durante toda una semana, no pronunciaron ni una sola palabra. Me pregunté: ¿Fue precisamente porque presenciaron la inmensa magnitud de la agonía de Job que sus amigos optaron por guardar silencio, limitándose simplemente a hacerle compañía?

Recordé una ocasión en la que, mientras predicaba la Palabra de Dios, utilicé la frase «negarse a ser consolado». Hay momentos en los que nuestros corazones están tan quebrantados, y nos hallamos inmersos en un dolor tan insoportable, que simplemente nos negamos a aceptar cualquier consuelo. Todos experimentamos épocas en las que sentimos que nuestros corazones están fuera del alcance del consuelo humano; momentos en los que ninguna palabra —por muy bien intencionada que sea— parece capaz de ofrecer alivio alguno. Hoy, mientras estudiaba nuestro texto —2 Crónicas 32:6-8—, la parte final del versículo 6 captó mi atención: el rey Ezequías «reunió al pueblo y lo animó con sus palabras». Tomando esto como mi tema —«¡Consuelo a través de las palabras!»—, medité sobre dos puntos específicos:

Primero: ¿Cuándo, exactamente, debemos ofrecer consuelo mediante palabras?

El momento que el rey Ezequías eligió para animar a su pueblo con palabras fue, precisamente, «después de todos estos actos de fidelidad» (2 Crónicas 32:1). En otras palabras, el rey Ezequías ofreció aliento verbal a su pueblo durante una crisis; una prueba que sobrevino *después* de que las reformas religiosas —detalladas en los capítulos 30 y 31 de 2 Crónicas— se hubieran establecido firmemente; concretamente, cuando

Senaquerib, rey de Asiria, invadió Judá. ¿Por qué, de entre todos los momentos posibles, eligió *ese* instante en particular? En aras de la gloria de Dios, el rey Ezequías —fiel siervo del Señor— había establecido con firmeza una reforma religiosa. ¿Por qué, entonces, sobrevinieron pruebas tan difíciles precisamente *después* de que dicha reforma se hubiera completado? En cierto sentido, es posible que Dios haya suscitado a una nación extranjera para poner a prueba si la reforma religiosa se había establecido verdaderamente sobre un cimiento firme. Un hecho innegable es que, también en nuestras propias vidas, hay momentos en los que necesitamos desesperadamente palabras de consuelo. Si bien tales momentos pueden variar, al reflexionar sobre el pasaje bíblico de hoy, queda claro que necesitamos consuelo específicamente en medio de las crisis y pruebas que nos asaltan justo cuando algo se está estableciendo con firmeza. Quizás las crisis y pruebas que enfrentamos sean, de hecho, la evidencia de que algo significativo se está estableciendo verdaderamente con firmeza.

En segundo lugar —y para concluir—: ¿cómo, entonces, debemos ofrecer consuelo a través de nuestras palabras?

El rey Ezequías reunió al pueblo y les ofreció consuelo verbal, diciendo: «Sed fuertes y valientes... No tengáis miedo ni os desaniméis» (Versículo 7). ¿Cómo pudo el rey Ezequías consolar al pueblo de Israel con tales palabras en medio de una crisis tan grave? Creo que fue porque el propio rey Ezequías había recibido un inmenso consuelo del gran Dios que estaba con él, incluso en medio de sus propias y severas pruebas. Además, en lugar de mostrar la actitud de falta de fe —caracterizada por la desesperación, la ansiedad y la preocupación— ante una crisis o problema mayor, el rey Ezequías —como hombre de verdadera fe— demostró a su pueblo cómo es la verdadera fe: fijar la mirada en el gran Dios, incluso en medio de las mayores crisis. Como hombre de verdadera fe, el rey Ezequías poseía una convicción inquebrantable. Esa convicción no era otra que esta: «El Señor Dios, que está con nosotros, ciertamente nos ayudará y luchará a nuestro favor». Al reflexionar sobre cómo llegó el rey Ezequías a poseer tal fe y convicción, mis pensamientos se dirigen

a la palabra «fidelidad» (o «veracidad») que se encuentra en 2 Crónicas 32:1. En otras palabras, el rey Ezequías poseía verdadera fe y convicción porque era un hombre fiel a Dios; es decir, un hombre que era veraz ante Él. Sin embargo, tal fidelidad (o veracidad) humana no puede ser el objeto último de nuestro enfoque. La razón es que nuestra veracidad humana no puede compararse con la veracidad de nuestro Señor. Por lo tanto, debemos buscar la respuesta en la propia fidelidad del Señor. En última instancia, el fundamento de la verdadera fe y convicción del rey Ezequías reside en la fidelidad del Señor. Son Sus promesas —que Él estará con nosotros mientras cumple fielmente Su Palabra, que ciertamente vendrá en nuestra ayuda y que librará nuestras batallas espirituales en nuestro favor— las que fortalecen nuestros corazones y nos llenan de audacia.

¡Una crisis es una oportunidad!

«Porque esta noche estuvo conmigo un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo, diciendo: "No temas, Pablo; es necesario que comparezcas ante el César; y he aquí, Dios te ha concedido a todos los que navegan contigo". Por tanto, tened buen ánimo, varones, pues yo creo en Dios que sucederá tal como se me ha dicho» (Hechos 27:23–25).

¿Cómo debemos ver las crisis que surgen en el viaje de nuestras vidas?

Cuando nos enfrentamos a una crisis, a menudo nos encontramos preguntándonos: «¿Por qué me ha sobrevenido esta crisis *a mí*?». Al hacerlo, podemos llegar a la conclusión de que la crisis nos fue provocada por otra persona, lo cual nos lleva a albergar resentimiento contra ella. En medio de tales pensamientos y agravios, podemos quedar completamente consumidos por la crisis que nos confronta. En consecuencia, a menudo nos obsesionamos tanto con nuestra propia difícil situación dentro de la crisis que dejamos de ver a cualquier otra persona a nuestro alrededor. Es más, podemos hundirnos cada vez más en el atolladero de la crisis: perdiendo toda esperanza de liberación, cediendo a la desesperación y debatiéndonos en un mar de desamparo y abatimiento. ¿Es esta, verdaderamente, la reacción ante una crisis que Dios —Aquel que gobierna todas las crisis— desea de ti y de mí?

Cuando examinamos el contexto del pasaje bíblico de hoy —Hechos 27:23–25— vemos al apóstol Pablo enfrentando una crisis junto con las otras 275 personas que se encontraban a bordo del barco con él. La causa inmediata de esta crisis recaía en Julio, el centurión

encargado de escoltar a Pablo a Italia (v. 1); él había elegido depositar su confianza en el juicio del capitán y del dueño del barco, en lugar de seguir el consejo de Pablo (v. 11). El consejo de Pablo, en esta instancia, se basaba en el hecho de que —tras luchar «con dificultad» (vv. 7–8) para llegar a un lugar llamado Buenos Puertos (v. 8)— continuar la navegación se había vuelto peligroso (v. 9). Él advirtió: «Este viaje será con daño y mucha pérdida, no solo de la carga y del barco, sino también de nuestras vidas» (v. 10). Sin embargo, el centurión Julio no prestó atención a las palabras de Pablo; en su lugar, escuchó al dueño y al capitán del barco y prosiguió con el viaje (v. 12). Al hacerlo, el centurión, el dueño y el capitán creyeron inicialmente haber tomado la decisión correcta, pues comenzó a soplar un suave viento del sur (v. 13). En otras palabras, el centurión, el dueño y el capitán estaban convencidos de que su decisión era acertada. No obstante, poco después, una violenta tormenta conocida como el «Nortazo» (Euroclidón) descendió desde la isla (v. 14). El barco quedó atrapado en el vendaval y no pudo hacer frente al viento; así, se enfrentaron a una crisis en la que simplemente fueron arrastrados a dondequiera que el viento los llevara (v. 15). A causa de esta crisis, la gente se llenó de temor (v. 17) y, finalmente, toda esperanza de salvación se desvaneció por completo (v. 20). En medio de esta agitación, Pablo animó a quienes se encontraban a bordo del barco con él, diciendo: «¡Tengan ánimo! Pues ninguno de ustedes perderá la vida; solo el barco se perderá» (v. 22). ¿Cómo pudo Pablo ofrecer tal aliento? Fue precisamente porque había recibido un mensaje a través de un ángel de Dios: «No temas, Pablo. Debes comparecer ante el César; y Dios te ha concedido, por su gracia, la vida de todos los que navegan contigo» (v. 24). En resumen, Pablo escuchó la voz de Dios en medio de una crisis. Esta es la primera lección que nos ofrece el pasaje bíblico de hoy: una crisis es una oportunidad privilegiada para escuchar la voz de Dios.

¿Qué opinas? ¿Crees verdaderamente que una crisis es una buena oportunidad para escuchar la voz de Dios? O bien, ¿has escuchado alguna vez la voz de Dios estando en medio de una crisis? En cuanto a mí, durante las crisis de mi propia vida, a menudo me he encontrado escuchando más a mi propia voz interior —o a la voz de mis circunstancias— que a la voz de Dios. Cuando nuestro primer hijo yacía en la unidad de cuidados intensivos,

aquejado por una enfermedad, no estuve atento a la voz de Dios; En cambio, contemplé a mi hijo sufriente y permití que las circunstancias que lo rodeaban le hablaran a mi corazón. Luego, después de que el médico tratante nos preguntara si deseábamos permitir que nuestro bebé tuviera una muerte lenta o una rápida, regresamos a casa. A la mañana siguiente —un lunes— Dios me habló a través de las palabras del Salmo 63:3: «Porque tu misericordia es mejor que la vida, mis labios te alabarán». A través de este versículo, Dios nos enseñó que Su amor eterno es muy superior a los meros 55 días de vida concedidos a nuestro primogénito, Jooyoung; por lo tanto, tanto mi esposa como yo debíamos usar nuestros labios para ofrecer alabanza al Señor. Fue precisamente por esta razón que, esa mañana, mi esposa y yo fuimos al hospital y dimos nuestro consentimiento para que nuestro bebé fuera liberado de su sufrimiento rápidamente. Después —tras habernos unido a mis padres, a mi hermano mayor y su esposa, y a mi hermana menor para ofrecer adoración a Dios— desconectamos todas las máquinas conectadas a nuestro bebé; poco después, él se durmió en mis brazos. Más tarde, tras haber cremado a nuestro bebé y esparcido sus cenizas sobre un lago, regresamos a la orilla cantando un himno de alabanza a Dios lleno de fervor: «El amor de mi Salvador». Todo esto fue una gracia que experimentamos únicamente debido a la Palabra que Dios nos habló en medio de nuestra crisis.

La segunda lección que nos ofrece el pasaje bíblico de hoy es esta: una crisis sirve como una oportunidad inmejorable para demostrar amor a nuestros prójimos.

Cuando nos enfrentamos a una crisis, tendemos a volvernos egocéntricos. Ante la adversidad, a menudo quedamos totalmente absortos en nosotros mismos. Mi esposa y yo no fuimos la excepción. Durante los 55 días en que nuestro primogénito, Jooyoung, estuvo hospitalizado en la unidad de cuidados intensivos, estuvimos completamente consumidos por nuestra atención centrada únicamente en él. No me percaté de esto hasta que, un día, mi esposa señaló que parecíamos habernos vuelto excesivamente «absortos en nosotros mismos». En aquel momento —aunque yo sabía que el negocio de la fábrica de costura, dirigido por mis tíos cuarto y menor, enfrentaba una situación extremadamente difícil—

permanecí totalmente preocupado por mi primogénito. Nuestra excusa era que una vida humana era más importante que una empresa al borde de la bancarrota. Sin embargo, esto fue, en verdad, un fracaso por mi parte: una señal de mi inmadurez al no saber aprovechar una crisis como una oportunidad. Un cristiano verdaderamente maduro, no obstante, sabe transformar las crisis que enfrenta en oportunidades para amar a su prójimo. Esto es precisamente lo que hizo el apóstol Pablo.

Al enfrentarse a una crisis, el apóstol Pablo amó a sus prójimos de acuerdo con el mandamiento de Jesús. Incluso cuando el barco en el que viajaba naufragó —poniendo en grave peligro las vidas de las 275 personas que viajaban con él (v. 37)—, él, en cambio, ofreció consuelo y aliento a esos compañeros de viaje. Pablo los exhortó: «Tengan ánimo ahora» (v. 22) y «Tengan ánimo, hombres» (v. 25). Pudo hacerlo porque había escuchado la voz de Dios a través de su mensajero, y porque confiaba en que la palabra de Dios se cumpliría exactamente tal como había sido prometida (v. 25). En otras palabras, debido a que Pablo depositó su fe absoluta en el mensaje que había recibido del mensajero de Dios —«No temas, Pablo; es necesario que comparezcas ante el César. Y, de hecho, Dios te ha concedido a todos los que navegan contigo» (v. 24)—, pudo infundir tranquilidad a quienes viajaban con él en el barco. Así, aquellos que poseen la certeza de la salvación son capaces de brindar paz mental a quienes tiemblan ante la incertidumbre de su propia salvación. Los cristianos que han recibido el amor salvador de Dios tienden la mano a aquellos que carecen de la esperanza de salvación y comparten el amor de Cristo. Los cristianos que disfrutan del amor salvador de Dios obedecen el mandamiento de Jesús de amar al prójimo consolando, animando y edificando a aquellos que aún no experimentan ese amor. En otras palabras, los cristianos que han experimentado el amor salvador de Dios y poseen la certeza de la salvación ven los tiempos de crisis como oportunidades para demostrar amor por sus prójimos.

Finalmente —y en tercer lugar—, la lección que nuestro texto nos transmite hoy es que una crisis sirve como una oportunidad privilegiada para experimentar la gloria de la salvación de Dios.

Debido a que el apóstol Pablo poseía la certeza de la salvación, ofreció consuelo y aliento a aquellos que carecían de esa esperanza. Además, fundamentado en esa certeza y esperanza de salvación, Pablo instó a sus compañeros de viaje a comer —asegurándoles: «Ni un solo cabello de vuestra cabeza perecerá»— para que ellos también pudieran ser salvados (v. 34). Luego, cuando «tomó pan y, en presencia de todos, dio gracias a Dios, lo partió y comenzó a comer» (v. 35), todos los demás se sintieron reconfortados y también tomaron y comieron del pan (v. 36). ¡Qué escena verdaderamente asombrosa! ¿Cómo es posible dar gracias a Dios incluso en medio de una crisis, cuando uno se encuentra precisamente en la encrucijada entre la vida y la muerte?

Nosotros, los cristianos que creemos en Jesús, somos capaces de dar gracias incluso en situaciones en las que la gratitud parece imposible. La razón es que hemos experimentado el amor salvador de Dios; además, junto con la certeza de nuestra salvación, poseemos la esperanza de la salvación. Es más —puesto que dirigimos nuestra mirada hacia la gloria de la salvación de Dios, acompañados por Su presencia que hace realidad esa esperanza— somos capaces de ofrecer gracias a Dios incluso en circunstancias que, en apariencia, no dejan lugar para la gratitud. Y cuando experimentamos la gloria de la salvación de Dios, no podemos menos que ofrecerle nuestras gracias, alabanza y adoración. En última instancia, las crisis que surgen en nuestras vidas sirven como excelentes oportunidades para consolidarnos como adoradores que son gratos a los ojos de Dios. En otras palabras: a través de los tiempos de crisis, Dios nos moldea para convertirnos en verdaderos adoradores que le ofrecen el sacrificio de acción de gracias.

Quisiera dar por concluida esta meditación sobre la Palabra. Debemos transformar nuestras crisis en oportunidades. Debemos ver las crisis que surgen a lo largo del viaje de

nuestra vida como oportunidades para escuchar la voz de Dios. Debemos estar prestos a escuchar la voz de Dios en medio de nuestras crisis. Además, debemos utilizar estas crisis como oportunidades para amar a nuestros prójimos. Incluso en medio de una crisis —aferrándonos firmemente a la fe de que aquello que Dios nos ha dicho ciertamente se cumplirá— debemos tender la mano a nuestros prójimos que se encuentran en angustia, ofreciéndoles consuelo, aliento y renovado valor. En particular, incluso mientras nosotros mismos enfrentamos una crisis, nosotros —que poseemos la certeza y la esperanza de la salvación— debemos infundir esa misma certeza y esperanza en nuestros amados prójimos que se debaten en las profundidades de la desesperación. Por último, debemos abrazar las crisis que se cruzan en nuestro camino como oportunidades preciosas para experimentar la gloria de la salvación de Dios. Nuestro Dios es bueno. Él es Dios. Nuestro Dios utiliza incluso nuestras crisis, haciendo que todas las cosas obren para bien. Nuestro Dios es un Dios fiel que cumple infaliblemente las promesas que nos ha hecho. Es más, este Dios fiel es un Dios de salvación que, sin duda, nos librará de nuestras crisis. Mientras todos oramos por esa gracia salvadora, la anticipamos y la aguardamos, experimentemos la gloria de la salvación de Dios.

La sabiduría que brilla con mayor intensidad en tiempos de crisis

«Id y averiguad más a fondo; descubrid exactamente dónde se esconde y quién lo ha visto allí» (1 Samuel 23:22).

Uno de mis dibujos animados favoritos de la televisión cuando era niño era *Tom y Jerry*. Y ahora, a mis tres hijos —especialmente al más pequeño, que está en la escuela primaria— les encanta ese mismo dibujo animado. La razón por la que lo disfrutaba tanto era que me parecía increíblemente entretenido ver cómo Jerry, un ratón diminuto, superaba en astucia y derrotaba a Tom, un gato mucho más grande que él. En particular, me encantaba observar cómo, cada vez que Tom empleaba todos los trucos habidos y por haber para atrapar a Jerry, el astuto ratón no solo lograba eludir el peligro con éxito, sino que a menudo conseguía darle la vuelta a la situación, haciendo que fuera Tom quien cayera en un aprieto. Siempre que pienso en este dibujo animado, me viene a la mente el relato bíblico de la batalla entre David y Goliat. Quizás esto se deba a que tiendo a ver a David como una figura similar a Jerry, y a Goliat como una figura similar a Tom. Como ya sabemos, David —un humilde pastor— luchó contra el gigante filisteo Goliat y salió victorioso. Además, debido a que David se condujo con sabiduría y prudencia dondequiera que el rey Saúl lo enviaba, cuando Saúl lo nombró comandante del ejército, dicho nombramiento fue considerado apropiado y correcto por todo el pueblo, e incluso por los propios oficiales de Saúl (1 Samuel 18:5). Sin embargo, surgió un problema cuando David regresó tras haber matado a Goliat: mujeres de cada pueblo de Israel salieron cantando, bailando y tocando panderetas y címbalos para dar la bienvenida al rey Saúl. Mientras celebraban, coreaban: «¡Saúl ha matado a sus miles, y

David a sus decenas de miles!». A partir de ese día, el rey Saúl comenzó a albergar una celosa hostilidad asesina hacia David (versículos 6–9). Es más, el rey Saúl temía a David porque observaba que este conducía todos sus asuntos con sabiduría; de hecho, con una sabiduría excepcional (versículos 14–15). La razón de ello era que, dado que David actuaba con sabiduría en todo lo que hacía, no solo todos los siervos de Saúl llegaron a amarlo, sino que también lo amó la propia hija de Saúl, Mical (versículos 22, 28); además, su nombre llegó a ser tenido en gran estima (versículo 30). ¿Cómo pudo David conducir todos sus asuntos con tanta sabiduría? Fue porque Dios estaba con él (versículo 14). Dado que Saúl vio y reconoció que Dios estaba con David, le temió aún más, convirtiéndose finalmente en su adversario por el resto de su vida (versículos 28–29). En consecuencia, Saúl procuró matar a David (19:1, 10). Así, desde ese momento en adelante, David se convirtió en un fugitivo, mientras que el rey Saúl se convirtió en el perseguidor.

El pasaje de hoy —1 Samuel 23:22— sigue al tiempo que David pasó en Keila (versículos 1–12), tras el cual huyó a un lugar donde pudiera evadir a Saúl (versículo 13); finalmente, para el momento en que llegamos al texto de hoy, se encuentra situado en las espesuras del desierto de Zif (versículo 15). En esa coyuntura, la gente de Zif se acercó a Saúl en Gabaa e informó que David se escondía entre ellos en el desierto, dentro de las espesuras fortificadas en el monte Haquila, al sur del desierto (versículo 19). Hicieron esto porque creían que era su deber entregar a David en manos del rey Saúl (versículo 20). Al oír esto, el rey Saúl bendijo a la gente de Zif (versículo 21); luego, tal como se relata en el pasaje de hoy —recordando un informe que había recibido de que David actuaba con gran astucia— instruyó a los zifitas que regresaran e investigaran más a fondo para descubrir exactamente dónde se escondía David y quién lo había visto allí (versículo 22). Posteriormente, el rey Saúl instruyó a los hombres de Zif que exploraran cada lugar donde David se escondía y que le informaran los detalles exactos (v. 23). Aquí, reflexioné sobre tres formas específicas en las que David demostró una sabiduría profunda. He caracterizado esta sabiduría de David como la «sabiduría que brilla con mayor intensidad en tiempos de crisis». Es mi esperanza que, al meditar en estos tres aspectos de la sabiduría de David —esa sabiduría que ilumina

en medio de la crisis— y al aplicarlos a nuestras propias vidas, nosotros también nos esforcemos por cultivar una sabiduría que brille intensamente en medio de las crisis que enfrentamos.

En primer lugar, la sabiduría que brilla con mayor intensidad en tiempos de crisis es la sabiduría de buscar el consejo de Dios. Por favor, diríjanse a 1 Samuel 23:2 y 4: «Entonces David consultó al SEÑOR, diciendo: "¿Iré y atacaré a estos filisteos?". Y el SEÑOR le respondió a David: "Ve y ataca a los filisteos y salva a Keila". [...] David volvió a consultar al SEÑOR. Y el SEÑOR le respondió: "Levántate, desciende a Keila, pues entregaré a los filisteos en tu mano"». Este pasaje registra la oración de consulta que David elevó a Dios; esto ocurrió mientras residía en un pueblo de Judá llamado Keila —adonde había huido para escapar del rey Saúl—, tras recibir la noticia de que «los filisteos estaban luchando contra Keila y saqueando sus eras» (v. 1). Como pueden ver, sin embargo, David consultó a Dios no solo una vez, sino dos. La primera vez, David le preguntó a Dios: «¿Iré y atacaré a estos filisteos?», a lo cual Dios le ordenó: «Ve y ataca a los filisteos y salva a Keila» (v. 2). Ahora bien, la razón por la que David consultó a Dios una segunda vez (v. 4) fue que sus hombres le habían dicho: «Mira, tenemos miedo incluso estando aquí en Judá; ¿cuánto más, entonces, si vamos a Keila para luchar contra los ejércitos de los filisteos?» (v. 3). En otras palabras, la razón por la que David le preguntó a Dios una vez más si debía ir a Keila para atacar a los filisteos fue que había escuchado las palabras de los hombres que estaban con él. Además, si se observa a través del prisma de la razón y la lógica humanas, ir a Keila para enfrentarse al ejército filisteo —tal como lo habían descrito los hombres de David— era, innegablemente, una perspectiva aterradora. La razón de ello era que, si luchaban contra los filisteos en Keila, el rey Saúl seguramente se enteraría de la noticia; y al oírla, sin duda descendería sobre Keila para intentar matar a David y a todos sus hombres. Fue en medio de una situación tan temible que David consultó a Dios: no solo una vez, sino dos. Sin embargo, en obediencia a la palabra de Dios, David se levantó, fue a Keila, luchó contra los filisteos, los derrotó infligiéndoles una gran matanza y libró a los habitantes de Keila (v. 5). No obstante, cuando alguien informó a Saúl que David había llegado a Keila, Saúl no solo

creyó que Dios había entregado a David en sus manos, sino que también asumió que David estaba ahora atrapado dentro de una ciudad fortificada con puertas y cerrojos (v. 7). En consecuencia, Saúl movilizó a sus tropas y descendió sobre Keila con la intención de rodear a David y a sus hombres (v. 8). Al meditar en este pasaje, recordé a Faraón, el rey de Egipto, del libro del Éxodo. La razón de ello es que Faraón también había creído que el pueblo de Israel estaba «encerrado por el desierto», es decir, que estaba atrapado (Éxodo 14:3). Por consiguiente, el rey movilizó de inmediato todos los carros de Egipto, reunió a su pueblo y persiguió a los israelitas (versículos 6–9). Esto es precisamente lo que constituye la sabiduría humana. La sabiduría del rey Saúl sirve para poner de relieve las limitaciones inherentes a la humanidad. Desde la perspectiva de la sabiduría humana, habría parecido totalmente plausible —incluso seguro— que, dado que David estaba atrapado dentro de Keila, Saúl pudiera capturarlo simplemente rodeando la ciudad. De hecho, si los acontecimientos se hubieran desarrollado exactamente como Saúl los concibió, David muy bien podría haber caído en sus manos. Sin embargo, hubo un factor crucial que Saúl no logró prever: el hecho de que Dios estaba impidiendo activamente que David fuera entregado a las garras de Saúl (1 Samuel 23:14). Es más, debido a que el mismo Dios que había usado a David para librar a los habitantes de Keila (versículo 5) estaba ahora obrando para librar a David de las garras de Saúl, este fue totalmente incapaz de capturarlo —y, por extensión, de matarlo—. Así pues, confiando únicamente en su propia sabiduría, Saúl nunca podría haber esperado prevalecer contra David. La razón de ello era que David emprendía cada tarea con sabiduría; específicamente, con la sabiduría de Dios. Y la esencia de esa sabiduría divina residía en el acto de consultar a Dios.

Nosotros también debemos hacer de la consulta a Dios una práctica habitual. ¿Por qué es esencial que lo hagamos? Esto se debe a que, como pueblo de Dios que deposita su confianza en Él, estamos llamados a vivir en obediencia a Su voluntad. Por lo tanto, cuando presentamos nuestras inquietudes ante Dios, debemos hacerlo con un corazón plenamente dispuesto a someterse a Su respuesta. Esta es precisamente la clase de sabiduría que debemos buscar: una sabiduría que brilla con mayor intensidad en medio de la crisis.

Además, la sabiduría que debemos esforzarnos por alcanzar se halla en prestar atención y obedecer la Palabra de Dios, en lugar de las palabras de los hombres (cf. Hechos 5:29). Aun cuando el consejo humano parezca totalmente lógico y razonable para nuestro intelecto, e incluso si la Palabra de Dios pareciera conllevar un riesgo o peligro considerable, debemos, no obstante, acercarnos a Dios con un espíritu de obediencia a Su Palabra —priorizándola por encima del consejo humano— y actuar con fe. Este es el verdadero significado de conducirse con sabiduría en tiempos de crisis.

En segundo lugar, la sabiduría que brilla con mayor intensidad en tiempos de crisis consiste en abstenerse de hacer aquello que Dios prohíbe.

Por favor, diríjanse a 1 Samuel 24:6–7a en la Biblia: «Y dijo a sus hombres: "¡El Señor me libre de hacer tal cosa a mi señor, el ungido del Señor, levantando mi mano contra él! Pues él es el ungido del Señor". Con estas palabras David contuvo a sus hombres y no les permitió hacer daño a Saúl…». Este pasaje relata los acontecimientos que tuvieron lugar cuando David se encontraba en el desierto de En Gedi (v. 1). Saúl, habiendo reunido a 3.000 hombres escogidos de todo Israel, salió en busca de David y sus hombres cerca de las Peñas de las Cabras Monteses (v. 2); en el camino, entró en una cueva situada cerca de un redil de ovejas para hacer sus necesidades (v. 3). Sin embargo, Saúl desconocía que David y sus hombres se hallaban escondidos en lo profundo de esa misma cueva (v. 3). En ese momento, los hombres de David le dijeron: «¡Mira! Este es el día del que habló el Señor cuando te dijo: "Entregaré a tu enemigo en tus manos para que hagas con él lo que desees"» (v. 4). Al oír estas palabras, David se levantó y cortó sigilosamente la orilla del manto de Saúl. Posteriormente —debido a que su conciencia le reprochaba haber cortado la orilla del manto de Saúl—, David habló a sus hombres, diciendo: «¡El Señor me libre de hacer tal cosa a mi señor, el ungido del Señor, levantando mi mano contra él! Pues él es el ungido del Señor» (v. 6). Luego contuvo a sus hombres, impidiendo que hicieran daño a Saúl (v. 7). Pero cabría preguntarse: ¿Cómo constituye esto un ejemplo de sabiduría que brilla en medio de una crisis? Para escapar del peligro inminente que enfrentaba, ¿acaso no debería haber

aprovechado David la oportunidad para matar al rey Saúl, precisamente el hombre que lo perseguía implacablemente con la intención de quitarle la vida? No solo los hombres de David, sino incluso el propio rey Saúl, reconocieron que Dios lo había entregado en manos de David (vv. 4, 18). Sin embargo, a pesar de tener la oportunidad de matar al rey Saúl, David decidió no hacerlo. Simplemente cortó un extremo del manto del rey Saúl. Aun así, incluso después de haber hecho solo eso, David sintió una punzada de culpa en su corazón por haber cortado la vestidura de Saúl (vv. 4–5). La razón de esto era que David era un hombre que temía a Dios. Y debido a que temía a Dios, David se abstuvo de atacar al rey Saúl —el ungido de Dios—, un acto que Dios había prohibido expresamente. Aunque se presentaba como una oportunidad inmejorable (?) para escapar fácilmente de la crisis inmediata que enfrentaba, David eligió obedecer la Palabra de Dios. Esto se debía a que era un hombre sabio que reverenciaba a Dios. En consecuencia, se negó a desobedecer la Palabra de Dios simplemente para encontrar un escape momentáneo de una crisis provocada por manos humanas.

Nosotros también debemos abstenernos de hacer aquello que Dios ha prohibido. Incluso si, en medio de una crisis, quienes nos rodean insisten diciendo: «Esta es una oportunidad que Dios te ha dado», debemos escuchar la voz de Dios en lugar de la de ellos. Si, a través de las Escrituras, el Espíritu Santo nos habla —diciendo: «Yo prohíbo esto»—, entonces debemos renunciar incluso a esa oportunidad percibida y someternos a los mandatos de Dios. Esa es precisamente la conducta de una persona sabia que teme a Dios.

En tercer lugar, la sabiduría que brilla con mayor intensidad en tiempos de crisis es el acto de tratar con bondad a quien nos maltrata.

Por favor, miren 1 Samuel 24:17: «Y dijo a David: "Más justo eres tú que yo; pues tú me has tratado bien, mientras que yo te he tratado mal"». Estas palabras fueron pronunciadas por el rey Saúl a David; habiéndose dado cuenta de que Dios lo había entregado en manos de David —y, sin embargo, David se había abstenido de matarlo (v. 18)—, Saúl alzó la voz y lloró

mientras se dirigía a David (v. 16). Aunque Saúl buscaba claramente quitarle la vida a David y hacerle daño (v. 11), David le había perdonado la vida a Saúl y se había negado a levantar la mano contra él (v. 10); Al reconocer esto, el rey Saúl le dijo a David: «Tú eres más justo que yo, pues me has tratado bien, mientras que yo te he tratado mal» (v. 17). Además, el rey Saúl le dijo a David: «¡Que el SEÑOR te recompense con el bien por lo que has hecho por mí en este día!» (v. 19). ¿Cómo pudo David tratar con tanta bondad al rey Saúl, quien buscaba activamente quitarle la vida? A pesar de no haber cometido ninguna ofensa contra el rey Saúl (v. 11), David se enfrentó a una situación en la que Saúl —influenciado por las palabras de quienes lo rodeaban, quienes afirmaban: «David tiene la intención de hacer daño al rey» (v. 9)— lo perseguía implacablemente para quitarle la vida (v. 11); ¿cómo, entonces, podía David tratar con bondad a tal hombre? Encontré la respuesta a esta pregunta en Génesis 50:20: «Ustedes tramaron hacerme daño, pero Dios lo transformó en bien, para lograr lo que hoy vemos: salvar la vida de mucha gente». Estas palabras fueron pronunciadas por José a sus hermanos, quienes en el pasado habían intentado hacerle daño. Debido a que José había probado personalmente la bondad de Dios —al ver cómo Dios había transformado las intenciones maliciosas de sus hermanos en algo bueno (Sal. 34:8)—, pudo ofrecerles consuelo mediante palabras de profunda tranquilidad (Gén. 50:21). ¿Cómo pudo David tratar con tanta bondad al rey Saúl, quien buscaba quitarle la vida? Fue precisamente porque él también había probado la bondad de Dios (Sal. 34:8). Incluso cuando derrotó al gigante filisteo Goliat, David experimentó la bondad de Dios; y aun cuando el rey Saúl, consumido por los celos, intentó matarlo, David continuó experimentando esa misma bondad. Fue precisamente por esta razón que, a pesar del maltrato que sufrió a manos del rey Saúl, David pudo tratarlo con bondad. Esta es la característica distintiva de las personas sabias: aquellas que viven vidas centradas en Dios. Tal como hizo José en el libro del Génesis (Gén. 39:9), David —la figura destacada en el pasaje de hoy de 1 Samuel 23— también vivió una vida centrada en Dios. David deseaba que Dios, el Juez supremo, arbitrara la disputa entre él y el rey Saúl (vv. 12, 15). Además, oró para que Dios examinara su difícil situación, lo vindicara de sus agravios y lo librara de las garras del rey Saúl (v. 15). También pidió que Dios se vengara del rey Saúl en su nombre (v. 12). ¿Acaso no es esto extraordinario?

Ante la oportunidad de matar al rey Saúl —una oportunidad que podría haber puesto fin a su agotadora vida de constante huida y sufrimiento—, David eligió no usurpar el papel de Dios como Juez. Se abstuvo de tomar el asunto en sus propias manos para cobrar una venganza personal contra el hombre que buscaba su vida; en su lugar, confió el juicio del conflicto entre él y el rey Saúl a Dios: el Juez justo y verdadero. Esta es la conducta de una persona sabia; una conducta que brilla con mayor intensidad en medio de los tiempos de crisis.

Nosotros también debemos actuar con sabiduría. Esto es especialmente cierto cuando nos topamos con dificultades, cuando enfrentamos adversidades o incluso cuando nos encontramos en medio de una crisis. ¿Qué significa, entonces, actuar sabiamente? Significa hacer exactamente lo que hicieron José y David: conducirnos de una manera centrada en Dios. Desde una perspectiva pasiva, una acción centrada en Dios significa confiar a aquellos que nos maltratan al juicio de Dios, el Juez supremo; sin embargo, desde una perspectiva activa, significa tratar con bondad a esos mismos agresores. La razón de esto es que nuestro Dios es bueno. Es más —como aquellos que han «gustado y visto que el Señor es bueno» (Salmos 34:8), y porque creemos que un Dios bueno hace que «todas las cosas cooperen para el bien» (Romanos 8:28)—, estamos llamados a tratar con bondad incluso a aquellos que nos maltratan. Esto es, precisamente, lo que significa actuar sabiamente en medio de una crisis.

Me gustaría concluir aquí esta meditación sobre la Palabra. El mundo en el que vivimos hoy se asemeja mucho a Goliat, mientras que nosotros nos parecemos mucho a David. Como sabemos, la batalla entre David y Goliat fue —desde una perspectiva puramente humana— una batalla que David no tenía posibilidad alguna de ganar. ¡Cuánto más absurda resultaba, entonces, la contienda que involucraba a Saúl —el rey de toda una nación— persiguiendo a David con la intención de hacerle daño! Su conflicto recuerda a la rivalidad caricaturesca entre Tom y Jerry. Al igual que Tom el gato, el rey Saúl persiguió implacablemente a David, buscando capturarlo y darle muerte; mientras tanto, David —tal como Jerry el ratón— se vio

obligado a huir constantemente del rey Saúl. Sin embargo, incluso en medio de circunstancias tan peligrosas, David solo actuaba tras buscar el consejo de Dios, y se abstuvo firmemente de hacer cualquier cosa que Dios hubiera prohibido. Es más, fortalecido por la bondad de Dios, trató con amabilidad al rey Saúl, precisamente a su propio agresor. Esta era la sabiduría de David: una sabiduría que resplandeció con fulgor en medio de la crisis. Ruego que nosotros también —siguiendo los pasos de David— actuemos con sabiduría en tiempos de crisis, guiados por la sabiduría que Dios nos otorga, para que podamos experimentar personalmente la bondad de Dios y, a la vez, servir como instrumentos a través de los cuales Su bondad se revele al mundo.

¡La tribulación es una oportunidad!

«Ahora bien, los que habían sido dispersados a causa de la persecución que surgió por causa de Esteban viajaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, sin hablar la palabra a nadie excepto a los judíos» (Hechos 11:19).

«En medio de tribulación y persecución, los santos mantuvieron su fe; al reflexionar sobre esta fe, mi corazón se llena de gozo… Emulando la fe de los santos, yo también amaré a mis enemigos; mediante palabras y obras bondadosas, proclamaré esta fe…» (Himno 383, «En medio de tribulación y persecución», versículos 1 y 3).

El hecho de que nuestros hermanos en la fe sean capaces de preservar su fe al enfrentar la tribulación —puesto que esto no se logra por nuestra propia fuerza o capacidad— nos obliga a reconocer que esto es, verdaderamente, la gracia y el amor de Dios. Por lo tanto, cuando reflexionamos sobre la fe que Dios ha preservado en nosotros, no podemos menos que regocijarnos. Además, el hecho de que nuestros creyentes, incluso mientras soportan la tribulación, amen a sus enemigos y proclamen esta fe mediante palabras y obras bondadosas es, innegablemente, una obra maravillosa de Dios el Espíritu Santo. Si bien preservar la fe en medio de la tribulación es algo que no podemos lograr mediante nuestra propia fuerza o capacidad, proclamar activamente esa fe es una tarea aún más imposible: una que se encuentra totalmente fuera de nuestro propio poder. No obstante, cuando somos testigos de cómo el Dios Todopoderoso nos capacita para proclamar con gozo esta fe, nos vemos obligados a reconocer que esta es, sin duda alguna, obra de Dios el Espíritu Santo. ¿Hasta qué punto llega esta maravillosa obra del Espíritu Santo —esta obra de difundir el Evangelio—? Capacita a nuestros creyentes, incluso a aquellos que se hallan en

medio de la tribulación, para permanecer fieles hasta la muerte; utiliza incluso su martirio para difundir el Evangelio de Jesucristo, expandiendo así el Reino de Dios: ¡hasta Jerusalén, y por toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra! (Hechos 1:8). Hechos 11:19 —un pasaje al que a veces se hace referencia como los «Hechos del Espíritu Santo»— describe los acontecimientos que se desarrollaron a raíz de la tribulación desatada por el martirio de Esteban. El más destacado de estos acontecimientos fue que los creyentes que habían sido dispersados recorrieron toda la región, proclamando el mensaje del Evangelio (8:4). Uno de estos creyentes dispersos, Felipe, descendió a la ciudad de Samaria y predicó a Cristo a la gente de allí. Como consecuencia, tuvo lugar un notable movimiento espiritual: las multitudes escuchaban atentamente las palabras de Felipe y, al ser testigos de las señales milagrosas que él realizaba, se unieron en su devoción al mensaje. Además, a medida que muchos de los que estaban poseídos por demonios y aquellos afligidos por parálisis eran sanados, una gran alegría llenó aquella ciudad (vv. 5–8). Al enterarse de esta noticia —específicamente, que Samaria también había recibido la Palabra de Dios—, los apóstoles en Jerusalén enviaron a Pedro y a Juan a Samaria. A su llegada, Pedro y Juan oraron para que los creyentes de allí recibieran el Espíritu Santo (vv. 14–15); tras dar testimonio del mensaje del Señor, regresaron a Jerusalén, predicando el Evangelio en numerosas aldeas samaritanas a lo largo del camino (v. 25). Entonces, un ángel del Señor instruyó a Felipe, diciéndole: «Levántate y ve hacia el sur, al camino que desciende de Jerusalén a Gaza» (v. 26). Felipe obedeció y partió; allí se encontró con un eunuco de alto rango: un funcionario a cargo de todo el tesoro de Candace, la reina de Etiopía (v. 27). Partiendo de una profecía del profeta Isaías, Felipe instruyó al eunuco acerca de Jesús y le proclamó el Evangelio (v. 35), llevando al eunuco a abrazar la fe y recibir el bautismo (v. 38). Posteriormente, guiado por la obra y la dirección del Espíritu Santo, Felipe partió de aquel lugar; apareció en Azoto y continuó viajando por diversas ciudades, predicando el Evangelio por toda la región (v. 40). A continuación, al llegar al capítulo 9 de los Hechos, el segundo acontecimiento —que se desarrolló como consecuencia de la persecución desencadenada por el martirio de Esteban— fue precisamente este: la transformación y salvación de Saulo en el camino a Damasco, donde recibió su comisión divina y fue llamado específicamente para servir como

Apóstol a los gentiles (Hechos 9). Al reflexionar sobre este acontecimiento, creo que hubo cuatro encuentros distintos a través de los cuales Dios el Espíritu Santo obró soberanamente en la vida de Saulo: (1) su encuentro con el Jesús resucitado (vv. 1–9); (2) su encuentro en Damasco con un discípulo llamado Ananías (vv. 10–19a); (3) su encuentro con Bernabé (vv. 26–27); y (4) su encuentro con los apóstoles en Jerusalén (v. 28). A través de estos mismos encuentros, Dios el Espíritu Santo estaba en el proceso de establecer a Saulo como el Apóstol a los gentiles. Posteriormente, el tercer acontecimiento derivado de la persecución que siguió al martirio de Esteban se encuentra en el capítulo 10 de Hechos: el momento en que el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban el sermón de Pedro (vv. 36–43); específicamente, sobre el centurión gentil del Regimiento Italiano llamado Cornelio (v. 2), junto con sus parientes y amigos cercanos que se habían reunido en su casa (v. 24) para escuchar la Palabra (v. 44). Finalmente, el cuarto acontecimiento —el cual se desarrolla en nuestro texto de hoy, el capítulo 11 de Hechos (comenzando en el versículo 19 y continuando hasta el versículo 26)— fue el establecimiento de la iglesia en Antioquía, una congregación compuesta principalmente por gentiles. En última instancia, a través de la persecución que surgió de los acontecimientos en torno a Esteban, Dios el Espíritu Santo dispersó a los creyentes de la iglesia primitiva; mientras estos creyentes dispersos viajaban a lo largo y ancho proclamando el Evangelio, Él levantó a Saulo para ser el Apóstol a los gentiles, permitió que el gentil Cornelio —junto con su familia y amigos cercanos— escuchara las Buenas Nuevas y, además, propició el establecimiento de la iglesia en Antioquía como un faro para el mundo gentil. A la luz de esto, podemos afirmar que la tribulación sirve como una oportunidad: una oportunidad para dispersarse y proclamar el Evangelio, expandiendo así su alcance; una oportunidad para levantar líderes; una oportunidad para extender el Reino de Dios; y una oportunidad para edificar la Iglesia. En particular, al meditar en Hechos 11:19–26, fui guiado a reflexionar sobre la verdadera naturaleza de la tribulación y las oportunidades que esta presenta. He identificado cuatro aspectos clave:

En primer lugar, la tribulación es una oportunidad para dispersarnos y proclamar al Señor Jesús, y una oportunidad para ampliar el alcance de nuestro ministerio del Evangelio.

Consideremos Hechos 11:19–20: «Ahora bien, los que se habían dispersado a causa de la persecución relacionada con Esteban viajaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, difundiendo la palabra únicamente entre los judíos. Sin embargo, algunos de ellos —hombres de Chipre y de Cirene— fueron a Antioquía y comenzaron a hablar también a los griegos, anunciándoles las buenas nuevas acerca del Señor Jesús». Debido a la persecución que surgió tras los acontecimientos en torno a Esteban, los creyentes de la iglesia primitiva se dispersaron. A medida que se dispersaban por diversas regiones, inicialmente proclamaban el mensaje de Jesucristo solo a los judíos; sin embargo, algunos de ellos llegaron finalmente a Antioquía y comenzaron a proclamar al Señor Jesús también a los griegos, quienes eran gentiles. En lugar de permanecer reunidos dentro de la iglesia solo para discutir, pelear y caer en pecado, necesitamos permitir que el Espíritu Santo nos disperse —incluso si ello requiere el catalizador de la tribulación— para que podamos salir a lo largo y ancho a proclamar el Evangelio de Jesucristo. En nuestro evangelismo, no debemos limitarnos a compartir el Evangelio únicamente con nuestros compatriotas coreanos; también debemos compartirlo con personas de otras naciones. Aunque no hablemos sus idiomas nativos, debemos proclamarles el Evangelio de Jesucristo a través del lenguaje universal del amor de Dios. Necesitamos ampliar los horizontes de nuestro ministerio del Evangelio. Es mi oración que Dios el Espíritu Santo utilice incluso las pruebas de la tribulación para capacitarnos y permitirnos expandir el alcance de nuestra proclamación del Evangelio.

En segundo lugar, la tribulación sirve como una oportunidad verdaderamente excelente para experimentar la presencia del Señor.

Por favor, miren Hechos 11:21 en la Biblia: «La mano del Señor estaba con ellos, y un gran número de personas creyó y se convirtió al Señor». Debido a la tribulación que surgió tras

los acontecimientos relacionados con Esteban, los creyentes de la iglesia primitiva se dispersaron. Mientras difundían el Evangelio de Jesucristo —extendiendo su alcance hasta llegar a Antioquía para compartir las Buenas Nuevas incluso con los gentiles— tuvo lugar una obra extraordinaria: debido a que la mano del Señor estaba con estos evangelistas, una gran multitud de personas llegó a creer en Jesús y se convirtió al Señor. Personalmente, considero las crisis en nuestras vidas como oportunidades. Una de las oportunidades que presentan tales crisis es, precisamente, la posibilidad de experimentar la presencia de Dios. En particular, durante los tiempos de dificultad y adversidad —cuando siento deseos de bajar los brazos por desesperación y rendirme— experimento, en cambio, la mano derecha del Señor asiendo la mía, levantándome y guiándome una vez más hacia el propósito que Él me ha encomendado. En esos momentos, llego a comprender verdaderamente que una crisis en la vida es una de las mayores oportunidades para experimentar la presencia del Señor. Cuando los creyentes de la iglesia primitiva enfrentaron la tribulación, respondieron predicando activamente el Evangelio y experimentando la presencia de Dios; en consecuencia, fueron testigos del asombroso poder y la gloria de Dios, a medida que un gran número de personas llegaba a creer en el Señor y se volvía hacia Él. Oro para que nosotros también —incluso en medio de las adversidades y crisis que nos sobrevienen— podamos experimentar la presencia de Dios y, además, ser testigos de Su poder y Su gloria.

En tercer lugar, la tribulación ofrece una oportunidad maravillosa para el ministerio en equipo. Por favor, miren Hechos 11:22 y la primera parte de los versículos 25 y 26: «La noticia de esto llegó a oídos de la iglesia en Jerusalén, y enviaron a Bernabé a Antioquía… Luego Bernabé fue a Tarso en busca de Saulo, y cuando lo encontró, lo llevó a Antioquía. Así que, durante todo un año, Bernabé y Saulo se reunieron con la iglesia y enseñaron a un gran número de personas». Más allá de la dispersión de los creyentes —ocasionada por la persecución que surgió a raíz del asunto de Esteban—, la cual condujo a la predicación del Evangelio, a la expansión de su alcance y a la experiencia de la presencia del Señor, la iglesia de Jerusalén recibió noticias de la gran obra de salvación que se estaba llevando a cabo en Antioquía. En consecuencia, enviaron a Bernabé —descrito como un «hombre bueno, lleno

del Espíritu Santo y de fe» (v. 24)— a Antioquía. A través de esta acción, vislumbramos la obra del Espíritu Santo, quien orquestó la colaboración entre los evangelistas de Antioquía, la iglesia de Jerusalén y Bernabé, uniéndolos como un solo equipo para llevar a cabo la labor de evangelismo y discipulado en Antioquía. Además, observamos que Dios el Espíritu Santo guio a Bernabé para que trajera a Saulo desde Tarso, permitiendo que ambos se dedicaran juntos a un ministerio en equipo durante todo un año (vv. 25–26). Como resultado, «un gran número de personas se añadieron al Señor» (v. 24), y fue en Antioquía donde los discípulos fueron llamados por primera vez «cristianos» (v. 26). Quizás nos resulte difícil participar eficazmente en un ministerio en equipo porque nos hemos vuelto demasiado cómodos —o, hablando metafóricamente, demasiado «bien alimentados»—. Ya sea dentro de la iglesia o en el campo misionero, nosotros, quienes proclamamos el Evangelio de Jesucristo, a menudo fallamos en servir al Señor y a nuestros prójimos con un solo corazón y una sola mente; en consecuencia, nuestros ministerios de evangelismo y discipulado no están floreciendo como lo hicieron para Pablo y Apolos (1 Corintios 3:5–9). ¿Cuál es el problema? ¿Por qué somos incapaces de llevar a cabo un ministerio en equipo de manera adecuada? ¿Acaso no se debe al orgullo? ¿Y por qué somos orgullosos? ¿Será porque carecemos de tribulación y persecución? Así como el Espíritu Santo utilizó la tribulación surgida de los acontecimientos en torno a Esteban en la iglesia primitiva para dispersar a los creyentes —permitiéndoles difundir el Evangelio y fomentando un ministerio colaborativo que involucró a las iglesias de Jerusalén y Antioquía, a Bernabé, a los evangelistas locales y a Saulo—, oro para que, en esta era actual, el Espíritu Santo utilice de igual manera la tribulación para forjar a las iglesias y a los ministros en un equipo unificado. Que Él nos capacite para acercarnos a las almas que el Señor ama con el mismo corazón del Señor, a fin de que podamos proclamar el Evangelio del Señor Jesús y enseñar Su Palabra para nutrir y pastorear bien a Su rebaño.

En cuarto y último lugar, la tribulación sirve como una oportunidad privilegiada para edificar la iglesia.

Consideremos la parte final de Hechos 11:26: «...y en Antioquía los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez». A través de la tribulación desencadenada por los acontecimientos en torno a Esteban, los creyentes fueron dispersados, expandiendo así tanto el alcance como la difusión de su proclamación del Evangelio. Mientras llevaban a cabo su ministerio en equipo, experimentando la presencia tangible del Señor, Él estableció la iglesia en Antioquía: Su propia iglesia. Una vez más, somos testigos de que el Señor edifica Su iglesia conforme a Sus propios métodos (Mat. 16:18). Al observar esta obra del Señor —quien edifica Su iglesia incluso a través del crisol de la tribulación—, ¿cómo debemos responder, entonces? ¿Acaso debemos, simplemente por haber enfrentado tribulación, retirarnos de participar en la obra del Señor de edificar Su iglesia? ¿Debemos detener nuestros esfuerzos —tal como lo hizo el pueblo de Israel en los días del profeta Hageo— y replegarnos apresuradamente para ocuparnos únicamente de nuestros propios hogares? (Hag. 1:4, 9). Quizás, en este momento, lo que verdaderamente necesitamos es cultivar un profundo sentido de urgencia; uno que nazca incluso en medio de la tribulación. Por lo tanto, guiados por el Espíritu Santo, debemos participar activamente en el ministerio de edificar la iglesia —la cual el mismo Señor establece—, sirviendo con diligencia, fidelidad y con la mirada puesta en Su Palabra y en la fe. Oramos fervientemente para que el Señor edifique Su iglesia.

La prueba de la fe

«Tengan por sumo gozo, hermanos míos, el que se hallen en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de su fe produce perseverancia» (Santiago 1:2–3).

¿Cómo reaccionamos cuando las pruebas se cruzan en nuestro camino? En particular, ¿cómo solemos responder cuando esas pruebas no son solo una o dos, sino múltiples? ¿Acaso no nos sentimos a menudo tan abrumados por la dificultad y la angustia que caemos en el desánimo, o incluso en una sensación de desesperación? Sin embargo, la Biblia —específicamente Santiago 1:2— nos instruye a «tenerlo por sumo gozo». ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo podemos considerar que es un gozo puro cuando nos enfrentamos a pruebas de diversa índole?

La razón por la que debemos considerar que es un gozo puro al enfrentar diversas pruebas es que la prueba de nuestra fe produce perseverancia (Santiago 1:3). Y cuando permitimos que la perseverancia complete su obra, seremos maduros y completos, sin que nos falte nada (v. 4). No obstante, en la realidad, hay momentos en los que enfrentar diversas pruebas nos hace tomar plena conciencia de nuestras propias insuficiencias. Por ejemplo —muy al estilo de la letra de la primera estrofa del himno «Cuando llegan las pruebas» (Nuevo Himnario n.º 543)—, cuando nos topamos con dificultades, a menudo nos damos cuenta de cuán pequeña e insuficiente es realmente nuestra fe. Además, como señala Santiago 1:5, enfrentar diversas pruebas también puede revelarnos cuánto nos falta de sabiduría. ¿Cómo podemos saber si nos falta sabiduría? Como un ejemplo: si estuviéramos verdaderamente llenos de sabiduría —puesto que el temor del Señor es el principio de la sabiduría (Prov. 1:7;

9:10)—, odiaríamos el mal, independientemente de las pruebas que pudiéramos enfrentar (Prov. 8:13). Por lo tanto, cuando enfrentemos pruebas, no diremos que estamos siendo «tentados» o «probados por Dios» (v. 13). Tampoco nos dejaremos arrastrar ni seducir por nuestros propios deseos (Santiago 1:14). No pecaremos con nuestros labios murmurando contra Dios, tal como hizo Job en el Antiguo Testamento (Job 1:22; 2:10). Más bien, seremos prontos para oír, lentos para hablar y lentos para enojarnos (Santiago 1:19). Nos acercaremos a Dios —quien da generosamente a todos sin reprochar nada (v. 5)— y estaremos prontos para escuchar Su voz. Al hacerlo, presentaremos nuestras peticiones a Dios (v. 5). Sin embargo, al pedir, no seremos de doble ánimo (v. 8). Oraremos a Dios sin dudar (v. 6), esperando y velando con expectación. En lugar de orar y esperar que Dios nos libre *de* nuestras pruebas, oraremos y esperaremos que Él simplemente esté *con* nosotros. La razón es que la presencia personal de Dios con nosotros (Éxodo 33:15) es mucho más importante que ser librados de las pruebas mismas. Además, al confiar silenciosamente en Dios (Isaías 30:15), esperaremos Su salvación. En consecuencia, seremos testigos de la gloria de Dios (Job 42:4).

Siempre que enfrentemos diversas pruebas, debemos considerarlo como sumo gozo (Santiago 1:2). Esto se debe a que la prueba de nuestra fe produce perseverancia. Y para permitir que esa perseverancia complete su obra, necesitamos a alguien que sirva como ejemplo de sufrimiento y resistencia paciente (v. 10). Una de esas personas es la figura de Job, del Antiguo Testamento (v. 11). Aunque era irreprensible y recto —un hombre que temía a Dios y se apartaba del mal (Job 1:1)—, soportó pruebas inmensas, cuya magnitud casi escapa a nuestra imaginación. De hecho, soportó una gran prueba en la que perdió todas sus posesiones y vio perecer a sus diez hijos (vv. 11–19). No obstante, Job ofreció alabanzas a Dios y no pecó en ninguno de estos asuntos (vv. 21–22). Tampoco albergó resentimiento alguno hacia Dios (v. 22; 2:10). Por lo tanto, ¿cuál fue el desenlace que el Señor le concedió (Santiago 5:11)? Dios le restituyó el doble de todas sus posesiones anteriores (Job 42:10). En la última etapa de su vida, Dios bendijo a Job aún más abundantemente de lo que lo había hecho al principio (v. 12). Dios también le dio siete hijos y tres hijas, y se dice que «en toda

la tierra no había mujeres tan hermosas como las hijas de Job» (vv. 13–15). Al observar este desenlace que el Señor concedió a Job (Santiago 5:11), nosotros también debemos perseverar con paciencia cuando enfrentemos diversas pruebas (1:12). Consideramos bienaventurados a aquellos que perseveran (5:11). Bienaventurado es aquel que soporta con paciencia las pruebas (1:12). El Señor le otorgará la corona de la vida, la cual ha prometido a quienes le aman (v. 12).

Gracia otorgada tras el desastre

«Así dice el SEÑOR: "El pueblo que sobrevivió a la espada halló gracia en el desierto: Israel, cuando fui a darle descanso"» (Jeremías 31:2).

Los pensamientos de Dios hacia nosotros son pensamientos de paz (Jer. 29:11). Los pensamientos de Dios hacia nosotros son pensamientos de un futuro y una esperanza (v. 11). Sin embargo, nuestros pensamientos difieren de los pensamientos de Dios (Isa. 55:8). Albergamos pensamientos malvados en nuestros corazones (Mat. 9:4). Lo que emana de nuestros corazones son pensamientos malvados —específicamente inmoralidad sexual, robo, asesinato, adulterio, codicia, malicia, engaño, lascivia, envidia, calumnia, orgullo y necedad (Mar. 7:21–22). Por lo tanto, nuestros propios pensamientos son pecaminosos (Prov. 24:9). Dado que todo plan e intención de los pensamientos de nuestros corazones es siempre y únicamente malvado (Gén. 6:5), Dios nos disciplina de acuerdo con Su ley (Jer. 30:11). En el transcurso de esta disciplina, Dios envía desastres sobre nosotros para llevarnos a reconocer nuestros pecados y a arrepentirnos de ellos. Incluso a través del desastre, Dios corrige nuestros caminos y obras, impulsándonos a obedecer Su voz (26:13). Solo después de hacerlo, Dios nos otorga Su gracia (31:2). ¿Qué es, entonces, esa gracia?

En primer lugar, la gracia que Dios nos concede después de un desastre es la salvación.

Observemos Jeremías 31:11: «Porque el SEÑOR ha rescatado a Jacob y lo ha redimido de la mano de aquellos más fuertes que él». A través del profeta Jeremías, Dios habló al pueblo de Judá de esta manera: «¡Griten de alegría ante las naciones a favor de Jacob; proclámenlo, den alabanza y digan: "¡Oh SEÑOR, salva a Tu pueblo, el remanente de Israel!"» (Versículo

7). ¿Qué significa esto? Significa que Dios deseaba que el pueblo de Judá —que había sido llevado cautivo a Babilonia como consecuencia de Su disciplina— le implorara fervientemente por salvación. La razón de esto es que Dios, el Salvador, deseaba librar al pueblo de Judá de las garras de Babilonia tras su tiempo de calamidad. Amigos, nuestro Dios desea salvar a pecadores como ustedes y como yo: aquellos que no poseen ningún mérito inherente para ser salvos. Antes de librarnos de todo nuestro sufrimiento, Dios desea salvarnos de nuestro pecado, la causa misma y raíz de todo el sufrimiento que nos ha sobrevenido. Y, en efecto, Dios nos libra tanto de nuestro pecado como de todo nuestro sufrimiento. Esta es, precisamente, la gracia que Dios nos otorga tras una calamidad.

En segundo lugar, la gracia que Dios nos concede después de un tiempo de calamidad es Su acto de traernos de regreso a casa.

Por favor, miren Jeremías 31:8: «He aquí, los traeré de la tierra del norte y los reuniré desde los confines de la tierra. Entre ellos estarán los ciegos y los cojos, las mujeres encintas y las que están de parto; juntos regresarán a este lugar como una gran multitud». A través del profeta Jeremías, Dios prometió al pueblo de Judá que los sacaría de la tierra del norte —Babilonia— y los reuniría desde los confines de la tierra, formando una gran multitud que regresaría una vez más a «este lugar»: es decir, a Jerusalén. En aquel tiempo, el pueblo de Judá regresará a Jerusalén llorando (versículo 9). A medida que regresen, recibirán la guía de Dios (v. 9). Tal como en los días de antaño, y debido a que Dios ama al pueblo de Judá con un amor eterno, Él los guiará con bondad (v. 3) y los traerá de regreso a Jerusalén. Dios ha prometido que traerá de vuelta a Jerusalén al pueblo de Judá, aquellos que se han apartado de su pecado y han regresado a Él. Además, Dios prometió que, una vez cumplidos los setenta años en Babilonia, Él atendería al pueblo de Judá, cumpliría las buenas promesas que les había hecho y los traería de regreso a Jerusalén (29:10). Y Dios concedió descanso al pueblo de Judá (31:2). Amigos, nuestro Dios es un Dios que espera a que regresemos a Él (Lucas 15:11 y ss.). Y nuestro Dios es Aquel que nos trae de regreso a casa, a Su propia casa. Este acto de traernos de vuelta una vez más es la gracia que Dios nos otorga después de un

tiempo de calamidad. En tercer lugar, la gracia que Dios nos concede tras un tiempo de calamidad es que Él nos guía por un camino recto y vela por nosotros.

Por favor, miren Jeremías 31:9–10: «Vendrán con llanto; al venir en respuesta a mi guía y a sus súplicas, los conduciré por un camino recto donde no tropezarán: un camino junto a arroyos de agua. Pues soy un Padre para Israel, y Efraín es mi hijo primogénito. Escuchen la palabra del SEÑOR, oh naciones, y proclámenla en las islas lejanas: "Aquel que dispersó a Israel los reunirá y velará por ellos tal como un pastor vela por su rebaño"». Todo el pueblo de Judá era como ovejas que se habían descarriado (Isa. 53:6). Caminaban por senderos torcidos. Sin embargo, con el tiempo se toparon con el desastre y fueron llevados cautivos a Babilonia. No obstante, Dios prometió librarlos de las manos de Babilonia y traerlos de regreso a Jerusalén (Jeremías 31:8). Por lo tanto, prometió que, a medida que regresaran entre lágrimas, serían guiados por Su mano (v. 9). Además, Dios prometió enderezar sus caminos y conducirlos por una senda recta (v. 9). Dios también prometió velar por el pueblo de Judá, tal como un pastor vela por su rebaño (v. 10). Amigos, nuestro Señor —nuestro Pastor— es el Dios que nos guía. En Su guía, el Señor nos conduce actualmente hacia esa ciudad celestial: la verdadera Jerusalén. Es más, el Señor nos protege y nos capacita para caminar por el sendero recto. Esta es, precisamente, la gracia que Dios nos otorga tras la secuela de un desastre.

En cuarto lugar, la gracia que Dios nos concede después de un tiempo de desastre es que Él nos edifica una vez más.

Por favor, miren Jeremías 31:4: «Oh Virgen de Israel, te edificaré de nuevo, y serás reedificada. Volverás a tomar tus panderos y saldrás a danzar con la multitud gozosa». A través del profeta Jeremías, Dios prometió al pueblo de Judá que los libraría de Babilonia, los traería de regreso a Jerusalén y los edificaría una vez más. Al reconstruirlos, Dios declaró que, tras su regreso de Babilonia a Jerusalén, el pueblo de Judá viviría en paz y seguridad, dedicándose a la agricultura (v. 5; Park Yoon-sun). Además, Dios prometió que uniría al

Reino del Norte (Israel) y al Reino del Sur (Judá), permitiéndoles ascender juntos al Templo en Jerusalén para ofrecerle una verdadera adoración (v. 6; Park Yun-sun). En última instancia, Dios prometió restaurar al pueblo de Judá: económica, política y espiritualmente. Amigos, nuestro Dios es un Dios que nos restaura. Solo podemos ser verdaderamente restaurados cuando Dios mismo nos reconstruye (v. 4). Dado que el Señor ha prometido reconstruir su iglesia (Mateo 16:18), sin duda lo hará. Esta es la gracia que Dios nos concede tras la secuela de un desastre.

En quinto lugar, la gracia que Dios nos otorga después de un tiempo de desastre es el don de una gran alegría.

Por favor, miren Jeremías 31:12: «Vendrán y cantarán a gran voz en la altura de Sion, y resplandecerán por la bondad del SEÑOR: por el trigo, el vino nuevo y el aceite, y por las crías del rebaño y del ganado; su vida será como un huerto bien regado, y nunca más languidecerán». Nuestro Dios es un Dios que transforma la tristeza en alegría (v. 13). Nuestro Dios es un Dios que nos consuela, permitiéndonos hallar gozo en medio de nuestras ansiedades (v. 13). Él no solo nos concede alegría, sino que también hace que nos regocijemos con danzas (v. 13). Mientras nos guía a danzar y celebrar, Dios nos colma hasta rebosar con la alegría del perdón, la alegría de la salvación y la alegría de la restauración. Así, Dios transforma nuestras almas en un huerto bien regado. Una vez más, ya no tendremos más tristeza. Esta es, precisamente, la gracia que Dios nos concede tras la secuela de un desastre.

Me gustaría concluir esta meditación sobre la Palabra. Dios nos concede su gracia tras los tiempos de calamidad. Esta gracia implica que Dios nos salva, nos trae de regreso a Él, nos guía por un camino recto y vela por nosotros. Además, Dios nos restaura y nos llena de una gran alegría. En consecuencia, Dios nos concede un profundo sentido de satisfacción (Jeremías 31:14). Oro para que esta misma gracia repose sobre ti y sobre mí tras el desastre.

Dios, mi ayudador

[Salmo 121]

¿Reconoces que eres un ser necesitado de ayuda? Si es así, ¿qué haces cuando te encuentras en necesidad? ¿A quién acudes en busca de asistencia? Personalmente, siempre que necesito ayuda, disfruto cantando el Himno 214 del *Nuevo Himnario*, titulado «Busco la ayuda del Señor». «Busco la ayuda del Señor; suplico a Jesucristo. Concédeme Tu salvación; por favor, recíbeme» (Versículo 1). Siento un aprecio particular por la letra del Versículo 3: «Mi fuerza y mi determinación son débiles, tan fáciles de quebrantar; sálvame en Tu nombre y, por favor, recíbeme». Dado que mi propia fuerza y determinación son frágiles —lo cual me hace tropezar y caer una y otra vez mientras transito mi vida de fe—, a menudo siento una necesidad desesperada de la asistencia de Dios. En esos momentos, me acerco a Dios con un corazón en oración, cantando el himno «Busco la ayuda del Señor». El pasaje que Dios trae a mi mente cada vez es el Salmo 121:1-2: «Alzo mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda viene del SEÑOR, el Hacedor del cielo y de la tierra». Hoy, centrándonos en este pasaje y bajo el título «Dios, mi ayudador», deseo meditar en la totalidad del Salmo 121 y recibir las lecciones que Dios nos ofrece, tanto a ti como a mí.

Al examinar el texto de hoy —Salmo 121:1-2—, vemos que el salmista alzó sus ojos hacia los montes y reflexionó sobre la pregunta: «¿De dónde viene verdaderamente mi ayuda?». Su conclusión fue esta: «Mi ayuda viene del SEÑOR, el Hacedor del cielo y de la tierra». En efecto, cuando tú y yo nos encontramos en una necesidad desesperada de asistencia, ¿hacia quién miramos? ¿A quién acudimos en busca de ayuda? ¿Es posible que, al igual que el salmista, nos encontremos preguntando: «¿De dónde viene mi ayuda?» —y, sin embargo,

en lugar de mirar a Dios, dirijamos nuestra mirada hacia otras personas u otras cosas en un intento por hallar la ayuda que buscamos? Nuestros instintos no nos llevan a confiar plenamente en Dios ni a buscar Su ayuda hasta que hemos comprendido cabalmente nuestra propia y absoluta impotencia. En consecuencia, en lugar de recurrir a Dios —el Creador del cielo y de la tierra— en busca de asistencia, a menudo dirigimos nuestra mirada hacia las grandes fuerzas mundanas que Él mismo creó —simbolizadas aquí como «montañas»— en nuestra búsqueda de auxilio. Sin embargo, con el tiempo, al no recibir ninguna ayuda genuina de estas «montañas» mundanas, caemos en el desánimo y la desesperación; es entonces cuando Dios, el Espíritu Santo, nos guía finalmente a fijar nuestra mirada en el Creador Todopoderoso: Aquel mismo que trajo a la existencia incluso a esas montañas. Como resultado, habiendo recibido la asistencia de Dios, nos unimos al salmista para confesar: «Mi ayuda viene del SEÑOR, que hizo el cielo y la tierra». Teniendo esto presente, consideremos ahora —basándonos en el pasaje bíblico de hoy— tres formas específicas en las que Dios, a quien el salmista reconoce como su Ayudador, nos está brindando asistencia activa tanto a usted como a mí.

En primer lugar, Dios, quien actúa como nuestro Ayudador, asegura que no tropecemos.

Por favor, observe la primera parte del versículo 3 del pasaje de hoy, el Salmo 121: «No permitirá que tu pie resbale...». Este versículo significa que Dios, nuestro Ayudador, nos impide —a usted y a mí— desviarnos del camino de la verdad (Park Yun-sun). ¡Qué bendición tan preciosa y qué acto de gracia es este por parte de Dios! Somos seres frágiles que, tal como se describe en Isaías 53:6, a menudo actuamos «como ovejas» que «se han descarriado, y cada uno se ha apartado por su propio camino». Sin embargo, ¡cuán inmensa es la bendición y la gracia de que Jesús —quien es el Camino, la Verdad y la Vida— trabaje activamente para impedir que nos desviemos del camino de la verdad! Movido por la curiosidad acerca de las razones detrás de la delincuencia juvenil entre los jóvenes coreanos, realicé una búsqueda rápida en internet; me gustaría compartir los resultados de la encuesta que descubrí allí. Un equipo de investigación, dirigido por los profesores Hong

Seong-do y Kim Ji-hye del Departamento de Psiquiatría Infantil y Adolescente del Centro Médico Samsung, llevó a cabo una encuesta sobre conductas delictivas entre 431 estudiantes de secundaria y bachillerato en Seúl (224 varones y 207 mujeres). Sus hallazgos revelaron que, para los estudiantes varones, la «ansiedad y las emociones negativas» surgieron como la causa principal del comportamiento delictivo; mientras que, para las estudiantes mujeres, se identificó una «percepción distorsionada de sí mismas» como la principal responsable. El equipo del profesor Hong explicó: «La razón por la que las causas de la delincuencia difieren según el género es que, en el caso de los estudiantes varones, a menudo manifiestan comportamientos delictivos temporales como un medio para aliviar emociones negativas, tales como la ansiedad; por el contrario, en el caso de las estudiantes mujeres, se descubrió que las autoevaluaciones negativas y los patrones de pensamiento negativos eran los factores principales que desencadenaban el comportamiento delictivo». Al leer los resultados de este estudio —y reflexionar sobre cómo las causas de la delincuencia en los adolescentes provienen de «emociones negativas» (en los varones) y de una «autoevaluación negativa» (en las mujeres)— comencé a preguntarme: ¿Cuáles podrían ser, entonces, las causas que nos llevan a nosotros, los cristianos —discípulos que creemos en Jesús y lo seguimos, siendo Él la Verdad— a apartarnos precisamente de esa Verdad?

Creo que una de esas causas es una actitud negativa ante el sufrimiento que experimentan los justos. La razón de esta postura se encuentra en el Salmo 73, donde el salmista Asaf estuvo a punto de tropezar y caer debido al marcado contraste entre «el sufrimiento de los justos» y «la prosperidad de los impíos».

¿Qué opinan ustedes? ¿Creen también que una actitud negativa ante el sufrimiento de los justos es, en efecto, una de las razones por las que nosotros, los cristianos, nos apartamos de la Verdad? Si su respuesta es «sí», entonces, ¿qué creen que debemos hacer para cultivar una actitud positiva ante el sufrimiento? Yo encuentro la respuesta en Filipenses 1:29: «Porque a ustedes se les ha concedido, en nombre de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él». Si reconocemos la verdad de que sufrir por causa de Jesucristo es, de

hecho, una gracia de Dios —y si aprendemos a recibir y abrazar esa gracia con gratitud—, nunca nos apartaremos de la verdad. Oremos hoy precisamente por esto. Oremos a Dios, pidiéndole que derrame su gracia sobre nosotros, capacitándonos para percibir que el sufrimiento es, en realidad, una forma de su gracia y bendición, para que así podamos permanecer firmes y nunca desviarnos de la verdad. Al elevar esta oración, hagámoslo con fe, creyendo —tal como declara el salmista en el Salmo 121:3— que «Dios no permitirá que tú ni yo tropecemos».

En segundo lugar, Dios —quien es nuestro Ayudador— vela por nosotros.

En efecto, ¿cómo exactamente vela Dios por ti y por mí? Las Escrituras nos dicen que Dios vela por nosotros sin jamás dormitar ni dormir. Observa el pasaje de hoy: la parte final del Salmo 121:3 hasta el versículo 4: «No se adormecerá el que te guarda. He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel». Hace unos años, mi hijo Dylan tenía miedo de irse a dormir por las noches porque lo atormentaban las pesadillas. Así que animé a Dylan a leer su Biblia y a orar antes de acostarse. Las noches del domingo y del lunes pasados, mi esposa habló con Dylan después de que él mencionara haber visto un gorila en sus sueños; al ver lo asustado que estaba, ella le dijo que imaginara que sostenía un pequeño globo lleno de una medicina especial: una medicina que mataría al gorila, pero que dejaría a Dylan ileso. Al parecer, esa sugerencia funcionó, pues parece haber dormido plácidamente la noche del domingo. Por más profundamente que mi esposa y yo amemos a Dylan, nos resulta imposible sentarnos junto a su cama durante toda la noche —con las manos puestas sobre su cabeza— orando sin cesar. ¿Cómo podríamos nosotros, como simples padres humanos, velar por nuestros hijos sin jamás dormitar? Sin embargo, la Biblia afirma claramente que nuestro Padre Celestial vela por ti y por mí, sin dormitar jamás, sin dormir nunca. No obstante, ¿cuál es el problema? Cuando la ayuda de Dios parece demorarse, o cuando nuestras oraciones parecen quedar sin respuesta, a veces nos encontramos preguntándonos si, en realidad, Dios podría estar dormido. En realidad, sin embargo, Dios no está durmiendo. Nuestro Dios brinda auxilio a los creyentes que enfrentan

dificultades en el tiempo que Él mismo ha establecido. Por lo tanto, los creyentes deben aprender a ejercitar la paciencia. Además, Dios nos sirve de sombra, protegiéndonos de las cosas dañinas. Considera el pasaje de hoy, Salmo 121:5-6: «Jehová es tu guardador; Jehová es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche».

Mientras meditaba en el pasaje: «Dios está a mi diestra como mi sombra», un pensamiento particular acudió a mi mente. Al reflexionar sobre qué sería de mí si el sol abrasador del desierto cayera incesantemente sobre mí, la verdad de esta Palabra —que Dios se convierte en mi sombra— trajo un profundo consuelo a mi corazón. Así como alguien, abrumado por el calor de un día de verano ardiente, anhela y busca la fresca sombra bajo un gran árbol, hay momentos en los que nosotros también —cansados y golpeados por las diversas pruebas de este mundo— anhelamos a Dios Padre, nuestra verdadera Sombra, y deseamos acercarnos a Él. A medida que transitamos por este mundo —que es, en sí mismo, un desierto— y nos enfrentamos a fuerzas nocivas, tales como el sol abrasador durante el día y la luna helada durante la noche, esta promesa —que Dios está a nuestra diestra como nuestra sombra— nos sirve como fuente de profundo consuelo. El Dios que se convierte en nuestra sombra es el mismo Dios que nos escuda de las fuerzas nocivas de este mundo que amenazan con abrumarnos. Dios, nuestro Escudo, nos protege y nos guarda —a ti y a mí— mientras avanzamos hacia el Alto Llamamiento; Él nos mantiene a salvo de todo peligro que acecha dentro de este mundo semejante a un desierto. Por lo tanto, podemos hacer la misma confesión que hizo David en el Salmo 23:4: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo; Tu vara y Tu cayado me infundirán aliento».

Finalmente, y en tercer lugar, Dios —quien es nuestro Ayudador— nos libra de toda tribulación.

Por favor, dirijan su mirada al pasaje bíblico de hoy: Salmo 121:7: «El Señor te guardará de todo mal; Él guardará tu vida». El Dios que nos ayuda es un Dios de salvación; Aquel que

asegura que no tropecemos, que nos protege y vela por nosotros ante todo peligro, y que nos libra de toda tribulación. ¿Acaso no es fascinante? Me refiero al hecho de que, a pesar de que Dios nos protege y vela tanto por ti como por mí, seguimos destinados a experimentar «toda tribulación». Por lo general, cuando consideramos que el Dios que creó los cielos y la tierra nos protege y vela por nosotros, podríamos suponer que deberíamos estar exentos de sufrir cualquier tribulación. Sin embargo, Dios nos dice que, si bien Él ciertamente vela por nosotros, nos permite experimentar diversos tipos de tribulaciones, solo para posteriormente librarnos de ellas. Creo que la intención de Dios aquí es la siguiente: aunque Él nunca permitirá que nos apartemos de la verdad, permite la tribulación con el fin de refinarnos y guiarnos cada vez más cerca del lugar de Sus bendiciones.

Me viene a la memoria un pasaje sobre el cual medité en una ocasión: Oseas 2:14. Cuando Dios disciplinó al pueblo de Israel, los condujo al desierto y habló con ternura a sus corazones. Esto revela que lo que podría parecer la disciplina de Dios es, en realidad, una bendición de Dios: la verdad de que el sufrimiento mismo es una bendición divina. Amigos, las dificultades, las adversidades y toda clase de tribulación que descienden sobre nuestras vidas son, de hecho, bendiciones de Dios. Aunque en el momento puedan parecer arduas, angustiosas y desgarradoras, no dejan de ser bendiciones; bendiciones a través de las cuales Dios asegura que no nos apartemos de la verdad, sino que, por el contrario, profundicemos nuestra fe y devoción espiritual. Además, estas experiencias sirven como una oportunidad inestimable: nos impulsan a orar y, a medida que Dios responde a esas oraciones, somos capacitados para experimentar personalmente la gracia de Su salvación. Por lo tanto, podemos ofrecer alabanza a Dios mediante el Himno 336 del *Nuevo Himnario*, titulado «Aun en medio de tribulación y persecución»: «Aun en medio de tribulación y persecución, los santos han conservado su fe; al reflexionar sobre esta fe, mi corazón se llena de gozo. Siguiendo las huellas de la fe de los santos, prometo permanecer fiel hasta la muerte».

Me gustaría concluir esta meditación sobre la Palabra. El Himno 214 del *Nuevo Himnario*, «Buscando la ayuda del Señor», es un himno cuya letra fue escrita por una mujer escocesa llamada Eliza H. Hamilton y cuya música fue compuesta por el renombrado ministro D. Sankey. Se dice que Ira D. Sankey, el compositor de este himno, relató la siguiente historia en su libro *Sankey's Gospel Hymn Stories* —publicado en Braille después de haber perdido la vista—, tal como se cita en internet: «Hace muchos años, yo dirigía reuniones de avivamiento en una importante ciudad de Escocia. Una joven que asistía a estas reuniones regresó a su iglesia local con un ferviente anhelo de salvación y le pidió a su pastor principal que le explicara detalladamente el camino hacia la salvación. "Querida muchacha, no te preocupes. Es bastante sencillo. Lee la Biblia y eleva tus oraciones; entonces serás salva", respondió el pastor con indiferencia. Ante esto, la pobre joven rompió a llorar y exclamó: "¡Pastor, no sé leer! ¡Tampoco sé orar!". El pastor oró por ella y luego le enseñó a orar. La joven elevó entonces esta oración: "¡Señor Jesús, tómame tal como soy!" (¡Señor Jesús, tómame como soy!). De este modo, la joven se convirtió en discípula de Cristo. Una mujer que escuchó la historia de esta joven se sintió profundamente conmovida y, posteriormente, escribió este himno». Más tarde, un ministro inglés me comunicó esta noticia por carta: la joven terminó convirtiéndose en la esposa del zapatero —un incrédulo— que se había estado hospedando en su hogar. Ella instaba a su esposo a asistir a la iglesia, pero él se negaba a escucharla. Peor aún, llegó incluso a romper la Biblia que ella había dejado en el suelo, con la esperanza de que él la recogiera y la leyera. Sin embargo, aquella buena mujer —sin rastro alguno de enojo— la recompuso cuidadosamente, la devolvió a su lugar y, con dulzura, lo animó una vez más: «Por favor, ¿no la leerías?». No obstante, su esposo continuó leyendo únicamente novelas y periódicos, sin dedicarle jamás a la Biblia ni una segunda mirada. Pasó el tiempo. Un día de primavera, el anciano contrajo una bronquitis grave y fue ingresado en el hospital. Aquella buena mujer cuidó al solitario anciano con la más absoluta devoción. Siempre que surgía la oportunidad, le hablaba de la salvación del alma, leyéndole pasajes de la Biblia y ofreciéndole amables explicaciones. Un día, le leyó el himno: «Vengo solo al jardín». Mientras ella leía el estribillo, el anciano exclamó: «¡Esas palabras no están en el libro!». «¿Por qué dice eso?», respondió ella, extendiéndole el himnario para que lo viera.

El hombre intentó leerlo por sí mismo, pero descubrió que no podía. Pidió sus gafas y, al leer el versículo, quedó sobrecogido de asombro. (*¡El Señor que murió por mí…!*) Leyó el himno una y otra vez: «El Señor que murió por mí… recíbeme ahora. ¡Oh! Recíbeme ahora…». Unas semanas más tarde, una mañana, el anciano habló: «Querida, quiero irme del hospital. Ahora soy verdaderamente feliz. Verdaderamente…». Menos de dos horas después de regresar a casa, falleció, murmurando aún: «El Señor que murió por mí… recíbeme ahora».

El Dios que me fortalece

[Salmo 89:19-52]

Imagino que usted también ha escuchado esta noticia: el informe proveniente de Corea sobre un exjugador de béisbol que asesinó a una madre y a sus tres hijas antes de quitarse la vida. Me encontré preguntándome: ¿Cómo puede un ser humano ser tan cruel? También me hizo reflexionar sobre la magnitud de la depravación y la pecaminosidad humanas. Según las noticias, antes de suicidarse, el exjugador supuestamente tomó dinero de la madre de las tres hermanas que mató y lo utilizó para saldar diversas deudas que tenía con terceros. En última instancia, me pregunto si esta tragedia fue el resultado de la presión financiera. Últimamente, escucho tanto en las noticias como de las personas que me rodean que la situación económica —no solo en los Estados Unidos, sino en toda Europa y Asia— es crítica. En consecuencia, sospecho que están saliendo a la luz diversos actos pecaminosos derivados de tal angustia financiera. Imagino que muchas personas se sienten desanimadas, frustradas e indefensas en medio de su abatimiento y desesperación; tanto es así que están renunciando por completo a la vida.

En efecto, este mundo está lleno de ansiedades y adversidades. Es un mundo plagado de pecado y muerte (Himno 474). A medida que navegamos por un mundo así, hay momentos en los que experimentamos una profunda frustración, abatimiento e incluso desesperación. ¿Qué debemos hacer, entonces, en tales momentos? Me vienen a la mente las palabras que se encuentran en el Salmo 18:1: «Te amo, oh Jehová, fortaleza mía». Si bien la Biblia coreana lo traduce en este orden específico, si uno consulta el texto hebreo original o las traducciones al inglés, la frase dice: «Te amo, oh Jehová; tú que eres mi fortaleza». Al

reflexionar sobre este versículo, queda claro que una de las razones principales por las que amamos al Señor es, precisamente, porque Dios sirve como nuestra fortaleza.

En el pasaje bíblico de hoy —Salmo 80:21—, el texto declara que Dios es Aquel que nos da poder y nos fortalece, tanto a usted como a mí. Hoy, bajo el título «El Dios que me fortalece», le invito a meditar en dos formas específicas en las que Dios nos otorga Su gracia, para que podamos recibir las bendiciones que Él ofrece.

En primer lugar, el Dios que me fortalece me concede el poder para ayudar. Por favor, diríjase al pasaje bíblico de hoy, el Salmo 89:19: «Una vez hablaste en visión a tu pueblo fiel y dijiste: "He otorgado fuerza a un guerrero; he exaltado a un joven escogido de entre el pueblo"». Para salvar a su pueblo escogido —Israel—, Dios estableció un pacto con su siervo elegido, David. Manteniéndose fiel a ese pacto, dotó a David (el «guerrero») del poder para brindar ayuda. Dios ungió a su siervo David con su santo óleo (v. 20), estableciéndolo como Rey de Israel; permaneció con él, lo hizo firme y lo empoderó mediante la fuerza de su poderosa diestra (v. 21). Así, habiendo recibido esta fuerza, David clamó a Dios: «Él me invocará, diciendo: "Tú eres mi Padre, mi Dios, la Roca de mi salvación"» (v. 26). Debido a que David clamó a Dios Padre —quien es la Roca de su salvación—, Dios impidió que los enemigos de David le exigieran tributo y evitó que los impíos lo oprimieran (v. 22). Dios aplastó a los adversarios de David ante sus propios ojos (v. 23). Además, Dios exaltó a David en lo alto (v. 24) y extendió el alcance de su dominio (v. 25).

Nuestro Dios es el Dios que provee su gracia auxiliadora precisamente cuando es necesaria. Por favor, consulte Hebreos 4:16 en la Biblia: «Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para que obtengamos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro». Nuestro Dios conoce muy bien las necesidades tanto suyas como mías. Él es el Dios Todopoderoso que sabe mejor que nadie exactamente cuándo y qué tipo de ayuda requerimos. Además, nuestro Dios es un Dios que se compadece de nuestras debilidades (4:15). Debido a que se compadece de nuestras fragilidades, permanece a nuestro lado

cuando necesitamos asistencia, fortaleciéndonos de este modo. Dios nos sostiene con la poderosa diestra de su majestad. Especialmente cuando estamos luchando, cansados, desanimados, o hemos caído y nos falta la fuerza para levantarnos de nuevo, Dios se acerca silenciosamente a nosotros, nos toma de la mano y nos habla (tal como en el himno evangélico «Tú eres mi Hijo»). ¿Qué nos dice Dios? Al igual que la letra de ese himno evangélico, ¿acaso no diría: «Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado. Tú eres mi Hijo, mi Hijo amado»? Es mi esperanza y mi oración que, al escuchar hoy esta voz de Dios, tanto tú como yo encontremos fuerzas renovadas. Dios desea otorgarnos el poder para ayudarnos y sustentarnos. Que Dios —quien nos concede gracia para socorrernos en nuestro tiempo de necesidad— esté con todos nosotros, fortaleciendo a aquellos que escuchamos esta Palabra y elevamos nuestras peticiones con fe.

En segundo lugar, el Dios que me fortalece preserva su bondad amorosa para siempre.

Por favor, miren el pasaje bíblico de hoy: el Salmo 89:28: «Mantendré mi misericordia hacia él para siempre, y mi pacto permanecerá firme con él». En los versículos 2 y 3 del Salmo 89 (versículos 1–18), vemos que Dios estableció un pacto con su elegido, David, y le juró, diciendo: «Estableceré tu descendencia para siempre y edificaré tu trono por todas las generaciones». ¿Cómo dijo Dios que cumpliría este juramento? Prometió establecerlo para siempre mediante su bondad amorosa y hacer firme el pacto mediante su fidelidad (v. 2). Al hacer su promesa a David, Dios se comprometió a permanecer con él para siempre a través de su amor (su bondad amorosa). En este contexto, el pasaje de hoy —específicamente el versículo 27— revela que Dios prometió no solo hacer de David el primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra, sino también preservarlo para siempre (v. 28) y hacer que su descendencia perdure por todas las generaciones (v. 29). Sin embargo, Dios también prometió que, si los descendientes de David pecaban contra Él, los castigaría (vv. 30–32). Miren el versículo 32: «Castigaré su transgresión con la vara, y su iniquidad con azotes». Sin embargo, la asombrosa naturaleza del amor eterno de Dios se expresa en los versículos 33 y 34 del texto de hoy: «Pero no le quitaré mi misericordia, ni permitiré que falle mi fidelidad.

No quebrantaré mi pacto, ni alteraré la palabra que ha salido de mis labios». Dios prometió que si los descendientes de David cometían pecado, Él ciertamente los castigaría, pero nunca los desecharía por completo. La razón por la que Dios no puede abandonar permanentemente a los descendientes de David es que, habiendo jurado una vez por su propia santidad, no puede faltar a su palabra dada a David (v. 35). Por lo tanto, el salmista imploró a Dios que recordara el pacto que había establecido con David y que librara (salvara) a Israel de la angustia y la humillación que estaban padeciendo en ese momento (vv. 38–51; Park Yoon-sun). Reconociendo que la angustia y la humillación que afligían al pueblo de Israel eran manifestaciones de la ira de Dios (vv. 38, 46), clamó a Dios, preguntando hasta cuándo el Señor continuaría ocultando su rostro en medio de esa ira (v. 46). En medio de esa ira, el Señor había exaltado la diestra de sus adversarios (v. 42), permitiendo así que estos colmaran de escarnio al pueblo de Israel (v. 50). En consecuencia, mientras oraba para que Dios mostrara misericordia (vv. 47–48), el salmista buscó la liberación de Dios confiando en «tu antigua misericordia, oh Señor, la cual juraste a David en tu fidelidad» (v. 49).

El amor de Dios por nosotros es eterno. En virtud de ese amor eterno, Dios nos ama: en el pasado, en el presente y por toda la eternidad. Sin embargo, lo que nunca debemos olvidar es que el amor de Dios es también un amor santo. Cuando pecamos contra Dios, Él nos disciplina precisamente porque nos ama. No obstante, la maravilla de la gracia de Dios reside en que, incluso cuando nos disciplina, no nos retira por completo su amor eterno. Aun en medio de su ira, Dios no nos niega totalmente su amor. Él es Dios. Por lo tanto, al igual que el salmista, incluso cuando hemos cometido pecados y estamos bajo disciplina en medio de la ira de Dios, debemos confiar en Su amor eterno y fiel —Su misericordia inquebrantable— y suplicarle fervientemente la gracia de la salvación.

Quisiera dar por concluida esta meditación sobre la Palabra. Gracias a Dios, quien nos fortalece, ¿qué podemos hacer —tal como el salmista— incluso en tiempos de angustia? Podemos decidir alabar a Dios y llevar esa decisión a la acción (versículo 52). Nuestro Dios nos concede fuerzas renovadas para socorrernos cuando clamamos a Él en nuestra

aflicción. Así, Él es el Dios que nos revela Su amor eterno: Su misericordia inquebrantable. Por consiguiente, un alma que ha experimentado personalmente este amor eterno de Dios no puede menos que ofrecerle alabanza.

«Te amo, oh Señor, fortaleza mía».

[Salmo 18]

¿Por qué nos desanimamos? ¿Por qué nos frustramos y caemos en la desesperación? Nuestro viaje por la vida suele estar marcado por momentos en los que nuestras fuerzas nos fallan. En tales ocasiones, corremos el riesgo muy real de darnos por vencidos por completo. Podemos sentir un impulso abrumador de dejarlo todo —de simplemente marcharnos y abandonarlo todo. Al reflexionar sobre por qué sucede esto, me vinieron a la mente tres palabras: «Realidad», «Pensamientos» y «Emociones». En resumen, cuando las dificultades y las adversidades irrumpen en nuestras vidas, lo que más importa es cómo respondemos a esta realidad; una realidad que a menudo deseamos negar.

La primera de estas respuestas involucra nuestros «pensamientos» (o nuestra mente). Cuando golpea la realidad de las dificultades inesperadas o la adversidad, nuestra mente suele plantearse unas cuatro preguntas distintas. La primera pregunta es: «¿Por qué?». Nos preguntamos: «¿Por qué me ha sucedido esto a mí?» o «¿Por qué *a mí*?». Parece ser nuestro instinto —o tal vez simplemente un hábito— formular tales preguntas. En última instancia, este cuestionamiento persistente del «por qué» revela que, de hecho, estamos negando la realidad que actualmente nos confronta. Esta negación termina manifestándose como insatisfacción y queja, dando voz a nuestro sentimiento de victimismo. Más allá de la pregunta del «por qué», otra pregunta que nos hacemos con frecuencia es: «¿Cómo?». Podemos esforzarnos por encontrar una solución preguntando: «¿Cómo es posible que esto me haya sucedido a mí?». Sin embargo, cuando se trata de las realidades difíciles de nuestra

vida, nos encontramos sin respuesta con mucha más frecuencia de la que logramos hallarla. A continuación, como cristianos, la pregunta que a menudo nos esforzamos por formular es: «¿Qué?». Nos preguntamos innumerables veces: «¿Cuál es la voluntad de Dios en esto?», mientras intentamos discernir Su propósito en medio de nuestras difíciles circunstancias. No obstante, no podemos negar que también aquí —con mucha más frecuencia de la que hallamos una respuesta— nos quedamos simplemente sin saber. ¿Cómo podríamos, acaso, comprender plenamente la voluntad de Dios? En medio de las realidades que enfrentamos —y en las profundidades de nuestros propios pensamientos— la pregunta que debemos hacernos es, sencillamente, esta: «¿Quién?». Debemos plantear la pregunta: «¿Quién es Dios?». Al hacerlo —al creer en la soberanía de Dios y reconocerla—, somos capacitados para aceptar nuestra realidad presente con fe. Esta respuesta cognitiva nos permite expresar nuestras emociones de manera saludable; no solo evita que nuestros sentimientos fluctúen descontroladamente, sino que también nos permite manifestar emociones consistentes, cimentadas en un pensamiento consistente.

La realidad que enfrentó el salmista David —el autor del texto de hoy, el Salmo 18— se describe vívidamente en los versículos 4 y 5: «Los lazos de la muerte me envolvieron; los torrentes de la destrucción me abrumaron. Los lazos del sepulcro se enroscaron a mi alrededor; las trampas de la muerte me confrontaron». Al reflexionar sobre el pasado —específicamente sobre «el día en que el SEÑOR lo libró de la mano de todos sus enemigos y de la mano de Saúl» (como se indica en el título)—, David ofreció una confesión sincera a Dios desde lo más profundo de su alma: «¡Te amo, oh SEÑOR, fortaleza mía!» (Versículo 1). La palabra «amor» que David emplea aquí corresponde al término hebreo *racham*, una palabra interpretada por un pastor de la siguiente manera: «La compasión, la misericordia y el amor que Dios derrama sobre la humanidad; un amor tan profundo que el corazón de Dios se duele por nosotros, doliéndose tan intensamente que sus propias entrañas parecen derretirse» (Fuente de internet). Este es un amor profundamente arraigado en el espíritu humano; un amor que es, literalmente, un amor que se derrite (Park Yun-sun). La razón por la que David se sintió impulsado a hacer tal confesión de amor fue que Dios se había

convertido en su fortaleza. En otras palabras, debido a que David había experimentado personalmente el poder y el amor de Dios —los cuales lo habían librado de innumerables crisis—, pudo declarar: «¡Te amo, oh SEÑOR!». En medio de este recuerdo de experiencias pasadas de liberación, David abrazó su realidad presente con fe y, al hacerlo, ofreció alabanza a Dios (v. 3).

¿Por qué libró Dios a David de todos sus enemigos y del rey Saúl? Podemos identificar dos razones principales para ello en el texto de hoy, el Salmo 18.

La primera razón es la propia naturaleza de Dios; es decir, Su carácter divino.

Dado que es inherente al carácter de Dios ser un Salvador, Él libró a David (Park Yun-sun). Este carácter divino se expresa a través de diversos títulos en el versículo 2 del texto de hoy, el Salmo 18: «mi Roca» (que denota un terreno rodeado de escarpados acantilados), «mi Fortaleza» (que hace referencia a una colina elevada o a la cima de una montaña), «mi Libertador» (un rescatador en tiempos de grave peligro), «mi Dios», «mi Roca, en quien me refugio» (que apunta a los escarpados picos de una montaña rocosa), «mi Escudo» (aquello que desvía las flechas del enemigo), «el Cuerno de mi salvación» (una metáfora del poder de la victoria) y «mi Baluarte» (un santuario establecido sobre la escarpada y elevada cima de una montaña). En resumen, Dios libró a David porque Él es el Protector de David. Por consiguiente, David oró proclamando que Dios es el Salvador que lo protege.

La segunda razón es que Dios libró a David de las manos de todos sus enemigos y de Saúl, porque Él es el Dios que responde a nuestras oraciones.

Por favor, observen el versículo 6 del texto de hoy, el Salmo 18: «En mi angustia invoqué al SEÑOR; clamé a mi Dios pidiendo ayuda. Desde su templo Él oyó mi voz; mi clamor llegó ante Él, hasta sus propios oídos». Dios, quien es nuestra fortaleza, es el Señor que escucha el sonido de nuestras oraciones. En particular, nuestro Dios es el Señor que escucha y

responde nuestras oraciones cuando clamamos desde medio de tribulaciones extremadamente peligrosas (versículos 4-5: «la muerte», «las inundaciones», «el sepulcro»); y, ciertamente, cuando suplicamos ante Él mientras esas tribulaciones se abalanzan sobre nosotros.

Al examinar el texto de hoy —Salmo 18:7-15— no podemos evitar asombrarnos ante la manera específica en que Dios libró a David. La razón de este asombro radica en el hecho de que el método de liberación descrito en los versículos 7-15 sirve para revelar la inmensa majestad de Dios. David describe cómo «la tierra tembló y se estremeció, y los cimientos de las montañas se sacudieron» (v. 7); cómo «subió humo de sus narices y fuego consumidor salió de su boca» (v. 8); cómo Él «inclinó los cielos y descendió» (v. 9); cómo Él «montó sobre un querubín y voló» (v. 10); cómo «hizo de las tinieblas su escondite» (v. 11); cómo, «ante el resplandor de su presencia, pasaron nubes densas, trayendo granizo y rayos» (v. 12); y cómo desató «truenos» y «relámpagos» (vv. 13–14). David concluye afirmando que, como resultado de esta intervención divina, «los cauces del mar quedaron expuestos y los cimientos de la tierra quedaron al descubierto» (v. 15). Todas estas expresiones sirven para transmitir la realidad de que, cuando Dios vino a librar a David, llegó con tal majestad y poder que parecía como si fuera a sacudir los mismísimos cielos y la tierra (Park Yun-sun). Tal es la majestad de Dios —una majestad que sacude el cosmos—, y fue en medio de esta misma majestad que Dios vino a librar a David. «Esto resulta asombroso. La majestad que Dios desplegó fue tan inmensa, y, sin embargo, el objeto de su liberación prevista era un solo individuo; alguien que, en comparación, podría parecer totalmente insignificante». «¿Acaso sacudió los mismísimos cielos y la tierra para salvar a esta sola persona?» (Park Yun-sun). Basta para hacernos reflexionar: ¿Es la oración de un solo individuo verdaderamente tan magnífica? Uno no puede evitar asombrarse de que una oración solitaria, en medio del estremecimiento de los cielos y la tierra, pueda obrar una obra de salvación tan magnífica.

En este sentido, he reflexionado sobre la naturaleza de la oración individual, centrándome en cuatro puntos clave:

En primer lugar, la oración abre las puertas del cielo.

En el texto de hoy —Salmo 18:16—, David declara: «Él me sacó de las muchas aguas». Esta afirmación implica que, cuando David se encontró en una situación en la que todas las vías de escape —hacia el este, el oeste, el norte y el sur— estaban bloqueadas por desastres y tribulaciones insuperables, haciendo imposible la vida, recurrió a la oración. En consecuencia, se abrió una puerta —una puerta que ningún poder humano podía cerrar—, y esa puerta era la puerta del cielo. Fue a través de esta abertura que se consumó la obra de salvación de Dios. A diferencia del pueblo de Israel —quienes, al verse acorralados por todos lados, bajaron la vista hacia la tierra y expresaron sus quejas y agravios con la pregunta: «¿Por qué?»—, Moisés alzó la vista hacia los cielos y oró. En última instancia, Dios escuchó su oración, abrió las puertas del cielo y les concedió la gracia de la salvación. Nuestras oraciones abren las puertas del cielo.

En segundo lugar, la oración es poderosa.

Es la oración la que nos permite experimentar el poder salvador de Dios —nuestro Salvador—, quien es mucho más fuerte que cualquier «enemigo poderoso» o «adversario odioso» (v. 17). Estos enemigos eran físicamente más fuertes que David; sin embargo, la oración le permitió experimentar el omnipotente poder salvador de Dios.

En tercer lugar, la oración es un acto de depositar nuestra confianza en Dios.

Al observar el texto de hoy —el Salmo 18:18—, vemos que David… Él declaró: «El SEÑOR se ha convertido en mi apoyo». Aunque un «día de desastre» (v. 18) había sobrevenido a David, cuando él recurrió a la oración, ese mismo día de desastre se transformó en el «día de salvación» de Dios.

En cuarto lugar, la oración nos permite darnos cuenta de cuánto se deleita Dios en nosotros.

Miren el pasaje de hoy, Salmo 18:19: «...Él me libró porque se deleitaba en mí». A través de la oración, mientras David experimentaba la salvación de Dios, también experimentaba la guía divina. Sin embargo, una revelación aún más asombrosa fue que llegó a comprender cuánto se deleitaba Dios en él. Por lo tanto, el cántico de alabanza que verdaderamente puede brotar de nuestros corazones es este: «Quiero ser el gozo del Señor...».

En definitiva, sin importar qué realidades difíciles podamos enfrentar, si fijamos nuestros pensamientos en Dios —el «SEÑOR, mi fortaleza»— y aceptamos esas realidades con fe mientras buscamos su resolución a través de la oración, Dios, nuestro Salvador y Protector, intervendrá con poder majestuoso —como si sacudiera los cielos y la tierra mismos— y manifestará Su poderoso poder de salvación. En ese momento, habiendo experimentado personalmente la profundidad del deleite de Dios en nosotros, estallaremos en alabanza a Él.

«Lo que me ha sucedido, en realidad...»

«Ahora quiero que sepan, hermanos y hermanas, que lo que me ha sucedido ha servido, en realidad, para el avance del evangelio» (Filipenses 1:12).

¿Cómo percibo la situación en la que me encuentro actualmente? ¿Es esta situación verdaderamente lo que yo quería y esperaba? Con toda probabilidad, las circunstancias que enfrento en este momento no son ni lo que deseaba ni lo que anticipaba. En consecuencia, me siento insatisfecho con mi situación actual. Es más, lucho profundamente a causa de este estado de cosas insatisfactorio. No se siente más que angustioso y doloroso. Me siento totalmente perdido, preguntándome cuánto tiempo más debo permanecer en una situación tan difícil y agonizante. Así pues, cuanto más me detengo a pensar en mis circunstancias, más desanimado —e incluso desesperado— me siento. Parece no haber esperanza alguna. ¿Qué debo hacer, entonces?

Hoy, casualmente leí Filipenses 1:12 en la Biblia. Mientras leía, me llamó poderosamente la atención la afirmación del apóstol Pablo de que las «cosas que le sucedieron» habían resultado, de hecho, «de otra manera»; es decir, contrariamente a lo que cabría esperar. En primer lugar, reflexioné sobre qué era exactamente lo que Pablo había tenido que soportar. En otras palabras, contemplé las circunstancias específicas en las que se hallaba. En el versículo inmediatamente siguiente, Pablo describe esta situación como «mis cadenas» (v. 13). Además, su referencia a «toda la guardia del palacio» sugiere que las «cosas que le sucedieron» implicaban estar recluido en prisión. Si yo estuviera en el lugar de Pablo —

encarcelado—, ¿cómo reaccionaría? Ya sea en un estado comunista o en una nación musulmana, si fuera como misionero a proclamar el Evangelio de Jesucristo solo para terminar en la cárcel, ¿cómo respondería verdaderamente? Me vinieron a la mente las palabras de Hechos 16:25: «Hacia la medianoche, Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, y los prisioneros los escuchaban». Estando confinados en lo más profundo de una prisión y con los pies firmemente sujetos en el cepo (v. 24), Pablo, junto con Silas, oraba y cantaba alabanzas a Dios. Me pregunto: si yo también fuera encarcelado mientras predico el Evangelio en el campo misionero, ¿sería capaz de orar a Dios y alabarlo tal como lo hizo Pablo? Sospecho que, muy probablemente, suplicaría a Dios que me librara de la prisión. Sin embargo, no estoy seguro de si llegaría al extremo de entonar alabanzas con la voz lo suficientemente alta como para que los demás prisioneros pudieran oírlas. Con toda probabilidad, si dependiera únicamente de mis propias fuerzas, seguramente no cantaría alabanzas. No obstante, creo que si Dios tuviera a bien concederme Su gracia, el Espíritu Santo que mora en mí me capacitaría para ofrecer alabanzas incluso en tales circunstancias. La razón de esta creencia radica en que, tras esparcir las cenizas de mi primogénito después de su fallecimiento, el Espíritu Santo me capacitó para cantar alabanzas a Dios por Su amor salvador. Dado que Dios me ha concedido esta fe, aun si me hallara en una situación que ni deseé ni anticipé, en lugar de negar esa realidad, reconocería la soberanía de Dios y aceptaría la situación con fe. Es más, aunque no llegara a comprender plenamente la voluntad soberana de Dios, creería firmemente que Su voluntad es, en efecto, «buena, agradable y perfecta» (Romanos 12:1), hallando consuelo en la certeza de que permanezco dentro de los límites de esa voluntad divina. En medio de tales circunstancias, fortalecido por la paciencia que Dios otorga, aguardaría —orando y observando con expectación— para ver de qué modo Dios haría que todas estas cosas obraran para bien (Romanos 8:28). El fundamento de esta esperanza se halla en Filipenses 1:12 —el pasaje que leímos hoy—, en el cual el apóstol Pablo declara que las mismas adversidades que él padeció sirvieron, en realidad, «más bien» para propiciar el avance de la difusión del Evangelio. Al meditar en estas palabras, llegué a comprender una o dos verdades significativas. La primera es esta: si bien el propio Pablo pudo haber estado atado con cadenas, el Evangelio de Jesucristo

jamás podrá ser encadenado. Por consiguiente, independientemente de cuán difíciles sean las circunstancias en las que me halle atado, decido creer que el Evangelio de Jesucristo no puede ser encadenado; y, además, decido orar para que —incluso a través de mi propio encarcelamiento— el Evangelio continúe avanzando. Otro punto a destacar es el hecho de que Dios, en Su voluntad soberana, cumple Sus propósitos a través de otros, incluso en ausencia de un evangelista específico como Pablo. En consecuencia, he llegado a la renovada convicción de que debo abandonar la noción de que mi presencia es absolutamente indispensable. Cuando Pablo se encontraba cautivo, Dios propició el avance del evangelio a través de dos grupos distintos de personas. El primer grupo se describe en el versículo 14: «La mayoría de los hermanos, habiendo cobrado confianza en el Señor a causa de mis cadenas, tienen mucho más valor para hablar la palabra de Dios sin temor». Estos individuos proclamaban a Cristo movidos por la buena voluntad (v. 15). Además, reconociendo que Pablo había sido designado para defender el evangelio, predicaban el evangelio de Cristo por amor (v. 16). Predicaban a Cristo «en verdad» (v. 18). Sin embargo, un segundo grupo de personas predicaba a Cristo por envidia y rivalidad (v. 15). Creyendo que podían aumentar la angustia del encarcelamiento de Pablo, predicaban a Cristo con motivos impuros y espíritu contencioso (v. 17). Predicaban a Cristo meramente como un pretexto (v. 18). No obstante, independientemente de los medios empleados —ya fueran sinceros o insinceros—, era Cristo quien estaba siendo proclamado; por esta razón, el apóstol Pablo se regocijó y, de hecho, continuó regocijándose (v. 18). En última instancia, Pablo se regocijó porque las mismas adversidades que soportó habían servido, de hecho, para promover el avance del evangelio.

Oro para que las mismas circunstancias que actualmente estamos soportando sirvan, de igual modo, para promover la proclamación del evangelio. Oro para que, a través de la situación en la que ahora nos encontramos, Cristo sea proclamado. Y a medida que el evangelio avanza precisamente a través de las pruebas que estamos atravesando, oro para que experimentemos un avance correspondiente en nuestra fe y un aumento en nuestro gozo (v. 25).

Aquellos que sufren según la voluntad de Dios

«Por tanto, aquellos que sufren según la voluntad de Dios, encomienden sus almas a un Creador fiel mientras continúan haciendo el bien» [(Modern People's Bible) «Por tanto, aquellos que sufren de acuerdo con la voluntad de Dios deben continuar haciendo buenas obras y encomendar sus almas a Dios, su fiel Creador»] (1 Pedro 4:19).

¿Por qué experimentamos sufrimiento los cristianos? ¿Cuál es la razón de ello? Creo que existen, a grandes rasgos, tres razones: (1) a causa de nuestros pecados, (2) para que Dios pueda bendecirnos, y (3) porque estamos viviendo vidas dignas del Evangelio. Por supuesto, no todo nuestro sufrimiento es resultado de nuestros pecados. Sin embargo, por alguna razón, a menudo resulta difícil sacudirse la idea de que gran parte de nuestro sufrimiento podría ser, de hecho, una consecuencia de nuestro propio pecado. Considero que el profeta Jonás es un ejemplo excelente de esto. ¿Por qué sufrió Jonás? ¿Por qué la nave en la que navegaba estuvo a punto de naufragar? (Jonás 1:4). La razón fue que había desobedecido el mandato de Dios (v. 2) (v. 3). Del mismo modo, nosotros también podemos, ciertamente, experimentar sufrimiento cuando desobedecemos los mandatos de Dios. No obstante, creo que es bastante peligroso asumir que *todo* nuestro sufrimiento se debe únicamente a nuestros pecados. La razón es que la Biblia no enseña que cada caso de sufrimiento sea causado por el pecado. Un ejemplo primordial de esto es la figura de Job. A diferencia de Jonás, él no desobedeció ninguno de los mandatos de Dios; sin embargo, soportó un sufrimiento inmenso. A pesar de ser un hombre intachable y recto —alguien que temía a Dios y se apartaba del mal (Job 1:1; 2:3)—, no solo perdió a sus diez hijos (v. 18), sino que también perdió todas sus posesiones (vv. 12, 15–17). Además, fue afligido con llagas

dolorosas desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, hasta el punto de sentarse entre cenizas y rascarse el cuerpo con un trozo de vasija rota (2:7–8). La causa de este sufrimiento no fue su propio pecado, sino más bien la soberana providencia de Dios; Dios había permitido que Satanás afligiera a Job —un hombre que le reverenciaba— como parte de Su plan divino (1:12; 2:6). Como resultado, Dios refinó a Job para que este emergiera como oro puro (23:10), permitiéndole experimentar la extraordinaria bendición de la presencia de Dios: pasando de meramente oír hablar del Señor con sus oídos a verlo con sus propios ojos (42:5). Así, en las Escrituras observamos que, mientras algunos individuos —como Jonás— sufren a causa de su desobediencia a la palabra de Dios, otros —como Job— sufren a pesar de ser personas justas que reverencian a Dios y se apartan del mal. Es más, la Biblia nos muestra que incluso aquellos que vivieron vidas dignas del Evangelio de Cristo Jesús —tales como el apóstol Pablo (Fil. 1:27)— soportaron innumerables adversidades (2 Co. 11:21–31). Si, entonces, estamos actualmente soportando sufrimiento por cualquier razón que sea, ¿qué debemos hacer exactamente? Creo que —tal como sugirió una vez el autor Henri Nouwen en un libro que leí— debemos vincular nuestro propio sufrimiento al sufrimiento de Jesús. En otras palabras, cuando nos hallamos en medio del sufrimiento, debemos meditar en el sufrimiento que Jesús soportó en la cruz; al hacerlo, permitimos que Su sufrimiento revele el verdadero propósito y significado de nuestras propias pruebas. Esto nos capacita para soportar y perseverar a través de nuestras adversidades, permitiéndonos así ser testigos del cumplimiento de la voluntad soberana de Dios: el mismo propósito que Él busca realizar en nosotros a través de ese sufrimiento.

En el pasaje de hoy —1 Pedro 4:19— las Escrituras se dirigen a aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios. Al meditar en este pasaje —y nuevamente ahora, tras haberlo proclamado durante el servicio de oración matutino de hoy— he centrado mi reflexión en la verdad de que nosotros, los cristianos, estamos llamados a ser aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios. ¿Quiénes son, entonces, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios? He identificado aproximadamente cinco características:

En primer lugar, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios se arman con la misma mentalidad de Jesucristo, quien mismo ya sufrió en la carne.

Por favor, diríjanse a 1 Pedro 4:1–2 en la Biblia: «Puesto que Cristo sufrió en la carne, ustedes también deben armarse con la misma mentalidad; pues quien ha sufrido en la carne ha roto con el pecado. En consecuencia, durante el resto de su vida terrenal, ya no deben vivir para satisfacer los deseos humanos, sino para cumplir la voluntad de Dios». [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Puesto que Cristo sufrió dolor físico, ustedes también deben armarse con la misma actitud. Cualquiera que haya sufrido dolor físico ya ha roto con el pecado. De ahora en adelante, no vivan el resto de su vida para satisfacer los deseos humanos, sino vívanla para cumplir la voluntad de Dios».] La mentalidad de aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios está arraigada en vivir por fe; específicamente, fe en el hecho de que Cristo ya sufrió físicamente y murió en la cruz, perdonando así todos nuestros pecados y transgresiones de una vez por todas. Al vivir por fe, creen firmemente que, a través de la muerte singular de Jesús en la cruz, no solo han recibido el perdón de los pecados, sino que también han roto su relación con el pecado mismo; por lo tanto, ya no persiguen los deseos humanos, sino que viven el resto de sus vidas terrenales de acuerdo con la voluntad de Dios. En otras palabras, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios no viven el resto de sus vidas para satisfacer los deseos humanos, sino más bien para cumplir la voluntad de Dios. Ya no viven según los deseos humanos (v. 2), participando en lascivias, lujurias, embriagueces, orgías, parrandas e idolatrías ilícitas (v. 3). No se lanzan desenfrenadamente hacia tal libertinaje extremo junto con aquellos que no creen en Jesús (v. 4). Reconociendo que el pasado —el tiempo que pasaron viviendo conforme a la voluntad de los gentiles antes de creer en Jesús— es suficiente (v. 3), ahora viven el resto de sus vidas conforme a la voluntad de Dios (v. 2).

En segundo lugar, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios se regocijan en el hecho de que están participando en los sufrimientos de Cristo. Observe 1 Pedro 4:13: «Más bien, alégrense en la medida en que comparten los sufrimientos de Cristo, para que también

se alegren y regocijen cuando su gloria sea revelada». Aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios no consideran las pruebas de fuego que vienen a refinarlos como algo extraño o inusual (v. 12). En otras palabras, cuando enfrentan arduas pruebas destinadas a ponerlos a prueba, no se asombran, como si estuviera ocurriendo algo insólito (v. 13; *Modern People's Bible*). Por el contrario, cuando soportan tales pruebas de fuego, lo consideran una participación en los sufrimientos de Cristo y se regocijan. Incluso cuando se encuentran con diversas pruebas, las consideran una fuente de gozo (Santiago 1:2; *Modern People's Bible*). Además, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios se consideran bienaventurados cuando son insultados por causa del nombre de Cristo (v. 14). La razón por la que son capaces de pensar y creer de esta manera es que «el Espíritu de gloria —el Espíritu de Dios—» reposa sobre ellos (v. 14; *Modern People's Bible*).

En tercer lugar, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios no se sienten avergonzados cuando sufren; más bien, dan gloria a Dios a través del mismo nombre de «cristiano». Observe 1 Pedro 4:16: «Si sufren como cristianos, no se avergüencen; más bien, glorifiquen a Dios en ese nombre» [(Modern People's Bible) «Sin embargo, si sufren simplemente por ser cristianos, no se avergüencen; más bien, den gloria a Dios por haber recibido el nombre de "cristiano"»]. Aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios no se avergüenzan cuando soportan el sufrimiento en su calidad de cristianos (v. 16). La razón es que no están sufriendo por seguir sus propios deseos pecaminosos —como hacían antes de creer en Jesús—, ni por crímenes tales como el asesinato, el robo, la maldad o por entrometerse en los asuntos ajenos (v. 15); más bien, habiendo recibido el perdón de los pecados y habiendo roto sus vínculos con el pecado mediante la fe en Jesús (v. 1), ahora viven de acuerdo con la voluntad de Dios (v. 2). Por lo tanto, cuando sufren por el hecho de ser cristianos, no se avergüenzan; por el contrario, glorifican a Dios en el mismo nombre de «cristiano» (v. 16). En otras palabras, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios glorifican a Dios (v. 16) al obedecer el evangelio de Dios como cristianos (v. 17).

En cuarto lugar, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios continúan haciendo buenas obras mientras encomiendan sus almas a Dios, su fiel Creador.

Observemos 1 Pedro 4:19: «Por lo tanto, que aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios encomienden sus almas a un Creador fiel mientras continúan haciendo el bien» [(Modern People's Bible) «Por lo tanto, aquellos que sufren de acuerdo con la voluntad de Dios deben continuar haciendo buenas obras y encomendar sus almas a Dios, su fiel Creador»]. Aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios encomiendan la salvación de sus almas (v. 18) a Dios, su fiel Creador (v. 19). Además, continúan haciendo buenas obras (v. 19, *Modern People's Bible*). En efecto, incluso mientras soportan el sufrimiento como cristianos, no dejan de realizar buenas obras en aras de la gloria de Dios. La razón de esto es que saben que han sido creados de nuevo en Cristo Jesús específicamente con el propósito de hacer buenas obras (Ef. 2:10). Por lo tanto, aunque sufran mientras hacen el bien, no se desaniman (2 Tes. 3:13), ni desisten de realizar esas buenas obras (Gál. 6:9).

En quinto y último lugar, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios creen que, tras soportar el sufrimiento por un breve tiempo, Dios mismo los restaurará, los afirmará, los fortalecerá y los establecerá con seguridad. Por favor, consideren 1 Pedro 5:10: «Y el Dios de toda gracia, que los llamó a su gloria eterna en Cristo, después de que hayan sufrido por un breve tiempo, él mismo los restaurará y los hará firmes, fuertes y estables» [(Modern People's Bible) «Después de que hayan soportado el sufrimiento por un tiempo, el Dios de toda gracia —quien los llamó en Cristo para compartir su gloria eterna— él mismo los restaurará, los hará firmes, los fortalecerá y los establecerá con seguridad»]. Aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios reconocen la verdad de que el sufrimiento es, de hecho, un acto de la gracia divina. La razón por la que dan gracias cuando sufren como cristianos —sabiendo que tal sufrimiento constituye una participación en los padecimientos de Jesucristo— es que Jesucristo…

«Pon mis lágrimas en tu frasco»

«Tú conoces mi dolor. Pon mis lágrimas en tu frasco…» (Salmo 56:8a).

Hay lágrimas contenidas en el recipiente de mi corazón; lágrimas que nunca olvidaré mientras viva. Aún recuerdo vívidamente el momento en que esas lágrimas fueron derramadas. Tienen para mí un significado inmensurable. Las lágrimas que han quedado grabadas más profundamente en mi corazón son una sola gota, derramada por mi primogénita, Juyoung. La única vez que sostuve a Juyoung en mis brazos —cuando finalmente se durmió plácidamente en mi abrazo—, una sola lágrima se acumuló en la comisura de su ojo derecho. Cada vez que participo en la Santa Comunión, traigo intencionalmente a mi mente a esa bebé: aquella a la que velé durante 55 días en la Unidad de Cuidados Intensivos, con su diminuto cuerpo marcado por incontables pinchazos de aguja. Y cada vez que lo hago, esa única lágrima suya conmueve mi corazón hasta lo más profundo. El segundo conjunto de lágrimas más hondamente grabado en mi corazón pertenece a mi amada esposa. Recuerdo la imagen de mi esposa de pie, a poca distancia, en la UCI del hospital; mientras contemplaba a nuestra Juyoung —quien yacía en estado crítico, con todo su cuerpo poniéndose azul debido a complicaciones cardíacas y a una circulación deficiente—, mi esposa lloraba inconsolablemente, con las lágrimas corriendo por su rostro. Nunca antes mi esposa me había parecido tan hermosa como en aquel momento. Otra de las lágrimas de mi esposa que jamás podré olvidar fue derramada tras la cremación de Juyoung. Mientras salíamos en una pequeña barca para esparcir sus cenizas —con mi esposa sosteniendo la pequeña urna que contenía sus restos, mientras yo gobernaba la embarcación desde la popa—, ella se volvió repentinamente para mirarme y, con las lágrimas corriendo por su rostro, simplemente dijo: «Titanic». Nunca, jamás olvidaré

a mi esposa, haciendo una broma (?) incluso en medio de un dolor tan profundo. Otra lágrima que reside en el «frasco de mi corazón» es la que mi abuelo derramó por la comisura de su ojo derecho una mañana de domingo —el día antes de fallecer en el hospital—, justo en el momento en que yo abría los ojos tras haber elevado una oración. Dado que llevaba puesta una mascarilla de oxígeno, no pudo pronunciar ni una sola palabra; sin embargo, nunca podré olvidar la lágrima que derramó en aquel instante. Tampoco puedo olvidar las lágrimas de mi abuela. Recuerdo haberla visitado en el hospital junto a mi esposa; cuando de repente ella comenzó a llorar, le pregunté: «Abuela, ¿lloras porque le tienes miedo a la muerte?». Ella respondió que lloraba por una abrumadora gratitud hacia Dios. Cuando le pregunté: «¿De qué es lo que estás tan agradecida?», recuerdo que me contestó que estaba profundamente agradecida de que Dios hubiera levantado a tantos siervos del Señor de entre los miembros de nuestra familia. Y esas lágrimas que ella derramó por gratitud también permanecen atesoradas dentro del frasco de mi propio corazón.

Hasta este momento en mi vida de fe, he tendido a centrarme únicamente en las lágrimas que se han acumulado dentro del frasco de mi propio corazón. Sin embargo, anoche —mientras leía el pasaje de las Escrituras designado para el servicio de oración matutino de hoy— mi mirada se posó en el Salmo 56:8. La razón fue que vi al salmista, David, haciendo esta súplica a Dios: «Tú conoces mis tristezas. Pon mis lágrimas en tu frasco» (Modern People's Bible). Aunque sin duda debo haber leído este versículo muchas veces antes, parece que hasta anoche, simplemente lo había pasado por alto. Luego, durante el servicio de oración matutino de hoy —mientras predicaba un mensaje centrado en el Salmo 56:4— me sentí atraído una vez más hacia el versículo 8 con renovado interés; y así, mientras medito en él una vez más, estoy escribiendo estos pensamientos. De ahora en adelante, tengo la intención de desviar mi enfoque de las lágrimas que se estancan dentro del recipiente de mi propio corazón, para dirigirlo, en cambio, hacia las lágrimas de mis seres queridos: lágrimas que se encuentran guardadas dentro del propio recipiente del Señor. O mejor dicho, confiando en la verdad de que las lágrimas de mis seres queridos —las cuales residen en el recipiente de mi corazón— ya están reunidas en el recipiente del Señor, deseo

ofrecerle todas esas lágrimas a Él: al Señor, quien las ama con mucha más profundidad que yo, y quien comprende el verdadero significado de sus lágrimas mejor que nadie. ¿Cómo podría yo, acaso, comprender plenamente el significado de las lágrimas derramadas por mi primogénito, Juyoung; por mi esposa; o por mis abuelos? Sin embargo, dado que Dios —quien es omnisciente— conoce plenamente y comprende a cabalidad el significado detrás de cada lágrima que ellos han derramado, oro para que el Señor recoja todas esas lágrimas que actualmente se hallan contenidas en el vaso de mi corazón y las deposite en Su propio vaso. Con este mismo espíritu, oro también para que los tres tipos de lágrimas que derramé en mayo de 1987 —durante un retiro con el ministerio universitario de nuestra Iglesia Presbiteriana Seungri— sean asimismo recogidas en el vaso del Señor: lágrimas de arrepentimiento, lágrimas de consagración y lágrimas de gratitud. Tanto ahora como en los días venideros, oro para poder seguir derramando estos tres tipos de lágrimas. Por consiguiente, deseo llenar el vaso del Señor con estas mismas lágrimas.

«Siempre albergaré esperanza»

[Salmo 71:1-14]

Chuck Colson, exasesor del presidente Nixon, escribió un libro titulado *Nacido de nuevo*, basado en sus experiencias en prisión. Observó que había tres tipos distintos de personas entre los reclusos: el primer tipo estaba compuesto por prisioneros sin esperanza; aquellos que se golpeaban la cabeza contra la pared y se infligían daño físico a sí mismos. El segundo tipo eran también prisioneros sin perspectivas; aquellos que simplemente se acurrucaban en un rincón de sus celdas, inmóviles. El tercer tipo, sin embargo, eran aquellos que esperaban el día de su liberación; siempre que surgía la oportunidad, salían al patio para hacer ejercicio. Incluso mientras permanecían confinados dentro de sus celdas, se comportaban como si fueran a ser liberados al día siguiente. Aunque sus cuerpos estaban encarcelados, sus mentes estaban fuera, en el mundo, disfrutando de la libertad. La vida de una persona que vive con esperanza es una vida de libertad. Una persona que alberga esperanza rebosa optimismo. Los individuos positivos y proactivos buscan la luz, incluso en medio de la oscuridad. Los pesimistas, sin embargo, solo ven oscuridad, incluso cuando se encuentran bajo la luz. Ahora te pregunto: ¿Buscas tú la luz incluso en medio de la oscuridad, o solo ves oscuridad aun cuando estás rodeado de luz?

¿Cuáles son los pensamientos de Dios con respecto a nosotros? Según Jeremías 29:11 en la Biblia, Sus pensamientos son precisamente estos: «planes de bienestar y no de mal, para darles un futuro y una esperanza». Dios, quien desea concedernos un futuro lleno de esperanza, anhela infundirnos esa esperanza hoy a través del mensaje que se encuentra en nuestro pasaje bíblico: el Salmo 71:1-14. Él desea que tomemos esta firme resolución:

«Siempre albergaré esperanza». Por lo tanto, bajo el título «Siempre albergaré esperanza», me gustaría meditar en este pasaje explorando tres puntos principales: Primero, ¿cuál era la situación del salmista?, una situación que parecía estar totalmente desprovista de esperanza. Segundo, ¿por qué…? Me gustaría considerar, en primer lugar, las circunstancias en las que el salmista tomó la resolución: «Siempre albergaré esperanza»; y, en segundo lugar, las razones por las cuales tomó dicha resolución. Y en tercer lugar, la naturaleza de la vida que llevaba el salmista, quien tomó la resolución: «Albergaré esperanza».

El primer punto que deseo examinar es la situación desesperada en la que se encontraba el salmista; una situación que parecía estar totalmente desprovista de esperanza.

El salmista se hallaba en una situación peligrosa, enfrentando amenazas contra su propia vida a manos de «los impíos —específicamente, los injustos y los crueles» (v. 4)— o de sus «enemigos» (v. 10). Estos acechaban su alma, buscando arrebatarle la vida (v. 10). En este contexto, el término hebreo original traducido como «los crueles» conlleva la connotación de «aquel que está inflado como la levadura» (Park Yun-sun). Una persona «cruel» hace referencia a un individuo impío o injusto que está tan profundamente depravado que es incapaz de poner fin a sus malas acciones o de arrepentirse; por el contrario, fomenta activamente que la maldad se propague aún más (Park Yun-sun). Dado que tales individuos tenían su vida como objetivo, el salmista se encontraba en una encrucijada entre la vida y la muerte; una situación en la que, desde una perspectiva humana, parecía no haber absolutamente ninguna esperanza. Fue precisamente en este momento cuando vemos al salmista tomar la siguiente resolución en el versículo 14 del texto de hoy: «Siempre albergaré esperanza y te alabaré aún más».

En segundo lugar, me gustaría considerar las razones por las cuales el salmista tomó la resolución: «Siempre albergaré esperanza», aun mientras soportaba un estado tan desesperado.

(1) La primera razón es que el Señor mismo es su esperanza.

Por favor, observen la primera parte del versículo 5 del texto de hoy, el Salmo 71: «Oh Señor Dios, tú eres mi esperanza…». Este mundo jamás podrá ofrecernos esperanza. Lo único que este mundo puede darnos es desesperación. Satanás busca constantemente sumirnos en la desesperación. Sin embargo, incluso en este mundo que intenta hundirnos en la desesperanza, vivimos regocijándonos en la esperanza. La razón es que nuestro Señor es nuestra esperanza. La letra de la tercera estrofa del Himno 539 dice así: «Incluso el día en que se rompan todos los lazos en los que confié en este mundo, confiaré en el pacto del Salvador, y mi esperanza crecerá aún más». Como cristianos, cuanto más se nos despoja de las cosas en las que confiábamos en este mundo, con mayor firmeza nos mantenemos sobre las promesas del Señor; por consiguiente, la esperanza que hallamos en Él está destinada a crecer cada vez más fuerte.

(2) La segunda razón es que el Señor es la Roca en la cual habitamos.

Observemos el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 71:3: «Sé para mí una roca de refugio, a la cual pueda acudir siempre; pues Tú has dado la orden de salvarme, ya que Tú eres mi roca y mi fortaleza». Siempre que los enemigos del salmista intentaban darle caza y matarlo, él se refugiaba constantemente —en todo momento— en el Señor, quien le servía de Roca y Fortaleza. En el versículo 3 del pasaje de hoy, el salmista describe además a este Señor —quien actúa como su Roca y Fortaleza— como un «Peñasco». Aquí, el término «Peñasco» hace referencia a un objeto de fe digno de confianza debido a su inquebrantable solidez (Park Yun-sun). En particular, a través de nuestra meditación en los Salmos, hemos observado cómo él depositaba su dependencia y confianza en Jehová Dios —quien se convertía en su propia fortaleza— precisamente cuando sentía que sus energías se agotaban a causa de las acciones de sus enemigos. La razón por la cual el corazón del salmista permanecía inquebrantable en medio de la persecución y el sufrimiento infligidos por sus adversarios era, precisamente, que se había refugiado en el Señor: Aquel que es su

Peñasco, su Roca y su Fortaleza. Al igual que nuestro padre en la fe, Abraham —quien tuvo esperanza incluso cuando no había motivo para tenerla—, a medida que navegamos por la vida en este mundo sin esperanza, nuestra capacidad para hallar esperanza en el Señor —incluso cuando las circunstancias no ofrecen ninguna— emana de la Palabra de Promesa que Él nos ha dado. Cuando nos mantenemos firmes sobre esa Palabra de Promesa, permanecemos inquebrantables. Además, somos capacitados para orar al Señor, para tener expectativas en Él y para aguardar en Él, sabiendo que Él cumplirá fielmente esa Palabra de Promesa. La Palabra de Promesa específica a la que se aferró el salmista —tras haberse refugiado en el Señor, su Peñasco— fue esta: «Pues Tú has dado la orden de salvarme» (Versículo 3). Así pues, David, albergando una esperanza de salvación y poseyendo una inquebrantable certeza de esa liberación, se refugió en el Señor —su firme Roca— y habitó seguro en Él.

(3) La tercera razón es que el Señor ha sido su apoyo desde su juventud.

Por favor, observen la parte final del versículo 5 del pasaje de hoy, el Salmo 71: «…Tú has sido mi apoyo desde mi juventud». La razón por la cual el salmista pudo decidir ante el Señor —incluso en circunstancias que parecían totalmente desesperanzadoras— decir: «Siempre albergaré esperanza», es que había experimentado la protección, la guía y la liberación de Dios desde su más tierna infancia hasta el preciso momento en que escribió este salmo. En consecuencia, estaba plenamente confiado en que Dios continuaría protegiéndolo y librándolo, incluso en medio del sufrimiento y las crisis que enfrentaba en ese momento. De hecho, oro para que podamos inculcar esta misma confianza del salmista no solo en nosotros mismos, sino —muy especialmente— en nuestros hijos pequeños. Si aprenden a confiar en Dios desde una edad temprana, ¡qué inmensa fuente de fortaleza y esperanza sería esa para nuestros hijos mientras continúan navegando sus vidas en este mundo duro y turbulento!

Finalmente —y en tercer lugar— consideremos la naturaleza de la vida que llevaba el salmista, quien decidió: «Siempre albergaré esperanza».

(1) Él se refugia en su Dios.

Por favor, observen el pasaje bíblico de hoy, Salmo 71:1: «En Ti, oh Señor, pongo mi confianza…». En el versículo 7 de este mismo pasaje, el salmista confiesa que el Señor es su «fuerte refugio». Por lo tanto, huyó hacia el Señor —quien sirve como un fuerte refugio— para escapar de los enemigos que buscaban sumirlo en la desesperación. Es más, no se limitó a buscar refugio; huyó hacia el Señor —su fuerte refugio— en todo momento (constantemente) (v. 3).

(2) En segundo lugar, él ora a su Dios.

Su petición principal en oración era que Dios le concediera la liberación. Como leemos en el versículo 2 del pasaje de hoy (Salmo 71), el salmista oró a Dios de esta manera: «Líbrame en Tu justicia y haz que escape; inclina Tu oído hacia mí y sálvame». Mientras el salmista elevaba su oración a Dios —buscando ser librado de sus enemigos: los malvados, los injustos y los violentos—, imploró específicamente a Dios que le concediera refugio frente a ellos (Versículo 4). En segundo lugar, el salmista oró para que Dios no lo desamparara. Observe el Versículo 9: «No me deseches en el tiempo de la vejez; no me desampares cuando mis fuerzas flaqueen». El salmista oró para que Dios no lo abandonara, incluso a medida que envejecía y sus fuerzas comenzaban a menguar. La tercera petición de oración del salmista fue un ruego ferviente para que Dios propiciara la derrota de sus enemigos. En los versículos 10 al 13 del texto de hoy, el salmista ofrece esta oración con respecto a sus adversarios: aquellos que acechaban su alma y afirmaban falsamente que Dios lo había abandonado, jactándose de que no había nadie que pudiera librarlo de sus garras: «Sean avergonzados y destruidos los que se oponen a mi alma; que la ignominia y el deshonor cubran a los que buscan hacerme daño» (Versículo 13).

(3) En tercer lugar, el salmista alaba continuamente al Señor.

Considere los versículos 6 y 14 del texto de hoy, el Salmo 71: «Desde el vientre me has sustentado; Tú me sacaste del cuerpo de mi madre, y siempre te alabaré» (Versículo 6); «Siempre mantendré la esperanza y te alabaré cada vez más» (Versículo 14). El salmista decidió que alabaría al Señor con mayor intensidad, incluso mientras sus enemigos buscaban extender su maldad cada vez más lejos. Habiendo buscado refugio constantemente en el Señor —quien sirve como su Roca inquebrantable y su Refugio (Versículo 3)—, el salmista ofreció alabanzas incesantes al Señor, descansando seguro bajo Su protección. Así, el salmista declaró: «Mi boca se llenará de Tu alabanza y de Tu honor todo el día» (Versículo 8). Aquellos que depositan su confianza constante en Dios continuarán alabando al Señor, incluso cuando se enfrenten a circunstancias que parecen estar totalmente desprovistas de esperanza. La razón de esto es que saben y creen que solo el Señor es su esperanza. Como aquellos que viven su fe con el Señor —nuestra misma Esperanza— morando en nuestros corazones, nosotros también debemos ofrecer alabanza al Señor en toda situación.

Con esta Palabra quisiera dar por concluido este tiempo de reflexión. Por muy desesperada que parezca una situación, propongámonos —tal como lo hizo el salmista— decir: «Siempre albergaré esperanza», a causa del Señor; pues Él es nuestra esperanza, nuestra roca de refugio y Aquel en quien hemos confiado desde nuestra juventud. Es más, alabemos al Señor en todo momento. Que todos lleguemos a ser personas que depositan constantemente su esperanza en el Señor, y que nunca dejemos de ofrecerle nuestra alabanza. Oro para que tú y yo seamos de aquellos que continúan alabando al Señor, incluso en medio de la desesperación.

Conclusión

Dios —quien se acerca a los quebrantados de corazón y sana sus espíritus heridos— es nuestra verdadera esperanza. Gracias al Señor, que es nuestra verdadera esperanza, resistimos y perseveramos en medio de innumerables dolores, tristezas y lágrimas; y, sostenidos por el consuelo, la esperanza y el valor que Él nos brinda, nos levantamos de nuevo —como un muñeco de base pesada que siempre vuelve a erguirse— para vivir cada día que transcurre. Aunque no sabemos qué nos depara el mañana, avanzamos paso a paso hacia nuestro hogar celestial, fortalecidos a diario por el consuelo y la fortaleza de corazón que nos otorga el Señor, nuestra esperanza. A pesar de que vivimos en un mundo semejante a un desierto —luchando a menudo en medio de la ansiedad, la preocupación, el miedo y la desesperación a causa de los problemas, las adversidades y el pecado—, hemos llegado hasta este día únicamente gracias al consuelo, la fortaleza y la ayuda del Señor. El Señor, quien permite que experimentemos el sufrimiento en este mundo parecido a un desierto para refinarnos a través de las pruebas de fe, nos habla con una voz suave y apacible incluso cuando nos debatimos en la ansiedad y la incertidumbre, sin saber qué hacer ni cómo proceder; al dirigir nuestra esperanza exclusivamente hacia Él, nos capacita para soportar y superar esas adversidades. El Señor —quien revela nuestra fragilidad a través del sufrimiento para que miremos hacia Él y confiemos únicamente en Él, Aquel que otorga fortaleza cuando somos débiles— escucha nuestras súplicas, nos libra y nos guía a ofrecer alabanza a Dios, nuestro Salvador. Este Señor, que nos inspira a alabar a Dios nuestro Salvador, nos concede consuelo en medio del dolor, paz en medio de la preocupación y seguridad en medio de la ansiedad, permitiéndonos así soportar y resistir cualquier sufrimiento o adversidad que se cruce en nuestro camino. Además, el Señor nos otorga una paz que el mundo no puede dar, permitiéndonos —incluso en medio de las olas turbulentas de esta vida— permanecer sin temor y depositar nuestra confianza en Dios con quietud. Y aquellos que confían serenamente en Dios le encomiendan por completo todas sus

pesadas cargas. La razón de ello es nuestra creencia de que el Señor carga en nuestro lugar con las pesadas cargas que nosotros jamás podríamos llevar por nuestra cuenta. El Señor —quien cargó sobre sus hombros con todo el peso de nuestros pecados, nos perdonó mediante su muerte en la cruz y nos concedió la vida eterna— nos ha otorgado una esperanza eterna. Aferrándonos firmemente a esta esperanza eterna —mientras navegamos por este mundo que a menudo se asemeja a un desierto desolado—, debemos fijar nuestros ojos en el Señor de la Esperanza, mediante la fe, siempre que nuestros corazones se sientan angustiados, fatigados, desanimados o abrumados por la ansiedad y la preocupación. El Señor, sin duda, vendrá en nuestro auxilio; Él, indudablemente, obrará nuestra sanación. En Su propio y perfecto tiempo, y a Su propia y perfecta manera, el Señor ministrará con ternura a nuestros corazones quebrantados y sanará nuestros espíritus heridos. El Señor liberará nuestros corazones. Ya no tendrán nuestros corazones que luchar bajo el peso de la angustia, la preocupación, la ansiedad, el miedo, el desánimo y la depresión. Ya no tendremos que debatimos en las profundidades de la culpa. Experimentaremos la verdadera libertad. Llegaremos a disfrutar, cada vez con mayor plenitud, de la libertad que el Señor otorga. Que tú y yo —confiando en el Señor, que sana a los de corazón quebrantado— continuemos viviendo cada día con esperanza en nuestros corazones.